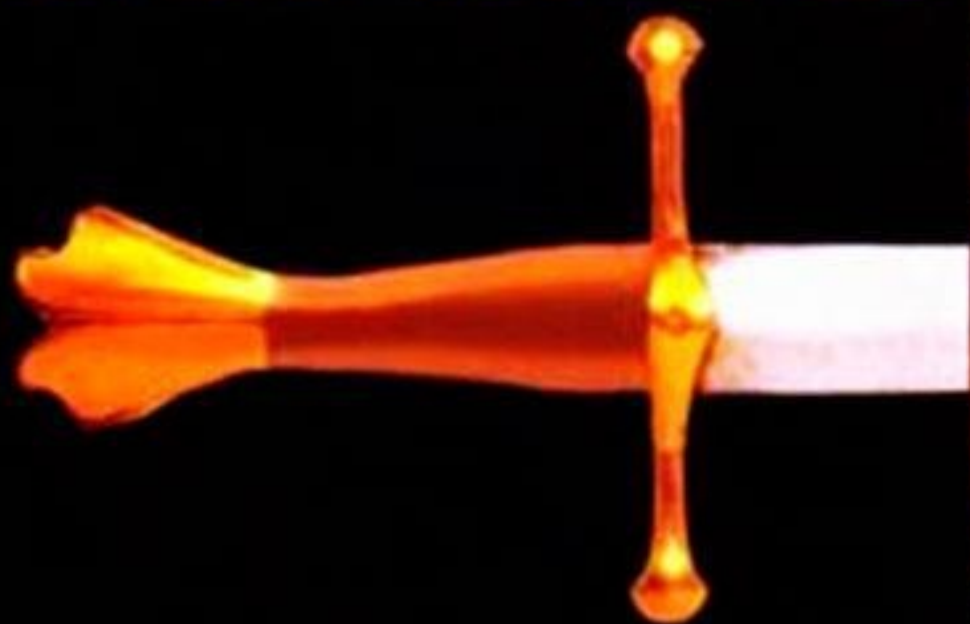


MICHAEL CLYNES

**LOS ASESINOS
DEL GRIAL**



Lectulandia

Tras los episodios relatados en Los crímenes de la rosa blanca y El cáliz envenenado, Roger Shalot cuenta en esta nueva entrega de sus memorias el caso de Stafford, duque de Buckingham, quien, en su búsqueda del Santo Grial y Excalibur, tuvo la osadía de enfrentarse a los templarios.

Actuando en la sombra y sin hacer mucho ruido, los templarios están intrigando para acabar con los Tudor y, además de aclarar la muerte de Stafford, Shalot deberá desenmascarar al templario que se ha infiltrado en la corte.

Lectulandia

Michael Clynnes

Los asesinos del Grial

ePub r1.0

orhi 08.11.13

Título original: *The Grail Murders*

Michael Clynnes, 1993

Traducción: Sara Sicart

Editor digital: orhi

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Niall Harrington,
en memoria de las muchas conversaciones
que mantuvimos sobre novelas de misterio.*

PERSONAJES HISTÓRICOS MENCIONADOS EN ESTA OBRA

RICARDO III: Último monarca de la casa de York, llamado el Usurpador o el Farsante. Fue derrotado por Enrique Tudor en Market Bosworth en agosto de 1485. Fue el portador de la Rosa Blanca; su emblema personal era el Jabalí Blanco.

ENRIQUE TUDOR: El Galés. El Gran Roñica, el triunfador en Bosworth, fundador de la dinastía de los Tudor y padre de Enrique VIII y Margarita de Escocia. Falleció en 1509.

ARTURO: Primogénito de Enrique Tudor. Muerto en plena juventud, la corona pasó a su hermano Enrique.

ENRIQUE VIII: El Baladrón, el Gran Homicida, la Gran Bestia, Enrique *el Gordo*. Tuvo seis esposas y una ristra de queridas. Es el Topo o el Oscuro, como profetizó Merlín.

CATALINA DE ARAGÓN: Princesa española. Primera esposa de Enrique VIII y madre de María Tudor.

ANA BOLENA: Hija de sir Tomás Bolena. Segunda esposa de Enrique VIII y madre de Isabel Tudor.

BESSIE BLOUNT: Una de las más deslumbrantes queridas de Enrique VIII.

MARÍA TUDOR: Hija de Catalina de Aragón y Enrique VIII, apodada *la Sanguinaria* por acosar a los protestantes.

ISABEL I: Reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, apodada la Reina Virgen, aunque Shallot asegura haber tenido un hijo con ella.

CATALINA HOWARD: Quinta esposa de Enrique VIII. Ejecutada por sus relaciones extramatrimoniales.

FRANCISCO I: Rey de Francia, brillante, deslumbrador y maníaco sexual.

WILLIAM SHAKESPEARE: Comediógrafo inglés.

CHRISTOPHER MARLOWE: Comediógrafo inglés y espía, muerto en una reyerta

tabernaria.

RICHARD TUNSTALL: Obispo de Londres.

TOMÁS WOLSEY: Hijo de un carnicero de Ipswich. Estudió en Oxford y realizó una brillante carrera. Fue nombrado cardenal, arzobispo y primer ministro de Enrique VIII.

SOLEIMÁN *EL MAGNÍFICO*: Sultán de Turquía.

MARÍA, REINA DE ESCOCIA: Nieta de Margarita Tudor y madre de Jacobo I de Inglaterra y Escocia.

HENRY DARNLEY: Esposo de María de Escocia.

JAMES BOTHWELL: Amante de María de Escocia.

TOMÁS MORO: Humanista, letrado. Ministro de Enrique VIII, ejecutado por oponerse al divorcio de Enrique de Catalina de Aragón.

EDUARDO VI: Hijo de Enrique VIII y Jane Seymour, muchacho enfermizo que falleció a temprana edad.

CATALINA DE MÉDICIS: Princesa italiana esposa de Enrique II, hijo del rey Francisco I. Dominó el poder en Francia tras la muerte de su esposo Enrique II: intrigante sutil, apodada Madame Serpiente.

FRANCIS WALSINGHAM: Espía de Isabel I.

WILLIAM Y ROBERT CECIL: Secretarios de Estado de Isabel I.

EDWARD STAFFORD: Duque de Buckingham, poderoso noble que fue ejecutado por Enrique VIII.

TOMÁS CROMWELL: Sucesor de Wolsey al servicio de Enrique VIII hasta que cayó del poder y fue ejecutado.

MIGUEL NOSTRADAMUS: Vidente y nigromante cuyos servicios utilizó a menudo Catalina de Médicis.

Prólogo

Como hijos de Caín, todos estamos marcados por el asesinato. Cuando la Tierra aún era joven, Caín mató a su hermano con una quijada de asno y se escondió en el bosque hasta que Dios le encontró, le asió la cabeza y le impuso la marca del asesino. Nosotros debemos de ser sus hijos, ¿no es cierto? Y si Caín, hijo de Adán, es el padre de todos nosotros, hemos de llevar su marca.

Veo que mi capellán hace muecas con la nariz como si estuviera oliendo algo pestilente: tiene los labios tirantes y la nariz color cereza, arrugada. ¡Su problema es que tiene la nariz demasiado cerca de las partes bajas! Nunca os fiéis de un hombre de piernas cortas: la distancia entre el cerebro y el trasero es demasiado escasa para que se sienta cómodo.

En fin, os iba diciendo que todos somos hijos de Caín y, en realidad, debo confesar que no es ésta una idea muy original. Michel de Nostradamus, el nigromante de Catalina de Médicis, me dijo una vez mientras me escondía en París de unos asesinos que querían cortarme la cabeza... Pero bueno, esa es otra historia.

Un hombre extraño, Nostradamus. En su cámara secreta del castillo de Blois tenía un famoso espejo. Al mirar en su interior, se podía ver el futuro. Catalina de Médicis, la voluptuosa y sanguinaria Catalina (Madame Serpiente como yo la llamaba), solía contemplarlo durante días.

Nostradamus decía que tenía sueños que predecían el futuro: demonios que se le aparecían en la noche con ojos negros llenos de sangre, con grandes pergaminos entre sus puños; pergaminos donde estaban escritos todos los pecados cometidos por la humanidad, desde el primero hasta el último día. Nostradamus decía que nunca terminaban de desenrollarlos, que no tenían fin. No había fin para los terribles y cruentos asesinatos de la humanidad.

Como él dice, el asesinato ha perseguido mis días y aún invade mis sueños. No, yo no soy un asesino, pero me he pasado la vida persiguiendo a asesinos y ahora también tengo los sueños de Nostradamus: extraños demonios sin piedad con caras retorcidas de rabia enseñando los dientes entre los labios que pertenecen a las más oscuras tinieblas; son las almas perdidas de los asesinos.

La otra noche, tras la nevada que cubrió los campos de gruesas nubes blancas, me despertaron los espíritus. Me incorporé de mi cama con dosel, aparté las cortinas y miré a través del mirador que da a la parte delantera de la casa. La luna brillaba con un blanco fantasmal y las estrellas relucían como alas de plata en los cielos. A cada lado roncaban Phoebe y su hermana Margot, con su suave y cálida gordura (una maravillosa manera de mantenerse caliente en pleno invierno). Miré hacia los campos recordando mi pasado, y vi una sombra negra que se movía como un gran murciélago. Reconocí el preludio de Satán.

(Mi capellán se está riendo. El muy cretino debería andarse con cuidado. Le voy a arrancar los cojines que tiene bajo sus posaderas y así, mi homúnculo, mi pequeño capellán enano, sentirá la madera dura bajo su trasero).

Realmente vi aquella sombra; eran los hombres de mis pesadillas, los fantasmas de mi pasado.

A la mañana siguiente llegó un extraño que había viajado a través de la nieve. Llevaba consigo cartas de recomendación y autorizaciones que le daban acceso a sir Roger Shallot, consejero real, caballero del Baño, caballero de la orden de la Jarretera, juez de paz, comisario de Array, mariscal de la orden de San Miguel (esto me lo concedió un caballero que decía ser zar de Rusia, un infame homicida, parece ser).

Recibí al visitante en mi dependencia secreta, detrás del tapiz del gran recibidor. El capitán de mi guardia estaba detrás de mí con la espada preparada porque, a pesar de haber superado ya los noventa años, el viejo Shallot aún tenía enemigos. Los agentes secretos de muchas coronas persiguen aún la recompensa ofrecida por cortarme la garganta, por dejar que mi jugo vital se derrame. Por eso debéis tener cuidado cuando os acerquéis a mí.

Aquel hombre lo tuvo: se paró ante las grandes puertas que dan acceso a mis propiedades. Si hubiera entrado sin permiso, mis grandes perros lobo irlandeses lo hubieran hecho pedazos y si no, los gallardos muchachos de mi tropa de mercenarios lo hubieran colgado de la rama más cercana.

Bien, lo recibí en mi dependencia secreta. La única luz procedía del brasero con el carbón en ascuas y de las velas de pura cera, cuya llama quemaba clara y fuertemente en la oscuridad. Había suficiente luz para que yo pudiera verle, pero no la necesaria para dejar a la vista los cofres, arcas, paquetes sellados y cajas con candado repletas de papeles del viejo Shallot, el legado de un cruento pasado, que sobrevivía entre aquellos muros.

El hombre tenía un aspecto normal; era viejo, con calva incipiente, tez oscura, pero me gustaron sus ojos, claros y brillantes. Me recordaban a los de mi viejo señor, Benjamin Daubey, sobrino de aquel gordo patán, el cardenal Wolsey, a cuyo servicio trabajamos durante muchos años.

Mi visitante estaba sentado y me miraba fijamente.

—¿No me recordáis? —dijo.

Hablaba un inglés perfecto, aunque tenía un ligero acento.

—¡Querido señor! —le dije—. ¿Acaso debo recordar a todo el mundo?

Eché una mirada a sus autorizaciones, que estaban ante mí, sobre la mesa, y que llevaban el sello de la encantadora Isabel de Inglaterra. La Isabel de ojos verdes, hija de Ana Bolena (no digo que fuera hija de Enrique VIII, gordo bastardo. El Gran Homicida era incapaz de engendrar vida alguna. Yo sé quién era el verdadero padre

de Isabel, pero no os lo voy a decir. Bueno, no ahora, al menos. Quizás en otra ocasión).

—¿Por qué debería la reina daros estas autorizaciones? —pregunté.

El hombre se encogió de hombros y se inclinó hacia mí. El capitán de mi guardia posó gentilmente la espada sobre su hombro para avisarle de que ya se había acercado lo suficiente.

—¿Quién sois? —pregunté.

El hombre se desabrochó la capa y dejó a la vista un traje color rojo sangre y la cruz blanca de seis puntos de los caballeros de San Juan de Jerusalén, conocidos comúnmente como hermanos hospitalarios. Al verlo, sonreí.

—Como os decía —continuó mi invitado—, no me recordáis, sir Roger. Soy John de Coligny, hermano hospitalario, alguacil de la orden, aunque soy originario del feudo de Templecombe, de Somerset.

¡Oh, Dios mío! Me senté y le miré mientras los recuerdos afluían a mi mente: cielos cubiertos, árboles llenos de nieve, senderos de Somerset...; llamas ardiendo en la cama, aquel caballo enloquecido arrastrando a su jinete, golpeándole hasta la muerte, y el agua helada de aquel lago cuando Benjamin y yo luchábamos contra los más crueles asesinos. Dejé que las lágrimas corrieran por mis mejillas.

—Sir Roger —intervino Coligny—, no pretendía trastornaros. Su majestad la reina me dijo que entenderíais la necesidad de discreción. Soy católico y, según las leyes, se me castigaría con la pena capital sólo por el hecho de haber puesto los pies en Inglaterra. He venido a pagar una deuda, a cumplir una promesa.

Se aflojó el jubón y sacó una pequeña bolsa de cuero manchado que llevaba atada al cuello.

¡Oh, qué recuerdos más amargos, y qué dulces al mismo tiempo! Ya sabía lo que iba a suceder pero no podía apartar los ojos llorosos de aquel pequeño anillo de amatista que ese hombre acababa de poner sobre la mesa.

—Yo era un niño —añadió Coligny—, tan sólo un niño en brazos de mi madre cuando se lo disteis. Ella siempre hablaba de vuestra amabilidad y de vuestro coraje.

¿Sabéis? No sabía yo si reír o llorar. ¡Aquel hombre estaba rindiendo homenaje a mi coraje! A mí, a Roger Shalot, que en mis tiempos fui el más veloz corredor de la cristiandad y, podéis creerme, siempre di prueba de ello. Cuando se desenvainaban las espadas y se derramaba sangre, el viejo Shalot, citando a mi amigo Shakespeare, era «como un galgo a la huida», preparado para atacar, siempre en dirección contraria. Cogí el anillo y admiré su centelleante brillo.

—¡Tanto tiempo hace! —murmuré—. ¡Tan horribles muertes, tan terribles asesinatos!

Quedé sumido en los recuerdos mientras Coligny me observaba.

Festejé su visita durante un día entero deleitándome con sus alabanzas y

adulaciones. Le recompensé bien, proporcionándole salvoconductos para Dover, y le observé mientras marchaba. Su visita era una señal. Un amargo recuerdo del pasado. Podía alabar mi coraje pero el viejo Shallot conoce la verdad: el pasado es una sarta de mentiras. Mis sueños me castigarán. Los hombres de mis pesadillas volverán.

Al principio no les hacía caso, pero la otra noche, cuando desperté con una mano en los pechos de Phoebe y la otra en los de Margot, miré por la ventana; las sombras se acercaban sobre la gruesa capa de nieve y supe que debía continuar mis memorias. Si no lo hacía, mis pesadillas serían cada vez peores. Debía empezar de nuevo.

Había bebido tres copas de vino, arrimándome a Phoebe y a Margot (unas muchachas maravillosas pero violentamente celosas la una de la otra). Jugamos un poquito y luego me quedé dormido. No sé si fue un sueño o una visión, pero me encontré con la cara pegada a la ventana mirando la oscuridad.

Un esqueleto de animal apareció agitándose en el aire, flotando tras la ventana. Un caballero vestido con ropas de templario, con la cara negra y con una corona llena de serpientes que se retorcían introduciéndose en el putrefacto vientre de un pollo. En las manos del caballero, una cabeza gris con los ojos vendados cubierta de una nube hirviente de insectos.

Tuve otras visiones. Muchas, y tan intensas, tan reales, que me desperté gritando. No pude volver a dormirme hasta que Phoebe y Margot me trajeron una copa de vino y representaron para mí una danza que habían aprendido en el juego de máscaras del primero de mayo.

Pues aquí estamos. Como es invierno, no estoy sentado en el centro de mi laberinto, sino en mi cámara secreta, cubierto de mantas en mi trono de respaldo alto. Aun lado, la jarra de vino y una copa grande; al otro, mi vara color negro ceniza preparada por si las burlas del capellán se hacen demasiado insistentes. Ya lo veis, el muy cretino cree que todo es producto de mis sueños. Cree que bebo demasiado vino y que soy un mentiroso consumado. Si lo soy, soy de su mismo jaez, como él bien sabe. Sí, ya me conozco los pecadillos de mi vicario: lo he sorprendido ya robando miradas a los redondos muslos de Phoebe o a la generosa pechera de Margot, y también he oído los rumores que dicen que le gusta llevarse a jovencitas al henal de uno de mis graneros. ¡Se debe creer que soy tan majadero como él! Después de todo, un henal en una calurosa tarde de verano no es el lugar ideal para instruir a una frescachona mozuela. O. pensándolo bien, ¡a lo mejor depende de lo que trate la lección!

Creo que mi vicario tiene celos de mí. Se jacta de ser un buen orador, capaz de dar un sermón piadoso. Hace dos años fue invitado a la corte para discutir sobre ciertos asuntos teológicos ante su majestad la reina. Ya no recuerdo los detalles, era algo sobre la existencia de los ángeles.

Un venerable obispo inició el debate y lo hizo bastante bien. Me mantuvo

despierto durante al menos cinco minutos, aunque aparentemente el viejo sermoneó durante una hora. Me desperté justo cuando dejaba el púlpito, cuando le llegaba el turno a mi vicario.

Estaba sentado junto a Isabel. Le di un ligero codazo y susurré en un tono lo suficientemente alto para que todos me oyeran: «Ahí va el defensor de la otra parte». Una broma sutil, sólo la reina y yo comprendimos su verdadero significado, y ella no podía parar de reír. Mi capellán pronunció su sermón mientras el resto del clero me miraba ferozmente. Cuando terminó, un obispo viejo y quejoso se acercó a mí.

—Es fácil mofarse, sir Roger —gritó—, pero ¿podrías vos dar un sermón?

Bueno, ya conocéis al viejo Shallot, ¡preso por mil, preso por mil quinientos!

—¡Por supuesto que puedo! —grité.

Su majestad atrajo mi mirada, asintió y la corte se acercó. Me acompañaron al púlpito (había bebido un poco de vino en exceso). Me apoyé en la baranda de madera y, adormecido, observé a mi alrededor.

—Mi sermón es el siguiente —comencé—: no hagáis a los otros lo que os gusta que os hagan a vosotros porque, después de todo, a lo mejor a ellos no les gusta lo que a vosotros os gusta.

Bien. Montones de carcajadas dieron la bienvenida a esta ocurrencia. De pronto, se puso en pie el obispo, que tenía la nariz roja porque había bebido tanto vino como yo mismo:

—¡Un sermón como Dios manda! —chilló—. ¡No os riáis de nosotros, sir Roger!

Isabel hizo un gesto con la cabeza, en la que llevaba una peluca pelirroja, y me ordenó que continuara.

—¡Un sermón que tenga una enseñanza! —gritó un obispo.

—Sí —asintió uno de sus compañeros—. ¡Poned en práctica lo que predicáis, Shallot! Algo edificante.

Me situé torpemente tras el púlpito y miré a aquellos hipócritas hechos todos de la misma pasta.

—Está bien —contesté mientras mi mente recorría todas las posibilidades.

La reina, encantadora mujer, se mordía el labio inferior. Su cara había adquirido un tono sonrosado e incluso la peluca se le había torcido ligeramente mientras intentaba controlarse. Dio unas palmadas y me lanzó una mirada de tozudez.

—Sir Roger, os ordeno que pronunciéis un sermón corto y que deis a vuestra audiencia al menos tres temas de meditación —me lanzó un rápido guiño.

—Érase una vez —comencé— un pequeño gorrión que empezó a emigrar hacia el sur bastante tarde, ya entrado el invierno —hice una pausa y miré a mi alrededor, a mi congregación reunida en la capilla de Hampton Court, con sus tapicerías colgadas. El clero me miraba, Isabel había bajado la cabeza, escondiendo la cara entre las manos. Creo que ya se temía lo que iba a ocurrir. Cecil, su secretario, miraba absorto

al techo—. Al poco tiempo —continué—, se helaron las alitas del gorrión y cayó éste en un campo. Y una vaca, que pasaba por allí, cagó sobre el pequeño gorrión. Creyó el gorrión que iba a morir pero el estiércol lo calentó y las alas se deshilaron. Así, calentito y feliz, el pequeño gorrión empezó a respirar y a cantar. Entonces, un gato se percató, apartó el estiércol, encontró al gorrión y rápidamente se lo comió.

»Su majestad, hermanos y hermanas de Cristo, éste es mi sermón.

—¿Cuál es la intención moralizadora de esta fábula? —gritó el obispo poniéndose en pie—. Su majestad os ha ordenado que hubiera tres temas de reflexión.

—¿No los veis? —contesté—. En primer lugar, señor, el que se caga en ti no es necesariamente tu enemigo. En segundo lugar, el que te saca de la porquería no tiene por qué ser tu amigo. Y por último, si estás cómodo y feliz, ¡mantén la boca cerrada!

Bueno, y eso fue todo. La reina salió de la capilla con paso majestuoso y a mí me pusieron bajo arresto domiciliario en mi casa de Londres hasta que remití al obispo mis más humildes disculpas. Pero al hacerlo me multaron a pagar cien coronas más porque le dije al obispo que era una de las damas más agradables que jamás había conocido. En fin, si no sabéis encajar una broma, ¡no sois digno de ser cristiano!

(Veo que tiemblan los hombros de mi vicario. Espero que no se esté riendo de mí, ¡le retorcería el cuello si al menos se molestara en lavárselo! Bien, ya se ha calmado; pone la pluma al principio del manuscrito. Es hora de empezar).

Hemos de volver atrás en el pasado. Pensad en él como si fuera un corredor con muchas habitaciones y como si cada habitación estuviese llena de asesinos. Debo volver a los buenos tiempos en que estaba al servicio de Benjamin Daubey, sobrino del gran cardenal Wolsey. Ambos éramos los agentes especiales del cardenal y trabajábamos en su bien y en el de la corona. Estábamos al servicio del gordo, sangriento y sifilítico Enrique VIII, el Príncipe Siniestro, el Topo, el que ahogó a su reino en torrentes de sangre y el que envió a lo más noble y mejor de su corte al patíbulo...

Estoy listo. He abierto la carpeta de piel con el año 1522 inscrito en gastadas letras doradas. Hemos rescatado las reliquias de aquella época pasada y cruenta. Ante mí están, sobre la mesa. Donde se derramó una copa de vino, algunas carpetas están manchadas de púrpura; otras tienen una mancha de un rojo escarlata, recuerdo de la sangre de algún pobre cretino. El anillo que me han devuelto no tiene tanta importancia. Mis ojos están fijos en los lazos color escarlata, de fuerte seda, tan clara, tan patética, que en sus tiempos estuvieron relacionados con misterios que nos remitieron a la época del rey Arturo.

Cierro los ojos y recuerdo el pasado. Casi puedo oír la voz de Benjamin y en mi recuerdo guardo aún su cara mordaz, sus ojos amables y su larguirucha y curvada figura, que enmascaraba sutiles cualidades. Yo era entonces tan diferente... No era gran señor, sino plebeyo, un botarate rescatado por el sobrino de Wolsey para reparar

las oscuras traiciones de la corte de Enrique.

Miro un retrato enmarcado en oro que está colgado al otro lado de mi habitación; una buena réplica de mí en aquellos años dorados. Will Shakespeare una vez me pidió que me autodescribiera.

—Era un hambriento tunante de cara flaca —dije yo—. Un pillo, un torpe malabarista, siempre ojeroso; un pobre diablo espabilado.

Will me lo agradeció y, como siempre, utilizó la descripción para una de sus obras. La encontraréis en la *Comedia de los errores*, una pieza de humor muy sutil que yo financié con mi oro.

En fin, ya no más digresiones ni comentarios. Se ha levantado el telón, dejemos que empiece el violento drama. Exorcizaré los fantasmas de mi mente; purgaré los demonios de mi alma y les ordenaré que vuelvan al infierno y que digan a su señor Satán que yo les envié de vuelta. (Por cierto, encontraréis esta misma frase en una de las obras de Shakespeare. ¡Ésta también me la tomó prestada!).

Capítulo 1

Cuando regresamos de Francia en el verano de 1521, mi señor Benjamin Daubey andaba tranquilo, alejado de los problemas de su tío, el gran cardenal Tomás Wolsey. El viejo Tom tenía otras cosas en la cabeza, según descubrimos posteriormente. Al parecer, el gordo del cardenal tenía una horrible pesadilla: controlar al rey. Utilizaba un anillo mágico, o eso decían, para tentar a los demonios y contrató los servicios de la mejor de las brujas, una ramera conocida como Mabel Brigge, para que realizara ritos satánicos con el único objetivo de mantener la mente del rey bajo su control. El viejo Wolsey era un loco. Se lo dije en su lecho de muerte en la abadía de Leicester, cuando maldecía a todos los príncipes y a Enrique en particular.

Enrique VIII, aliado de Satán, tenía el cerebro en sus partes bajas y su alma sufría de una tormenta de emociones. Devoto católico, aunque despotricara contra la misa; erudito bien cultivado, aunque matara al pobre Tomás Moro; ferviente amigo, hasta que se cansaba de ti y, sobre todo, amante marido, hasta que ponía sus ojos en otra frescachona de buen ver.

Posiblemente habréis leído que Enrique deseaba ardientemente tener un heredero varón y que rechazó a sus hijas. Primero, a la pobre María (María tenía un problema, ¿lo sabíais? Buscaba siempre a su padre en los demás hombres, incluso en mí mismo, ¡eso demuestra lo desesperada que estaba!). Después, por supuesto, a la gran Isabel, la hija de Ana Bolena. ¿No es gracioso? Satán debe de estar riéndose en los infiernos: Enrique buscando un varón mientras que su pobre y rechazada hija Isabel fue una de las más grandes monarcas que jamás haya tenido Inglaterra. Y, podéis estar seguros, ésta no es toda la verdad. Isabel era su heredera y, ostensiblemente, su hija; tan sólo yo conozco la verdad... Pero ésta es otra historia para otro momento y para otro escenario.

Lo más importante es que a Enrique lo dominaba la lujuria. Oh, tuvo ciertamente sus diversiones pasajeras: Bessie Blount, Lucy Rose, pero en el verano de 1522 volvió al prototipo; le gustaban las mujeres Howard: Isabel Howard, madre de Ana Bolena, ya había agraciado su lecho con su presencia. También la hermana mayor de Ana, María. Y después, la misma Ana, bruja morena y sensual, que había regresado de Francia cargada de coquetería, con sus vestidos de satén, sus enaguas de puntillas, sus zapatos carmesí de tacón alto, sus ojos oscuros color endrina, aquellas bonitas manos que revoloteaban como alas de mariposa.

Enrique la deseaba, pero con ella fue diferente. Ana fue educada en la corte de uno de los mayores libertinos que el mundo haya conocido, Francisco I de Francia, donde la seducción, las prácticas amorosas y los asuntos galantes eran tratados con tanta atención como los asuntos de Estado. Ana había visto a su hermana perseguida, cortejada y seducida; sólo para luego ser rechazada como la «yegua inglesa», una

yegua a la que todos podían montar. Ana era distinta. Ansiaba una cosa, sólo una cosa: ser la mujer de Enrique.

Wolsey, perdido en la complicada partida de ajedrez contra Bolena, nos dejó tranquilos. Por eso trotamos hasta nuestro feudo a las afueras de Ipswich. Benjamin estaba algo extraño. Habíamos ido juntos a la escuela y después él se había hecho abogado, así fue como me salvó de la inmerecida horca. Era astuto, ingenioso, un experto espadachín, pero a veces podía ser irritantemente inocente; no infantil, sino aniñado. No era el habitual señor que explota a sus paisanos y seduce a sus hijas. ¡Oh, no! Benjamin creía realmente en el cuento de la bondad humana. A pesar de mis protestas, anuló cualquier tributo, impuesto o deuda que le debieran como señor del feudo. Declaró libres a sus vasallos y les permitió labrar su propia tierra y cultivar sus propias cosechas. Construyó un pequeño hospital en el pueblo y contrató a un viejo físico, un gentil y cuidadoso hombre que conocía el arte de la física.

(¡Una rareza, ciertamente! No me fiaré de ningún doctor mientras sea capaz de escupir. ¡Me llamáis estúpido, pero vosotros os fiáis de cualquier charlatán! Os cogen la muñeca, estudian vuestra orina, sacuden la cabeza y se retuercen la barba. ¿Creéis que están preocupados por lo que os sucede? ¡Y un cuerno! Lo que están haciendo es calcular la cuenta).

Lo descubrí no hace mucho, cuando un canalla que se hacía llamar doctor vino a visitarme. Trajo una jarra de un destilado hecho con la piel seca de un tritón, una cabeza de rana y una pizca de ala de murciélago. Saqué mi daga y le dije que él debería beberlo primero. ¿Sabéis lo que hizo el muy cretino? Tosió, me miró sagazmente y me dijo que, posiblemente, con un poco más de vino y con una buena noche de descanso, me recuperaría. ¡Haced caso del consejo del viejo Shallot y nunca os fiéis de médicos ni de abogados! Bueno, el único que he visto que merecía la pena estaba colgando en la horca.

En fin, Benjamin había construido aquel pequeño hospital y una escuela en el feudo, y todos los piojosos y pequeños vasallos de los pueblos cercanos podían asistir a clase sin pagar ni un real. Benjamin contrató a un señor de escuela, un señor de verdad, no uno de esos cretinos que entran en la profesión para infligir el máximo daño posible a cada niño a su cuidado. No, aquel hombre era un erudito que había estudiado con Colet y Erasmo. Enseñaba matemáticas, geografía y tenía fluidez con el latín, el griego clásico, el francés y el italiano. Creedme, Benjamin estaba hecho de buena pasta pero, sin faltar a su memoria, nunca tuvo cabeza para los negocios; ahora bien, os debo decir que he introducido esquemas similares en mis tierras.

De la administración del feudo se encargaba un sirviente ahorrador llamado Barker, abuelo del actual capitán de mi guardia. (¡Sí! Claro que me gusta que todo quede en familia. En el caso de mi inmundo y pequeño capellán, por el cual siento tanto amor y afecto, el profesor que trabajaba para Benjamin era su tío abuelo).

Huelga decir que, con mi señor cuidando del prójimo y con otros más capacitados cuidando de las tierras, yo me aburría enormemente. Por eso acabé otra vez en Londres, en principio para tomar lecciones con un duelista, un portugués que ya había enseñado a Benjamin y que había salido de su país con la Inquisición pisándole los talones.

—Tienes buen ojo y un rápido movimiento de muñeca —me dijo el hombre un día—; eres veloz en la defensa e ingenioso en el ataque, pero te falta algo.

—Maldita sea, hay demasiada sangre en juego —contesté—. No quiero que me maten y no deseo matar a nadie.

El señor de esgrima, inclinado elegantemente sobre su espada, se acariciaba la perilla.

—¡Dios! —murmuró—. La marca de un verdadero espadachín. —Y con el dedo amenazante me dijo—: Algún día lo entenderás. Cuando la sangre corra sin tregua, lo sabrás. Un fuerte deseo salvaje, algo que procede de lo más profundo del alma: matar o ser matado. Toda tu vida, toda tu existencia llevada a ese fin.

Por supuesto, pensé entonces que aquello no eran más que tonterías y que el hombre no valía ni un real. Pero él estaba en lo cierto. Años más tarde, a la orilla de un mar dorado, Benjamin y yo luchamos espada contra espada, daga contra daga, contra una mujer con un rostro tan hermoso como el de Helena de Troya y con un corazón tan negro como lo más profundo del infierno. Sin embargo, ésta es otra historia y ahora no nos incumbe.

Aprendí pronto lo que tenía que saber sobre duelos y empecé a vagar por la capital. ¡Londres es un sitio tan maravilloso! Reúne a todos los villanos que hay bajo la capa del sol: jugadores, farsantes, indigentes, asesinos, ladrones, robustos mendicantes, falsificadores... Me sentía como en casa. Naturalmente, Benjamin me vigilaba con recelo e insistía en que no pasara más de tres noches seguidas en Londres. Le recuerdo sentado en su escritorio en el gran solar de la casa de campo y moviendo el dedo amenazadoramente.

—Roger, eres amigo mío pero tienes la misma predilección por los problemas que un gato por la crema. O vuelves a casa, o iré por ti, ¿entiendes?

Siempre volvía. Para ser sincero, Benjamin era la única persona que me inspiraba temor y la única persona a la que nunca mentí. Bueno, sin razón, porque sí, a los gatos les gusta la crema y a Shallot, los problemas.

Me junté con malas compañías: gente de la calle que se escondía en el cementerio de San Pablo, bien lejos de las órdenes del alguacil. El cabecilla era un antiguo clérigo, un cura arrepentido. Ya no recuerdo su nombre, le llamábamos Culo de Rata. Tenía una cara inocente, como la de un ángel, y una de las bocas más elocuentes de aquel entonces. ¡Podía llegar a convencerte de que lo negro era blanco y de que la noche era día!

Culo de Rata me persuadió para que consiguiera dinero de Waller, nuestro tacaño banquero. Así él podría levantar una tranquila casita en las callejuelas de Cock Lane, un prostíbulo exclusivo en donde los hombres con ganas de divertirse pudieran sentirse cómodos. Evidentemente, cogió el oro y no le volví a ver. En fin, ahí queda. Dos años más tarde, cuando cruzaba Hampstead Heath, pasé ante la horca y vi al pobre Culo de Rata colgando por el cuello. Recé una corta oración. Era un sinvergüenza pero tenía el corazón en su sitio.

En fin, el viejo Waller vino a por mí como un lebrel tras un conejo. Al anochecer, cuando andaba yo dando tumbos por la ciudad, me cogió por el brazo en Paternoster Row.

—¡Shallot! —gritó—. ¿Dónde está mi dinero?

(¿Habéis visto? Para que los banqueros te dejen dinero tienes que tener dinero; si no lo tienes, cierran la boca y sacuden la cabeza).

Estaba desesperado. Miré a mi alrededor buscando una salida y de repente divisé a Tunstall, el obispo de Londres, que se dirigía a San Pablo para su diario ataque verbal al Todopoderoso. Ya había coincidido con Tunstall cuando estaba en la corte con Benjamin, por lo que cogí a Waller por la muñeca y grité:

—¿Veis allí?

—¿Qué? —contestó el desgraciado.

—Su excelentísimo y reverendo señor, el obispo de Londres. ¡Él me aseguró que sería mi garante si enviaba el dinero a los enfermos y a los pobres que peregrinaban a Santiago de Compostela!

Waller echó la cabeza para atrás con expresión agría, como una víbora que se preparara para atacar.

—No te creo —dijo.

—¡Mirad! —me quité las botas—. Quedaos con las botas mientras yo voy hacia él para probároslo.

Waller cogió las botas y yo fui de puntillas por los guijarros hacia el obispo.

—¡Mi señor obispo! —grité— ¡Su excelentísimo y reverendo señor!

El obispo, rodeado de aduladores, se detuvo y miró hacia mí.

—¿Sí, hijo mío?

—Una petición, mi señor obispo. Una petición. ¿Me recuerda su santidad?

El viejo hipócrita miró acremente hacia atrás y hacia las riendas, como si quisiera seguir su camino.

—Soy el criado de Benjamin Daubey, sobrino del eminentísimo y reverendísimo señor cardenal.

Bueno, eso hizo que el viejo asqueroso se detuviera en su camino. Forzó una sonrisa. (¿Habéis notado cómo sonrían los curas? Como si fueran Dios Todopoderoso y como si todos lo demás fueran pobres ignorantes y desgraciados).

—¿Qué te sucede, hijo mío?

Señalé hacia donde estaba Waller, como un idiota, aguantando las botas.

—Mi señor obispo, me encontraba discutiendo violentamente con aquel hombre de allí sobre la naturaleza de la Trinidad cuando vos pasasteis —mentí—. Mi señor, vuestra reputación como teólogo es ampliamente conocida. Le ofrecí que vos hicierais de árbitro en nuestra controversia. Mi amigo dijo que no me creía y por ello le dejé mis botas como garantía de que le concederíais audiencia y clarificaríais así el error de sus maneras.

Tunstall se irguió y asintió prudentemente.

—Mi señor, sé que estáis ocupado —continué sin aliento—, mas si pudierais tan sólo citarlo a una hora y en un lugar...

De nuevo volvió a asentir y le hizo señas para que se acercara. Él, el muy loco, se acercó inclinándose y haciendo reverencias. Tunstall le miró con desaprobación.

—Devuélvele las botas a tu amigo —ordenó—; preséntate en mis habitaciones mañana por la mañana a las diez en punto y arreglaremos el asunto.

Waller estaba casi postrado dando las gracias. El obispo hizo una bendición en el aire y se fue. Yo me puse las botas y dejé Londres en el espacio de una hora. Volví a Ipswich con cara seria y le aseguré a Benjamin que mi buena obra con los pobres de Londres había finalizado, y que quizá sería mejor si a partir de aquel momento lo ayudaba a gestionar su patrimonio. Me miró extrañado, sonrió con aquellos inocentes ojos grises y volvió a la lista de cuentas que estaba estudiando.

Miré su oscuro rostro inteligente, enmarcado con aquellos cabellos negros, y me pregunté ansiosamente si mi señor era el hombre más ingenioso que había conocido o si era la cosa más cercana a la inocencia humana.

Pasaron los días y, justo antes de la celebración de Todos los Santos, uno de los últimos días bonitos y dorados del año, cuando el sol aún calienta y crees que el verano ha vuelto, estaba yo encima de un montón de heno con una jovencuela del pueblo, una jovial y feliz muchacha de cara bonita y cuerpo cálido. Intentaba persuadirla de que su corpiño le apretaba demasiado y ella, riendo, me sacudía en mis dedos juguetones. La risa minaba su resistencia cuando de repente oí que Benjamin me llamaba.

—¡Roger, Roger, ven rápidamente!

Miré por encima del heno. Mi señor me esperaba de pie con las calzas y la camisa blanca, ésta abierta por el cuello, saltando sobre un pie y sobre el otro para calzarse las botas.

—¡Aquí estoy, señor!

—Roger, ¿qué estás haciendo?

Silbé a la mozuela para que se estuviera quieta mientras me encaramaba para bajar y, audazmente, declaré que estaba intentando seguir el camino que traza el sol.

—Eres demasiado curioso, Roger —murmuró—. Nunca dejas de investigar. Mi señor me llevó hasta la loma en la que estaba la casa principal.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Benjamin señaló hacia el polvoriento camino que llevaba a las puertas principales.

—Jinetes, Roger. Y creo que son emisarios de mi querido tío.

Me puse la mano en la frente para hacer sombra y vi la nube de polvo blanco, un pequeño estandarte que flameaba al viento, los brillantes trajes de los jinetes y la figura que estaba al frente de ellos, toda vestida de negro. El corazón me dio un vuelco. El querido tío estaba empezando a moverse. Si enviaba a su secretario y consejero personal, el mago doctor Agrippa, es que tenía algún asunto sangriento entre manos.

Recibimos a nuestros visitantes en el amplio salón, recién pintado, recubierto de madera, escudos y armas de Shallot y de Daunbey. Los caballeros, un grupo de mercenarios de Wolsey, vestidos con el ropaje escarlata del cardenal, fueron conducidos a la despensa para saciar su sed y para que se comieran con los ojos a las sirvientas. El doctor Agrippa, vestido de cuero negro de pies a cabeza, se daba golpecitos en las piernas con el sombrero de ala ancha, a la espera de que los sirvientes trajeran vino blanco fresco y dulces. Sonreía todo el tiempo y se mostraba curioso al estudiarme con sus fríos ojos de color indefinido.

Un hombre extraño, Agrippa, ya lo he mencionado antes. Siempre se mostraba frío y, aunque hiciera mucho calor, nunca le vi transpirar. Era un mago de verdad, aunque a primera vista parecía un benévolo cura de pueblo: con su redonda y amable cara (tan dulce como la de un querubín), con su pelo negro bien cortado y esa sonrisa que casi le llegaba a las orejas. Nunca envejeció y, tras la muerte de Wolsey, tenía el don de aparecer en los lugares más insólitos.

Raleigh, el filibustero que aún ronda por los mares financiándose con mi oro, me dijo una vez que había visto a Agrippa cerca de Jamestown, en Virginia. ¡Cómo llegó hasta el Nuevo Mundo sólo Dios lo sabe! Un espía aseguró que estaba en Madrid y años más tarde en Solimán, vislumbré su cara entre la multitud mientras yo era conducido a través de las inmundas calles y callejuelas de Constantinopla. Le vi tan sólo una vez, en la corte, y quince años más tarde apareció en Burpham con un aspecto tan joven y fresco como el que tenía cuando yo era joven. En una ocasión le pregunté cuál era su secreto. Se limitó a sonreír y me avisó de que María, reina de Escocia, presa en Fotheringay, estaba planeando la muerte de Isabel; y entonces desapareció.

Agrippa era un mago que tenía el don de predecir el futuro y una vez me dijo que moriría de manera inesperada; ésta es una de las razones por las que no pierdo de vista a mi ridículo y asqueroso capellán. Un hombre extraño. A lo mejor Agrippa es

el judío errante, condenado a vagar por la faz de la Tierra para siempre. Una vez pregunté a unos cuantos rabinos judíos acerca de esa leyenda. Me miraron con recelo y sacudieron la cabeza.

(A propósito, me gustan los judíos. Me recuerdan a los irlandeses. Les encanta el debate, el honor, la familia y tienen un retorcido sentido del humor. Ciertamente, he publicado un tratado en el que argumento que los irlandeses son en realidad la tribu perdida de Israel. La conclusión principal de la obra es la siguiente: cuando Moisés y Aarón salieron de Egipto, situaron a todo el grupo detrás de la columna. Después de que los israelitas cruzaran el mar Rojo, el grupo de atrás se extravió y terminó en Irlanda. Muy interesante, deberíais leerlo).

En aquel lejano y soleado día, sin embargo, a Agrippa le preocupaban asuntos más graves. Esperó hasta que Benjamin hizo salir a los sirvientes del salón y luego se sentó en una silla de respaldo alto ante la chimenea vacía. Cuando pasó ante mí sentí su extraño perfume, como si un precioso unguento estuviera calentándose al fuego. Sus ojos cambiaban de color y eso hacía que tuviera una mirada negra, marmórea, y la sonrisa fue desapareciendo de sus labios. Miró fijamente a Benjamin y luego a mí; bebió un poco de vino y mordisqueó un pedazo de mazapán.

—Dios Santo, ¡sentaos! —dijo suavemente mostrándonos las sillas vacías. Estiró y se alivió el cuello para combatir la rigidez tras la larga cabalgata—. Ya han empezado —murmuró.

—¿El qué? —preguntó Benjamin.

—I as muertes —replicó Agrippa—; el Topo ha salido —sacó la mano y extendió los dedos—. Cada hombre puede elegir diferentes caminos. El rey Enrique no es distinto. Podría ser el mejor monarca de Inglaterra, pero ha escogido ser el Topo, el Siniestro, el que inundará su reino de sangre.

—Doctor Agrippa —intervine—, sed más preciso.

—Lo seré. Dentro de dos días, Edward Stafford, duque de Buckingham, perderá su cabeza en Tower Hill.

Benjamin se quedó con la mirada fija y horrorizada e incluso yo, a pesar de mi ignorancia en política, quedé aturdimiento por la sorpresa. Stafford era el descendiente directo de Eduardo III, uno de los más grandes señores de Inglaterra, el hijo del duque de Buckingham que había intentado destronar a Ricardo III y que perdió su cabeza justo antes de que Enrique Tudor apareciera para matar al Usurpador en Bosworth.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber Benjamin.

Agrippa se encogió de hombros.

—Stafford siempre ha sido una espina clavada para tu tío —sonrió a Benjamin a modo de disculpa—. Siempre le ha llamado el arribista de Ipswich, un fantoche escondido tras el ropaje de un cardenal —cambió de expresión—. Hace unas

semanas, Stafford estaba en la corte, junto a Enrique y, como es costumbre, le ofreció al rey un cuenco de plata para que se lavara las manos. Cuando el rey terminó, Wolsey se enjuagó los dedos en el mismo cuenco. Stafford estalló de rabia y derramó el agua sobre las ropas del cardenal.

Agrippa dejó de hablar sacudiéndose los restos de polvo de sus pantalones negros. (¿No es extraña la manera en que los grandes hombres pueden perder la cabeza por un poco de agua?).

—Vuestro tío se puso furioso —continuó el doctor— y, chillando que se sentaría sobre las ropas de Stafford, salió de la estancia a grandes zancadas chorreando agua, lo que le hacía parecer aún más demente.

Yo me limité a bajar la cabeza y a dar gracias a Dios por no haber estado allí. La sola imagen del cardenal Tom andando como un niño tras haberse hecho pis en los calzones me tendría muerto de risa.

—¿Y el resto de la corte se rió? —preguntó Benjamin.

—Oh sí, a carcajadas. El palacio temblaba por la hilaridad. Y Stafford aún empeoró la situación, porque al día siguiente apareció vestido con un jubón y unas calzas y, cuando el rey le preguntó la razón, contestó que no quería que el cardenal se sentara sobre sus ropajes —Agrippa extendió las manos—. La hilaridad aún fue peor.

—Mas a un hombre no le cortan la cabeza por mofarse de un cardenal —contesté—. Si así fuera, Enrique se quedaría sin súbditos.

Benjamin sonrió irónicamente ya que, aunque él sentía un gran afecto por su poderoso tío, era realista sobre aquel vasallo que con su brillante cerebro había llegado a ser cardenal y canciller de Inglaterra.

—En fin —Agrippa se acercó como si sospechara que había espías entre las maderas—, ya conocéis a vuestro tío, señor Daunbey. No permite insulto alguno y siempre ha odiado a Stafford. Mi señor cardenal siempre ha creído que la venganza sabe mejor si se sirve fría.

»A pesar de mis consejos, empezó a jugar con las pesadillas secretas de Enrique —Agrippa se miró las uñas de los dedos por un momento—. Es la misma historia de siempre —murmuró—, las mismas palabras y el mismo tono. Enrique es hijo de Isabel de York pero su padre era Enrique Tudor, un simple granjero galés. El reformador alemán, Martín Lutero, lo ridiculiza llamándole públicamente Enrique el Hacendado. El rey siempre ha tenido miedo de los que, como Stafford, tienen méritos para acceder al trono. Ahora —continuó Agrippa— los Tudor tienen ansia de dinastía. El padre del rey bautizó a su hijo mayor con el nombre de Arturo, con la intención de que su origen galés recordara a las leyendas y su familia fuera relacionada con el Arturo de la mesa redonda. ¿Conocéis esas leyendas?

Moví la cabeza.

—Por supuesto que no, yo no soy un erudito.

—Bueno —se acarició la barbilla—, hay una leyenda que cuenta que después de la muerte del gran Arturo, cada vez eran más las profecías al oeste del país. Unas profecías que decían que un día Arturo volvería, que vendría cabalgando por el sol naciente para arreglar todos los entuertos. El Avaro quería que su familia representara esta leyenda de Arturo, pero su hijo mayor murió, y ahora el rey es Enrique *el Gordo* y el sueño o pesadilla de los Tudor continúa.

—Oh, ¡vamos! —interrumpí yo—, ¿no estaréis diciendo que nuestro noble Enrique tiene miedo de que aparezca un mítico rey cabalgando hacia Westminster con los caballeros de la mesa redonda?

Agrippa entrecerró los ojos.

—¡Por supuesto que no! Tiene miedo de la casa de York, de los Plantagenet, ¡de los que pueden tener más derecho al trono que él! Y ya sabéis lo supersticioso que es. ¿Qué pasaría si Stafford o algún otro príncipe con sangre de los York en sus venas tuviera en su poder las sagradas reliquias? La espada de Arturo, Excalibur, o, aún peor, el Santo Grial, que estuvo en su mesa, el cáliz en que Jesús bebió en la última cena.

(No, no os riáis. Sé que vivimos en la época de la razón y del sentido común, pero en mis tiempos yo vi las más increíbles acciones: gente marchando tras una pieza de ropa o aquellos que creían que un pedazo de la verdadera cruz les protegería de las flechas y de las balas. ¿No es maravilloso cómo la gente cree lo que quiere creer?).

—No estaréis diciendo —manifesté en tono de mofa— que Buckingham encontró esas reliquias.

—Sí y no —replicó Agrippa—. Tras los insultos de Buckingham, la legión de espías de Wolsey se puso a trabajar. El cardenal se inventó la historia de que Buckingham estaba tramando algo contra el rey y deseaba conseguir esas reliquias sagradas para reunir fuerzas contra él.

—¡Pero eso es ridículo! —interrumpió Benjamin—. Creo saber que hace siglos hallaron el cuerpo de Arturo en Glastonbury, pero, según la leyenda, Excalibur fue lanzada a un lago y el paradero del Grial aún sigue siendo un misterio.

—Oh, pero Wolsey tenía una prueba —replicó Agrippa—. Sus agentes arrestaron a un monje benedictino, Nicolás Hopkins, que ahora está en la Torre. Hopkins es de Glastonbury y también es capellán del feudo de Santerre, Templecombe, en Somerset.

»Hopkins dice que sabe dónde están el Grial y la espada y que él se los ofreció a Buckingham. Según Hopkins, el duque planeaba utilizarlos para organizar una revuelta, destronar y ejecutar a Enrique y subir al trono.

—¿Y Buckingham se creyó toda esa porquería? —reí yo—. ¡Las divagaciones de un miserable monje!

—¿Y los Santerre? —preguntó Benjamin—, ¿también estaban implicados?

—No. Sólo fueron los anfitriones de Buckingham. El buen duque fue a Templecombe para encontrarse con Hopkins e intentó inducir a Santerre a la conspiración. Santerre rehusó porque los agentes de Wolsey ya se habían infiltrado en su hogar y en la comitiva de Buckingham. El buen duque —concluyó Agrippa— estaba realmente interesado en las reliquias: envió mensajes a su agente en Londres diciendo que cuando las tuviera en su poder, levantaría la revuelta.

—Aún hay más, ¿verdad?

Agrippa se frotó la cara con las manos.

—Sí, son más los que buscan el Santo Grial y la espada.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Los templarios —susurró Agrippa.

—¿Quiénes? —pregunté yo.

—Los templarios —continuó—, una orden secreta fundada en el siglo XII para defender Tierra Santa. Adquirieron vastas posesiones en Inglaterra y Francia: castillos, tierras y feudos. También obtuvieron conocimientos secretos y poseyeron reliquias sagradas tales como el sudario con el que Jesús se cubría, el paño que enjugó su cara camino del calvario y, según la leyenda, el Santo Grial y la espada Excalibur.

—Y entonces —dijo Benjamin—, ¿qué tiene que ver todo esto con nosotros?

(Oh, mi señor era tan inocente... Yo casi adivinaba lo que iba a venir).

—Su majestad el rey y mi señor el cardenal quieren que vayáis a Somerset, que encontréis el Santo Grial y la espada Excalibur y, si es posible, que exterminéis a los templarios.

—¿Todavía existen? —pregunté.

—Oh sí —Agrippa se rascó un lado de la cara—, aún no he terminado la historia. El viernes 13 de octubre de 1307 los templarios fueron perseguidos por toda la cristiandad; fueron torturados y los mataron acusados de idolatría, sodomía y magia negra. La mayoría murió en la hoguera o en la horca. Estos templarios están convencidos de que el Grial y la espada no deben caer en manos de Enrique porque lo ven como la encarnación del demonio.

(Muy perspicaces, pensé yo).

Agrippa se aclaró la garganta.

—Tenemos pruebas de que algunos miembros de la casa de York son miembros de esta orden secreta. Hopkins, con toda certeza, lo es, y es muy posible que Buckingham lo sea también.

—¿Y nuestro noble rey se cree todo esto?

Agrippa hizo una mueca.

—Hopkins ha confesado, Wolsey informó al rey y Stafford ha hecho bien poco para ayudar a su causa. Fue arrestado en el Puente de Londres y llevado a la Torre. Ni

ha negado ni ha confesado las alegaciones de Wolsey.

El doctor juntó los dedos de las manos.

—Buckingham también ha sido bastante estúpido, porque comentó la traición a su hermana, lady Fitzwalter, en la privacidad de su propia casa.

Benjamin sonrió brevemente y se dio cuenta de lo inteligente que había sido el cardenal: Enrique había seducido a la hermana de Buckingham y el duque estaba furioso al ver que él la trataba como si fuera una furcia. Wolsey aprovechó la situación, y sometió a la desventurada mujer a un consejo privado, poniéndola bajo juramento y haciendo que confesara lo que él podía fácilmente cambiar.

—Entonces, ¿qué sucedió? —preguntó Benjamin.

—Buckingham fue juzgado en Westmister Hall, ante un jurado compuesto por sus iguales y presidido por el duque de Norfolk. La sentencia fue inevitable: debía ser llevado entre rejas al lugar de ejecución donde se le ahorcaría, se le cortarían los genitales y se los quemarían, se le arrancarían las entrañas ante sus ojos y también se las quemarían, le golpearían la cabeza y su cuerpo sería descuartizado y dividido según la voluntad del rey.

—¿Estáis seguro de que el rey no se apiadará de él?

—La reina Catalina se arrodilló ante él y le suplicó que perdonara la vida al duque. El rey estuvo en cama durante tres días a causa de una fiebre, pero la única concesión fue que Buckingham sólo perdería la cabeza. El resto de las indignidades han sido canceladas. Morirá dentro de dos días.

—Cuando llegasteis, ¿dijisteis que las muertes habían comenzado, que el rey Enrique era el Topo? —le interrogué.

Agrippa me miró fríamente y recordé sus palabras muchos años después; la mente del rey estaba realmente enferma.

—¿No lo veis, Roger? —susurró—. Si Enrique puede matar al más igual en alcurnia y poder, ¿quién estará a salvo? Las cortes de Europa ya han mostrado sus protestas. El rey de Francia ha ridiculizado abiertamente al cardenal, declarando que el perro del carnicero ha destruido al hombre más justo de la cristiandad.

Por supuesto, Agrippa tenía razón. Enrique estaba tan loco como una cabra: estaba obsesionado con revueltas y traiciones y no toleraba oposición alguna. Cuando murió, se decía que había sido responsable de al menos sesenta mil ejecuciones. ¡No me cuesta creerlo! Estuve con el gordo bastardo mientras envejecía. No olvidaré nunca sus mejillas rechonchas y aquellos ojos de cerdo demente. La ulceración de su pierna, que apestaba como una letrina, y la sífilis que le atacaba al cerebro le convertían en la encarnación del diablo...

Benjamin se levantó y volvió a llenar nuestras copas.

—O sea que las muertes han comenzado —murmuró—. Buckingham va a morir y mi querido tío nos necesita.

Agrippa cruzó las manos en su regazo. De nuevo sufrió uno de esos cambios de humor: dejó de ser el sombrío profeta para convertirse en un amigable pastor en busca de consejo y ayuda.

—Tenéis razón, señor Benjamin —dijo suavemente—. Buckingham va a morir y no hay nada que nosotros podamos hacer pero, por supuesto, no podemos olvidar la confesión del señor Nicolás Hopkins. Vuestro tío os necesita en Londres. Ha dado órdenes expresas de que presenciemos la ejecución de Buckingham.

(Oh Dios, pensé, ya estamos otra vez; ¡sangre y más sangre derramada, y el pobre Shallot en medio de todo!).

—Y después, ¿qué? —preguntó agudamente Benjamin.

—Hemos de interrogar de nuevo al señor Hopkins y descubrir algo más sobre sus misteriosas revelaciones.

—¡Pero habéis dicho que el hombre está loco!

—Oh, sin duda lo está, pero eso no tiene por qué hacer que su confesión sea falsa.

—¿Creéis que Buckingham cometió traición? —quise saber.

Agrippa sacudió la cabeza.

—No, pero el problema, señor Shallot, tiene dos caras. Buckingham va a morir y punto final. Hopkins, en cambio, era el portador de los mensajes. Debe de haber recibido instrucciones, pero ¿de quién?

—Y mi tío —concluyó Benjamin— está decidido a descubrir la verdad.

—¿La verdad, señor Benjamin? ¿Cuál es la verdad? Pilatos me hizo la misma pregunta y yo no supe responderle.

Agrippa sonrió como si la broma hubiera sido compartida y recorrió el borde de su capa con los dedos.

—Ya basta —murmuró—, hemos de salir para Londres.

Capítulo 2

Benjamin, a desgana, accedió a partir para Londres de inmediato y dejó de lado mis objeciones. Me fui a mi habitación sintiéndome como un niño que debe irse a estudiar y, de mal humor, empecé a meter ropas y otros enseres en las alforjas. Benjamin entró al poco tiempo en la habitación y se quedó de pie, de espaldas a la puerta cerrada.

—Roger, lo siento, pero no tenemos elección. Recuerda el juramento que realizamos: hemos de ser los hombres del cardenal en tiempos de guerra y en tiempos de paz —hizo un movimiento con la mano—. Todo lo que tenemos procede de él.

—Si el duque de Buckingham puede perder su vida y sus posesiones —grité—, ¿qué les pasará a quienes tengan menos influencias?

Benjamin se encogió de hombros.

—Tan sólo podemos vivir los días tal y como van viniendo.

—¡Ay, y si el cardenal está decidido, ya no nos quedará mucho tiempo para nosotros!

Acabamos de recoger; los mozos de las cuadras trajeron caballos ensillados y mulas. Benjamin dejó estrictas instrucciones a Barker, y hacia el final de la tarde galopábamos hacia el sur. El sol murió aquel día y el invierno llegó con prisas. ¿Quién dice que las estaciones no son premonitorias de lo venidero?

Agrippa estaba tranquilo, o más bien hablaba solo en una extraña lengua que yo no comprendía, mientras que a su alrededor, el mejor grupo de pájaros carroñeros que podríais encontrar se mantenía a una distancia prudente. Aquella noche nos detuvimos en un priorato. Agrippa era aún mala compañía, luchando contra sus propios problemas. Sólo una vez hizo una tregua y, mirando al desierto refectorio, anunció:

—Aún hay más, ¿sabéis?

—¿Qué queréis decir? —preguntó Benjamin.

Agrippa sacudió la cabeza.

—Aún hay más —repitió—. ¡Oh, cómo se entrega este mundo a las mentiras!

(Encontraréis esta frase en las viejas obras de Will Shakespeare).

El tiempo siguió empeorando pero, la mañana de nuestro segundo día fuera de Ipswich, dejamos la abadía de Waltham y llegamos a la carretera de Mile End que, entre caseríos, nos llevó a East Smithfield. El gentío de las calles era cada vez peor. No sólo te cruzabas con los habituales tunantes y vendedores ambulantes con sus carretillas o con los clérigos buscando un penique fácil y una cama blanda (¡me encanta ver a mi capellán cuando se incomoda!), sino que las calles estaban llenas de gente normal que se dirigía hacia Tower Hill para presenciar cómo se desangraba uno de los grandes.

Giramos hacia el norte, hacia Hog Street; pasamos ante la iglesia de Nuestra

Señora de la Gracia y divisamos uno de los grises torreones de la Torre entre el denso gentío que se apiñaba alrededor de Tower Hill. Creedme, todo Londres estaba allí. No había ni un sitio libre entre la Torre y el Puente de Londres.

A menudo me pregunto por qué le gusta tanto a la gente presenciar ejecuciones. ¿Qué diversión se encuentra en ver cómo un hombre pierde la cabeza o las pelotas? Se lo pregunté a Agrippa.

—Somos asesinos natos —murmuró—. Sentimos atracción por la muerte. Y si nuestro querido Enrique continúa por el mismo camino, nuestros apetitos quedarán satisfechos gracias a las ejecuciones y al derramamiento de sangre.

Utilizamos recomendaciones y espadas para abrirnos camino entre los que nos rodeaban hasta llegar ante la plataforma forrada de negro, en la cumbre del montículo, rodeada de soldados de la guardia. En la plataforma, de brazos cruzados, esperaba el ejecutor enmascarado de rojo. Detrás de él, su ayudante (vestido de cuero negro de pies a cabeza, con un par de cuernos) sostenía la gran hacha de dos filos cerca del lugar de ejecución. Un cura murmuraba plegarias mientras los oficiales susurraban y esperaban expectantes entre el mar de caras que les rodeaban.

A primera vista, una escena bastante tranquila; pero dejad que Shallot os diga algo: años más tarde (y sí, ésta es otra historia) tuve que poner la cabeza en ese lugar, levantaron el hacha, y el perdón no llegó hasta el último minuto. Os lo puedo asegurar, la espera es peor que la muerte misma. El pedazo de madera apesta a sangre y todo lo que te rodea es una parafernalia de muerte violenta: la tela para recoger la sangre que te sale del cuello, la cesta para la cabeza, el ataúd de olmo para el torso, y el cuchillo por si hay que cortar un tendón o un músculo rebelde. Posiblemente sea rápida, pero es una muerte terrible. Cuando María, reina de los escoceses, fue decapitada, los párpados y los labios se le siguieron moviendo durante al menos un minuto después de que la cabeza dejara el cuerpo. Y no os penséis, el verdugo de Fotheringay no ayudó demasiado: como no se dio cuenta de que la reina llevaba peluca, la cabeza se cayó al suelo y rebotó como si fuera una pelota.

He visto otras ejecuciones, pero ninguna fue tan ceremoniosa como la de Buckingham. Agrippa cerró los ojos, estoy seguro de que dormía, y Benjamin, con la cara pálida, miraba fijamente bajo la plataforma. Le seguí la mirada y descubrí unas pequeñas sombras oscuras que se movían.

—¿Quiénes son? —pregunté a uno de los guardias.

—Enanos —replicó el hombre entre dientes—. Compran los derechos al alcalde. Cuando la cabeza se separa del cuerpo, la sangre sale a borbotones y traspasa las maderas. Ellos la recogen con sus paños y luego los venden como reliquias de los momentos célebres —el hombre se giró y escupió por encima del hombro—. Me consta que hay muchos compradores.

La espera continuó; la muchedumbre estaba cada vez más exaltada. Los

vendedores deambulaban vendiendo dulces, trozos de manzana y hasta unas pretendidas copias de la llamada «última confesión» de Buckingham. Bebidas hechas con agua, con sus frascos, anunciadas a gritos para que las compraran; niños que chillaban montados sobre los hombros de sus padres. Los más grandes de las tierras, lores y ladies con sus caballos que se abrían paso para tener mejores vistas. Todos empujaban y daban codazos, y algunos dejaban escapar su violencia contra un ladronzuelo que fue cogido con las manos en la masa. Por poco lo despedazan antes de que el hombre del alguacil lo echara de allí.

De repente, el cielo se oscureció y grandes nubes grises ennegrecieron el Támesis. La gente las veía como un presagio divino, el disgusto de Dios ante la muerte de Buckingham; los insultos contra el cardenal cada vez eran más claros, y la fría lluvia nos empapó hasta los huesos.

Pasó la tormenta y, mientras las nubes se desgarraban, oímos un ruido procedente de la multitud que estaba junto a la Torre. Apareció un grupo de jinetes encabezado por los alguaciles y el alcalde. Rodeaban a un hombre alto, de pelo caoba, con la cara tan pálida como la camisa de cuello abierto que llevaba bajo la capa escarlata. Agrippa nos susurró que se trataba de Buckingham.

Los jinetes se acercaron al patíbulo, desmontaron, y Buckingham subió los escalones, tranquilo y calmado como si, en vez de disponerse a pasar a mejor vida, fuera a pronunciar un sermón. Se arrodilló ante el capellán, que le echó una precipitada bendición, intercambió unas palabras con los alguaciles y se situó en el patíbulo ante todos nosotros. Sin embargo, en el momento en que empezó a proclamar su inocencia, el viento sopló llevándose las palabras de su boca.

Embutido entre la gente que me rodeaba, miré la línea de soldados. Me llamó la atención un hombre alto, de cara morena, con el pelo negro como la noche y con la nariz curvada como la de una águila. Pero lo que hacía que él y su compañero de pelo rojo fueran tan singulares era que ambos vestían de negro de pies a cabeza.

Mi atención se volvió entonces hacia una joven dama que se tenía en pie junto a aquellos dos cuervos. No tenía puesta la capucha de la capa, dejando ver así su pelo negro azabache, su alta frente y su resplandeciente y bello rostro. Debió de notar mi interés porque me lanzó una mirada y aquellos luminosos ojos negros atravesaron mi corazón. Movié su capa ligeramente y vi que vestía un traje de seda ámbar. Sacó una enjoyada mano y vi la pura espuma de lazos en su cuello y en sus mangas y el brillo de una pequeña salpicadura de diamantes adosados a su corpiño y a la amplia banda de terciopelo ámbar que sujetaba su hermosa cabellera. Sonrió (aunque igual fue fruto de mi imaginación) y se giró para hablar con un hombre alto, de pelo rubio, rostro rubicundo y el robusto cuerpo de un saludable terrateniente. El hombre tenía el brazo alrededor de una mujer de faz pálida y cabellos oscuros, y como la multitud se inquietaba, ella acercaba más su cuerpo contra el suyo, temblando de horror ante lo

que iba a acontecer.

—¿Quiénes son? —pregunté a Benjamin, que, al igual que Agrippa, parecía haberse quedado dormido de pie.

Movió la cabeza pero Agrippa siguió mi mirada y respondió:

—El hombre rubio es sir John Santerre, señor del feudo de Templecombe, en Somerset. La frágil dama es probablemente su esposa.

—¿Y la joven belleza? —quise saber.

—La hija de Santerre, Raquel.

—¿Por qué están aquí? —susurré.

—Han venido a Londres para rendir cuentas y redimir sus culpas. Por orden del rey, sir John y su familia deben presenciar la muerte de Buckingham.

—¿Por qué?

—Tranquilo, ya lo sabréis.

La expresión de Agrippa se endureció al ver a los hombres de negro que rodeaban a los Santerre.

—Antes de que preguntéis, señor Shallot, el hombre tan negro como Satán es sir Edmund Mandeville, su compañero pelirrojo es el señor Geoffrey Southgate y por algún sitio deben de rondar sus dos siniestros secretarios, Cosmas y Damien.

Entonces incluso mi señor se incomodó.

—¿Quiénes diablos son? —susurré con voz ronca—. ¿Qué significan para vos, señor?

—Son los *agentes in rebus* —continuó Agrippa.

Se me heló la sangre. Había oído hablar de aquellos desagradables hombres, bastardos sin piedad, espías y asesinos profesionales del cardenal. ¿Lo veis? Benjamin y yo somos los emisarios de Wolsey, nos dan esto o lo otro, pero los *agentes in rebus*, literalmente «hacedores de cosas» eran, los espías personales del cardenal.

Incluso en mis visitas a la corte había oído hablar de Mandeville, que trabajaba como una araña tejiendo telas para cazar a los enemigos del rey. Y si no daba con la prueba definitiva, la inventaba. Sus agentes podían aparecer en cualquier parte, se disfrazaban de lo que desearan: pacotilleros, saltimbanquis, incluso de «gentes de la luna», que deambulaban por las calles con sus llamativos vagones pintados. Ahora todos los reyes tienen su servicio de espionaje: los franceses tienen a los «luciferi», o «poseedores del fuego»; los turcos otomanos, a los «jardineros»; el duque de Venecia, a «los secretissimi» y Enrique de Inglaterra tiene a sus *agentes in rebus*. Fueron fundados por el cardenal Morton, jefe de ministros del padre del rey, y aún hoy florecen, son los más secretos sirvientes de la corona. Algunas veces viven durante años haciendo el papel de simples sirvientes, amantes, incluso de hermanas o hermanos. Pero cuando llega la hora, si vuestra cabeza ha de rodar, harán que existan

pruebas suficientes.

—¿Están metidos en este asunto? —murmuré.

Agrippa hizo un movimiento con la mano y dijo: «Claro, por supuesto». Dejó de hablar porque Buckingham estaba dando unos pasos hacia atrás, alejándose de su ejecutor y de repente hizo una cosa extraña. Vino hacia nosotros y, apoyándose en la balaustrada de madera, me miró directamente, después miró a Agrippa y finalmente a Benjamin. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero claros y brillantes.

—Soy inocente —dijo con voz ronca, tan sólo oí sus palabras levemente—. Antes de una hora, pasaré a mejor vida, ¡pero soy inocente! —señaló directamente a Agrippa—. ¡Recordadlo!

Por algún sitio se oyó sonar un tambor. El soldado empezó a empujar a la multitud para que se retirara, y tuvimos así una mejor vista de lo que acontecía. Buckingham, una vez más, se arrodilló a los pies del capellán. El ejecutor se arrodilló ante él pidiéndole el habitual perdón y los honorarios de costumbre. (¡Es una cosa que nunca he entendido! ¿Cómo pueden decir que lo sienten y entonces cortarte la cabeza, al mismo tiempo que te piden que les pagues? Muchos años después, cuando me llevaban al patíbulo, le dije al bastardo que se fuera al cuerno, ¡y que se perdiese por aquellos parajes!).

Finalmente Buckingham se arrodilló ante su ejecutor. Un hombre le recogió el pelo, pero el duque se negó a que le taparan los ojos. Se inclinó, giró ligeramente la cabeza y extendió las manos, moviéndolas como un pájaro herido antes de caer. El tambor sonó más fuerte, el hacha de dos cantos se levantó trazando un brillante arco y cayó con un ruido seco que sonó como un trueno. Un brillante chorro de sangre salió disparado. La multitud, que hasta entonces había guardado un silencio sepulcral, observaba la sangre correr y a los enanos que, bajo el patíbulo, estaban ocupados. El ejecutor cogió la cabeza de Buckingham y fue hasta el borde del patíbulo.

—¡Así mueren los traidores! —gritó.

Miré hacia otro lado. Benjamin se había girado de espaldas.

—¡Así mueren los traidores! —repitió el ejecutor.

—¡Vete al cuerno! —gritó una voz.

—¡Te has equivocado de cabeza! —chilló otro—. ¡Tenías que haber decapitado al hijo del carnicero!

Los gritos estridentes se hacían cada vez más fuertes mientras se empezaba a arrojar fruta podrida y desperdicios al patíbulo. Los soldados empezaron a irse y la multitud fue dispersándose.

—¡Vamos, Agrippa! —dijo Benjamin.

El mago se movió y miró a su alrededor.

—Sí, sí, es hora de irse.

Nos fuimos abriendo camino hacia Tower Hill siguiendo el muro hasta que

entramos a la fortaleza por Water Gate (mi capellán está interrumpiéndome. Sí, sí, el enanillo tiene razón: las generaciones posteriores la llamaron Traitors' Gate, la Puerta de los Traidores. ¡Menuda procesión pasó por allí! Ana Bolena, desafiante hasta el final; Tomás Moro, que iba haciendo bromas; John Fisher, que pasó rezando; Catalina Howard, mofándose de las habilidades sexuales de Enrique. Oh, a propósito, tenía razón, ¡no era demasiado hábil! Dancé entre las sábanas de la joven Kate y nos reímos a carcajadas de las torpezas de Enrique. Fue asesinada en el patíbulo, pero esa es otra historia).

En la Torre, los soldados estaban en posición de firmes protegiendo el muro y vigilaban tras las puertas por si se levantaba una revuelta. Dirigidos por Agrippa, anduvimos entre las torres hasta que llegamos a Wakefield; la que el populacho llama ahora «Torre sangrienta».

—¡Vamos! —ordenó Agrippa.

Abrimos la puerta tachonada que había en la parte baja de la Torre sangrienta y nos dirigimos hacia una habitación sin ventanas iluminada por unas antorchas humeantes sujetas al muro. Al principio no se veía bien y tan sólo oíamos el murmullo de unas voces y el crujido de las cuerdas, hasta que mis ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad. Vi que mi señor respiraba con dificultad y al mirar a través de la penumbra, descubrí a las figuras medio desnudas y cubiertas de sudor, agrupadas alrededor de «la hija del duque de Exeter», el nombre popular que se había dado al potro de tortura que el duque de Exeter había introducido en Inglaterra para aflojar las lenguas y llegar a la verdad, como dicen tan finamente los políticos.

El pobre hombre que estaba siendo estirado iba medio desnudo, con tan sólo un taparrabos. Vislumbré un tenue pelo blanco y una figura delgada y demacrada que estaba tensada en el lecho del dolor, con los pies y las manos atados en las esquinas. Los torturadores manejaban una rueda y cuando la hacían girar, la cama se estiraba aún más, haciendo crujir huesos, músculos y tendones.

Agrippa, escondido en las sombras, hizo señas al señor de torturas. El hombre, de pelo graso y barba descuidada, se acercó con andares de oso, el torso desnudo, reluciendo de sudor, y con unas raídas calzas que, metidas dentro de las botas, también estaban empapadas.

Sin embargo, resultaba obvio que era un hombre que adoraba su trabajo, porque sonreía amablemente entre su barba enmarañada.

—Aún no hay novedades, señor.

—¿Nada? —preguntó Agrippa.

—Sólo lo que os dije antes.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó Agrippa, manteniéndose aún en la sombra mientras Benjamin y yo contemplábamos atemorizados esa terrorífica escena. Creedme, si queréis ver el infierno en la tierra, contemplad cómo un hombre es

estirado hasta que brazos y piernas se resquebrajan, se desprenden de las articulaciones, el torso se alarga y las partes bajas se desgarran. Una vez me forzaron a presenciar la tortura de Nicholas Owen, el hermano jesuita causante del agujero de mi casa y de otras muchas casas del reino. Un astuto y sutil carpintero, el pobre Owen. Fue estirado hasta que su cuerpo se partió en dos y tuvieron que juntarlo con unas varas de acero para poder sacarlo y colgarlo. Dios, ¡en qué mundo más cruel vivimos! Al contemplar la tortura de Owen me desmayé, pero cuando vi la del señor Hopkins me quedé aterrorizado, como un conejo ante un armiño.

—¿Crees que el señor Hopkins sabe algo? —preguntó Agrippa.

—Sí y no —replicó el torturador—. Pero no nos lo dirá, está cerca de la muerte, señor. Ya no queda mucho tiempo.

Agrippa nos llevó hasta la luz del día.

—Quedaos aquí —ordenó.

Subió las escaleras principales de la Torre sangrienta, regresó con un montón de ropas entre sus manos, y luego volvió a entrar en la cámara de tortura. Benjamin y yo nos sentimos como dos niños expulsados de clase.

—¿Y ahora qué, señor? —quise saber.

—¡Silencio! —susurró—. Nos están mostrando las primeras escenas. Estoy seguro de que mi querido tío pronto nos revelará el argumento de la obra. —Señaló hacia la cámara de tortura—. ¡No puedo soportar tal crueldad! Es posible que Hopkins sea un traidor, pero no hay ninguna necesidad de esto.

La hierba aún estaba húmeda por la tormenta, por lo que me llevó hasta un banco de madera próximo a la pequeña plaza empedrada.

—¿Sabes, Roger —susurró al sentarnos—, que la ley inglesa prohíbe semejantes torturas?

(Bueno, me entraron ganas de reír, aún me apetece cuando lo recuerdo, porque el gordo de Enrique, el endiablado bastardo, creía que había que torturar a todo el mundo. Cuando quería mandar a su segunda reina al patíbulo, el músico Mark Smeaton fue torturado hasta que confesó que había cometido adulterio con ella, ya que se le prometió una muerte rápida si acusaba a la pobre Ana).

Miré al empedrado de la plaza tras de mí y vi una pequeña y deslustrada mancha en el centro.

—¿Qué es eso, señor?

Benjamin arrastró los pies.

—Ahí es donde mueren los príncipes —murmuró—. Cuando la persona es demasiado importante para ser un espectáculo para el pueblo, se monta un patíbulo aquí y se cortan las cabezas.

Extraño, ¿verdad? Ahí estaba yo, sentado en la plaza en que Ana Bolena, que se trajo a su propio ejecutor de Calais, puso el cuello para que se lo cortaran; igual que

Catalina Howard, que se pasó la noche anterior practicando la pose para la ejecución. Aquí murieron el pobre Tomás Moro, el viejo Fisher, Margarita, la condesa de Salisbury y sus tres hijos; ¡en fin!

Benjamin estaba inmerso en sus pensamientos y yo miraba a mi alrededor medio preguntándome lo que nos iba a suceder, cuando entraron un ataúd de madera por la muralla. Los dos portadores cotilleaban y reían entre ellos.

—¿Qué lleváis ahí, amigos? —pregunté.

Los hombres sonrieron, bajaron y manearon a los caballos.

—¡La mitad del conde de Stafford! —dijo sarcásticamente uno de ellos. Al ver la mirada de estupefacción en mi cara, añadió—: Bueno, la cabeza aún está en el Puente de Londres y el resto —hizo un gesto hacia la pequeña iglesia de San Pedro ad Vincula, la capilla de la Torre—, el resto irá a parar debajo de esas piedras, como los demás.

Se alejó porque un oficial y un grupo de soldados se apresuraron a bajar del carro el ataúd abierto por un extremo y se lo llevaron por el sendero de piedras hasta la oscura capilla. ¡Extraño sitio, San Pedro! Todos los cuerpos de hombres y mujeres ejecutados en Tower Hill o en Tower Green yacían enterrados allí. Poca gente lo sabe, pero bajo la capilla existe un pasaje secreto o una galería y, años más tarde, tuve que esconderme allí. ¡Qué visión más tenebrosa! El suelo bajo la capilla está inundado de cuerpos sin cabeza, todos vestidos con los ricos ropajes con que murieron. Los ataúdes eran simples y pronto se rompían, por lo que tuve que abrirme paso entre los esqueletos de lord Hastings, Ana Bolena, De la Poles, Catalina Howard y Tomás Cromwell (¡astuto bastardo! Fui uno de los que lo arrestaron después de aquella cena en la Torre). ¿Os lo imagináis? Hundido entre los cimientos y el suelo de la capilla, un mar de cuerpos sin cabeza. Dios Santo, incluso hoy, cuando sueño en ello me despierto con sudores voceando por una copa de vino, por el gordo trasero de Phoebe y por las rollizas tetas de la joven Margot. ¡No lo dudéis, es cierto que la Torre está infestada de fantasmas!

Puedo decirlo, una vez estuve allí de noche visitando secretamente a la joven Isabel cuando la encarceló su hermana, María *la Sangrienta*. Las puertas se cerraron y me quedé sin poder salir, por lo que decidí esconderme detrás de un rosal que crecía a lo largo de la capilla de San Pedro ad Vincula. A la una de la madrugada me desperté, con el pelo y el cuello lleno de espinas. Me invadió un profundo miedo que me helaba el corazón y me retorcía los intestinos. Miré hacia arriba y vi una difusa luz azulada que salía de una de las ventanas; oí una extraña música. ¡Lo que os digo es cierto! Yo, Roger Shalot, que he visto el fuego fatuo sobre el pantano y que he presenciado los horrores que acechan en los páramos solitarios, me encaramé por los muros de San Pedro ad Vincula y observé por la ventana. Allí, en procesión fantasmal, una larga línea de figuras, incluyendo las de quienes habían muerto en la

Torre, se arrastraban en majestuosa procesión hacia el altar. Y si no me creéis, id allí, sentaos media hora en la capilla y sentiréis cómo los fantasmas os rodean.

Podéis creerme, aquel distante día de otoño estaba aún más aterrorizado porque no sabía lo que nos deparaba Agrippa. Creo que estuvimos allí sentados durante una hora, sumisos y bastante malhumorados, hasta que el doctor reapareció por fin por las escaleras vestido con hábitos de monje.

—Hopkins me lo ha dicho todo —murmuró mientras se sentaba entre nosotros como un tío benevolente.

—¿Qué queréis decir, señor? —dijo Benjamin— y ¿por qué razón vais vestido así?

—Bueno, oí su última confesión.

Benjamin se levantó lleno de sorpresa.

—Señor, ¡habéis engañado al hombre! ¡Lo que se revela en confesión es sagrado y vos no sois sacerdote!

Agrippa esbozó una benigna sonrisa.

—¿Quién os ha dicho que no soy sacerdote, Benjamin? —miró a mi señor directamente—. Además, no me interesan los pecados de Hopkins, sino sólo la información que podía darme. Tengo conocimientos de derecho canónico y eso no está protegido por el secreto de confesión.

Benjamin dio un soplido y volvió a sentarse.

—En cualquier caso, ¿qué reveló el señor Hopkins?

—Bien —Agrippa estiró sus cortas piernas—, en la opinión de Hopkins, el Santo Grial y Excalibur yacen aún en Glastonbury.

—¿Dónde? —pregunté yo.

—¡Ay! —dijo Agrippa mojándose los labios—. ¿Tienes una bota, Shallot?

—Sí, pero vacía está.

—En fin, habrá que esperar —sonrió y miró burlonamente a Benjamin—. Hopkins confesó, ya no le importaba. Otros templarios resolverán el enigma.

—¿Qué enigma?

Agrippa se echó para atrás y cerró los ojos murmurando:

Bajo las aguas del Jordán, el cáliz de Cristo descansa.

Y en el Arca de Moisés, la mejor espada.

—¿Qué significa eso, por Dios? —pregunté yo.

—Lo desconozco. Hopkins lo halló en una crónica secreta en la abadía de Glastonbury, y supongo que tendremos que dirigirnos para allá —dio una patada contra el hielo, miró al cielo bajo y murmuró—: Va a nevar. Va a caer nieve espesa y no va a tardar. Deberíamos salir de Londres con los Santerre a la mayor prontitud. La

nieve va a hacer que los caminos sean infranqueables.

—¿Nosotros? —grité yo.

—Sí. Bien —sonrió Agrippa—, al menos vosotros dos.

—¿Por qué no volvemos e interrogamos a Hopkins sobre lo que quería decir? —pregunté.

—No puedo preguntarle nada más a Hopkins.

—¿Por qué?

—Está muerto. Le corté la garganta —declaró Agrippa—. Fue por compasión, ¿qué más podía hacer? El hombre hubiera muerto antes de que se acabara el día y habría tenido que soportar aquella agonía, por eso le rajé el cuello —se levantó y, cuando se volvió, dejó volar su capa negra para cubrirse y sentí de nuevo aquel exótico perfume—. Tengo que beber —susurró con voz ronca—. Hay una buena taberna cerca de Tower Gate, se llama El Turco de Oro.

Cruzamos el prado y Agrippa desapareció en las habitaciones reales para quitarse el hábito; volvió tan alegre como siempre, dando palmadas y diciendo que le sentaría muy bien una copa de clarete. Estudié sus movimientos de hombre astuto, con sus sonrientes labios y sus ojos sin alma, y me prometí que jamás daría la espalda al doctor Agrippa.

Cuando llegamos a El Turco de oro, continuó representando el papel de excelente amigo, ordenando filetes de carnes, capón bañado en limón y una jarra de burdeos.

Tras saciar su apetito y aflojar su sed, se echó hacia atrás, con las manos sobre la barriga, semejando un gnomo ingenioso. Miró fijamente a mi señor, que había estado callado y contemplativo durante toda la comida.

—¿Os noto cierto recelo, señor Benjamin?

—Sí, señor, es cierto.

Agrippa hizo un gesto quitando importancia al asunto.

—Deberíais tenerlo, deberíais tenerlo... Pero ¿me seguís? Lo que habéis visto hasta ahora son tan sólo las presentaciones de la obra y lo que nos ocupa afecta al sino de reyes, al poder de la corona; habrá misterios, traiciones, intrigas y, como más tarde descubriréis, ¡sangrientos crímenes! —bebió un poco de vino y se relamió los labios—. Sí, seréis testigos de perversidades monstruosas —tomó un respiro—, nada que antes hayáis presenciado podrá comparársele.

Benjamin dejó caer su copa de vino ruidosamente sobre la mesa molestando a otros clientes, un grupo de tunantes que estaba escogiendo diversas reliquias que se disponían a vender en el cercano mercado de Smithfield.

—¿Por qué no nos lo contáis todo? ¿Qué tenemos que ver nosotros? —tartamudeé.

Agrippa extendió una mano.

—Todos los caminos llevan a Roma —murmuró—. Pero mientras lleguemos,

¿qué más da? El cardenal controla el juego, señor Shallot, y, aunque siempre lo negaré ante los demás, yo controlo al cardenal. Los acontecimientos deben desarrollarse tal y como hemos planeado, y yo estoy aquí para que así sea —levantó un dedo señalándonos y sonrió—. Vosotros dos estáis aquí para ayudarme y, al hacerlo, ganaréis fama y fortuna.

Sus últimas palabras tenían un matiz burlón y descubrí un brillo malvado en los ojos. Marionetas, no somos más que marionetas en la cuerda floja, pero ya conocéis a Shallot: cuando ha empezado a jugar, juega.

—Bien —continuó Agrippa—, escueto enigma, el de Hopkins:

Bajo las aguas del Jordán, el cáliz de Cristo descansa.

Y en el Arca de Moisés, la mejor espada.

—El río Jordán está en Palestina —murmuró Benjamin pensativo— y supongo que el Arca de Moisés se refiere al arca de la alianza, donde Moisés guardaba las Tablas de la Ley. Aunque ¡Dios sabrá dónde está! —bebió un poco de vino—. De una cosa estoy seguro, en Glastonbury no vais a encontrar ni una cosa ni otra; ¿por qué tenemos que ir allí?

Mi señor no estaba de buenas, le había afectado la muerte de Buckingham y la manera en que Agrippa había despachado a Hopkins. Así que ésta fue una de las raras ocasiones en que yo saqué las conclusiones.

—Han de estar en Glastonbury —afirmé—. Sea como sea, el río Jordán o el Arca de Moisés se refieren a algo de allí.

—¿Cómo llegas a esa conclusión? —preguntó Benjamin.

—Bueno, la escritura proviene de una crónica secreta de Glastonbury, el escribano debió de ser uno de los monjes de la abadía. Debió de escribir un enigma que sólo unos pocos entendieran, quizá los templarios allí refugiados. Es muy probable que el río Jordán y el Arca de Moisés se refieran a parajes de Glastonbury o de los alrededores.

Agrippa se inclinó hacia mí y me estrechó la mano.

—Shallot —murmuró—, es posible que tengas un ligero estrabismo en el ojo —efectivamente, lo tengo de nacimiento—, pero bajo esa astuta cara florece y se forma un sutil ingenio. El cardenal quedará complacido.

—Oh, la felicidad me embarga —me burlé—. ¿Y qué hay de las felonías y de los crímenes sangrientos?

—Ya falta poco —añadió con sonrisa satisfecha Agrippa—; dejad que las sombras se reagrupen.

Capítulo 3

Salimos de El Turco de Oro y bajamos hacia el río. El día se apagaba mientras la barcaza nos llevaba río abajo en dirección al palacio de Richmond. Benjamin se arrebujo en la proa, bastante sombrío y ausente. Agrippa, contento y satisfecho consigo mismo, me iba dando palmaditas por la perspicacia demostrada con el enigma de Hopkins.

El remero superó el meandro del Támesis y pasamos por delante de Westminster. El desembarcadero estaba repleto de diferentes barcos atracados: carracas de Venecia, fuertes queches del Báltico y barcos de pesca que se preparaban para la noche de trabajo. Un paisaje bastante hermoso para un paseo por el río en una tarde de finales de otoño.

Agrippa, disfrutando de la paz de la escena, nos sonrió con seguridad. Creedme, si hubiera sabido entonces lo que nos esperaba —los fuegos misteriosos, la mano de la Gloria, la capilla encantada, la maldición de la bruja—, me habría tirado por la borda de la chalana y hubiera nadado hasta la orilla para salvar mi vida.

Mi señor, empero, tenía otras preocupaciones más urgentes. Miró cansadamente hacia los torreones de la abadía de Westminster y, de repente, preguntó inquieto:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —contestó Agrippa.

—¿Por qué teníamos que presenciar la ejecución? ¿Y era realmente necesario que viéramos a Hopkins en el potro de tortura?

Yo me había hecho esas mismas preguntas, así que miré a Agrippa con atención. Se estaba mordiendo el labio y apartó la vista del banco. Sus ojos volvían a tener color: un color azul oscuro, en vez de aquel color claro, casi cristalino, que adquirían cuando Agrippa presenciaba actos de violencia o de sangre.

—Dentro de unos días —susurró el buen doctor— lo sabremos todo. Pero os digo una cosa: Buckingham era un loco, pero era inocente cuando murió —le miré sorprendido—. Sí —continuó—, es posible que fuera miembro secreto de los templarios, es posible que estuviera buscando el Grial y la espada de Arturo pero, según Hopkins, a Buckingham no le interesaba nada más.

—¿Y cuál fue la prueba de traición que el rey presentó en el juicio de Buckingham?

—La testificación de Taplow, agente de Buckingham en Londres. Y podéis estar seguros —Agrippa atisbó entre la espesa niebla— de que Buckingham no va a ser el único que pierda la vida con esta historia —miró fijamente a Benjamin—. ¿Conocisteis a Calcraft?

—Un poco.

—Bueno, era uno de los más fieles agentes de Mandeville: un buen hombre, un

sutil mensajero que podía averiguar los secretos mejor guardados y detectar cualquier trama contra la corona.

—Sí, sí, lo sé —replicó Benjamin—; conocí al señor Calcraft en una ocasión. Tenía la cara tan desabrida como la madera podrida y era especialista en poner palabras de traición en boca de otros. ¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Danzar con el diablo, probablemente —respondió Agrippa—. ¡Calcraft ha muerto! Le dieron garrote a un tiro de piedra de Richmond.

—Por lo que veo, los templarios podrían estar tomando represalias contra los hombres de Mandeville.

—Quizá. Calcraft fue una pieza clave para llevar a Buckingham al patíbulo. De todos modos, ya está muerto.

—¿Ésta es la razón por la que nuestro querido tío nos mandó llamar?

—Por supuesto. Mandeville tiene a otro agente, Warnham, que ya está investigando el caso de Buckingham, pero vuestro querido tío os quiere a vosotros.

—Y nuestra asistencia a la ejecución de Buckingham fue para que entráramos en calor...

Agrippa sonrió y asintió.

—El cardenal conoce bien la naturaleza humana —replicó—. Señor Benjamin, habéis estado perdidos en la calma y la paz de Ipswich, pero la muerte de Buckingham es un buen prelude de los horrores que nos pueden estar reservando.

Benjamin se reclinó en su asiento y cerró los ojos. Agrippa cambió de tema y animó la conversación con los chismes y los frívolos escándalos de la corte.

Llegamos a Richmond justo antes del anochecer. Un lugar extraño, aunque relativamente nuevo, ya que fue reconstruido en 1490 por el Gran Señor, el padre de Enrique *el Gordo*. En realidad, Richmond era una serie de torres y salones construidos alrededor de patios en los que había huertos y jardines. Los muros estaban cubiertos de entramados de rosas rojas y blancas para recordar a todos que los Tudor habían reunido lo mejor de los York y de los Lancaster. La obra del muro estaba ornamentada con tallas y símbolos extraños, gárgolas y estatuas, y cada torre acababa en una cúpula como la de las iglesias ortodoxas. En la más alta ondeaban las banderas de Inglaterra y los estandartes de Wolsey, señal de que el rey y su principal ministro se hallaban en la residencia.

Agrippa nos dejó con un sirviente que nos condujo a una habitación en una de las torres, bastante estrecha y pobremente amueblada con una simple cama y unos pocos enseres. De la pared colgaba un deteriorado lienzo que representaba la salida de Noé del Arca. Benjamin miró a su alrededor y sonrió.

—Parece que mi querido tío —declaró sarcásticamente— nos tiene tanta estima como siempre.

Vaciamos las alforjas y recorrimos los corredores, una rutina que insistía en

repetir siempre que llegaba a un lugar extraño. Es una de las reglas de oro de Shallot: cuando os encontréis en un lugar extraño o que no conozcáis, buscad de inmediato la salida más rápida, porque es posible que la necesitéis. (Tan sólo en una ocasión olvidé este axioma. Una joven noble me entretenía en su dormitorio y yo andaba tan interesado en ver sus medias doradas y su liga escarlata que olvidé comprobar si la ventana estaba abierta. Cuando su hermano regresó de manera inesperada, me encontré atrapado. No le recomiendo a nadie quedarse de pie en un armario húmedo durante tres horas mientras ratas peludas van y vienen entre tus pies desnudos para darte ligeros y hambrientos mordiscos. En fin, ¡es otra historia!).

Fuimos a la despensa, donde encontramos a un cocinero tuerto que se negó a darnos de comer, así que le di un golpecito al que se ocupaba del brasero, le ofrecí un penique y, mientras, le robé un capón bien dorado y una rebanada de pan. Cuando nos hallábamos en uno de los jardines comiendo lo que habíamos hurtado, apareció Agrippa metiendo prisas.

—¡Venid! ¡Venid! —ordenó y, casi sin parar; siguió andando con el mismo apremio. Benjamin y yo le seguimos, terminando con avidez nuestra comida. Agrippa nos llevó fuera de palacio hasta un descuidado jardín que, según vi, también servía de cementerio. En la parte trasera, cerca del muro, había un osario dilapidado y una pequeña habitación donde llevaban los cadáveres de los sirvientes que morían en palacio: los conducían hasta allí en el ataúd comunitario y los liaban en una lona barata.

Agrippa empujó la puerta, cogió una yesca y alumbró una vela mientras murmuraba. En una losa de piedra baja, en el centro de la estancia, yacía el cuerpo de un hombre tapado con una tela barata de color marrón, empapada y cubierta de lègamo del río. Le habían quitado las botas y se le salían algunos dedos por las medias rotas. Era joven y tenía una mata de pelo castaño rojizo cubriéndole la cabeza, pero su cara tenía un aspecto asqueroso, casi irreconocible: su piel había ennegrecido, le salía la lengua por un lado de la boca y los ojos estaban desorbitados. Presentaba marcas de mordeduras en las mejillas, posiblemente de lucios u otros peces de río. Sin embargo, lo que más llamó mi atención fue el tirante cordoncillo que tenía alrededor del cuello y la barrita que habían utilizado para apretarlo, que aún pendía del nudo. Eché una mirada, me giré y vomité casi todo el capón.

—¿Quién es? —susurró mi señor.

—John Warnham —replicó Agrippa—. A Calcraft lo asesinaron de la misma manera.

Benjamin, que parecía tener un estómago de hierro, se arrodilló y examinó cuidadosamente el lazo escarlata.

—Parece el ribete de una capa —comentó. Estudió el nudo. Le observé intentando no mirar aquella negra y grotesca cara.

Benjamin se levantó sacudiéndose el polvo de las rodillas, salió y se quedó en el jardín oscuro. Agrippa y yo le seguimos.

—¿Cuándo le han encontrado?

—Esta mañana, a primera hora, en uno de los viveros de carpas cercanos al río.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

—Desapareció hace dos días.

—Quienquiera que lo hiciera —replicó Benjamin— era un experto con el garrote —se acarició su propia garganta y esbozó una sonrisa a medias—. Ten cuidado con el garrote, Roger; el más hábil de los asesinos, y podría ser incluso un niño, podría rodearte el cuello con el lazo y arrancarte el suspiro de la vida en unos segundos. ¿Lo sabías?

(Entonces no lo sabía y sacudí la cabeza, mas ahora sí lo sé. En uno de mis diarios os contaré lo que me sucedió con los sobornos al Eunuco Negro, que era el señor del harén de Constantinopla. Un lugar terrible con paredes de mármol, copas de oro, perfumados jardines y muertes silenciosas. A los turcos no les gustan las ejecuciones públicas; prefieren la actuación de un grupo de sordomudos apodados «jardineros», que llevan siempre encima lazos de color escarlata. Si un hombre o una mujer disgusta al sultán, se da la señal, los «jardineros», aparecen y proceden a estrangularlo en cuestión de segundos.

A veces puede tratarse de un mero capricho. En una ocasión, el visir —uno de los principales oficiales del sultán— decidió que ya estaba harto de su harén. Todas las muchachas fueron estranguladas; luego las metieron en sacos cargados de piedras y los tiraron al Bósforo. Una tarde, cuando escapaba del palacio del sultán, tuve que saltar de la barca que me llevaba y bucear en las profundidades sombrías del Bósforo. A lo mejor no creeréis lo que os voy a decir, pero el fondo del mar estaba cubierto de sacos con espeluznantes cargas, mujeres con el cuello atado dejadas a la merced de las corrientes. ¿Os lo imagináis? ¡Un mar de mujeres muertas dentro del mar! Veo que mi vicario se ríe con disimulo. Se cree que me lo invento todo. Nada más lejos de la realidad. Nado como un pez —antes tenía que nadar a menudo— y si mi vicario no me cree, lo llevaré a la charca más cercana para demostrárselo. En fin, parece que se ha tranquilizado, y tenéis razón, no dejo de hacer digresiones).

—¿Warnham era uno de los agentes del cardenal? —preguntó Benjamin.

Agrippa asintió y añadió:

—También lo era Calcraft. Pero ¿por qué los han asesinado? —continuó Agrippa sin esperar respuesta—. ¿Qué ganan ellos matando a los agentes?

—Debían de saber algo —repliqué.

Agrippa hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, creo que ya tenemos la información necesaria. Buckingham ha muerto, y Hopkins también.

Empezó a andar torpemente y volvimos a nuestras habitaciones.

Nos dejaron que los siguientes días los dedicáramos a nuestros asuntos. De vez en cuando, a lo lejos, veíamos a Wolsey con sus ropajes de seda escarlata y también le veíamos en los festines del salón durante la celebración de los suntuosos banquetes.

La Gran Bestia hacía sentir su presencia. El rey Enrique tenía un aspecto un poco más envejecido, pero continuaba siendo enorme, con su brillante pelo dorado, su barba y aquellos ojos de color azul ágata y mirada dura que parecían querer abarcarlo todo. Vestía jubones incrustados de joyas, pantalones plateados y zapatos de tacón alto con ribetes rosas, lo que le daba un aspecto aún más altanero que el de los que le rodeaban. Al Gran Homicida le gustaba divertirse y, aunque le amenazaran peligros, se perdía en toda clase de festines.

Algún idiota debía de haberle hablado de nuevo del rey Arturo y parecía que esas historias alimentaban su imaginación porque, la tercera noche en Richmond, organizó un maravillosa mascarada. Nos llevaron, junto con los otros invitados (el cardenal aún no había saludado a su sobrino) a un amplio salón iluminado con centenares de velas de cera pura. En los muros, las ricas tapicerías venecianas de color escarlata, amarillo y oro brillaban con la luz, y al final de la cámara podía verse una imagen de color verde. Era un castillo de hadas, con altas bastidas coronadas por torreones y con almenas en los muros. Carpinteros y artistas habían trabajado durante dos semanas para construir aquel *château vert* o castillo verde, cubriendo la madera del muro de papel verde, metal y pintura verdete. El efecto era bastante notable: el castillo verde iluminado por las velas parecía un espectro, una visión. Bueno, así fue pasando todo. Ocho mujeres que representaban a la Belleza, al Honor, etcétera habían de defender el castillo contra ocho nobles, liderados, faltaría más, por la gorda Bestia. Estos ocho lores, que se llamaban Amor, Juventud, Lealtad, etcétera, lanzaron flores a las defensoras del castillo quienes, a cambio, les rociaron con agua de rosas y les dieron dulces. Casi no podía parar de reír al ver a los grandes de las tierras divirtiéndose con semejantes chiquilladas.

Mi señor estaba sentado tranquilamente, bastante callado y contemplativo, ponderando lo que Agrippa le había dicho. A mí me interesaba más la comida: cordero a la cerveza, pato a la naranja, repostería, dulces tarros de cuajada y, por supuesto, copas de vino tinto y de vino fresco. Bebí como si fuera la última vez.

Una de las cosas que más llamaron mi atención durante la mascarada y las demás absurdidades similares fue cuando todos nos dirigimos a Shooters Hill para ver a Enrique *el Gordo* vestido de verde oliva encarnando a Robin Hood con su nuevo amor: una mujer de pelo oscuro, ojos color endrina y de lánguidos movimientos a la que el rey prodigaba todo tipo de atenciones.

Era la primera vez que veía a Ana Bolena. No era bonita en el sentido clásico, pero despedía una sensualidad que atraía las miradas de los hombres como un imán.

Junto a ella, la bajita y gordezuela reina española, Catalina de Aragón, parecía un vaso cualquiera al lado de un precioso jarrón.

¡Pobre Catalina! La que llevó a tantas criaturas en su vientre, aunque sólo una sobreviviera: la pequeña niña María de pelo rojo y cara pálida, que seguía a su madre a todas partes. Dios mío, ¡las cosas que hacemos a nuestros hijos! María creció odiando a su padre y, como su madre, se pasó la vida entera luchando por tener un hijo. Sé que es verdad. Cuando murió me dio su libro de oraciones, aún lo conservo. La parte del libro en la que una madre pedía que se le concediera un hijo sano tenía toda la tinta corrida por las lágrimas.

Podéis estar bien seguros de que es cierto, ahora todos se han ido. Estoy aquí sentado y recuerdo a Enrique *el Gordo* moviéndose de manera afectada pretendiendo ser Robin Hood. Con los años, mató a todos los que le rodeaban, antes de que él mismo fuera asesinado. Sí, asesinado. Lo confieso ahora. No estuve involucrado en la trama, pero lo sabía. Su consejo le sirvió arsénico blanco que le produjo una bola de fuego en el estómago. Estuvo en cama durante días, apestando, con los ojos ensangrentados y con la cara de un pergamino, incapaz de tragar nada. Empezó a perder la piel, la grasa del estómago se convirtió en líquido y su estómago e intestinos no paraban de sangrar. Cuando murió, sacando espuma por la boca, tenía la lengua tan hinchada que le llenaba la cavidad bucal y le obligaba a tener la boca entreabierta. Tuvieron que levantarlo con mucho esfuerzo e introdujeron su cuerpo podrido en un ataúd, como si metieran un fardo de paja podrida dentro de un saco. ¡Ay! Cómo desaparecen las glorias del pasado.

Tras pasar unos días gastando las suelas de los zapatos por los alrededores de Richmond, la corte empezó a calmarse. Supimos de la presencia de los Santerre así como de la sombría presencia de los agentes. Éstos se movían como sombras por los corredores y yo, secretamente, cogí miedo de sir Edmund Mandeville. Tenía un aspecto tan siniestro como el de Lucifer, un ángel caído. Era apuesto y tenía un aire arrogante, mediterráneo: piel morena, cabello azabache, barba cuidada y bigote; sus labios, sin embargo, tenían una forma extraña y sus ojos siempre tenían una mirada de sarcasmo. Presentaba el aspecto de un hombre que no creía en sí mismo, ni en nada.

Geoffrey Southgate, su lugarteniente, parecía más afable, con su pelo pelirrojo, sus pestañas remolacha y su piel pálida. Un ligero defecto en el habla le hacía cecear, y tenía también unos movimientos bastante afectados, pero era la mano derecha de su señor.

Nos encontramos todos en Fountain Court pocos días después de nuestra llegada a Richmond. Benjamin iba leyendo un manuscrito que había tomado prestado de la biblioteca mientras yo, sentado, me aburría soberanamente y me preguntaba qué podía hacer.

Los primeros que se acercaron a nosotros fueron los Santerre. Sir John era un terrateniente poco refinado pero perspicaz, sabía bien en qué lado de la mesa había de sentarse. Era el tipo de hombre que te invitaba en una taberna pero del que nunca te acabarías de fiar. Sus ojos de cerdo me recordaban a los del rey, color azul hielo. Lady Beatriz, su esposa, había recuperado la compostura y conservaba aún las huellas de una antigua belleza sensual, aunque su pálido rostro tenía las facciones bastante deterioradas. En todo momento iba colgada del brazo de su marido como si estuviera decidida a no dejarlo escapar. Raquel, su hija, estaba increíblemente bella. Vestía un modesto vestido azul de pura lana con el cuello y los puños ribeteados en oro y un simple velo morado que le cubría el pelo.

Los Santerre llegaron a Fountain Court como si se estuvieran paseando por palacio. Mi señor cerró el libro que leía y, sagazmente, miró cómo se iban aproximando.

—Me preguntaba cuándo vendrían —susurró.

—¿Por qué?

—Somos demasiado humildes para presentarnos primero —dijo—; ellos son quienes se deben dirigir a nosotros. Después de todo, según Agrippa, viajaremos con ellos. O sea que, Roger, ponte en pie y compórtate.

Nos levantamos en cuanto los Santerre llegaron majestuosamente ante nosotros; se hicieron las presentaciones con apretones o besos en las manos de las señoras. Sir John dio un paso atrás, aclarándose la garganta.

—Tengo entendido —soltó con un acento de pueblo algo gangoso— que regresaréis a Somerset con nosotros. ¡Qué historia ésta! —levantó los brazos al aire—. ¡Qué pesar! ¡Qué pesar! ¿Qué puedo decir?

Sí, pensé, ¿qué vas a decir? Un hombre esperando su oportunidad, así era sir John. Me lo podía imaginar traicionando las confianzas que le hiciera el pobre Buckingham.

—Visteis morir al bueno del duque —afirmé.

—¿Bueno? —susurró lady Beatriz—. Buckingham era traidor al rey. Un Judas en la corte de Enrique. ¿Por qué no lo decís así?

—Ha muerto —contesté rápidamente— y su alma ahora está ante Dios. ¿Por qué hemos de hablar mal de él?

Santerre se frotó los ojos y me observó con cautela.

—Bueno, bueno —susurró—. Era un buen hombre, pero salió a cazar en campos equivocados.

—Señor Shallot, demostráis gran nobleza de corazón al defender al duque —dijo Raquel Santerre en un tono de voz suave y bajo.

Al mirarla, el corazón me dio un brinco. Mantenía la cabeza erguida y era realmente bella: tenía la piel como la seda caliente, de oro puro. Me hubiera

encantado acariciarle la mejilla o, lentamente, colmar de caricias su largo y esbelto cuello. Intenté encontrar signos de humor, de sarcasmo, pero sus ojos negros eran francos y sus labios, ligeramente partidos, no mostraban signo alguno de desprecio. Enrojecí e hice una reverencia con la pierna un poco adelantada.

—Señora, sois demasiado gentil.

Benjamin me dio un codazo porque ya me conocía. Tenía el cerebro en mis partes bajas y, cuando se trataba de una mujer bella, mi discreción volaba al viento, al igual que otras cosas, si me las podía arreglar.

—¡Vamos, Raquel! —llamó lady Beatriz—. Tu padre y yo tenemos otros quehaceres.

—Querrás decir mi padrastro —corrigió tranquilamente.

Le sonreí. Podía percibir cierto parecido entre Raquel y lady Beatriz, pero no dejaba de preguntarme cómo un granjero con semejante cara, roja y llena de imperfecciones, podía ser el padre de esa belleza.

—Soy tu padre —replicó él con firmeza.

Lady Beatriz cogió a su marido por la muñeca y miró a Benjamin. A mí ya me había despreciado con un parpadeo de desagrado, pero el viejo Shallot ya estaba acostumbrado a ese tipo de cosas.

—Sir John es mi segundo marido —explicó—. El padre de Raquel murió cuando ella era una niña.

—En tal caso, madre, he sido niña durante mucho tiempo —replicó—. Mi padre tan sólo lleva cinco años en su fría tumba.

«He aquí una bonita escena, no hay nada más interesante que una pelea familiar», pensé. Miré de nuevo a Raquel, fijándome en las bonitas facciones de su cara, y mi malvado corazón latía de placer. La madre me rechazaba, pero a lo mejor tenía alguna oportunidad con la hija. (Noto la risa del vicario. Cree que quería acostarme con ella. No, no, esa no es la costumbre del viejo Shallot. Bueno, no exactamente. Tan sólo quería estar con ella, mirarla, perderme en sus preciosos ojos oscuros. ¡No todos tenemos la mente podrida!).

Si lo pienso ahora, creo que la pelea familiar hubiera estallado de no ser porque se abrió la puerta que daba a Fountain Court y aparecieron sir Edmund Mandeville y Geoffrey Southgate, seguidos por dos individuos calvos que parecían dos gotas de agua. Sir John se dio la vuelta para mirarlos y su cara palideció.

—Venid —susurró—, tenemos cosas que hacer.

Se pusieron a caminar; lady Beatriz aún iba colgada de su brazo y estoy seguro de que Raquel, que giró la cara, sonreía.

Mandeville y Southgate nos ignoraron, como habían hecho antes. Yo observaba fascinado a los dos hombres que iban tras ellos: eran gemelos y me recordaban a los eunucos, con sus caras gordas y pastosas, sus bocas de besugo y sus cabezas

afeitadas, que parecían huevos de paloma.

De repente Mandeville se giró y se acercó a nosotros haciendo una reverencia. (A propósito, ¿os habéis dado cuenta? Las personas más siniestras suelen ser las más corteses).

—Señor Daunbey, señor Shallot, veo que los Santerre ya se han presentado y posiblemente sea hora de que todos nos empecemos a conocer un poco mejor —dijo siguiendo mi mirada (yo aún observaba a sus guardias calvos)—. Me gustaría presentaros a Geoffrey Southgate y a mis dos secretarios, Cosmas y Damien.

Los eunucos hicieron una reverencia.

—¿Son gemelos? —pregunté.

—Por supuesto —replicó Southgate lánguidamente.

Los dos eunucos, como yo les llamaba, me miraban. Tenían ojos de rana, vidriosos y sin alma. No vi rastro de pelo ni en sus cabezas ni en sus caras.

—¿Hablan? —preguntó mi señor.

Mandeville se dio media vuelta y ordenó:

—Cosmas, abre la boca.

No podía creerlo. A la orden de Mandeville, las dos criaturas abrieron la boca y vi un trozo de carne roja donde deberían tener la lengua. Miré para otro lado con disgusto. Mi señor, Dios le bendiga, aún se acercó más.

—¿Qué les sucedió? —preguntó, como cualquier físico preguntaría al hacer un diagnóstico.

—Oh, nacieron en Inglaterra —contó Mandeville—. Navegaban con sus padres en una carraca por el Bósforo y los corsarios turcos les atacaron. Cosmas y Damien, que es como les he puesto, fueron conducidos a Constantinopla, donde los castraron y los convirtieron en eunucos mudos —acarició la calva de uno de ellos afectuosamente, como si acariciara la cabeza a un perro de caza—. Pero están muy bien educados.

Me miraba a mí, mas sé que nos estudiaba a los dos. Posiblemente Benjamin lo había mitificado, pero descubrí una mirada sarcástica en sus ojos; me rechazó como a un cualquiera. De repente, miró por encima del hombro hacia la puerta, como si esperara que alguien más se uniera a nosotros, y luego se acercó. Southgate también se acercó como si fueran dos maestros de escuela que nos estuvieran amonestando.

—Los agentes os dan la bienvenida —murmuró Mandeville con voz fría y dura—. Cogimos a Buckingham, podemos aniquilar a los templarios y podemos satisfacer las necesidades de su excelencia el cardenal, pero él insiste en que vosotros también participéis en la operación.

Miré sus caras y, a pesar de los encantos de Raquel Santerre, la perspectiva de viajar a Glastonbury en compañía de aquel misterioso grupo dejó de atraerme. Ambos dieron unos pasos hacia atrás, hicieron una reverencia y salieron del patio

precipitadamente.

Benjamin los miró mientras se marchaban.

—Me pregunto a qué ha venido todo esto —murmuró—. Sólo espero que mi querido tío se decida a revelarnos lo que corre por su mente.

—¡Señores! —llamó una voz—. Os oí hablar.

Los dos nos giramos. Un joven se había situado detrás de nosotros sin hacer ruido. Quizá su llegada alertó a los agentes y por eso se habían ido tan precipitadamente. Estaba de pie, tan impertinente como un gallito de corral. Permanecí en silencio; el tipo parecía estar buscando problemas; vestía una chaqueta de piel bermeja, pantalones apretados (con cierta protuberancia en las partes bajas), botas altas y, sobre todo, llevaba una espada que iba golpeando con los dedos.

Era un buscón, uno de esos pesados que plagan las cortes y las casas nobles, inflados por su propio orgullo, siempre listos para meterse en peleas (el señor Shakespeare se inspiró en mis descripciones de estos tipos para Tibaldo, el espadachín de su excelente *Romeo y Julieta*). El hombre se acercó y se quitó el sombrero de ala ancha, adornado con una pluma barata. Su cara era amarillenta, los labios delgados y sin sangre y los ojos estrechos y amenazadores. Se daba importancia.

—Señores, os he hecho una pregunta. ¿De qué trataba la conversación? Acudo para unirme a vosotros y vuestros amigos se marchan a toda prisa. ¿Fue porque vos se lo pedisteis? ¿Consideráis ofensiva mi presencia?

Benjamin me cogió por la muñeca.

—Anda con cuidado, Roger —susurró—. Busca pelea.

Mi señor era muy inocente, siempre hacía afirmaciones obvias. Por supuesto que tendría cuidado. ¡Shallot era un cobarde! Me pondría a correr como un lebrél ante la más mínima señal de peligro y, en realidad, ya me estaba preparando cuando el individuo bloqueó el camino y me dio un golpe en el pecho.

—¿También os vais, cresta de gallo?

—¡A la porra!

El hombre retrocedió un paso, lanzó su sombrero y empezó a desenvainar su espada. Benjamin se puso delante de mí.

—Os pedimos disculpas —declaró—. Señor, no pretendíamos ofenderos.

Los ojos del que iba a ser mi oponente no se movieron de mi cara.

—La pelea no es contra vos, señor Daunbey —replicó con suavidad—. No peleo con el sobrino del cardenal, pero este caballero me ha insultado.

—No, no es cierto —me lamenté yo—. No me siento bien. Señor, ¡dejadme paso!

Benjamin se interpuso rápidamente entre nosotros y ordenó:

—¡Echaos a un lado, señor! No vamos a luchar contra vos.

—No, vos no vais a luchar, señor Daunbey —repitió el hombre y mi estómago se

revolvió de miedo porque conocía nuestros nombres. Aquel encuentro no era casual. Había venido deliberadamente para amenazarme, y cuando pasa eso me vienen dos ideas a la cabeza: en primer lugar, ¿puedo escapar?, y en segundo, si no puedo escapar, ¿voy a salir malparado?

El hombre desenvainó su espada y marcó su terreno.

—Podéis iros los dos —dijo moviendo las caderas con mofa—, y a la hora de la cena todos hablarán del coraje de «la señora Shallot». ¡Señora Shallot! ¡Señora Shallot! —continuó mofándose—. ¿Qué pasa, niña? —dijo riéndose y ladeó la cabeza—. Con esos extraños ojos, uno nunca está seguro hacia dónde miráis —levantó un dedo—. ¡Ya sé! Si os ponéis de culo y me dejáis que os golpee con mi espada en el trasero, os dejaré ir.

Benjamin tomó la empuñadura de su espada.

—Si desenfundáis, señor Benjamin —continuó el buscón—, me marcharé.

—Por favor —murmuré mirando a mi alrededor en el patio desierto.

—¡Por favor! —se rebotó él con sorna.

—No tenéis elección —murmuró Benjamin.

Y allí estaba yo, con las tripas y el estómago revueltos. Me quité el jubón, me puse en guardia e intenté que mi cara reflejara el coraje necesario. Nos situamos en nuestras posiciones, dieron la señal, las espadas se cruzaron y el duelo comenzó. Realicé unos torpes movimientos con la espada con un ojo cerrado. El tipo tan sólo jugaba, moviéndose de atrás para adelante. Me rozó la muñeca. Cerré los ojos. Se colocó detrás de mí y me golpeó con la espada en el trasero.

—¡Señora Shallot! —gritó.

Miré a Benjamin, pero él evitó mi mirada. Entonces sucedió algo extraño. El bueno de Shallot siempre ha considerado que su piel tenía un alto precio y aquellos azotes en el trasero hirieron mi orgullo (dondequiera que estuviese) y recordando las palabras de mi viejo señor, abrí los ojos y miré fijamente a aquel fanfarrón que se regodeaba ante mí. Representaba todo lo negativo de mi vida: el desprecio y la mofa de Wolsey, el comportamiento autoritario de Agrippa, las maliciosas e insultantes voces que reían al afirmar que me escondía tras las faldas de mi señor. En otras palabras, perdí los estribos y reencontré el coraje.

Cogí la espada. Entrecerré los ojos, adopté una postura correcta de lucha y comenzó un duelo muy diferente. Quería matar a aquel bastardo y él lo sabía: le aparecieron unas manchas rojizas en las mejillas, sus ojos se inundaron de miedo y mantenía la boca entreabierta. Con la respiración entrecortada, alternábamos las posiciones de defensa y de ataque características de la esgrima. ¡Pobre idiota! Sólo era un pobre fanfarrón callejero y, pongo a Dios por testigo, sólo pretendía herirlo. Realicé un movimiento con la espada para herirle en el brazo pero él se movió y la espada se hundió en su caja torácica.

Solté la empuñadura y me aparté con horror. El hombre me miraba mientras apretaba la hoja de la espada y la sangre manaba de la herida. Dejó caer su espada, dio un paso hacia mí, brotó sangre de su boca y sus ojos, aún sorprendidos, miraron a su alrededor mientras caía al suelo en un colapso.

Benjamin le dio la vuelta.

—Está más muerto que una piedra —murmuró—. Dios mío, Roger, no tenías elección —me sonrió débilmente—. No sabía que fueras un duelista.

—Yo tampoco, señor.

Me dejé caer en la hierba. Acababa de coger mi espada cuando se abrieron las rejas del patio y apareció un grupo de servidores del cardenal. Con las picas bajas, nos rodearon. El capitán, de cara tosca y barba rojiza, me cogió la espada de las manos.

—Señor, ¿con qué nombre se os conoce? —chasqueó los dedos y dos de los soldados me agarraron.

—El nombre de mi sirviente es Roger Shallot —declaró Benjamin—. Este individuo le ha desafiado a un duelo y no le ha dejado marchar.

El capitán hizo una mueca.

—Es posible. —Se acercó y preguntó—: ¿Sois el señor Daunbey, el sobrino del cardenal?

—Sí, lo soy.

—En ese caso, señor, deberías saber que el duelo está prohibido de manera expresa por su majestad y desenvainar espadas en momentos de tensión en el propio palacio real se considera alta traición. Señor Shallot, quedáis arrestado.

Miré anonadado a Benjamin que, con la cara completamente blanca, se encogió de hombros sin poder ayudarme.

—Ve con ellos, Roger —murmuró con voz ronca—. Iré a ver a mi tío.

Rodeado por el grupo de servidores del cardenal, me condujeron a empujones fuera del patio. Giramos un recodo y entramos en un pasaje. Mandeville y Southgate habían contemplado el espectáculo desde la ventana de la galería. Parecía que los dos bastardos habían disfrutado, pero Southgate levantó la mano para que el grupo de guardias se detuviera mientras Mandeville me cogía por la muñeca.

—No teníais elección, señor Shallot —murmuró—. Por eso nos hemos ido del patio tan precipitadamente. Al ver llegar a aquel buscón, pensamos que habría problemas.

«Oh, muchísimas gracias», pensé. Pero así va el mundo, ¡siempre que hay un montón de mierda, Shallot se mete de pleno en ella!

Mandeville y Santerre se echaron a un lado, y a mí me llevaron a una pequeña celda que hacía las funciones de mazmorra de palacio. Me metieron dentro, me dieron una vela, una copa de vino aguado y una rebanada del pan más duro de la

cocina. Además, estaba enmohecido. Cuando me senté, con retortijones en el estómago, ahogándome en mi infortunio, supuse que el bastardo de un solo ojo debía de haber echado en falta el capón que le robé. Me quedé allí sentado durante horas.

Al principio, la sangre caliente corría por mis venas y proclamaba mi inocencia en voz alta a los grises y fríos muros y a dos grandes ratas que parecían haber surgido de la nada. Éstas oyeron mis declaraciones de inocencia y cuando caí dormido, royeron el pan y se bebieron lo que quedaba de vino en la copa. Al despertar, ya había oscurecido, hacía frío y estaba asustado. El buscón, Dios le perdone donde quiera que esté, había provocado la pelea de manera deliberada, pero ¿quién le enviaba? ¿Quién había preparado aquella encerrona?

Pensé en el rey con sus asquerosos ojos de cerdo; en el cardenal, su señor de juegos, y con esos pensamientos, mi miedo se convirtió en un terror que amenazaba con parar los latidos de mi corazón.

Capítulo 4

Huelga decir que Shallot no es un perro que se pase el día ganduleando. Creedme, he pasado por otras muchas experiencias difíciles: he estado pendiendo de la horca de Montfaucon; me han perseguido animales por las callejuelas de París y en el laberinto de Francisco I; he nadado para salvar mi vida por el Bósforo y me han perseguido una multitud de luteranos sedientos de sangre en la ruinas de Roma. En realidad, la estancia en aquella mazmorra del palacio de Richmond sólo me, asustó un poco, no me dejó en absoluto postrado por el horror. Sólo vomité dos veces y mis calzones no tardaron mucho en secarse (que es más de lo que puedo decir de lo que le pasará a mi capellán si no para de mofarse y empieza a escribir. ¿Sabéis? Siempre que miro su cara me viene a la memoria el fuego del infierno).

Como os he contado, me había quedado dormido y, al despertar, sentía frío y hambre. Intenté mirar por entre los barrotes de lo alto del muro pero sólo vi que la noche ya había caído y recuerdo que pensé que todos me habían olvidado. Pero no lo habían hecho, por supuesto que no. Una hora más tarde, la puerta de la celda se abrió y Benjamin entró con una taza de *posset*, una bebida que contenía leche caliente, cerveza, vino, o algo parecido, y endulzada con especias (Dios le acoja en su seno, era un hombre bueno). Le seguía un grupo de los asesinos del cardenal, espadas en mano y con expresiones amenazadoras bajo sus yelmos de acero.

—Vamos, Roger —murmuró Benjamin—. Su eminencia el cardenal y su majestad el rey nos han concedido audiencia.

Me observó mientras vaciaba la taza de *posset* y husmeó con asco.

—Aquí hay un extraño olor —observó—. Éste no es lugar para ti, Roger.

(Que Dios le bendiga, ¡era tan inocente!).

Los guardias de Wolsey nos condujeron escaleras arriba, por oscuras galerías revestidas de madera hasta una habitación en lo alto de una de las torres. La estancia estaba inmersa en sombras, tan sólo unas pocas velas de cera en la uniforme mesa ovalada proporcionaban algo de luz, como si su diabólica eminencia no deseara que nadie supiera que aquel encuentro se estaba llevando a cabo.

El rey, espatarrado, encabezaba la mesa; vestía un jubón acolchado color púrpura sin mangas, y una camisa de pura seda blanca con encajes de Brujas en los puños y el cuello. Y si digo que estaba «espatarrado» es porque el rey parecía ebrio. Tenía la cara abotargada y enrojecida y los ojos, groseros, parecían tener una mirada más amenazadora que nunca. (Recordando a la Ana Bolena de ojos negros, me pregunto qué demonios pudo ver en él. Dos días antes de que perdiera la cabeza, me confesó que si volviera a vivir, antes que caminar unos metros junto a nuestro gordo rey, preferiría casarse con un calavera con un hueso en la boca. Estuve de acuerdo con ella).

Enrique tenía un aspecto peligroso a pesar de estar allí sentado dando golpecitos en la mesa con sus dedos regordetes; el resonar de sus anillos en la madera era como el de los tambores que anuncian una ejecución. Detrás de él estaba sentado Wolsey, envuelto como siempre en seda púrpura, con su pelo negro oscuro, corto y aceitoso, y con su expresión inescrutable.

—Acercaos, acercaos —murmuró su eminencia con suavidad mostrándonos dos sillas al otro lado de la mesa—. Mi queridísimo sobrino, por fin nos encontramos. Creo que ya conoces a todos los presentes —dijo haciendo un gesto con la mano.

A la izquierda del rey se sentaban los agentes, Mandeville y Southgate, y aquellos horribles y pálidos secretarios. A la mesa, junto a Wolsey, estaban sentados los Santerre que, incluyendo a Raquel, parecían muy reacios respecto a mantener semejantes encuentros a medianoche.

—¿Ya os conocéis?

—Querido tío —replicó Benjamin—, nos hemos encontrado con todos excepto con vos.

Wolsey comprendió el reproche y esbozó una sonrisa.

—Asuntos de Estado, asuntos de Estado, queridísimo sobrino —apartó su silla y caminó por la habitación con andares majestuosos. Al acercarse, tomó a Benjamin por los hombros y le besó afectuosamente en ambas mejillas—. ¡Ve con cuidado! ¡Ve con cuidado, querido sobrino! —susurró—. Haz todo lo que el rey te ordene.

Se alejó de nosotros con una falsa sonrisa y volvió a su asiento junto al rey. (Buen Dios, ¡menudo bastardo traidor! Los ambiciosos dedos de Wolsey tocaban todas las teclas. ¿Sabéis? Era tan aceitoso que estoy seguro de que cuando llegue el fin del mundo y todo quede envuelto en llamas, él quemará durante una semana más que el resto de los mortales).

—Señor Daubey —llamó Enrique—, ¿deseáis tomar un poco de vino?

Chasqueó los dedos y apareció Agrippa entre las sombras (Dios sabe dónde se había estado escondiendo durante los últimos días).

El buen doctor puso dos copas de vino frente a nosotros, las llenó y volvió a su lugar, de pie junto a la puerta. Me dirigió una mirada para que fuera con cuidado, pero no tenía nada que decirme. Quizás es cierto que tengo la valentía de un pato salvaje, pero demuestro tener más inteligencia que pulgas tiene un perro. Enrique *el Gordo* había estado estudiándome.

—Un raro honor para ti, señor Shallot. No solemos dar la bienvenida a los traidores, a los hombres que matan en nuestra presencia.

—Su majestad, ¡me provocaron! —alegué en mi defensa.

Enrique sonrió con afectación mientras Wolsey se le acercaba y le susurraba algo al oído. El rey chasqueó los dedos desdeñosamente hacia mí. Wolsey sonrió benévolaemente, como si fuera un pomposo capellán que hablase al más débil de sus

feligreses.

—Señor Shallot —dijo el cardenal—, es agradable volver a veros.

Me puse aún más nervioso y di una rápida mirada a la habitación: las ventanas estaban cerradas y no había antorcha alguna encendida. Una sombra oscura permanecía al acecho, en la penumbra, y sabía que Agrippa estaba allí, oyéndolo todo. Wolsey asintió al rey, se apretó las manos y se acercó. «Oh, Dios —pensé—, ya llega la desgracia».

—Querido sobrino, ¿visteis cómo murió Buckingham? El rey se limpió los mocos y se frotó los ojos con uno de los puños de encaje.

—Un íntimo amigo —interrumpió—, un hombre cercano a mi corazón. ¿Cómo pudo traicionar a un amigo, al rey?

Me limité a mirar al gordo hipócrita mientras Wolsey le acariciaba la muñeca para calmarlo. Era uno de los mejores actores que he conocido, el viejo Enrique. Derramaba lágrimas como deja salir cerveza el grifo de un barril. Siempre hacía una buena actuación, casi creíble, a menos que conocieras la negrura de su corazón.

—Buckingham era un traidor —declaró Wolsey en voz alta— y merecía la muerte. Queridísimo sobrino, Hopkins fue interrogado en la Torre y ahora tienes el enigma, ¿cómo era? Ah, sí:

Bajo las aguas del Jordán, el cáliz de Cristo descansa.

Y en el Arca de Moisés, la mejor espada.

—Sí —murmuró—, muy astuto.

—Agrippa lo descubrió —respondió Benjamin cortante.

—Sí, sí, cierto —afirmó Wolsey—, pero revisemos un poco los hechos. Buckingham tiene poder en el suroeste, en la marca galesa y en los condados de Somerset, Devon y Dorset. Tenía sangre de los York en sus venas y otra historia de traición en la familia, porque su padre también murió en el patíbulo. En nuestro caso, la traición empezó cuando Buckingham fue a Templecombe... —Wolsey miró a John Santerre—. ¿Quizá deseáis continuar, señor?

Santerre se aclaró la garganta.

—Lord Buckingham —empezó y carraspeó un poco—, es decir, el traidor Buckingham vino a mi casa tarde, un viernes por la noche, a finales de otoño. Me sorprendió su visita porque, si bien es cierto que manteníamos correspondencia por asuntos de Estado, él raramente viajaba tan al sur; aunque también sabía que prodigaba atenciones especiales al padre Hopkins.

»Ahora bien —continuó Santerre—, Hopkins era un capellán nacido en Londres, un monje benedictino de Glastonbury que había sido dispensado de sus votos monásticos para poder servir como capellán en Templecombe, en las granjas vecinas

y en las pertenecientes a la abadía de Glastonbury —Santerre nos miró—. Hopkins era raro, anticuario e historiador. Conocía todas las leyendas de Somerset y Devon y hubiera podido contar las leyendas artúricas de principio a fin.

—¿Mencionó alguna vez el Santo Grial o Excalibur? —interrumpió Benjamin, sin hacer caso del ceño de su tío, molesto.

—A veces, en la mesa; pero se pasaba casi todo el tiempo en sus aposentos o como él decía, con sus viajes, visitando las granjas o indagando nuevos secretos.

—¿Secretos sobre qué? —pregunté yo.

—Sobre Arturo, sobre el paradero del Grial. Su habitación estaba llena de manuscritos.

—¿Y dónde están esos manuscritos? —preguntó Benjamin.

—Fueron destruidos —interrumpió Southgate con pereza—. El loco del capellán prendió fuego a todo antes de salir para Londres.

—Continúe, sir John —ordenó Wolsey.

—Queridísimo tío, ¿tenéis más preguntas? —inquirió Benjamin.

Wolsey asintió con enfado.

—Sir John, ¿tenía Hopkins amistad con vos y con vuestra familia?

—No —replicó Hopkins con vehemencia—. Ya os lo he dicho. Vivía encerrado en sí mismo. Se ocupaba de sus obligaciones religiosas, de las misas y de las confesiones, pero estaba claro que su corazón no sentía aquellos ritos. Eran más obligaciones que celebraciones religiosas —sir John dirigió una rápida mirada a su esposa e hija—. Parecía que no le gustasen las mujeres. Yo lo veía poco, y mi esposa y mi hija no recuerdan haber tenido con él una conversación de más de diez minutos.

—Eso es cierto —añadió Raquel suavemente, mientras sus ojos endrinos parecían sonreír y me hacían olvidar por momentos que un gran asesino andaba suelto por los alrededores.

—¡Continuad! —ordenó Enrique dando un golpe en la mesa.

—Ahora sé —continuó Santerre apresuradamente— que Hopkins visitaba a menudo a lord Buckingham y, cuando el duque vino a Templecombe, me pidió queuviéramos un encuentro en mi habitación privada. El duque estaba muy nervioso y me decía que Hopkins le había confesado que el Grial y Excalibur aún existían, que él deseaba vivamente obtenerlos y que Hopkins estaba seguro de que tras descifrar el enigma, las preciosas reliquias estarían en su posesión.

—Este enigma secreto —intervino Benjamin—, ¿es el que salió de los labios del moribundo Hopkins en la Torre?, ¿el que acaba de recitar el cardenal?

—Sí, sí —contestó Santerre.

—¿Y dónde lo encontró Hopkins?

—Aparentemente, en la guarda de un libro, de una crónica antigua de la biblioteca de Glastonbury.

—No sabemos si esa afirmación es cierta —intervino Mandeville—, pero se puede comprobar.

—De todos modos —continuó Santerre, pues se percató de que el rey seguía golpeando impaciente la mesa con los dedos—, le pregunté a lord Buckingham para qué necesitaba aquellas reliquias y respondió: «¿Quién sabe? ¿Quién sabe hasta dónde se podría llegar si se coge la espada de Arturo y si se bebe en el cáliz en que Cristo bebió?».

—Querido tío —dijo Benjamin con dulzura—, ¿a eso le llamáis traición? Lord Buckingham era como cualquier otro gran hombre. De hecho, su majestad el rey e incluso vos sois ávidos buscadores de reliquias.

—Pero no traidores —interrumpió Mandeville—. ¿Sabéis, señor Daunbey? Lo que Buckingham ignoraba era que dos de mis hombres, preparados para descubrir traiciones, eran miembros de su séquito.

Benjamin sonrió.

—Os referís a Calcraft y a Warnham, supongo, que han sido asesinados con el garrote.

Mandeville perdió ligeramente la compostura. Su sonrisa se desvaneció y empezó a mordisquearse con rabia el dedo pulgar.

—Sí —asintió—. Así es, señor Daunbey. Calcraft y Warnham, que han sido asesinados, pero eso no nos concierne en estos momentos. Basta con decir que en Templecombe se acercaron a sir John Santerre y le preguntaron lo que le había dicho Buckingham. Milord de Templecombe era astuto y leal y nos dijo la verdad.

—¿Y qué sucedió entonces? —preguntó Benjamin.

—Llegamos a la conclusión —continuó Mandeville— de que a menudo Hopkins era portador de mensajes entre Buckingham y un tal señor Taplow de Londres. Taplow, un sastre luterano, se servía de sus relaciones con un noble para informar a lord Buckingham sobre los acontecimientos de la corte y sobre lo que sucedía en la ciudad. El señor Taplow se encuentra ahora en prisión. Ha confesado que en las cartas que Buckingham le escribía y que Hopkins le enviaba se describía cómo el duque traidor pretendía apoderarse de las reliquias sagradas y utilizarlas para levantar una sangrienta revuelta contra el rey. Conseguimos hacernos con esas cartas. Buckingham ha muerto en el patíbulo, Taplow morirá en la hoguera y Hopkins ya ha pagado por sus crímenes.

—Muy bien, muy bien —murmuró Benjamin—, pero ¿qué sucede con los templarios?

Wolsey, que había estado observando a su sobrino, movió la mano para que se hiciera silencio y susurró algo al oído del rey. Enrique, que se había quedado absorto mirando a Raquel, abrió sus pesados ojos, sonrió satisfecho y asintió.

—Queridísimo sobrino —continuó Wolsey—, los templarios eran religiosos que

luchaban por defender Tierra Santa. Allí y en otros países amasaron abundantes riquezas. El viernes 13 de octubre de 1307 los templarios de Francia fueron arrestados y sus tierras y riquezas requisadas por el rey Felipe IV *el Hermoso* con la bendición del papa Clemente V. Similares arrestos se sucedieron en nuestro país y en todos los lugares donde florecían los templarios, mas algunos de ellos escaparon por La Rochelle y se escondieron, sobre todo en Escocia, donde los protegía Roberto I. Los templarios juraron venganza contra las familias reales que les habían traicionado, incluyendo la corona de Inglaterra. Los descendientes espirituales de aquellos templarios forman ahora una hermandad secreta —Wolsey hizo una pausa y continuó—. La palabra «hermandad» no debe interpretarse literalmente. Los primeros templarios eran célibes, pero ahora sabemos que la sociedad actual cuenta con clérigos y laicos, jóvenes y viejos, casados y célibes, hombres y mujeres, ingleses y franceses, gentes de clase alta y gentes de clase baja. Algunos dicen que es posible que los príncipes de York, enemigos de su majestad, sean miembros de esta hermandad.

Wolsey dejó de hablar mientras Enrique se movía nervioso en su silla. El cardenal había puesto el dedo en la llaga de Enrique, el hacendado galés que detestaba que se hiciera cualquier referencia a los príncipes de York y, como relato en muchos de mis diarios, hasta el momento de su muerte destruyó por completo raíces y ramas de aquel árbol genealógico.

Wolsey apartó su copa y dijo:

—Hopkins confesó que formaba parte de la orden secreta de los templarios y también declaró que algunos camaradas de su hermandad estaban muy cerca del rey.

Los ojos de marrano de Enrique parpadearon y yo sentí un escalofrío de miedo.

—Milord el cardenal tiene razón —dijo en un susurro—. Es posible que haya miembros de esta hermandad secreta, de ese nido de traidores, en la corte. Y si hemos de creer lo dicho por el señor Hopkins, ellos también están buscando el Grial y la espada Excalibur. Buckingham —escupió esa palabra con asco— formaba parte sin duda de ese aquelarre y nuestros dos leales agentes, Warnham y Calcraft, han pagado su lealtad con sus vidas —Enrique dio un puñetazo en la mesa—. ¡Pero basta ya! —nos señaló con el dedo a Benjamin y a mí—. Vos, señor Daunbey, y esa cosa que llamáis sirviente vuestro viajaréis a Glastonbury con mis fieles sirvientes Mandeville y Southgate. Os hospedaréis en Templecombe, destruiréis el trabajo de esos traidores en nombre del rey y encontraréis el Grial y la espada de Arturo. ¿Está claro?

—Su majestad, debo haceros algunas preguntas.

—¡Pues hacedlas!

—Queridísimo tío, ¿qué os hace pensar que los templarios son tan activos en el suroeste? —preguntó Benjamin.

—Son activos allí donde se encuentren —replicó Wolsey—: en Madrid, en Roma,

en París, en Londres, pero especialmente en el suroeste. Los recuerdos no mueren fácilmente en un lugar en que los templarios tuvieron tantas tierras, los estados de los Santerre entre ellas.

Miré a sir John y a su esposa, rígidos e inmóviles como figuras de cera, y a Raquel, silenciosa como una monja detrás de ellos.

—¿Templecombe era un núcleo templario? —pregunté exteriorizando los pensamientos de mi señor.

Lady Santerre nos miró con tristeza.

—Sí, y tenemos tanto miedo de la orden del Temple como su majestad el rey. Antes de contraer matrimonio, mi nombre era Belamonte. Uno de mis antepasados era agente del rey en Somerset y Dorset, y fue responsable de arrestar a los templarios y de requisarles sus tierras —murmuró algo más en voz muy baja.

—Hablad, milady —insistió Enrique—. Decidnos lo que calláis.

—Dicen —empezó lady Santerre— que los Belamonte están malditos y que no nos pasará nada bueno por haber requisado las tierras de los templarios. Mi primer marido murió en un accidente de caballo —asió fuertemente la mano de su marido—. Ahora llevo el nombre de Santerre y espero que eso alejará la maldición.

—No hay maldición alguna, milady —habló Mandeville—. No hay nada bajo los cielos de Dios que no pueda ser atrapado y destruido. Son tan sólo maldiciones vengativas.

Mi señor cambió abruptamente de tema.

—¿Habéis dicho que Hopkins nació en Londres?

—Sí —replicó Mandeville.

—¿Tiene familia aquí?

—Sí, sí, una hermana mayor. Una mujer de belleza estropeada y de escasos modales. Y no, señor Daunbey, antes de que lo preguntéis, no toma parte en las actividades de su hermano.

Mi señor hizo una mueca.

—¿Por qué lo preguntáis? —inquirió Wolsey con la barbilla agresivamente adelantada.

Benjamin miró sin parpadear hacia atrás mientras yo estudiaba a aquella gente, con sus corazones llenos de arrogancia y de orgullo: el rey y Wolsey eran diablos vestidos con sedas, Mandeville y Southgate parecían tener veneno en la boca y los Santerre estaban allí sentados como si fueran simples candelabros.

«¿Qué estáis preparando? —me pregunté—. ¿Por qué me provocaron en aquel duelo? ¿Qué será de nosotros? ¿Somos para nuestro gordo rey simple carne de cañón?».

—Querido sobrino, te he hecho una pregunta.

—Me estaba preguntando —replicó Benjamin—, ¿habéis dicho que Buckingham

mantenía correspondencia con Taplow?

—Sí, así es.

—Y Taplow tiene que haber llevado esos mensajes a otra persona.

—Como ya he dicho, querido sobrino —Wolsey se recogió los manguiteles de seda de la capa—, posiblemente haya miembros de la orden del Temple en la corte.

—¿Y podrían ser esas gentes responsables de la muerte de Calcraft y de Warnham?

—Quizá.

—En principio, lo razonable sería que así fuera —continuó Benjamin implacable—. Alguien mató a vuestros dos agentes aquí en Londres, por venganza o porque continuaban inmiscuyéndose.

Wolsey sonrió.

—Eres muy perceptivo —murmuró—. Sí, sí, Warnham y Calcraft estaban seguros de que había un templario cerca del Consejo de su majestad, pero no le conocemos. Y el señor Taplow, que fue interrogado sin piedad, no pudo ayudarnos.

—Pero entonces, ¿por qué tenemos que ir a Temple-combe? —preguntó Benjamin secamente—. Mi querido tío, tenéis a vuestros propios agentes —hizo un gesto hacia Mandeville y Southgate—; ¿y qué garantía tenemos de que nuestro fato no será el de Warnham y Calcraft?

El rostro del rey adquirió una expresión de ira.

—¡Iréis a Templecombe porque yo lo digo! —intervino Wolsey rápidamente y luego redondeó la trampa que nos había tendido—. Por supuesto, seréis bien recompensados y los cargos de traición por duelo en presencia del rey concurridos por el señor Shallot serán perdonados —Wolsey extendió las manos—. En realidad, la cédula de perdón ya se ha emitido.

Si el gordo bastardo no me hubiera estado mirando, habría explotado dando rienda suelta a las ganas de reír que a duras penas podía contener. Benjamin, que Dios le bendiga, se limitó a pensar en lo astuto que había sido Wolsey para atraparnos. Sonrió tristemente y dijo:

—En ese caso, querido tío, somos, como siempre, vuestros más humildes servidores.

El ambiente de la habitación se aclaró. Mandeville, aquella especie de cuervo, se acercó a nosotros.

—Quedaremos honrados por vuestra presencia, señor Daunbey. Vuestra asistencia será sin duda inestimable.

Wolsey puso sobre la mesa un pergamino con ribetes rojos para su sobrino.

—Aquí tienes más información. Debes estudiarla en cuanto tengas tiempo. —A continuación le entregó otro pergamino más delgado—. Éste, señor Shallot, es vuestro perdón por haber matado a Robert Brognar —Wolsey se encogió de hombros

—. Era un alborotador y nadie le echará en falta —dijo sonriendo.

«Nadie echará de menos al pobre Brognar, desperdicio de cardenal, y en cuanto a mí, con sólo desenvainar ya era culpable de traición», pensé. Cada vez tenía más claro que Wolsey lo había preparado todo para que Brognar me provocara e involucrarme en la traición. Evidentemente, él sabía que yo le mataría para protegerme de sus burlas, resultando así mi crimen más grave todavía.

Wolsey sonrió y dio una palmada.

—En fin, este asunto queda zanjado, queridísimo sobrino. Podéis retiraros.

Bueno, y yo ¿qué podía decir? Benjamin y yo volvimos a nuestra torre como perros falderos bien entrenados. Estoy seguro de que tras la marcha de los Santerre, Enrique y Wolsey debieron de reírse a carcajada limpia a nuestra costa. Cuando nos sentimos seguros en nuestra habitación, di rienda suelta a mi furia.

—¿Es que a tu maldito tío no le importamos nada? —grité—. ¿Es así como trata a sus parientes y amigos? ¡Por supuesto, no le importa un maldito pepino el idiota de Shallot! —añadí acremente—. ¡Soy tan sólo una cagada bizca a la que se puede ignorar sin remordimientos!

Benjamin sonrió.

—Una de las muchas cosas que me gustan de ti, Roger, es lo poquísimo que te quejas. El tratamiento de mi tío debe de haberte ofendido. Te pido disculpas.

(Dios, ¡qué inocente era!).

Me negué a que me apaciguara.

—¿Sabes? —balbuceé—. Una vez, un marinero que navegaba por el norte de Terranova me dijo que había visto grandes islas de hielo flotantes en el mar y que estas islas tenían más hielo debajo del agua del que parecían tener en la superficie. Pues el maldito de tu tío es así —murmuré con voz ronca—, ¡una roca grande y gorda que flota cargada de peligros!

—Es cierto, totalmente cierto, Roger, y lo que dices también es válido para la historia que nos ha contado esta noche. Como el vicario decía refiriéndose al pecho de una mujer, «hay más de lo que parece». —Benjamin me miró—. Alguien me lo dijo en broma y yo nunca llegué a entenderlo.

—No importa, señor —murmuré—. Símbolos y metáforas no nos sacarán de apuros.

Benjamin deshizo los nudos de los cordoncillos rojos y desenrolló los pergaminos que su tío le había entregado. Leyó el primero y me lo ofreció; era mi cédula de perdón por la muerte de Brognar. El otro era un memorándum de algún monje anónimo en donde se describían antiguas leyendas de Glastonbury; se decía que pocos años después de la muerte de Cristo, José de Arimatea y otras gentes llegaron a Inglaterra huyendo de las persecuciones de los romanos contra los cristianos. Decían los documentos que habían llegado a Weary Hill, cerca de Glastonbury, y que José

había plantado su vara, que floreció con rosas blancas y que cada Navidad enviaban una flor de ese rosal a la corona.

Benjamin, de pie tras de mí, daba golpecitos en el pergamino.

—Nuestro rey debe de estar disgustado con esto —murmuró—. Cualquier referencia a las rosas blancas, el emblema de la casa de York, le pone los nervios de punta. —Mientras continuaba leyendo exclamó—: ¡Dios!

Las leyendas, según el monje, decían que José llevó consigo el Grial, el cáliz usado por Jesús en la última cena y que se supone que está enterrado en alguna parte en los alrededores de la abadía de Glastonbury.

La segunda parte del documento era un extracto de una crónica del siglo XII de Gerald de Gales y decía que en 1184, los monjes encontraron los cuerpos de Arturo y de Ginebra en un ataúd de roble enterrado en el suelo de la abadía. Una cruz de plomo sobre el ataúd decía: AQUÍ YACEN ENTERRADOS EL CONOCIDO ARTURO Y GINEBRA, SU SEGUNDA ESPOSA DE LA ISLA DE AVALAN. Parece ser que la calavera de Ginebra aún conservaba restos de cabellos rubios y cuando uno de los monjes intentó cogerlos, se convirtieron en polvo. El monje añadió que estos restos se volvieron a enterrar en 1278 bajo una losa de mármol ante el altar mayor de la abadía de Glastonbury.

—¿Creéis que todo esto es cierto? —pregunté—. ¿Los caballeros de la mesa redonda, las espadas mágicas y los cálices místicos?

Benjamin se echó en el lecho y se colocó la capa por encima.

—Hay cosas en el cielo y en la tierra, mi querido Roger, que nuestra filosofía no contempla.

Bonita frase, ¿verdad? Se la ofrecí a Will Shakespeare para que la utilizara en su obra *Hamlet*.

Capítulo 5

Ambos dormimos mal aquella noche: en dos ocasiones me desperté porque Benjamin gritaba en sueños. Estaba tan nervioso como yo por el viaje a Glastonbury, y a la mañana siguiente bajamos al refectorio con los ojos pesados y llenos de pereza. Un malhumorado sirviente nos trajo un pan mal cocido y un poco de cerveza aguada. Nos sentamos, perdidos en nuestros pensamientos, y de repente la puerta se abrió y entraron Mandeville y Southgate, frescos como una rosa (creedme, ¡los malvados nunca tienen dificultades para dormir!). Se sentaron en el banco de enfrente e hicieron unos comentarios formales sobre el tiempo, que se había vuelto más frío, y sobre el viaje, porque pronto estaríamos de camino hacia Somerset.

—¿Os creéis todo eso? —les pregunté abruptamente, al igual que había hecho con Benjamin.

—¿Qué nos hemos de creer? —replicó Southgate molesto.

—Lo de la espada de Arturo y el cáliz milagroso.

—Si el rey lo cree —replicó Mandeville—, también yo. Creemos en ello, señor Shallot, por una necesidad de orden, de reglas estrictas, de paz y de erradicación de estúpidas y fútiles rebeliones.

Sus dos extraños secretarios entraron en la habitación y, sin ni siquiera mirarnos, se sentaron en otra mesa. Mandeville, con la boca llena de pan, hizo un gesto hacia ellos.

—¿Consideráis que nosotros somos despiadados, Shallot? Pues mirad a Cosmas y a Damien. O peor aún, a sus hermanos mayores, que intentaron escapar. ¿Sabéis lo que les hicieron los turcos? Les arrancaron las ropas, los clavaron al suelo y les ataron un tubo hueco horizontal a su costado; cogieron una rata hambrienta (no una de nuestras ratas inglesas, sino una asiática, que miden más de medio metro), la pusieron en el tubo y prendieron fuego a la abertura exterior, de modo que la rata sólo podía ir en una dirección, abriéndose camino por la carne viva de sus hermanos.

Callé y miré a los dos gemelos calvos: su aspecto no era terrible, sino más bien patético. Luego miré a Southgate y a Mandeville. Dijeran lo que dijeran, ellos eran los dementes. Sentían tanta pasión por la ley y el orden que rozaban la enfermedad; eran ejemplos vivientes de El Príncipe de Maquiavelo. Aquellos hombres estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que Enrique les pidiera.

—¿Por qué tenemos que ir a Glastonbury? —dejé escapar antes de que mi señor pudiera detenerme.

Mandeville se burló mientras sus fuertes dientes desgarraban aquel grueso mendrugo de pan de centeno.

—Señor Shallot, vos y vuestro señor tenéis la creciente reputación de tener muy buena vista y un sutil ingenio. ¿Cazáis?

—No, si puedo evitarlo.

—Deberíais hacerlo, señor Shallot. Especialmente con perros, porque precisamente eso es lo que nos disponemos a hacer en Somerset. Cazaremos a los traidores y encontraremos lo que quiere el rey. Nosotros seremos los cazadores y vosotros, nuestros perros.

Preparaba una agria respuesta cuando mi señor me estiró de la manga y, juiciosamente, salimos de la habitación. En el pasillo, le cogí por el codo.

—¡Yo no soy perro de nadie, señor!

Benjamin sacudió la cabeza.

—¡Déjalo, Roger, deja eso! Tenemos otras cosas que hacer.

—¿Como por ejemplo?

—La hermana de Hopkins, sin olvidar al sastre Taplow.

—¡Señor Shallot!

Ambos nos giramos. Raquel Santerre estaba allí de pie, bella como un amanecer de verano, a pesar de su palidez y de las sombras oscuras que rodeaban sus ojos.

—Señor Daunbey, señor Shallot —miró atemorizada por encima de su hombro.

—Señora, ¿qué sucede? —le pregunté sin quitar ojo de aquel maravilloso pecho que subía y bajaba al ritmo de la apresurada respiración.

—No os sé decir —declaró—, pero siento miedo. Sir John tiene las manos manchadas con la sangre de Buckingham, y Mandeville y Southgate me asustan. Van a inmiscuirse en asuntos que no les conciernen.

La miramos.

—Vosotros no lo entendéis —susurró con voz más ronca—, yo vivo en Templecombe. Dios me perdone, allí siento la presencia de los fantasmas, de los caballeros templarios.

—¡Raquel! ¡Raquel!

La joven mujer nos volvió a dirigir otra mirada de desesperación, sacudió la cabeza y desapareció tras la esquina para responder a la llamada de su madre.

Benjamin hizo un gesto de enfado.

—Reza —susurró—. Reza, Roger, porque volvamos sanos y salvos de Templecombe.

(Como si yo necesitara que me lo dijeran).

Volvimos a nuestra habitación para recoger las capas y las bolsas, pero Benjamin se demoraba.

—Señor, deberíamos irnos.

—Aguarda un poco, Roger, estoy esperando a alguien.

Se perdió en uno de esos accesos de humor que solía tener y yo le dejé y me fui hacia la ventana para contemplar a una lechera que iba llevando cubos de leche del establo a la cocina. Por fin alguien llamó a la puerta y un joven entró. Llevaba una

chaqueta de piel estropeada y una calzas desgarradas. Incluyó la cabeza hacia Benjamin como si estuviera saludando a un gran señor.

—¿Tienes la dirección? —preguntó mi señor.

—Oh sí, señor.

En cualquier otra circunstancia, el acento pueblerino del hombre me hubiera hecho reír.

—¿Y bien?

—La hermana de Hopkins es viuda, hace muchos años que lo es —replicó el hombre—. Vive en un pequeño callejón pasado La Urraca y la Corona, en Watling Street.

—Gracias —le dijo Benjamin, le dio una moneda y cerró la puerta tras él.

—¿La señora Hopkins? —pregunté—. ¿En Watling Street? ¿Qué tiene que ver ella con todo esto, señor?

—Podría saber algo, cualquier cosa que pudiera ayudarnos.

—O sea, que nos dirigimos a Watling Street.

Benjamin sonrió.

—Y a la cárcel, a Newgate.

Naturalmente, tuvimos que obtener el permiso de Agrippa para salir de palacio, pero antes de una hora ya navegábamos en una barcaza río arriba. Hacía frío, pero el día era muy bonito. Brillaba el sol y el cielo estaba azul, las aguas cristalinas estaban en calma y a ambas orillas del río se podía sentir el ambiente de Londres: los prados verdes, los huertos, las voces de los remeros y las de los niños que jugaban con aros en las orillas... De golpe sentí añoranza, la sentía incluso antes de dejar aquella ciudad, y odié en silencio al real bastardo y sus planes tortuosos.

Bajamos en East Watergate y nos dirigimos hacia Knight Rider Street. Aquel pequeño paseo por Londres enseguida me puso de buen humor, sobre todo al pasar por las tabernas La Mirada del Cuervo, La Biblia y el Cisne, La Pierna y las Siete Estrellas con todos aquellos bebedores en su interior, con sus estantes llenos de «comida de ángeles» o de «leche de dragón» y el aire, que se iba volviendo dulce con el aroma de los pastelillos rellenos de pasas que se cocían en los hornos.

Era media mañana y muchos de los aprendices y dueños estaban tomándose un descanso, a pesar de que algunos ya iban tan borrachos como cubas. Un grupo de aprendices, en la puerta de La Cabeza del Muerto, en la esquina de Old Fish Street, estaban metidos en una estridente y vomitiva disputa. Yo tenía puestos los cinco sentidos porque en cualquier momento podía aparecer alguno de mis viejos amigos, sobre todo aquel orfebre llamado Waller. Aunque, es cierto, me dejaba distraer por la vista de los aprendices lanzando sus gorras al aire, gritando para atraer a los clientes y, por supuesto, por aquellas bellezas de la noche, las cortesanas de clase alta, con sus vestidos de satén y sus velos de flores, que se paseaban por las calles levantando las

cejas depiladas cuando pasaban los muchachos y los resplandecientes galanes con sus pantalones ajustados, sus jubones acolchados y sus generosísimas partes bajas.

Tomamos algunos atajos por unos callejones. Por allí los paseantes no eran tan sofisticados. Vimos a una prostituta con las faldas levantadas junto a un brasero en el que había puesto azufre y perfume para fumigarse. Más allá, un boticario intentaba vender a los clientes de esas mujeres una cura para la gonorrea a base de grasa de cerdo, sulfuro, corteza y mercurio, todo bien mezclado con melaza.

Mi señor, por supuesto, se paseaba como si fuera un niño, y yo tenía que ir apartándolo de los perturbados, unos antiguos soldados que buscaban robos fáciles; de los locos de Abraham, que bailaban desnudos haciéndose los dementes; y, sobre todo, de los jugadores, que apostaban dinero, pedían limosna y cuando las gentes poco hábiles les daban algo, se aprovechaban, les cogían por los brazos con argollas de caballos, y no les soltaban hasta que no conseguían todo su dinero.

El estruendo aún fue peor cuando giramos hacia Trinity, donde una cuadrilla era conducida por Londres en una carreta con unos pergaminos que les colgaban del cuello y que denunciaban sus crímenes. Eran garfeadores, hombres que llevaban un aparato con un garfio al final y que lo introducían por las ventanas de las casas para coger cualquier cosa de valor: las mejores sábanas, las camisetas de dormir, los jarrones (a raíz de eso surgió la leyenda que contaba que eran duendes y elfos los que iban a robar). En fin, una de esas cuadrillas había sido ajusticiada y la multitud daba rienda suelta a su furia lanzándoles huevos podridos mientras que los caseros, desde los pisos de arriba, les vaciaban encima las palanganas de las habitaciones. Un joven estaba encadenado a la parte trasera del carro porque se había hecho pasar por capellán. Le habían lacerado con un látigo la espalda y la punta de las orejas, que le iban sangrando, y le habían colocado un gorro de loco con varios picos y cascabeles de donde colgaban sus mentiras y engaños.

Por fin llegamos al callejón después de pasar de largo La Urraca y la Corona. Un mendigo nos indicó dónde estaba la casa en que vivía la señora Hopkins, que se encontraba en un húmedo y estrecho callejón. Era una estructura bastante alta y algo inclinada, de tres o cuatro pisos. Todas las ventanas permanecían cerradas y lo que quedaba de pintura se iba desprendiendo en grandes capas. La puerta no estaba bien puesta; sorprendentemente, estaba abierta y el pestillo estropeado. Llamé fuertemente con los nudillos y grité. Tenía una premonición de peligro, de amenaza. Eran las señales del viejo Shallot: las punzadas en la nuca, los intestinos revueltos, el ligero sudor de la frente y aquellas increíbles ganas de poner pies en polvorosa.

—¡Señora Hopkins! —gritaba—. ¡Señora Hopkins! —repetía.

El pequeño pasillo era sombrío, apestaba, y mis palabras sonaban vacías.

—¡Señora Hopkins! —volvía a gritar.

Bajo nuestros pies, la vieja casa crujió y chirriaba. Benjamin me empujó y se

cerró la puerta de golpe detrás de nosotros. Fuimos a tientas por la oscuridad hasta que encontramos una gran vela y la encendimos con mi yesca. Con las manos temblorosas, me adentré más en la casa con Benjamin detrás de mí. Pasamos por una pequeña y mal cuidada habitación, por unas escaleras polvorientas y tambaleantes y entramos en una especie de salón o cocina. Aquella estancia estaba un poco más limpia. Había una vieja copa de peltre sobre la mesa y, al final de la mesa, en una silla, junto a una parrilla llena de ceniza, había una mujer con la cabeza inclinada, la espalda encorvada y con el velo tapándole la cara. Aquel lugar apestaba a muerte.

Avancé hacia ella, le eché la cabeza para atrás y reprimí un grito. La señora Hopkins, sin belleza en vida, con su cara escuálida y su débil cabello, había sido brutalmente asesinada: tenía los ojos desorbitados, se había tragado la lengua, y parte de ella había quedado atrapada entre sus escasos dientes amarillentos; su piel había adquirido un color azul negruzco al cortarle la respiración con el lazo escarlata que le habían puesto alrededor del cuello a modo de garrote. Benjamin cogió la mano de la vieja.

—No está muy fría —murmuró—. Probablemente ha muerto hace menos de una hora.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué han matado a esta anciana?

Benjamin cubrió el rostro de la mujer con el velo y se sentó a la mesa.

—Alguien sabía que íbamos a venir —aclaró—, aunque tampoco era ningún secreto. Después de todo, le pagué al sirviente de Richmond para que averiguara dónde vivía la señora Hopkins —se frotó la barbilla—. Supongo que será inútil preguntarle nada. Seguramente se lo debe de haber contado a otros sin ni siquiera darse cuenta. No —dijo—, alguien sabía que íbamos a venir, alguien que conoce el razonamiento de los monjes. Porque un monje, especialmente un individuo como Hopkins, debía de tener pocos amigos y confiarse poco a los monjes de Glastonbury. A lo mejor lo hablaba todo con su hermana.

Benjamin dio un golpe en la mesa.

—La conclusión lógica sería que nuestro asesino secreto decidió anular el peligro, por si acaso —hizo un gesto con la mano mostrando la silenciosa y pestilente habitación—. Y sospecho que es alguien poderoso, a lo mejor el secreto templario que busca mi tío. Después de todo, la señora Hopkins no le abriría la puerta a cualquiera y no hay signos de fuerza, por lo que he de concluir que nuestro asesino fue un visitante bien recibido —señaló la copa de peltre—. Posiblemente la señora Hopkins le sirvió una copa de vino —miró debajo de la mesa y recogió otra copa—, incluso le acompañó. El asesino debió de asegurarle que todo iba bien, se deslizó junto a su silla y apretó el lazo del garrote al cuello.

—Es posible que buscara papeles de Hopkins —añadí—, algo que el monje loco le hubiera confiado a su hermana.

Inspeccionamos las habitaciones del piso de abajo. Eran patéticas, aunque el asesino había hecho notar su presencia: dos viejos cofres forzados, las baratijas habían sido desechadas y había pedazos de papel y un libro de horas lleno de huellas, pero nada parecía tener valor. Subimos las escaleras y buscamos entre sus miserables pertenencias por todas las polvorientas habitaciones oscuras.

—Nada —murmuró Benjamin.

—A lo mejor no había nada por lo que empezar —repliqué—. A lo mejor la mataron sólo por lo que pudiera saber.

Salimos de la casa y anduvimos por Budge Row hasta Cheapside. Nos fuimos abriendo paso entre el bullicio del mercado, que estaba llenísimo con las paradas, los carros, los caballos y la gente de todos sitios; los pobres con sus harapos y los ricos con sus costosas sedas. Un grupo de poderosos nobles se abría camino precedido por tres hombres de armas en fila, montados en grandes caballos y levantando lanzas doradas. Les seguían los portadores de los estandartes, con banderolas de color amarillo y rojo brillante con extraños símbolos: grifos mitológicos, dragones escarlatas y ciervos plateados.

Continuamos, dejando atrás los olores y hedores del matadero, donde el ruido del ganado que esperaba el sacrificio nos atacaba los nervios y nos dañaba los oídos. Llegamos por fin a Newgate, el repugnante pedazo de infierno, la prisión de la ciudad construida alrededor de la casa del guarda de la vieja muralla. Pasamos por el arco de Dick Whittington y golpeamos en la puerta tachonada para que nos abrieran.

Un asqueroso hombre grasiento de sucios cabellos y con la cara roja sin afeitarse se presentó como el guardia de la cárcel y se volvió casi servil cuando Benjamin le informó sobre su persona. El vigilante metió sus sucios dedos en la gastada chaqueta de piel que llevaba y sacó un gran llavero.

—¡Venid, venid, mis señores! —murmuró inclinándose y haciendo reverencias. Sonrió insinuante—. Después de todo, al señor Taplow no le queda mucho tiempo, ha de morir esta tarde a las dos.

Nos condujo por la antecámara para enseñarnos una chaqueta empapada en brea y preparada con sulfuro, que colgaba de un garfio en el muro. El celador se detuvo ante ella y la observó con admiración.

—Es la mortaja del señor Taplow —murmuró el endiablado mirando la chaqueta como si se tratara de una pintura de Leonardo da Vinci o de Rafael.

—¿Llevará eso puesto? —exclamé.

—Por supuesto —replicó el guardián—. Estará todo listo y así se quemará más rápido.

—¿Por qué no se limitan a colgarlo? —murmuré.

—¡Oh, no! —el carcelero dio un paso hacia atrás—. ¡No puede ser! La ley es la ley. Taplow es un traidor común y la ley dice que ha de ser quemado.

(Sabéis que no soy un hombre bueno; me gusta jugar con las tetas suaves y el buen clarete. Debo de haber vivido, bueno, unos noventa y cinco años, pero si me encuentro con Dios, quiero hacerle una pregunta que me ha perseguido toda la vida: ¿Por qué nos gusta tanto a los humanos matarnos unos a otros? ¿Y por qué lo hacemos de la manera más cruel posible? Perdonadme, he de coger la vara y darle a mi capellán un buen golpe en los nudillos. «Vos no iréis al cielo ni os encontraréis con Dios», me dice el muy hipócrita. Sí que iré. Le contaré a san Pedro algo divertido y cuando se esté riendo, le quitaré las llaves. Pardiez, ¡otra digresión!).

La bola de grasa, el celador, nos llevó por galerías y corredores tan negros como la noche; bajamos unas escaleras llenas de lodo y de porquería humana donde había tantas ratas como pulgas en los perros callejeros. El olor era nauseabundo y el agua sucia nos llegaba hasta los tobillos. Al fin llegamos al corredor de la muerte, donde se encontraban las celdas que albergaban a los condenados a la pena capital.

—¡Hola, preciosidades! —chilló una cara sonriente presionada contra la reja—. No os compadezcáis de mí —gritó el hombre—. Todo Tyburn tiene tortícolis y se ha meado en los calzones.

El carcelero le escupió un gargajo amarillo y la cara del loco desapareció. Por fin nos paramos ante una puerta. El carcelero la abrió, cogió un hachón del pasillo y lo puso en una pequeña cavidad en el muro de la celda. La mazmorra quedó un poco más iluminada y la puerta se cerró de golpe detrás de nosotros. Apestaba como un muladar y la paja que pisábamos había estado allí durante tanto tiempo que se había ennegrecido y todo daba asco. De repente, un bulto harapiento se movió en la esquina, volvió a la vida y Taplow, arrastrando cadenas, se puso en pie. Tenía el pelo oscuro y su cuerpo rechoncho estaba cubierto de inmundicia. Nos sonrió en la oscuridad.

—Bienvenidos a palacio, señores. ¿Quiénes sois? ¿De los que les gusta ver a un hombre antes de morir? ¿Os gustaría preguntarme cómo me siento? ¿En qué pienso? —se acercó más—. No, no sois de esos.

—Venimos de parte del cardenal —anunció Benjamin—. No, no —añadió rápidamente—. No os traemos el perdón, pero quién sabe —añadió desesperado—, quizás una merced, una bolsa de pólvora atada al cuello. Señor Taplow —continuó dulcemente—, dentro de unas horas seréis quemado en Smithfield, culpable de alta traición.

Taplow se agachó.

—Pse —murmuró—, un mal final para un buen sastre.

Benjamin se agachó junto a él. Yo me quedé junto al muro intentando controlar el miedo que sentía porque odio las cárceles, especialmente Newgate. (Oh, sí, antes de que preguntéis, he sido encarcelado muchas veces. Si queréis ver el infierno en la tierra, id al agujero de los condenados la noche antes de las ejecuciones. Las

canciones, los lloros, los gritos... ¡Creí que ya me habían matado y que había ido al infierno! ¡Ah! ¡La crueldad mundana!).

—Señor Taplow —continuó Benjamin—, ¿conocíais al monje Hopkins? ¿Erais su correo?

El sastre se mojó los labios.

—Sí, todo es verdad. ¿Le podéis decir al carcelero que me dé más vino?

—Por supuesto.

—En fin —Taplow sacudió la cabeza—, sí, yo era el correo de Hopkins. Llevaba mensajes a lord Buckingham simulando que le entregaba trajes o que intentaba comerciar en su casa de Londres.

—¿Buckingham respondía?

—No, nunca.

—¿Qué más hacíais?

Taplow se acercó aún más. Dios me perdone, pero a media luz parecía una rana llena de barro. Tuve que taparme la nariz porque apestaba y sólo deseaba que mi señor terminara con lo que tenía que hacer.

—¿Qué más hacíais? —repitió Benjamin.

—Algunos recados para Hopkins. Dejar mensajes aquí y allí, nada en particular.

—¿Por qué lo hicisteis? —preguntó Benjamin mirándole—. ¿Por qué un sastre se había de involucrar con un monje traicionero y loco? Especialmente un hombre como vos, Taplow, que acepta las doctrinas reformistas de Lutero.

Taplow bajó los ojos.

—Antes era católico —declaró—, hasta que murió mi mujer. Hopkins fue el único cura que se preocupó por mí.

Me agité, olvidando por momentos la incomodidad de la celda, al adivinar las sospechas de mi señor. Algo no iba bien. Taplow estaba lleno de porquería, pero parecía bien alimentado y, para ser un hombre a las puertas de la muerte, parecía calmado y sereno.

—¿Llevasteis mensajes a alguien más?

Negó con la cabeza. Benjamin miró a su alrededor y cogió la mano del hombre.

—Señor Taplow —susurró—, poco puedo yo hacer por vos, tan sólo puedo asegurarme de que el celador os traiga más vino y rezar para que Cristo tenga piedad de vuestra alma en el purgatorio.

—Sí —susurró Taplow—, que pase poco tiempo en el purgatorio —y volvió a la esquina de la celda.

Dimos golpes en la puerta para que el celador nos abriera y regresamos a las puertas de la prisión, donde Benjamin dejó una moneda al celador y dio instrucciones al sádico bastardo para que hiciera todo lo posible por el pobre Taplow. Entonces nos fuimos, atravesando las puertas de la vieja ciudad, rodeando la muralla y pasando por

callejones y arroyuelos hasta llegar al río en East Watergate. Benjamin estaba poco hablador, se refugiaba en sí mismo. Tan sólo salió de sus pensamientos cuando le ordené al remero que nos llevara a Syon.

—Es extraño, Roger —dijo—. Estamos aquí, acabamos de presenciar la escena de una vieja mujer estrangulada y hemos visitado a un tonto sastre apresado y rodeado de inmundicia que en unas horas será cruelmente quemado hasta la muerte. La muerte parece estar en todas partes —continuó—, y el asesinato parece ser una constante en nuestras vidas.

Me senté y le dejé sumido en la meditación. De hecho, volviendo la vista atrás, no dejo de sorprenderme. Y ya no me sorprende que la gente mate, teniendo en cuenta el amor que sentimos por la efusión de sangre, sino que no maten con más frecuencia. En fin, pateé el suelo de la barca y miré hacia el río, muy transitado aquel día por grandes barcas que vaciaban sus pútridos desechos en las aguas. Benjamin seguía inmerso en sus pensamientos y vi que no se sentía bien. El viejo Wolsey adoraba coger a la gente por las orejas, sobre todo a su sobrino, y poner en práctica esos juegucitos de mandarnos desarmados a habitaciones oscuras llenas de asesinatos (¡esperad a que termine esta historia y sabréis a qué me refiero!).

Por fin llegamos al convento de Syon, con sus almenas de piedra blanca sobresaliendo tras los árboles. Desembarcamos y nos dirigimos por un sendero de grava hacia la casa del guarda, donde esperamos en la habitación de invitados. Las monjas de hábito blanco se movían excitadas a nuestro alrededor, contentas de poder dar la bienvenida a los visitantes de su famosa casa. Un bonito lugar, Syon, con sus frescas galerías y pasajes, con sus habitaciones de techos altos y sus agradables jardines. No era aquel un convento convencional. Algunas de sus monjas eran las mejores doctoras de Europa y habían salvado a muchas personas de la muerte, pero Enrique acabó con todo aquello, arrasó el convento y se llevó sus tesoros. ¡El gran bastardo!

Syon era una casa maravillosa y sus ocupantes atendían a los enfermos y les proporcionaban mil y una curas. No lo dudéis, ya no podían hacer nada por Johanna, la razón de vivir de Benjamin. Ya os he hablado de ella: era la hija de un poderoso mercader y fue seducida y abandonada por un gran noble, al que Benjamin mató años más tarde en un duelo. Johanna, sin embargo, había perdido el juicio; su precioso pelo largo caía sobre su cara pálida; por su boca triste ya no salían palabras y tenía la mirada perdida.

Siempre que Benjamin iba a Londres, la visitaba. Se sentaba junto a ella y la acunaba dulcemente, acariciándola como si fuera una niña mientras ella, pronunciando sonidos incomprensibles, ponía sal en su herida creyendo que Benjamin era aquel noble enamorado que había vuelto por fin junto a ella. Aquellos encuentros eran siempre sobrecogedores. Yo no era capaz de quedarme allí

mirándoles así que me iba por ahí a tontear con las novicias. Cuando por fin Benjamin conseguía separarse de ella, las dulces hermanas venían para llevarse a Johanna, que estallaba en gritos por su amor perdido. Aquella vez no fue diferente de las demás y mi señor salió de Syon con lágrimas resbalándole por las mejillas. Como siempre, me cogió la mano.

—Roger —dijo apremiante—, si me pasara algo, ¡júrame que protegerás a Johanna!

Y, como siempre, se lo juré. Oh, y no os preocupéis, ¡cumplí mi juramento! Años después, cuando el Gran Bastardo arrasó los monasterios y vació los conventos, me llevé a Johanna a mi propia casa. De hecho, la he inmortalizado: mi viejo amigo Shakespeare escribió una obra sobre un príncipe danés llamado Hamlet que se preguntaba en el escenario si debía o no matar a su sanguinaria madre. No me gusta esta parte y le sugerí a Will que la redujera a un solo acto en el que Hamlet asfixiara a la muy zorra de inmediato. Pero ya conocéis al viejo Shakespeare; tímido y callado, escondió la cara detrás de las manos y se puso a reír.

No obstante, le ayudé con una escena en que este príncipe hace enloquecer a su prometida Ofelia (permitidme que os diga que después de haber visto la obra, no me sorprende en absoluto). En fin, la pobre Ofelia se presenta como una trágica mujer que acaba ahogándose en el río con flores en las manos y con el pelo extendido todo alrededor, como si fuera un velo. Bueno, pues Ofelia era en realidad el retrato de Johanna y aquel río era el Támesis. Siempre he pensado que fue un bonito detalle.

Cuando llegamos al embarcadero, Benjamin aún se encontraba desolado.

—¿Puedo hacer algo? —pregunté mientras intentaba encontrar palabras de consuelo—. Señor —añadí bastante precipitadamente—, algunas personas viven el purgatorio después de la muerte y otras, como Taplow o como la pobre Johanna, han de soportar el purgatorio aquí, en la tierra.

(Siempre era así, siempre preparado para proporcionar una amable palabra de consuelo). Benjamin me cogió por la muñeca y asintió pero, justo cuando nos disponíamos a subir a la barca, dio una palmada.

—¡El purgatorio! —gritó.

—¿Sí, señor?

Me miró de manera extraña.

—¿Cuándo tiene que morir Taplow?

Miré al sol.

—Pasan dos horas del mediodía. ¿Por qué?

Benjamin me empujó a la barca.

—Entonces, date prisa. Tenemos que verle. Tenemos que ver cómo muere.

Llegamos demasiado tarde. Smithfield Common estaba lleno. La feria del caballo había quedado vacía, los estantes, desmontados, y las tiendas, desiertas. Todo

Londres estaba allí con las cabezas mirando a la hoguera en lo alto de la pequeña colina, justo al lado de la horca. La multitud estaba como piojos en costura y fuimos incapaces de abrirnos camino. Como ya he dicho, todo Londres estaba allí y los cuerpos sudaban bajo los harapos, las sargas y las sedas; habían allí mentes y corazones que intentaban presenciar cómo un hombre era quemado hasta la muerte. Miramos por encima de sus cabezas.

Taplow, de pie sobre un taburete, ya estaba sujeto al poste con los brazos y las piernas atados fuertemente, con la cabeza y el rostro parcialmente cubiertos por un capuchón. Ya habían puesto montones de haces de leña verdes junto al taburete y, encima, unos hierbajos secos que llegaban hasta la ingle del condenado. Los verdugos encapuchados se movían alrededor como si formaran parte de un espectáculo artístico e iban colocando las ramas para que se creara un mejor efecto. La multitud, retenida por apretadas hileras de soldados, ya se estaba empezando a poner nerviosa y el griterío iba en aumento: «¡Venga ya!», «¡Dejad que muera el pobre!», seguidos por la habitual lluvia de gritos de rechazo.

—Tenemos que acercarnos más —dijo Benjamin.

—¿Por qué, señor? —supliqué.

—Va a morir un hombre.

Me puse de puntillas.

—Demasiado tarde. Ya están poniendo la antorcha en la leña.

Vi cómo el verdugo encendía la leña pero, aparentemente, estaba demasiado verde y el fuego no prendía. Benjamin miró con desesperación a la casa del guarda del priorato de San Bartolomé. El balcón ya estaba repleto de gentes importantes bien vestidas que habían sacado a sus niños de paseo; también se habían llevado manzanas azucaradas, platos de mazapán y jarras de vino para que la diversión fuera completa.

Benjamin sacó una de las autorizaciones de Wolsey de su bolsa, una de esas cartas escritas por el cardenal para que Benjamin pudiera acceder a cualquier sitio que quisiera. Mi señor me cogió por el brazo y me fue arrastrando. El capitán de la guardia, que estaba fuera de San Bartolomé, nos dejó pasar bajo el arco oscuro y subimos las escaleras hasta la habitación en donde estaba el balcón. De nuevo, Benjamin usó su carta para abrirse paso entre los quejosos espectadores hasta que tuvimos una buena vista de la ejecución y de Smithfield Common. Los graznidos del público se habían intensificado ante la torpeza del verdugo con su trabajo.

(Creedme, ¡es una manera terrible de morir! Una vez, en Venecia, la Inquisición me cogió, me juzgó y me condenó a ser quemado en la hoguera, en la gran plaza de San Marcos. Ya estaba atado al poste y habían encendido la leña cuando, una vez más, intervino la fortuna. ¡Pero esa es otra historia!).

De todos modos, volviendo atrás en el tiempo, puedo imaginarme lo que sentía aquel pobre desgraciado en Smithfield. La Inquisición era efectiva y sus verdugos

eran verdaderos locos. De nuevo pusieron antorchas en la leña pero el fuego sólo chamuscaba los pies y los tobillos de la víctima. El pobre hombre no paraba de gritar.

—¡Oh! ¡Cristo, hijo de David!

Y mientras chillaba, la multitud contemplaba la escena en silencio. Benjamin lo contemplaba fascinado y yo estudiaba sus movimientos más que los del condenado porque, como ya había comprobado anteriormente, Benjamin sentía horror de las ejecuciones públicas.

—¿Por qué quieres presenciarlo, señor? —susurré.

—¡Cállate, Roger! —ordenó.

Las llamas ya eran altas y alcanzaron las dos bolsas de pólvora que le habían puesto alrededor del cuello. Hubo una gran explosión y las llamas aún ardieron con más fuerza. La cabeza del condenado se inclinó para atrás y se le cayó la capucha. La hoguera era un bloque de llamas. Los labios de Taplow continuaban moviéndose aunque su garganta estaba tan quemada que no podía emitir sonido alguno. El fuego le alcanzaba la cara, le ennegrecía la boca, le hundía la lengua, los labios se le metían hacia las encías. Los miembros se le empezaban a desintegrar convirtiéndose en ampollas de grasa, agua y sangre.

—Que Cristo se apiade de él —murmuró Benjamin—. Tan sólo hubiera querido ver su cara claramente por última vez.

El poste y el condenado quedaban escondidos tras la barrera de llamas. Me quedé mirando a la muchedumbre. Parecían monstruos mirando boquiabiertos y con ojos ávidos el espectáculo; entonces me di cuenta de que había alguien en los grandes olmos, alejado de la multitud (las ramas de estos árboles se utilizaban a menudo como horcas improvisadas). Vi a un hombre pelirrojo que saltaba de las ramas, como si él también estuviera harto de contemplar la escena y se preparara para marchar. Vi las ropas negras y me pregunté por qué podía Southgate estar interesado en presenciar semejante ejecución. Tampoco entendía el interés de Benjamin y se lo pregunté mientras nos dirigíamos a la puerta trasera de San Bartolomé, la que daba al río, pero mi señor sólo me escuchaba a medias.

—No te puedo decir por qué —murmuró—. Todavía no, Roger. No, mientras estemos atrapados en esta sarta de mentiras.

Capítulo 6

Cogimos una barcaza de vuelta a Richmond y nos encontramos el palacio en plena ebullición. El rey y el cardenal se preparaban para partir y los patios estaban llenos de mulas ‘de carga y de chambelanes. Los portadores iban y venían por escaleras y galerías cargando paquetes y bolsas. Grandes carros de cuatro ruedas, tirados cada uno por seis caballos, estaban alineados ante las puertas principales porque Enrique *el Gordo* trasladaba su mobiliario y sus pertenencias para seguir con su viaje de placer. El estandarte real, sin embargo, ya no ondeaba en el asta, lo cual significaba que Enrique y Wolsey ya habían salido con un pequeño séquito. El doctor Agrippa se había quedado y nos esperaba en nuestros aposentos.

—¿Vuestra visita a la ciudad os ha sido de provecho?

—Interesante —replicó mi señor.

Agrippa, como una araña con sus ropas negras, se acercó a Benjamin y le entregó un paquete de documentos y dos repletas bolsas.

—Vuestro tío os desea un buen viaje. Esta plata os ayudará sin duda en vuestro pasaje y tenéis también algunas cartas de acreditación.

Cogí nuestras alforjas que estaban colgadas del gancho de la pared y las tiré encima de la cama.

—¿Y vos, mi buen doctor? —pregunté—. ¿Vos os quedaréis refugiado en la seguridad de Londres?

Agrippa se arrastró hacia mí, con su cara casi rozando la mía. Sentí aquel extraño perfume y le miré directamente a los ojos claros, cristalinos.

—Ojalá pudiera ir, Roger —murmuró—. Ojalá pudiera morir, mas no ha llegado mi hora.

Benjamin nos miró con asombro.

—¿Pero qué es todo esto? —pregunté sin dejarme intimidar—. ¿Por qué habláis de muerte? Agrippa, ¿no sentís la más mínima amistad por nosotros? ¿Qué piensa milord el cardenal que va a suceder en Templecombe? ¿Y qué es lo que quiere realmente el torturado cerebro de ese real demente?

La expresión de Agrippa se suavizó, parpadeó y sus ojos se tornaron de un azul claro, infantil, con toda su inocencia.

—Roger, Roger —murmuró—, soy el hombre del cardenal en tiempos de paz y de guerra, al menos por diez años más. Pero cuando se cumpla la profecía, la vaca monte al toro y la calavera del religioso quede aplastada, seré libre.

(En aquellos tiempos no tenía idea de lo que aquellas palabras querían decir pero ahora, volviendo la vista atrás, sé que se refería a la ascendencia de Bolena y a su efecto sobre Enrique *el Gordo* y sobre Wolsey, que caería como estrella del cielo el nombramiento real).

—Antes de que os vayáis —continuó Agrippa—, por la amistad que nos une, os daré un consejo: *Age circumspecte*, actuad con juicio —y tras decir esto, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

En fin, con el tiempo nos olvidamos del extraño consejo que Agrippa nos había dado. Benjamin continuaba sumergido en el malhumor que le había perseguido desde que presenció la ejecución de Buckingham. Siempre que le era posible, cogía pedazos de papel y se ponía a garabatear algo hablando solo y rascándose la cabeza preocupado.

Yo podía hacer lo que quería y me dedicaba a vagabundear por la ciudad. Incluso pensé en ir a visitar a mis antiguos compañeros pero, cerca de Whitefriars, un falso amigo me reconoció y, en vez de dirigirme un afable saludo, salió corriendo para vender esa información a hombres como Waller y a otros a los que debía dinero. Gracias a Dios que encontré a una pequeña muñeca de cara dulce que me entretuvo durante unas horas. Me convertí de nuevo en el Shallot de siempre, olvidándome del tiempo, contando las más asombrosas historias y haciéndola reír en el bodegón y, más tarde, sobre el colchón de plumas de su cámara.

¡Qué muchacha más encantadora! ¡Qué encantadora! Los ojos le brillaban como botones, mostraba un agudo ingenio en sus frases y, además, tenía los hombros más bonitos que jamás hayan visto mis ojos. En fin, forma parte del pasado, los jóvenes dorados también se convierten en polvo. Bonita frase, y es mía, aunque el bueno de Will Shakespeare se la hizo suya. Así son los escribientes, siempre copiando las frases buenas de los demás.

Sintiéndome más fresco y mejor compuesto, gracias a los momentos amorosos que acababa de vivir, volví a Richmond, y Benjamin me dijo que acompañara a Southgate a la Torre porque tenía que recoger algunas provisiones. Acepté de mala gana y, en silencio, nos dirigimos por el nebuloso Támesis hasta la estrecha fortaleza demoníaca. Tuvimos que esperar un poco porque las tropas se estaban preparando para una de las guerras dejadas de la mano de Dios en los Países Bajos, donde habrían de librar una de las olvidadas y fútiles batallas de Enrique *el Gordo*.

Oíamos a los soldados decir que sus corazones estaban a rebosar y que la sangre corría con fuerza por sus venas ante la perspectiva de la guerra: las banderolas ondeaban al viento; los caballos de guerra, preparados para la batalla, zapateaban; los valientes hombres, con sus brillantes armaduras, tenían las mejillas encendidas por la excitación de la batalla; las espadas afiladas, los cascos emplumados. ¡Un ejército de valientes! Así es como empiezan las guerras, pero los finales son muy diferentes: cuerpos mutilados, miembros arrancados, sangre a borbotones como si por fuentes emanara, verdes campos teñidos de marrón oxidado y ríos cargados de cuerpos muertos.

Recordad siempre las teorías militares del viejo Shallot. En primer lugar, siempre

que os sea posible, ¡corred! En segundo lugar, si no podéis echar a correr, rendíos. Yen tercer lugar, los voluntarios nunca llegan al día de paga. ¡Yo lo sé bien! He luchado en demasiadas batallas y en una de ellas perdí a mi muchacho, a mi único hijo de mi tercera esposa. Le llamé Benjamin porque no se parecía a mí, podrido y retorcido, sino que era alto y noble, con su corazón lleno de coraje; oh, buen Jesús, fue a Irlanda con la armada de Essex y murió en los pantanos de Antrim. ¡Oh, Dios! ¡Aún le echo de menos! Es cierto lo que decían los griegos: los amados por los dioses mueren jóvenes. Por eso yo viviré para siempre, ¡maldita sea!

En la Torre, aquel lejano día de otoño, los hombres se preparaban para la guerra. Los herreros estaban ocupadísimos golpeando los remaches de las armaduras para ponerlos en su sitio, forjando celadas, lanzas y espadas y todo el material necesario para matar. Los hombres practicaban en el patio polvoriento, luchando con las espadas y entrenándose con el estafermo, un muñeco giratorio que llevaba un escudo en un extremo y un saco de arena en el otro; los soldados golpeaban el escudo con la lanza y habían de ser lo bastante rápidos para que el saco no les golpeará en la cabeza. El viejo Shallot, como siempre, se mantuvo apartado de todo aquello, pero Southgate parecía fascinado. Tras recoger lo que había ido a buscar, volvió a echarles otra mirada y rompió su desdeñoso silencio.

—Ojalá pudiera ir a la guerra —sus ojos fríos me miraban fijamente—, ¿no os gustaría, Shallot?

—Oh, sí —mentí—. Sueño con eso cada día.

Southgate sonrió satisfecho.

—Cuando lleguemos a Templecombe, preferiréis estar en la guerra —señaló a los soldados sudorosos—; al menos ellos saben quién es su enemigo.

Salimos de Richmond dos días después, por la mañana temprano, justo después de la misa. El pequeño cortejo esperaba en el patio cerca de la doble reja de palacio.

Mandeville y Southgate paseaban en sus caballos vestidos con chaquetas acolchadas de piel y con botas altas de montar. Iban armados con puñales, espadas y dagas y llevaban capas de viaje. Detrás de ellos, como esculturas de piedra, iban los secretarios, Cosmas y Damien, que montaban levantando las riendas, con los ojos fijos en Mandeville y Southgate. Un poco más allá estaban los Santerre: sir John iba gritando órdenes y a su lado su esposa, que montaba a asentadillas con un deseo aparente de partir, según los comentarios de agitación que hacía a su marido. Con su cuerpo bien cubierto por una capa gris de viaje con ribetes de piel de marta cibelina, Raquel parecía una bonita pintura. El resto del séquito estaba compuesto por sirvientes y mozos con todo nuestro equipaje, que iba apilado en un resistente carro de cuatro ruedas.

—La señora Santerre está muy bella —susurré a Benjamin—. Hace que todos nosotros demos pena. Os lo digo de veras, señor, mucho me temo que una bella

mujer, antes de fijarse en uno de nosotros, se enamoraría de uno de nuestros caballos.

Benjamin se echó a reír.

—Yo sólo espero que no nos pase, nada, Roger —murmuró.

—¡Oh, sí! ¡Que Dios nos proteja, señor! Seremos como toros sobre una fina capa de hielo.

(Ojalá no hubiera pronunciado aquellas palabras. Las palabras pronunciadas con precipitación a menudo tienen un sentido profético. Menos de un mes después, Benjamin y yo luchábamos por salvar nuestras vidas en las heladas aguas de Somerset).

Pronto estuvimos listos para partir. Mandeville, que se creía comisario del rey y, en consecuencia, autonombrado líder del grupo, era el que daba las órdenes. Las grandes puertas se abrieron y nos hizo salir. Mientras íbamos hacia Londres, uno de los secretarios de Mandeville enarboló el estandarte con las armas de Inglaterra y así todos y cada uno sabíamos que avanzábamos en nombre del rey. A nuestro paso, la gente se quedaba observando a ambos lados del camino; los charlatanes, aprendices y lavanderas con sus harapos de piel dejaban de hacer ruido y esperaban a que pasáramos.

Llegamos a los fangosos callejones adoquinados de Londres y nos dirigimos a través de Bowyers Row hacia Cripplegate. En la esquina de Carter Lane, con la iglesia de San Pablo ante nosotros, tuvimos que parar porque había un edificio que había sufrido un incendio y unos obreros utilizaban grandes ganchos para tirar abajo la ennegrecida madera y así evitar que alguna chispa prendiera en las casas vecinas.

Por fin un oficial municipal de la corporación, que llevaba un traje azul y mostaza, decidió que ya se había derribado suficientemente el edificio quemado y que podíamos pasar. Mandeville, al frente de la expedición, como ya os he dicho; los Santerre, detrás con su pequeño cortejo, y luego nosotros, que íbamos al final de la comitiva, justo antes de los carros. Yo miraba ávidamente el paisaje londinense: los trabajados sombreros de terciopelo verde, alineados por los saludables mercaderes; las gastadas gorras de los artesanos y, sobre todo, los adornos de las cabezas de las mujeres de la corte que, cubiertas de nubes de gasa, salían a hacer las compras de la mañana. Llegamos a San Pablo, con la gran águila de cobre brillando en la veleta a la luz del sol. (Lo recuerdo bien porque poco después el sol desapareció y tardamos semanas en volver a verlo). Tuvimos que detenernos de nuevo porque unas carretas estaba transportando huesos desde el cementerio por Paternoster Row hasta el osario.

Entonces, un muchacho harapiento se acercó a sir John Santerre y le deslizó un papel. A punto estaba de decírselo a mi señor cuando oímos una música procedente de los muros de San Pablo. Benjamin me hizo un gesto y miramos por la puerta abierta. Un grupo de músicos estaba junto a uno de los contrafuertes de la catedral tocando el tambor y el pífano mientras el deán y el cabildo, con guirnaldas de rosas

en la cabeza, danzaban solemnemente en una procesión alrededor de una cabeza de venado que habían puesto en un palo; con sus ojos marrones y cristalinos miraba hacia los que se regocijaban con su muerte. Junto al palo estaba el succulento cuerpo del venado extendido, con sangre saliendo aún por las arterias de su cuello. Miré de hito en hito a Benjamin.

—Es una costumbre —anunció mi señor entre dientes—; cada mes los guardias forestales de la ciudad tienen que ofrecer un orondo venado para la cocina del deán y, en agradecimiento, éste y el cabildo ejecutan esta danza —se aclaró la garganta—. Sabe Dios por qué, y se llaman a sí mismos hombres de iglesia.

Miré a los pulcros y bien alimentados clérigos mientras danzaban su giga.

—No sé quién está más gordo, señor, si el venado o ellos.

—No te preocupes por eso —murmuró—. ¿Has visto el mensaje que le han entregado a sir John?

Asentí.

—Me pregunto qué decía, Roger.

—Sabe Dios, señor. ¡Tu tío teje unas telarañas!

Oímos que Mandeville nos llamaba para que continuáramos con el viaje hacia Cripplegate, abriéndonos paso entre los abogados y los oficiales del orden que estaban reunidos en la puerta del priorato de Saint Elsing-Spital para oír la última misa del trimestre de otoño, la de san Miguel.

Llegamos a la vieja muralla de la ciudad. Sobre nosotros estaban las cabezas de los traidores decapitados, coronadas con laurel o con hiedra, con los ojos y las bocas de color negro porque los cuervos les habían arrancado lo más sabroso. Tuvimos que parar de nuevo porque estaban arrastrando por los pies el cuerpo de un suicida hacia el foso común de la ciudad. Detrás había un carro lleno de desperdicios podridos que iban a ser volcados en uno de los arroyos cercanos a la barbacana. Un mendigo corrió junto al carro y vino hacia nosotros con las manos extendidas. Mandeville lo echó y el muchacho tiró de la pierna de Benjamin.

—¡Señor, señor, un penique, un penique!

Benjamin introdujo la mano en su bolsa y se quedó estupefacto al mirar al mendigo. A pesar de las rasgadas ropas y de la cara sucia, reconocí a nuestro buen doctor Agrippa.

—*Age circumspete!* —declaró para luego desaparecer entre la multitud.

—¿Qué significa? —pregunté—. Ya nos los dijo aquel día.

—Es un juego de palabras, Roger. Un viejo dicho latino, «actúa con juicio». Posiblemente nos está avisando contra los agentes.

—¡Magnífico! —murmuré, como si no me hubiera dado cuenta.

Llegamos a Red Cross, donde se terminaban los callejones y empezaban los campos y los bosquecillos; una hora más tarde ya estábamos en plena campiña.

No os aburriré con los detalles del viaje por el sur de Inglaterra. Los caminos aún estaban duros y el viaje se desarrollaba rápida y fácilmente porque Mandeville se servía del servicio de mensajería real para obtener buena comida y camas calientes en los prioratos, monasterios, tabernas o feudos. Viajábamos en tres grupos diferenciados: los agentes, los Santerre y nosotros.

Nadie estaba cómodo. Lady Beatriz hacía caso omiso de mis miradas, la joven Raquel tan sólo osaba sonreír tímidamente y los agentes se aislaban de todos. Southgate y Mandeville, con los dos mudos detrás, iban a la cabeza de la procesión murmurando entre ellos. Mi señor, preocupado por el enigma de Hopkins, se puso a discutir conmigo su significado para llegar a la conclusión de que no descubriríamos nada hasta llegar a Glastonbury o a Templecombe.

Cuando se nos presentó la oportunidad, cuestionamos a sir John sobre las leyendas artúricas, el Grial y las maravillas de la abadía de Glastonbury, pero no mencionamos a los templarios, como si incluso el mencionarlos estuviera prohibido, fuera ofensa o traición.

Hace veinte años volví a hacer el mismo viaje para visitar las ruinas de Glastonbury, destruidas por Enrique *el Gordo* y por su mente endiablada, Tomás Cromwell. Triste y nostálgica, la campiña no había cambiado mucho y, si cerraba los ojos al pasar por ciertos lugares, volvía a los tiempos en que recorrí aquellos parajes con mi señor Benjamin y con los otros, muertos hace ya tiempo; volvía a los tiempos en que viajábamos con rumbo a un lugar repleto de conspiraciones, traiciones y muertes repentinas.

La única diferencia era el tiempo, porque en aquella primera visita fue frío y duro, las nubes formaban espesas masas encima de nuestras cabezas, como si los cielos se fueran a caer, como si quisieran aplastar toda la vida existente en la faz de la tierra. Un viento frío y cortante nos congelaba los dedos y nos entumecía los músculos del cuerpo y, al entrar en Somerset, la nieve, largamente esperada, empezó a caer. Al principio eran sólo algunos copos, pero cuando empezaron a vislumbrarse los tejados, las agujas y los torreones de Glastonbury, se desencadenó una fuerte tormenta.

Ahora soy un viejo cínico. He visto a hombres y mujeres traicionar y matar sin inmutarse. (Por esa razón, aunque creo en Dios, tengo grandes dificultades para aceptar que él cree en nosotros). Sin embargo, Glastonbury amenaza al más duro de los corazones; es un lugar de misterios y misticismo que te coge por el cuello y conduce tu mente por extraños sueños.

Es una tierra sin árboles, llana, bastante por debajo del nivel del mar, y la abadía era grandiosa y resplandeciente, un verdadero palacio tras sus altos muros. Desde la cresta de una pequeña colina, sir John Santerre nos fue mostrando la capilla, la iglesia de la abadía, el claustro, la sala, la cocina de la abadía, las casas de huéspedes y los jardines; todo bastante claro a pesar de la nieve que caía.

Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue un impresionante cerro, una colina abrupta y rocosa frente a la abadía que parecía el dedo de un gigante señalando a los cielos y que hacía de la pequeña iglesia el lugar más adecuado para un encuentro entre Dios y el hombre. Si la abadía era una maravilla del trabajo humano, aquella colina era la respuesta de Dios ante aquella tierra llana; parecía uno de los lugares más altos mencionados en la Biblia, donde los ancianos patriarcas iban a hablar con Yahvé. Incluso Mandeville y Southgate mostraron su admiración. Benjamin y yo nos quedamos sin habla al contemplar la abadía y la impresionante colina.

—Sí —declaró Santerre con orgullo—; esto, caballeros, es Avalón. La isla de vidrio, la isla de las manzanas, el último lugar de reposo del rey Arturo. Otrora —continuó—, todos los alrededores de la colina eran pantanos, lagos y estanques, mas los monjes lo secaron todo y convirtieron esta tierra en una de las más grandes maravillas de Dios.

Por momentos olvidé que estaba nevando y que hacía un frío muy cortante.

—¿Qué es eso? —señalé la gran colina.

—Lo que veis, Shallot, un lugar elevado —replicó Santerre—. Un lugar sagrado antes del nacimiento de Cristo. Las tribus antiguas solían venir hasta aquí en barca y, conducidos por su líder, el rey Pescador, rendían culto a la colina. Algunas gentes dicen —bajó el tono de voz— que dentro de la colina hay entradas y túneles secretos y que los que han ido allí no han vuelto jamás o, si han vuelto, lo han hecho con la mente trastocada y con el ingenio perdido.

—¿Y por qué vino aquí el rey Arturo? —preguntó Benjamin.

—Para sanarse —replicó Santerre—. Aquí siempre ha habido un monasterio pero, en los tiempos antiguos, cuando las aguas inundaban los caminos, había caminos secretos y senderos para llegar hasta el monasterio. La morada de Arturo quedaba más al norte, en Cadbury, una gran colina donde aún se pueden visitar los restos de su formidable fortaleza. La leyenda cuenta que la espada de Arturo fue lanzada a uno de los lagos y que el Grial, que estaba en el monasterio, no fue llevado a tiempo donde estaba Arturo. Si éste hubiera podido beber del Santo Grial, las heridas recibidas en la última batalla contra su sobrino Mordred habrían sanado. Por eso Arturo yace enterrado en la abadía. —Santerre se quitó los copos de la cara mientras nos iba mirando.

—Escalofrantes leyendas —interrumpió Mandeville con su oscura cara amenazante cubierta de nieve—; pero recordad, estamos aquí por el bien del rey, y las leyendas de estos parajes llevaron a Buckingham a la muerte.

Espoleó al caballo, lo puso a trote y todos le seguimos hacia la puerta de vistosos relieves de la abadía de Glastonbury. El portero nos dejó entrar y nos condujeron a un gran patio. Algunos sirvientes laicos se apresuraron a descargar los carros y fuimos

escortados hasta una espaciosa y blanca casa de piedra destinada a los huéspedes: una gran solana en el primer piso y en la planta de arriba, las habitaciones de los invitados del abad. Los sirvientes cogieron nuestras ropas húmedas y nos sirvieron copas de vino con especias caliente y, después, tazones de barro de sopa de carne que nos calentó las manos y arrancó el frío de nuestros estómagos.

Nos sentarnos en unas sillas ante el fuego de leña y una vez que descansamos y sacamos nuestros enseres de las bolsas, apareció el abad, Richard Bere, con el prior y otros monjes de la abadía. Entraron todos en la hospedería para darnos la bienvenida. Bere era un fraile, un hombre de pelo blanco; en una mano llevaba una vara color ceniza y con la otra, se cogía del brazo del prior. (Bere era un gran hombre. Llevó a cabo muchos proyectos arquitectónicos en Glastonbury. Después, le había de suceder el pobre Richard Whitting, el abad que soportó a los agentes de Cromwell. Murió de una manera horrible. La abadía fue arrasada y soportó numerosos pillajes, robaron sus tesoros, hundieron sus tejados, y lo que se había construido en honor a Dios, se convirtió en un nido de descanso para lobos, ciervos y gatos. En fin, ya he hablado bastante de eso).

En aquel frío día de invierno cubierto de nieve, Bere y sus hermanos nos brindaron una acogida muy correcta, pero el rostro ansioso del abad y sus miopes ojos traicionaban el miedo que sentía al acoger a los poderosos agentes entre los sagrados muros de la abadía. Mostraba un patético deseo de complacer y yo odiaba a Mandeville por su arrogancia mientras iba encadenando sus órdenes. Nos quedaríamos una noche, cargaríamos el equipaje en caballos de carga y haríamos el viaje a Templecombe: estas fueron sus instrucciones.

—Pero —añadió arrogantemente dirigiéndose al abad— volveremos, reverendo padre, para haceros preguntas sobre el traidor Hopkins. Quiero que preparéis los memorandos, los libros que él utilizó y sobre todo, el manuscrito que estudiaba con tanto afán. Debe entregárnoslo todo.

Esbozó una sonrisa e hizo un cortés gesto de cabeza a lady Beatriz. Luego, con los silenciosos monjes que le rodeaban, salió cansinamente de la hospedería.

Nos levantamos temprano a la mañana siguiente porque nos despertó el sonar de las campanas de la abadía. Abrí la ventana para mirar el paisaje nevado. La tormenta había pasado, pero el cielo aún amenazaba. Después de romper el hielo del cuenco para lavarnos, nos aseamos, nos cambiamos y nos reunimos con los otros en el pequeño refectorio de abajo.

Un hermano laico vino a buscarnos y nos llevó a la iglesia de la abadía para que oyéramos la misa de la mañana y, creedme, por la gloria de otros tiempos, la abadía de Glastonbury era lo más cercano al cielo en la tierra. Inmensos pilares, cúpulas y cornisas cubiertas de oro; grandes muros con brillantes pinturas multicolores que representaban escenas de la Biblia. La capilla de la Virgen, con mármoles azules,

rojos y dorados; el coro y la reja que lo separaban de la nave eran de madera de roble tallada y brillaba a la luz de cientos de velas. El aire era dulce con un incensario que, sobre el altar mayor, era como los espíritus de los benditos. Tanta paz, tanta belleza... Las sillas del coro habían sido esculpidas cuidadosamente y la madera se había pulido hasta que brillara como el oro bruñido. Banderolas de diferentes colores, escarlata, rojo, verde y azul, colgaban del artesonado y alrededor de la iglesia, se reproducían estatuas talladas de la más asombrosa belleza representando a la Virgen María, a san José, a san Patricio y a otros huéspedes del cielo. Me arrodillé y miré a mi alrededor anonadado.

Ahora ya nada de aquello existe, no dejaron nada. Los agentes de Enrique lo vieron. Sé que muchos de vosotros creéis en la fe reformista y quizá sea lo correcto, pero si hubierais visto aquello entonces, aún os duraría el disgusto. Lloraríais sin duda la destrucción de tan magnífica gloria.

Después de la misa, un hermano se ofreció a mostrarnos la iglesia y otros bellos rincones de la abadía. Los Santerre no fueron con nosotros, Raquel declaró que no se sentía bien, pero Mandeville y Southgate se unieron a nosotros con impaciencia. Nos enseñaron la gran losa de mármol que cubría el ataúd de Arturo y el pozo del cáliz, fuente de agua que utilizaban los hermanos del monasterio. Mi señor miró en su interior esperando ver una visión en el fondo.

—¿Es cierto —preguntó— que el Grial podría estar en el fondo de este pozo?

La cara arrugada y amarillenta del viejo hermano esbozó una sonrisa.

—Eso dicen las leyendas —susurró—. Muchos son los que han buscado, pero nada han hallado.

Visitamos también el espino sagrado, un rosal salvaje que supuestamente fue plantado por José de Arimatea. Y os digo una cosa: la leyenda es cierta. Hasta con aquel tiempo amargo, la planta estaba empezando a florecer, y cuando florecía en Navidad, el abad, siguiendo la tradición, mandaba una rosa al rey. Después de aquello, como Mandeville insistía, el hermano nos llevó hasta la biblioteca, una larga habitación con los muros cubiertos de sólidas estanterías llenas de libros. Las manos de Benjamin enseguida se lanzaron a coger uno de los tomos encuadernados en piel como si fuera una preciosa joya (yo también hice lo mismo, pero por otras razones). Mandeville, sin embargo, se limitó a sacudir la cabeza.

—Ya hemos visto suficiente por hoy —murmuró—. Este tipo de cosas se han de hacer en nuestro tiempo libre. Templecombe es nuestro destino. Debemos estar allí hacia el mediodía.

Volvimos a la hospedería y nos encontramos a todos preparados para partir. Fuera, en el patio, los hermanos laicos acomodaban nuestro equipaje en los caballos de carga, que golpeaban con fuerza con las herraduras en el empedrado y lo rayaban, sacando nubes de humo por el morro a causa del frío mientras relinchaban por ser

sacados de los confortables establos. Busqué a Raquel. Aún estaba pálida y encontré la valentía suficiente para dirigirme a ella.

—Señora, ¿os pasa algo malo?

Ella me dedicó una delicada sonrisa.

—El viaje ha sido agotador y tengo ganas de llegar a casa.

Me hubiera entretenido un poco más con ella, pero el venerable Bere vino hacia nosotros para despedirse. Mandeville fue tan seco como siempre. Se adelantó, dando unos golpes al caballo.

—Padre —declaró alto y fuerte para que todos lo oyeran—, os agradecemos la hospitalidad que habéis tenido con nosotros. Volveremos. Hay algunas preguntas que tendrán que ser contestadas con francas respuestas.

Acto seguido, ordenó que nos pusiéramos en marcha y que saliéramos de la abadía. El viaje fue frío e incómodo; nos hacía recordar brutalmente las comodidades que habíamos dejado atrás. El cielo gris y lleno de nubes bajas amenazaba con más nieve, aunque las nevadas de los últimos días ya habían cubierto setos y campos y habían destrozado las zanjas, de manera que los caminos estaban resbaladizos y llenos de peligros. No paramos ni una vez, ni siquiera en el pueblo de Templecombe, y recorrimos las durmientes aldehuelas, las casas a lado y lado, todas entabladas. Las únicas señales de vida eran las columnas de humo y el ocasional habitante que salía bien abrigado a buscar leña para la chimenea. Con sus cuerpos corpulentos y sus caras rojas, parecían bastante felices de ver a su señor y se quitaban las gorras y lo saludaban para darle la bienvenida a sus tierras.

Ya estábamos llegando a la puerta principal de la casa cuando una vieja bruja salió de entre los árboles y se puso frente a Mandeville. Era un verdadero pájaro de la noche, con una capa sucia y una capucha que sólo a medias le cubría el pelo gris. Tenía la cara arrugada y estropeada y la boca, sin dientes, dejaba ver unas enrojecidas encías. Ahora bien, los ojos los tenía llenos de vida. Movié la curvada nariz aguileña, dio una palmada y empezó a parlotear. Creedme, de haberla visto en otro lugar, no le habría hecho caso, la hubiera tratado de bruja salida de un baile de máscaras. Parecía una de esas damas a las que les gusta proclamarse portadoras de secretos y misterios. Pero aquel viejo pajarraco era aún más siniestro, un verdadero cuervo; parecía portadora de malas noticias. Mandeville gesticuló para que se apartara de su camino, pero ella se echó a reír y dio un paso atrás con los ojos brillantes de malicia.

—¡Bienvenidos a Templecombe! —su voz era sorprendentemente fuerte y poderosa. Hizo una reverencia burlesca—. Sir John Santerre, su maravillosa esposa y la bella Raquel —dijo con saliva espumosa cayéndole por las comisuras de los labios.

—¡Quitaos de mi camino, mujer! —ordenó Mandeville.

—Sí, me apartaré, me apartaré —chilló la vieja—. Cuando os haya dicho lo que vengo a deciros.

Mandeville se acercó más a ella.

—¿Y que nos tenéis que decir?

—¡Habrà muertes! —proclamó la vieja con un dedo afilado señalando a las nubes grises—. ¡Muerte por fuego! ¡Muerte por hierro! ¡Muerte por cuerda! ¡Muerte por agua! Yen cuanto a vos, sir Edmund Mandeville, emisario del rey que no es rey, ¡tenéis la mano de la Muerte sobre vos! El destructor de la medianoche se sienta a vuestra derecha y el señor Satán ocupa vuestra izquierda. Todos vosotros —chilló con ojos centelleantes—, ¡todos habéis entrado en el valle de la Muerte!

—¿Qué queréis decir? —gritó Southgate sin el más mínimo defecto de pronunciación.

La vieja se inclinó, la barbilla le cayó hasta el pecho. Le miró tras aquellas grises y espesas cejas.

—Ya os he dicho lo que os tenía que decir, ¡ahora debo irme!

Y antes de que ninguno de nosotros pudiera impedirlo, desapareció como un fantasma entre los árboles.

Mandeville fulminó con la mirada a sir John Santerre.

—¿Quién demonios era?

—Uno de vuestros súbditos, señor —acusó Southgate. Santerre se encogió de hombros.

—Es una vieja loca que dice tener visiones. Ha vivido en una casita en el claro del bosque sabe Dios por cuánto tiempo —bajó la mirada—. Algunos la llaman loca, otros dicen que es Hécate, la reina de la noche.

—Sólo es una vieja —repuso Raquel por debajo de la capa—. No le hagáis caso, señores. Es una Casandra que ve perdición y muerte en el vuelo de un gorrión.

Mandeville tosió y dijo:

—¡Como se vuelva a acercar a mí, la quemaré viva, vieja bruja!

Y con aquella desagradable declaración, continuamos avanzando por el sendero. Un portero abrió la reja de dobles barrotes gritando la bienvenida a los Santerre y nos condujo por la entrada pasando entre abedules, robles y tejos hasta la parte delantera de la casa.

Capítulo 7

Dejad que os hable un poco de Templecombe; los templarios lo construyeron como una simple fortificación, pero las posteriores generaciones lo fueron embelleciendo para que fuera más acogedor. Era un enorme edificio de piedra que daba a un gran patio: totalmente cuadrado, de tres pisos y con tejado de pizarra gris. Aunque se veían aún ventanas sobrias y estrechas, propietarios más sofisticados habían mandado construir miradores, saledizos y ornamentos en el cañón de las chimeneas. La piedra brillaba como si acabaran de lavarla; las ventanas vidriadas, algunas de ellas con vidrio puro, a pesar de la pobre luz, contaban hasta con emblemas heráldicos con variedad de matices.

A nuestra llegada, se abrió una gran puerta. En las escaleras aguardaban los sirvientes y, por un momento, todo fue una confusión de mozos, camareros, cocineros, cazadores y pajes que se apresuraban a dar la bienvenida a los Santerre. A pesar de las bruscas maneras de sir John, vi que era un señor respetado e incluso querido. Los sirvientes cogieron nuestros equipajes, los mozos llevaron los caballos a los establos y los Santerre nos escoltaron con orgullo hasta su casa.

A pesar de su inhóspito aspecto exterior, Templecombe se mostró ante nuestros ojos como una verdadera joya. La entrada tenía un revestimiento reluciente, con maderas talladas. Los suelos, la gran escalinata majestuosa, la balaustrada y el pasamanos habían sido construidos con los más costosos materiales. Nos condujeron a la habitación central, una larga sala dominada por un artesonado muy trabajado y por un mirador en el que estaba representado el cordero de Dios portando un estandarte. Grandes ventanas, con asientos tapizados, a ambos lados de una gran chimenea tallada, sobre la cual colgaba un tapiz que representaba la tentación de Adán y Eva por la serpiente. La chimenea era enorme y estaba encendida, y la habitación permanecía iluminada con hachones que se aguantaban en los muros en soportes de hierro forjado. Más allá, junto al mirador, había una mesa. El suelo, de losas de mármol blancas y negras, parecía un tablero de ajedrez, y lo cubrían gruesas alfombras de Persia, India y Turquía. Se veían también en la habitación cómodas de ciprés y de cedro y mesitas con bandejas, copas de plata, jarrones y recipientes de peltre. Telas doradas y exquisitas tapicerías colgaban de los muros y sus flequillos llegaban hasta el suelo. Todo parecía jactarse del poder y la riqueza de los Santerre.

—Tiene ricos campos —susurró Benjamin— y la lana de sus ovejas es famosa incluso en Flandes. Sir John toca todas las teclas y es bien conocido por los capitanes portuarios de la costa sur.

El rico señor de aquel feudo estaba de pie en el centro de la habitación mostrándose entre sus ostentosas riquezas mientras sus sirvientes colocaban sillas de respaldo alto frente al fuego. Santerre insistió en que nos sentáramos y en que nos

calentáramos un poco con los *possets* de vino caliente y la repostería azucarada. Hasta Mandeville, cansado por el viaje, se relajó y murmuró unas palabras de admiración.

El cambio más importante lo experimentó Raquel. Dejó de lado la capa y el velo y su pelo negro azabache le caía en la cara, ahora reluciente de felicidad. Sólo tenía ojos para ella mientras Benjamin, ansioso aún por estudiar cada detalle de la habitación, seguía mirando a su alrededor mostrando entusiasmo.

—Venid. —Raquel se levantó sonriéndonos—. Mientras los más viejos y sabios reposan, dejad que os enseñe nuestra casa.

Nos llevó de visita parlotando con excitación, como una niña. La casa, como ya he dicho, tenía tres pisos y cada piso era un perfecto cuadrado limitado por elegantes galerías con tres habitaciones en cada una. Incluso en el piso más alto, donde Raquel nos enseñó nuestros aposentos, se respiraba un aire cálido, endulzado por los braseros, y el ambiente era muy acogedor gracias al brillante revestimiento, las telas de colores, las alfombras de lana, las sillas y los escritorios tallados. Todo aparecía limpio y brillante a la luz de las candelas. Incluso las cornisas y los acabados del techo estaban recién pintados.

Raquel nos explicó que su padrastro no había escatimado al amueblar su nueva casa. Mas en todo momento veíamos huellas del pasado templario: cruces negras de Beauce pintadas en los muros que el paso del tiempo no había borrado; viejas aberturas apuntadas por las que se veían los campos cubiertos de nieve; pequeñas gárgolas que representaban monstruos, dragones y caras alargadas de reyes muertos años atrás. Gradualmente, nos íbamos dando cuenta de que, a pesar de las riquezas, el ambiente cálido y las comodidades, Templecombe poseía un aire misterioso, siniestro. Mientras Raquel nos llevaba por pasadizos y galerías, podía sentir otras presencias, como si hubiera fantasmas escondidos en las sombras que nos observaran al pasar y que fueran tras nosotros, buscando alguna debilidad de nuestros cuerpos que pudieran aprovechar. Benjamin tenía la espalda tensa y, en una ocasión, noté cómo se estremecía.

—Extraño lugar este —murmuró mientras Raquel iba delante—. Los muertos no encuentran descanso entre estas paredes.

Por fin Raquel terminó el recorrido por la casa, pero aún llena de entusiasmo, dijo que había más en el exterior. Benjamin y yo disimulamos la desazón que sentíamos, fuimos a buscar las capas y la seguimos por los campos nevados. Visitamos las casas, los establos, la herrería, la cervecería y el granero, pisando con cuidado el suelo resbaladizo y traicionero, aunque Raquel iba tan segura como un gato. Atravesamos una arboleda hasta llegar a un claro donde se encontraba una pequeña iglesia, simple y primitiva con un empinado tejado y una torrecilla de entrada. Raquel empujó la puerta y nos hizo entrar.

Si la casa estaba llena de opulencia, la vieja iglesia presentaba un aspecto bastante desolador. Había una pila bautismal cerca de la puerta, un par de blancos pilares a cada lado del transepto y, atravesando la reja del transepto, llegamos a un santuario de piedra llana. A cada lado estaba la sillería, y las tallas representaban escenas de la Biblia. Benjamin se puso a mirarlas y exclamó encantado:

—¡Mira, Roger! —Señalaba una imagen antigua en la que se representaba a un oso subiéndose a un árbol. La escena tenía tal viveza que parecía que el oso se fuera a mover o que el árbol se fuera a torcer. Raquel se sentó en las escaleras del santuario y nos miraba.

—Me encanta este lugar —murmuró dirigiendo su mirada a las negras vigas del techo—. Es tan simple, tan puro... Mi padrastro quería derruirlo pero mi madre y yo nos opusimos. —Nos sonrió y luego su cara adquirió una expresión solemne, con la mirada perdida—. Los templarios solían reunirse aquí —continuó—. Ésta era su capilla —se estremeció y se abrigó con la capa—. Hombres endiablados —murmuró—, tenían unas prácticas tan oscuras que sus fantasmas aún rondan por aquí. Madre siempre dice que deberíamos exorcizar la casa.

—¿Creéis que fueron culpables de tan terribles crímenes? —preguntó Benjamin. Raquel se puso de pie.

—Quizá, pero no los cometieron aquí. Dejad que os enseñe una cosa.

Nos condujo fuera de la iglesia, hacia la parte trasera y luego a través de un bosque. Los árboles terminaban en los límites de un gran lago cuya agua se estaba helando. En el centro había una isla envuelta en la niebla y en ella, entre algunos árboles, se vislumbraba un bajo y oscuro edificio que, con la luz tardía, tenía un aire desolador, siniestro.

—Ésa es la casa de los templarios —explicó Raquel—. Es tan sólo una gran habitación de piedra, pero las leyendas dicen que los templarios la utilizaban para sus misteriosos ritos. Yo nunca he estado —señaló hacia una barca que había entre las hierbas heladas—. Algunos sí que van, pero yo no me atrevería ni a poner los pies allí, ¡ni siquiera en pleno verano! La isla me asusta —su cara se iluminó—. Vamos, debéis de estar exhaustos y yo no paro de hablar. Pronto servirán la cena.

Nos guió de vuelta a la casa, donde un sirviente nos mostró nuestras cámaras. Disponíamos de una pequeña habitación cada uno. La mía estaba entre la de Cusmas y la de Benjamin. Mandeville, Southgate y Damien estaban en otra galería. Probablemente, aquellas habitaciones habían sido otrora sobrias celdas de templarios, pero ahora estaban lujosamente amuebladas. Había una amplia cama con dosel, un armario de roble, un escritorio, un taburete y una silla, mientras que las ventanas habían sido vaciadas y protegidas con un vidrio tintado. La leña quemaba en la chimenea y también habían añadido dos braseros. Mi habitación estaba tan caliente y olía tan bien como un fragante día de verano. Me senté un rato en la cama mientras

esperaba a Benjamin. Parecía cansado y perplejo y, sin que yo le invitase, empezó a resumir lo que había sucedido hasta el momento, resaltando los puntos con sus dedos.

—Primeramente tenemos a Hopkins, un monje benedictino de Glastonbury que también desempeña las funciones de capellán de los Santerre en Templecombe y en las granjas de los alrededores. En segundo lugar, Hopkins siente verdadera pasión por las leyendas artúricas y por los saberes populares y va tras el Grial y Excalibur. Descubre un antiguo manuscrito en la biblioteca de Glastonbury con unos versuchos que nadie entiende. En tercer lugar, Hopkins le dice a Buckingham que podría tener en sus manos las preciosas reliquias y lord Buckingham viene a Templecombe pensando que las reliquias podrían estar escondidas en estos parajes, o quizá sólo viene para comprobar que lo que Hopkins le ha dicho es cierto. Se acerca a sir John Santerre, pero éste se asusta porque cree que Buckingham está buscando las reliquias por una sutil traición. Se lo comunica a los agentes. Entonces Buckingham escribe a Taplow a Londres pero su correspondencia es interceptada por nuestros buenos amigos Mandeville y Southgate. Buckingham es arrestado y mandado al patíbulo mientras que Taplow es quemado en Smithfield. Se investiga a los Santerre, pero quedan libres de sospecha. —Benjamin hizo una pausa—. ¿Qué más?

—¿Los agentes asesinados?

—¡Ah, sí! En cuarto lugar, se envía a dos de los agentes de Mandeville a casa de Buckingham para espiarle y alertan a su señor sobre las supuestas traiciones de Buckingham. Al poco tiempo, aparecen asesinados con un garrote, del mismo modo que después fue asesinada la hermana de Hopkins, pero no tenemos ninguna pista acerca del asesino. En quinto lugar, hay una organización secreta o una conspiración relacionada con la antigua orden del Temple, los miembros de la cual también buscan el Grial y la espada de Arturo. Sabe Dios quién puede ser. ¿El abad y los hermanos de Glastonbury? ¿John Santerre? O aún peor, Mandeville y Southgate. Después de todo, se sospecha que la orden tiene un cómplice cercano a la corona. En sexto lugar, hemos venido aquí para encontrar el Santo Grial y Excalibur (aunque es poco probable que lo logremos) y para ayudar a esas oscuras sombras a desenmascarar las actividades de los templarios. Y finalmente, las amenazas de la bruja. ¿Por qué nos trajo aquel mensaje? ¿Quién le dijo que lo hiciera? ¿Fueron los monjes de Glastonbury?

—Señor, es una bruja.

Benjamin negó con la cabeza.

—Tonterías, Roger. Yo no creo en semejantes poderes —se puso de pie y empezó a moverse de un extremo al otro de la habitación.

Así era mi señor: cuando su mente luchaba contra un misterio o un problema, la agitación inundaba su cuerpo e iba de un lado al otro hasta que conseguía llegar a una solución. Era un verdadero hombre del Renacimiento, Benjamin Daubey. No creía

en brujas ni en hechiceras ni en adivinas. Yo sí. Cuando conoces a alguien como Mabel Brigge, enseguida te das cuenta de que hay por medio un pacto con el diablo ¡para poder adquirir poderes ocultos! Mabel, un bello demonio. Para matar a alguien, ayunaba durante tres días y concentraba su mente en destruir la vida de su enemigo. Yo vi cómo lo hacía y destruyó al más grande de los nobles, pero en fin, esa es otra historia.

Benjamin paró de moverse.

—¿Estás de acuerdo con lo que he dicho, Roger?

—Bueno, claro, señor. Es lo que ocurrió, ¿no es así?

—¡Claro que no!

—Si tú lo dices, señor.

Benjamin se acercó y se sentó a mi lado.

—Déjate de sarcasmos, Roger. Tan sólo sabemos lo que nos han dicho o lo que nos han hecho ver. ¿Cómo sabemos que Buckingham cometió traición? ¿Cómo sabemos que escribió aquellas cartas a Taplow?

—¡Porque el muy majadero confesó! —interrumpí—. Vimos a Taplow en la cárcel y vimos cómo moría, el pobre desgraciado.

Benjamin hizo una mueca.

—No, el hombre que visitamos en la cárcel no era Taplow, era un impostor —sonrió ante mi soplido de desdén—. ¿No lo recuerdas, Roger? Acuérdate del prisionero de piernas y brazos bien gordos. Es cierto que estaba cubierto de inmundicia y que recitó su papel como un buen actor, pero cometió un error. Taplow era luterano y el prisionero dijo que creía en el purgatorio. Ningún luterano haría semejante afirmación. Y además, cuando fuimos a Smithfield pudimos ver al moribundo Taplow. Tenía el mismo color de pelo que el hombre de la cárcel pero estaba mucho más demacrado.

Cerré los ojos para pensar en lo que decía. El Taplow de la celda tenía los brazos y las piernas bien rollizos y la cara, regordeta y bien alimentada bajo la suciedad; la referencia que hizo sobre su alma en el purgatorio, y el fuego de Smithfield y aquel hombre delgado, de cuerpo roto. Mi señor tenía razón.

—¿Por qué? —pregunté.

—No tengamos en cuenta a Buckingham en nuestras investigaciones —replicó Benjamin—. Era un gran noble con sangre de los York en sus venas y Enrique quería su cabeza. El buen duque estaba suficientemente loco para llevar a cabo las investigaciones sobre las preciosas reliquias y los agentes del rey se pegaron a él. Sospecho que las cartas a Taplow mostradas en el juicio eran falsas y que Taplow, debido a sus relaciones en la corte, fue utilizado. Ya conoces a su graciosa majestad. Taplow, el pobre desgraciado, como tú mismo has dicho, fue torturado violentamente hasta que dijo lo que ellos querían que dijese sobre sus visitas a la corte, pero

Mandeville había de asegurarse de que no diría la verdad más tarde. Por eso lo metieron en alguna celda perdida y utilizaron a un paniaguado para que representara el papel de Taplow. Mandeville pensó que quedaríamos satisfechos, ni siquiera se le pasó por la cabeza que pudiéramos presenciar la ejecución o que, si lo hacíamos, estuviéramos lo bastante cerca para darnos cuenta de que el hombre de la hoguera no era el mismo que habíamos visto en Newgate. No hubiera sospechado nada si el falso Taplow no hubiera hecho la referencia al purgatorio, así es que...

—Así es que —terminé yo su frase— podemos olvidarnos de todo lo que nos dijo el bastardo de Newgate.

—Sí, ¡una sarta de mentiras! —continuó Benjamin—. Pero si una parte está podrida —concluyó—, ¿cómo sabemos que lo demás es cierto? ¿Qué pasaría si no existiera el Santo Grial o Excalibur o los templarios? ¿Y por qué asesinaron a los agentes?

—A lo mejor los mató Mandeville —sugerí—. Quizá se opusieron a la eliminación de Buckingham y a la trama de mentiras de la que habían formado parte.

—Es posible —murmuró Benjamin—. Es posible —repitió levantándose y dándome golpecitos en la espalda sin darse cuenta—, pero Roger, tenemos que lavarnos y cambiarnos. Nuestros anfitriones nos esperan.

Mi señor deambuló por ahí mientras yo sacaba las cosas de las alforjas, me lavaba y me cambiaba de ropas para luego bajar al suntuoso banquete que los cocineros de los Santerre habían preparado para nosotros.

La mesa estaba cubierta con telas de seda pura y el salón permanecía bañado en la luz de incontables velas de cera que hacían brillar y relucir los tajaderos de plata, las jarras, las copas, los cuchillos de preciosos mangos de peltre. Y la comida fue deliciosa: cordero y carne de venado con diferentes vinos del Rin, tintos y rosados.

La conversación era irregular porque todos nosotros estábamos exhaustos, pero Mandeville anunció que al día siguiente extendería su red. Sir John tendría que responder algunas preguntas y también habríamos de volver a la abadía de Glastonbury. Hice caso omiso del siniestro bastardo y bebí rápida y ávidamente con ojos sólo para Raquel. Vestía una túnica azul marino con un tocado unido al vestido con perlas de nácar, ¡estaba tan bella!

(Veo que mi capellán se está riendo porque dice que no paro de hablar de ella. Está bien, el tontorrón tiene razón, voy a deciros la verdad).

Sí, estaba celoso, por eso me emborraché. No podía dejar de ver la dulzura con que Raquel miraba a Benjamin y los celos, la llama de los celos prendió pronto, y es la más difícil de extinguir. Al poco, estaba tan concentrado en mi copa, que mi malhumor crecía y por eso me excusé con que no me encontraba bien y corrí hasta mi cama, donde pretendía regodearme en mi desgracia y recuperar mis malos hábitos. Me tumbé en la cama con dosel dispuesto a pensar en lo que había pasado, pero en

menos que canta un gallo ya dormía profundamente. Sabe Dios cuándo terminó el banquete. Recuerdo que me medio desperté y que vi a mi señor acercándose.

—Roger, ¿te encuentras bien? ¿Te ha sentado mal algo que has comido?

—Sí, sí, algo que comí —contesté agriamente medio dormido.

Luego me volví a despertar, pero fue por algo más cruel. Estaba sumido en mi sueño favorito: en las mazmorras, bebía una copa de clarete mientras unos torturadores enmascarados torturaban en el potro a Enrique *el Gordo*. Olía a humo y oía los más terribles gritos. De repente, me desperté exaltado y vi que no soñaba. Entraba humo por debajo de la puerta y, a pesar del grosor de los muros, llegaban hasta mis oídos las más horribles quejas y crujidos.

—¡Dios mío, fuego! —grité.

Abrí la puerta y salí. La galería estaba llena de humo y los horribles gritos guturales y los crujidos venían de la habitación del secretario, Cosmas. Con buenos reflejos, como siempre, grité: «¡Fuego!» y volví a meterme en mi habitación con una sola idea en la cabeza, la piedra angular de la filosofía de Shallot: cuando amenaza el peligro, recoge tus posesiones y vuela como el viento. Salí corriendo para encontrarme con mi señor, que estaba completamente vestido.

—Por el amor de Dios, Roger —dijo—, ¿qué pasa?

—¡Por el amor de Dios, señor! —le contesté—, ¿no lo ves? ¡El imbécil de la habitación de al lado ha prendido fuego, y no tengo ninguna intención de morir quemado!

Benjamin se quedó mirando mi capa, llena de alhajas y de algunos objetos de valor que había recogido.

—Roger, Roger, no seas así, ¡con eso no podrás romper la puerta!

Me sacó la capa y la tiró sobre la cama. Fuera, en las galerías, empezaban a salir de las habitaciones y se oían pasos que corrían. Ayudé a Benjamin a coger un escritorio de madera, lo sacamos fuera y empezamos a golpear la puerta de la habitación de Cosmas.

Aparecieron Mandeville y Southgate seguidos por el otro secretario, Damien, que tenía la cara pálida y un aspecto aún más fantasmal mientras miraba aterrorizado la habitación de su hermano. Empezó a golpear al aire con las manos y a emitir los sonidos más descorazonadores. Pongo a Dios por testigo, Mandeville le demostró la ternura que una madre tendría con su hijo. Cogió a la pobre criatura por el cuello y se la acercó mientras nos miraba ferozmente.

—¡Vamos, par de inútiles! ¡Echad abajo la maldita puerta!

Con la ayuda de Southgate y de dos adormecidos sirvientes a medio vestir, golpeamos la puerta hasta que cedió un poco y, tras un esfuerzo más, se rompió la cerradura. El humo nos invadió de golpe y tuvimos que dejar caer el escritorio. Benjamin se fue corriendo a su habitación para coger paños mojados en agua, nos los

dio y nos ordenó que nos cubriéramos la boca y los ojos. Aparecieron más sirvientes liderados por Santerre. Habían abierto una de las habitaciones y me di cuenta de que, como en otras muchas casas, había una cámara donde guardaban tinajas con agua por si se producía un incendio como aquel.

Benjamin y yo, sin embargo, fuimos los primeros en entrar en la habitación. Mi señor entró y abrió la ventana más cercana para que saliera el humo. La cama con dosel estaba ardiendo. Era una de las cosas más curiosas que nunca he visto. Supongo que recordáis que Templecombe era de piedra y que las habitaciones de las galerías superiores no tenían recubrimiento de madera, por lo que el fuego no se había propagado. Dos alfombras del suelo ardían pero, aparte de eso, el fuego estaba controlado. Parecía como si hubiera habido una erupción en la cama, como si se hubiera convertido en una gran bola de fuego.

Entonces, mientras veía cómo los sirvientes traían tinajas de agua y empezaban a disminuir las llamas, noté que había algo raro. Los dos braseros estaban intactos junto a la puerta. El fuego de la chimenea se había convertido en ceniza. ¿De dónde habían surgido las llamas? La conclusión fue que ya había pensado bastante, y ya estaba listo para irme cuando un sirviente me dio una tinaja con agua y me di cuenta entonces de que se había formado una cadena a las órdenes de Santerre. Al principio el agua no servía de nada pero, poco a poco, las llamas empezaron a remitir hasta apagarse, y de la cama sólo quedaron cenizas blancas.

Mandeville fue el primero en acercarse y, entre los restos de la cama, encontramos el cuerpo completamente calcinado de Cosmas. Su cuerpo era tan sólo carne quemada, y sus rasgos estaban completamente desfigurados. Pude verle los dientes y la mandíbula abierta, pero al ver que los globos oculares se le volvían agua y que tenía la carne de las manos ennegrecida, ya no pude más; salí corriendo hasta la privacidad de mi habitación para vomitar, para echarlo todo. Más allá, en el recibidor, Santerre gritaba que abriéramos las ventanas y que trajéramos lonas y también ordenó secamente a Raquel y a su esposa que volvieran a sus aposentos.

Las maldiciones de Mandeville se oían entre los horribles sonidos emitidos por el hermano del muerto. Por fin dejé de vomitar y me lavé las manos y la cara con un paño. Cuando volví, Benjamin estaba allí.

—¿Qué fue lo que lo provocó? —le pregunté.

—¡Muerte por fuego! —repitió mi señor—. Y no ha sido un accidente, Roger. Han asesinado a Cosmas. ¡Lo han quemado vivo!

Benjamin no quería hablar más de ello, así que acabé de enjuagarme la boca y lavarme las manos y volví a la habitación del muerto. Las llamas se habían extinguido, habían abierto las ventanas de la galería y el humo se disipaba. Dos sirvientes, con la boca y la nariz cubiertas con paños, depositaban los restos de Cosmas en una lona. La cama quemada estaba hecha pedazos e iban lanzando los

trozos por la ventana al patio de abajo. Benjamin parecía más interesado en los braseros de carbón y removió las cenizas con la bota, pero como él mismo murmuró, no encontró prueba alguna.

Cuando nos metimos en la cama, estaba amaneciendo. Pocas horas después, Benjamin me despertó sacudiéndome.

—Vamos Roger, tenemos que desayunar. Mandeville nos está esperando en el recibidor diciendo que la venganza de Dios llegará en el juicio final.

Me froté los ojos.

—¿Sigues pensando que fue un asesinato? —le pregunté—. ¿Por qué?

—La puerta estaba cerrada por dentro —replicó Benjamin—. Cosmas seguía tapado con la ropa de cama y fue quemado vivo. Sólo tenía una vela, lo que no es suficiente para causar semejante incendio tan rápidamente y, además, se encontraron cenizas blancas.

—¿Y si se tratara de pólvora?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, tal vez pusieron una cuerda con pólvora desde la cama hasta la puerta y la prendieron con una yesca. Benjamin movió la cabeza dubitativo.

—No vimos ninguna marca en el suelo que probara esa teoría.

(Estoy viendo que el vicario se contiene la risa. Oh, el señor de las artes secretas cree que mi idea era estúpida. Bueno, dejad que os cuente una historia corta. Muchos años más tarde me enviaron como emisario de María, reina de Escocia, en un momento en que ella tenía un doble juego con Bothwell. Huelga decir que no puedo culpar a María: su marido Darnley estaba en tal estado a causa de la sífilis que era necesario taparse la cara con un velo. En fin, le hablé a María de la muerte de Cosmas y luego me olvidé de ello. Es decir, me olvidé hasta unos meses más tarde, cuando Darnley y su paje, mientras estaban en Kirk, en Fields Palace, fueron asesinados en una explosión. A menudo me he preguntado si María se inspiró en lo que yo le había contado. En fin, es otra historia).

Benjamin estaba realmente perplejo por la muerte de Cosmas: admitía que había casos raros de seres humanos que se vieran envueltos de golpe por las llamas. (Entonces pensaba que la idea era ridícula, pero años más tarde, en la iglesia de Holborn, mientras el vicario pronunciaba un espantoso sermón, todo el edificio se encendió abruptamente y las llamas le rodearon. Nunca he visto una iglesia que se vaciase más deprisa). En fin, aquella mañana nevada, mientras Benjamin y yo nos adentrábamos en el valle de la muerte, el asesinato de Cosmas era un misterio. Sólo pudimos encontrar un indicio: Benjamin dijo que había una quemadura en la parte externa de la puerta, pero también dijo que podía ser anterior. No encontramos ninguna otra prueba. Movié las manos abatido.

—¿Quién sabe? —dijo—. Quizá fue obra de Dios.

Me levanté, me lavé y me vestí, y Benjamin y yo bajamos por la majestuosa escalera de madera. Oímos voces exaltadas en la habitación principal, pero Benjamin insistió en que primero quería salir al porche a tomar el aire de la mañana. Nos quedamos en el primer peldaño y un aire helado nos arrancó cualquier rastro de sueño que aún quedara en nuestro rostro y en nuestros ojos. Mientras mirábamos los campos cubiertos de nieve, imaginé a demonios anidando en las ramas y riéndose de nosotros.

Southgate apareció por la puerta por detrás de nosotros.

Sir Edmund Mandeville os espera.

—¡Oh, querido! —canté con soma—. ¡Que Dios espere, pero sir Edmund...!

Y con un gesto de burla, corrí a meterme en la casa y Benjamin me siguió con más calma. Southgate me alcanzó cuando entraba por la puerta de la habitación principal y vi a Santerre y a los otros sentados a la mesa.

—Algún día —me susurró Southgate al oído— vuestro ingenio, señor Shallot, os llevará al patíbulo o bajo la espada de alguien.

—Algún día, algún día —volví a cantarle—. Qué raro, señor Southgate, no sois el primero en decírmelo. Y fijaos, aún es más raro, quienes me lo han dicho hasta ahora, sí han sufrido muertes violentas. —Me giré y le miré directamente a los ojos—. No me amenacéis —le susurré con un falso tono bravucón—, ¡soy un luchador!

(Dios, ¡las mentiras que llegamos a decir!).

—Vuestra mirada es tan tortuosa como vuestro ojo —contestó Southgate con desprecio.

(Oh sí, yo era un hombre apuesto: alto, de pelo negro y piel morena; pero tenía un ojo desviado, aunque siempre he pensado que me da un cierto aire demoníaco).

Vi que Southgate empuñaba su estoque y tragué saliva, mirando por encima del hombro para comprobar que Benjamin estaba detrás de mí.

—Cuando acabe todo esto —le dije—, preparad el terreno. Pero como bien habéis dicho, nuestro señor Dios, sir Edmund Mandeville, nos espera.

Capítulo 8

El grupo sentado a la mesa —sir John, lady Beatriz, Raquel, Mandeville y el pálido Damien— ya había desayunado. Sir John chasqueó los dedos y los sirvientes se acercaron con una tajadera con lonchas de panceta, pequeños y blancos panecillos y un bote de cremosa mantequilla; todo acompañado con jarras de cerveza.

Miré a mi alrededor y vi que todos estaban pálidos y cansados. Sonreí alegremente, deseé a todo el mundo un buen día y empecé a engullir toda aquella comida. Benjamin, por supuesto, fue mucho más cortés. (Era un verdadero cortesano, mi señor. Hubiera hecho que un ángel se avergonzara por sus modales en la mesa). Bebió de la jarra; y miró a Mandeville.

—Señor, os presento mis condolencias por la muerte de vuestro secretario.

Mandeville asintió ligeramente.

—¿Muerte, señor Daunbey? ¿Muerte?

Benjamin se aclaró la garganta.

—No, señor, estáis en lo cierto. La palabra es asesinato.

—Pero ¿cómo? —intervino sir John—. Por Dios, ¿en mi casa? Su habitación estaba cerrada. No hay entradas secretas ni pasadizos —miró hacia otro lado—. Al menos, no en esa habitación.

Benjamin sonrió.

—Entonces, ¿hay pasadizos en la casa?

—Bueno, claro que sí —declaró Santerre moviendo los pies nervioso—. Aquí mismo, debajo de nosotros, hay celdas y pasadizos. Los templarios solían utilizarlos con frecuencia —sonrió débilmente—. Ahora, tan sólo sirven para guardar mis vinos, la madera para el fuego y el carbón; nada en especial.

—¿Qué es lo que os hace pensar que fue un asesinato? —preguntó Mandeville con agudeza.

—Porque, señores, las camas no suelen estallar en llamas de esa manera —replicó Benjamin—. Si mis observaciones son correctas, el colchón y la ropa de cama se convirtieron en un infierno ardiente en cuestión de segundos. Los braseros estaban en su sitio, el fuego de la chimenea apagado y la vela ya se había consumido. Y sin embargo, un poderoso fuego prendió tan rápidamente que el pobre Cosmas no tuvo tiempo ni de salir de la cama —Benjamin bebió de su jarra—. Pero el quién, el porqué y el cómo siguen siendo un misterio tanto para mí como para vos, sir Edmund.

Benjamin hizo una pausa y continuó.

—Como habéis dicho, la puerta estaba cerrada y quien provocó el fuego quería matar rápidamente, de manera experta y sin dañar a nadie más. Podéis ir a la habitación para comprobarlo. El techo es de yeso, tardaría horas en quemarse, y los

muros y el suelo son de piedra. En muchas otras casas, las llamas se habrían extendido por toda la planta de arriba, pero en ésta no. ¡Y nuestro asesino lo sabía!

—En cambio, la cama y las sábanas —intervine (el viejo Shallot siempre quería poner su granito de arena)— estaban secas como una yesca.

—¿Y por qué no se levantó Cosmas de la cama? —preguntó Santerre.

—Porque —contestó Benjamin— lo habían herido seriamente. Pero ¿cómo? —sacudió la cabeza.

—¿Creéis que fue un asesinato? —preguntó Santerre.

—Sí, ya lo he dicho, pero...

Mandeville dio un golpe en la mesa con la jarra vacía y echó una mirada acusadora a Santerre.

—La verdadera pregunta es: ¿quién hay detrás de este ataque?

Con la Cara roja de rabia sir John apartó la silla.

—¿Me estáis acusando?, sir Edmund, ¿o acusáis a mi familia o a mis sirvientes? Si es así, ¡decidlo! —respiraba profundamente—. Recordad dónde estamos, sir Edmund. Esto no es Londres sino el sureste de Inglaterra. Los recuerdos son difíciles de olvidar en estas tierras. Edward Stafford, mi antiguo señor de Buckingham, era muy querido y respetado aquí. No lo olvidéis. No puedo garantizaros el apoyo de todos y cada uno de mis servidores lo mismo que su majestad el rey no puede garantizar la lealtad de todos y cada uno de los ingleses. Además...

Santerre hizo una pausa para considerar lo que iba a decir.

—Por favor, continuad hablando —le animó Southgate, suave como la seda. El muy bastardo disfrutaba con la escena.

—Además —continuó Santerre con tozudez, pasando por alto las miradas de su mujer—, está también el recuerdo de los templarios, que aún sobrevive en estas tierras. En su tiempo, eran vistos como grandes magos que traían la prosperidad a estos parajes. Tenían reputación de curanderos, de grandes señores en posesión de los secretos del cielo y la tierra. ¿Creéis —miró a Mandeville a la cara en una muestra admirable de su coraje—, de verdad creéis, sir Edmund Mandeville, que las gentes de estas tierras no conocen la verdadera razón de vuestra presencia aquí? ¿Creéis que no saben lo que buscáis y que tenéis intención de desenmascarar cualquier vestigio de una orden tan antigua? Y sobre todo, seguro que saben que tuvisteis que ver con la destrucción del señor de Buckingham, y tengo a Dios por testigo, ¡yo tuve también parte de culpa!

—¿Estáis diciendo —acusó Southgate— que simpatizáis con el duque muerto?

—No, señor, ¡no es eso lo que he dicho! —gritó Santerre—. Y por Dios, no pongáis esas palabras en mi boca. El señor de Buckingham vino aquí; se sentó a esta misma mesa y, cuando se marchó, sus dos criaturas vinieron y me interrogaron sobre lo que me había dicho. Les dije la verdad. El resto fue obra suya.

Santerre volvió a acercar la silla a la mesa.

—Sabe Dios —concluyó en tono suave—, parte de la sangre del duque podría estar en mis manos —miró a todos los presentes en la habitación—. Yo no soy de estos lugares. Nací en Hampshire —Santerre asió fuertemente la mano de su esposa—, pero cuando me casé con lady Beatriz, ella tomó mi nombre y yo, su casa. Vine aquí para ser un buen señor de estas tierras y para ser el más leal sirviente de su majestad. ¡Pensad en ello, sir Edmund, antes de sentaros a mi mesa, antes de buscar culpables a la muerte de vuestro secretario! ¡Sabe Dios que no fui yo ni nadie de los míos!

Southgate sonrió con sarcasmo. Mandeville se limitó a arrugar su oscura cara sopesando cuidadosamente lo que debía hacer.

—Señores —intervino Benjamin con cuidado—, antes de proceder a juicios precipitados, debemos reconocer la veracidad de lo pronunciado por sir John. El señor de Buckingham era de por aquí y nosotros hemos venido para remover viejas leyendas que forman parte de las raíces de estos parajes. Sir Edmund Mandeville, pensad en lo que se ha dicho. Vuestros dos agentes, Calcraft y Warnham, pudieron ser seguidos hasta Londres, asesinados por algunos de los servidores del duque o incluso por los templarios. No podéis responsabilizar a sir John de la lealtad de todos sus sirvientes y en cuanto a la muerte de Cosmas, que Dios le acoja en su seno, es un misterio.

—Lo que más me intriga —dije— es que la bruja que vimos ayer profetizó su muerte. ¿No lo recordáis, sir Edmund? Muerte por fuego, muerte por cuerda, muerte por acero y muerte por agua. Y me atrevo a recordaros que ninguno de nosotros estamos libres de esa maldición.

Mis palabras produjeron un tétrico silencio.

—¡Deberíais traerme a esa bruja! —gritó Mandeville.

—No podéis culpar a la bruja —declaró dulcemente Raquel—. Sólo nos dijo la verdad: esta casa está maldita. Los espíritus de los templarios vagan por los pasajes y las galerías. La muerte de Cosmas no es la primera tragedia que ocurre aquí —sus facciones se endurecieron—. Oh, sí, ha habido otras muertes, ¿no es cierto, madre? —no esperó a que respondiera—. Mi propio padre murió en un accidente de caballo, sirvientes que se han caído por las escaleras, una vieja enfermera que se colgó en los establos, un jardinero que apareció ahogado en el lago. Suicidios, según declaró el juez.

Las sombrías palabras de Raquel nos helaron el alma.

—¿Es eso cierto? —preguntó Benjamin a sus padres.

Santerre asintió. Lady Beatriz escondió la cara entre sus manos, muy turbada, perdiendo su aire de seguridad.

—Sí —contestó dudosa—, muchos dicen que esta casa está maldita. La gente del

pueblo no nos culpa ni a mi marido ni a mí de la muerte de Buckingham, pero dicen que su destino fue maldito al pasar por esta casa. A veces, sólo a veces, deseo quemar todo el edificio hasta destruirlo.

—Podríamos intentarlo —apuntó Southgate.

—¡Qué tontería! —replicó Benjamin—. De acuerdo, acepto que la legión de los infiernos nos rodea. Luchamos, como diría san Pablo, contra un enemigo invisible. Es posible que los fantasmas anden por estos alrededores, pero los asesinos también. La muerte de Cosmas ha tenido que ver más con la carne y la sangre que con maldiciones, brujas y fantasmas —dedicó una sonrisa rota a Raquel—. Aunque es cierto que la vieja bruja tiene un don singular para las profecías. Sir Edmund Mandeville tiene razón, quizá deberíamos traerla para interrogarla. Pero antes de considerar esa opción, vamos a averiguar si alguien entró en la habitación de Cosmas.

Damien, el mudo, había estado leyendo los labios de mi señor. Me estiró de la manga y señaló a la esposa de Santerre.

—Lady Beatriz, ¿estuvisteis en la habitación de Cosmas? —preguntó Mandeville.

—Sí, ayer, a primera hora. Soy la señora de la casa y tengo que asegurarme de que todo esté en orden.

—También yo estuve allí —añadió sir John—, por la misma razón.

—Vi a una doncella que entraba —declaró Southgate—. Una muchacha de pelo castaño con una cofia blanca en la cabeza. Llevaba mantas y ropa de cama.

—Debía de ser Matilde —replicó sir John—, pero ella es sólo una moza de campo con poca cabeza. De todos modos, le preguntaré.

—No creo que una doncella planeara un asesinato así —aseguró Benjamin—. Sir John, ¿cuánto duró la cena de anoche?

—Cerca de dos horas.

Benjamin se quedó con la mirada fija en la mesa.

—Roger fue el primero en irse, luego vos, señor Southgate, seguido de lady Beatriz y de sir John. Finalmente, vos, señor —dijo señalando a Mandeville—, con vuestros dos secretarios.

—Y vos, ¿a qué hora os acostasteis? —preguntó Southgate.

Benjamin enrojeció.

—No me acosté. Lady Raquel y yo nos quedamos aquí. Cogió un libro de la biblioteca de su padre sobre leyendas artúricas, una copia de la obra de Thomas Malory *Arthur of Britain and the Knights of the Round Table*.

Se me heló el corazón y tuve que morderme el labio para esconder mi decepción. Raquel me había conquistado, pero ella parecía estar más interesada en mi señor que en mí mismo.

—¿Qué estáis insinuando? —preguntó Mandeville.

—No insinúo nada. Sólo tengo curiosidad por saber si alguien visitó la habitación

de Cosmas.

Un coro de negativas sucedió a esta pregunta. Mandeville se puso en pie y cogió su capa, que había dejado en una silla.

—Teníamos que viajar a Glastonbury hoy mismo, pero primero quiero enfrentarme con este horrible asunto. Sir John, necesitaré una caja que sirva de ataúd para el pobre Cosmas. Podemos dejarlo en la iglesia de vuestra casa hasta que quizá mañana, de camino a Glastonbury, lo podamos llevar a la iglesia del pueblo. También tengo unas cartas pendientes. Su majestad el rey no estará muy contento con lo que tengo que decirle. ¿Señor Southgate?

Ambos agentes salieron de la habitación, seguidos por el silencioso y dolorido Damien.

Lady Beatriz y Raquel se excusaron y salieron, y, mientras se estiraba, sir John refunfuñó que todo aquello era una historia horrible pero que los asuntos de Estado le requerían.

Benjamin le miró mientras se marchaba.

—Me pregunto adónde se dirige sir John —murmuró.

—Si tuviera el más mínimo sentido común, se quedaría aquí vigilando a su hija —le solté de golpe—. Señor, no me dijiste que pasaste la noche aquí abajo en la habitación jugando con lady Raquel.

Benjamin sonrió.

—Es bonita, ¿verdad, Roger? Pero no es para ti y, por supuesto, tampoco es para mí. Esto no es un juego. Estamos rodeados de muerte, asesinatos, conjuras y venganzas. No hay tiempo para juegos. No te fíes de nadie que no sea yo hasta que termine esta historia.

Miró a su alrededor.

—Roger, a pesar de los cojines acolchados, los relojes de oro, las cucharas de plata y las copas venecianas, en esta casa se respira muerte. No quería mostrar mi acuerdo abiertamente con lo que ha dicho lady Raquel, pero es cierto. Hay algo en este lugar que apesta por los pecados aquí cometidos en tiempos lejanos y cuanto antes terminemos con esta historia, mucho mejor.

—¿Crees que existen los caballeros de la orden del Temple? —le pregunté.

—Es posible. Esas sociedades y organizaciones están envueltas de secreto. Se crean un mundo exclusivo a pesar de los verdes campos y de los agradables pueblecitos. El rey tiene razón, Inglaterra está indignada y descontenta. Los grandes lores con sangre de los York en sus venas ostentan altos cargos. Existe un malestar creciente en la Iglesia. Los escoceses siguen con las amenazas en el norte mientras que en Europa se están formando grandes alianzas que dejan a Inglaterra aislada. En semejante ambiente, florecen las sociedades secretas como la orden del Temple. Siempre encontrarás las semillas más fuertes en las montañas de estiércol.

—¿Y el Grial y Excalibur?

Benjamin se encogió de hombros.

—El rey los quiere o, lo que es más importante, si él no puede conseguirlos, quiere impedir que nadie se haga con ellos. No puedo encontrarle sentido al enigma. ¿Qué son las aguas del Jordán? —Me hizo una mueca—. Por eso quería hablar con nuestra joven belleza la otra noche. ¿Existe en este maldito sitio algún riachuelo, río, casa o iglesia que lleve por nombre Jordán? Y ¿dónde podría estar el Arca de Moisés?

—¿Y te pudo ayudar?

—No, ni tampoco su padre, o al menos eso es lo que me dijo Mandeville después de que te retiraras. Es decir, los versos del señor Hopkins siguen siendo un misterio.

—¿Dejó documentos?

—Ninguno que nosotros sepamos. Según Mandeville, antes de que emprendiera su crucial viaje a Londres, Hopkins limpió la habitación, la habitación que tú estás utilizando. —Benjamin señaló el fuego de la chimenea—. Lo quemó todo y lo que no pudo quemar, lo destruyó.

—Extraña reacción.

Benjamin se encogió de hombros.

—A lo mejor tuvo una premonición sobre lo que le iba a suceder en Londres. O quizás alguien le avisó. O a lo mejor sabía que Warnham y Calcraft, del séquito de Buckingham, eran en realidad agentes del rey —declaró—. Fuera como fuera, el señor Hopkins se llevó el secreto a la tumba. —Se acercó y me susurró—: Roger, me gustaría quedarme aquí, pero quisiera que volvieras a tu cuarto y que cogieras las botas, la capa y el sombrero de ala ancha que te pones siempre. Sir John saldrá dentro de una hora y cuando lo haga quiero que le sigas a una distancia prudente. Sé que no será fácil cabalgar por los campos nevados, mas intenta descubrir adónde va.

La perspectiva no me atraía demasiado, pero hay que decir que tampoco tenía ganas de vagar por Templecombe. Así pues, subí las escaleras con los ojos bien abiertos, sobre todo con respecto a las gárgolas de las cornisas y a las cruces negras de Beauce. ¿Por qué no se habían borrado con el tiempo? ¿Las repintaban y las embellecían como parte de los recuerdos de la antigua orden secreta? Al llegar a mi habitación, encontré la puerta medio abierta y me maldije por mi estupidez. No me fío de mí y, dejando a Benjamin aparte, no me fiaba de nadie, y encima me olvidé la llave cuando había bajado a desayunar.

Empujé la puerta despacio. Una joven estaba sentada en la cama dándome la espalda y apoyada en una de las columnas del dosel. Llevaba una cofia blanca y un chal blanco doblado en forma triangular que le llegaba hasta la parte baja de la espalda como si fuera un capuchón. Oí el tintineo de unas monedas, sonreí y me acerqué a ella de puntillas.

—Buen día, señora —le dije acercándome a la columnilla de la cama. Miré mi monedero, que estaba en su regazo y las monedas extendidas en la cama junto a ella—. ¿Os debo algo?

La joven se quedó mirándome como un conejo asustado. Le vi un mechón de pelo caoba y unos grandes ojos azules en la cara morena. Parecía tener unos diecisiete o dieciocho años.

—Os he hecho una pregunta, señora. ¿Os debo dinero? Si no —continué con sarcasmo—, ¿me podéis decir por qué tenéis mi monedero en vuestras manos?

Me acerqué aún más y la joven se levantó con intención de desaparecer, pero la cogí por la muñeca. Ella se encogió.

—Lo siento —suplicó con un acento de pueblo—. Oh señor, lo siento, pero al verlo sobre la cama, la tentación fue demasiado fuerte.

Atraje a la muchacha hacia mí, sentí el débil perfume de lavanda y rosas y pude apreciar que, bajo su delantal marrón, sus rollizos pechos subían y bajaban por la agitación.

—Sois Matilde, ¿no es cierto?

—Sí, señor, soy la doncella y también me encargo de la ropa blanca de los armarios.

—¿Y vos preparasteis las camas de los invitados de sir John?

La muchacha asintió con los ojos muy abiertos.

—¿También la del hombre que murió?

Su cara palideció.

—Sí, señor, pero como ya le dije a sir John y al señor Diablo^[1]...

Reí por la confusión que la muchacha había tenido con el nombre de Mandeville. Con los ropajes negros, sus rasgos italianos y su temible reputación, sir Edmund debía de parecerles Lucifer a los campesinos del feudo de Templecombe.

—No vi nada —repitió—. Me hacéis daño, ¡soltadme la muñeca!

—¿Por qué debería hacerlo? Eres una ladrona. Te podrían ahorcar por lo que has hecho —la miré con soma. Se dio cuenta de la intención de mis ojos y apretó su cuerpo contra el mío.

—Oh, vamos, señor —dijo—. ¿A lo mejor podríais darme una de esas monedas y dejarme ir tras unos azotes? He sido mala.

Apretó aún más su cuerpo contra el mío. Podía sentir sus suaves pechos y notaba lo delgado y esbelto que era su talle. Le solté la mano y le cogí firmemente las nalgas, pequeñas pero bien hechas. La mozueta empezó a tocarme la cinturilla de cuero que llevaba.

—Podríais utilizar esto para los azotes —dijo con doble intención.

Bueno, ya conocéis al viejo Shallot, un buen caballero, ¡siempre con la lanza preparada! El cuerpo de la muchacha era esbelto y estaba lleno de curvas y mis

manos empezaron a jugar con los ribetes de su corpiño. Pero lo pensé dos veces. La regla del viejo Shallot: nunca fuerces a una mujer. Y, como buen romántico que era, creí que Matilde se me estaba ofreciendo en un acto de desesperación. Le di una palmaditas, cogí una moneda de plata y la puse en su suave y cálida mano.

—No lo vuelvas a hacer —gruñí—. ¡Ahora vete!

Oí sus pasos hasta la puerta, que se cerró tras ella. Me quedé de pie, con los ojos cerrados, felicitándome por mi nueva santidad y, al oír que alguien llamaba a la puerta, proferí todo tipo de insultos por la interrupción tan brutal de aquel momento de ensoñación. Al abrir, Matilde estaba allí con los lazos de su corpiño desatados y con sus pechos como fruta madura medio saliéndosele del vestido.

—De veras creo que merezco castigo —murmuró traviesamente.

Bueno, ¿y qué podía decir? El viejo Shallot tiene otra regla: nunca te resistas a una tentación dos veces seguidas. Y en menos de cinco minutos, ambos estábamos tan desnudos como el día en que nacimos, revolcándonos felizmente entre las cuatro columnillas de la cama. Era joven y vigorosa, una moza cálida y gentil y lo que le faltaba de estructura, lo suplía con entusiasmo. Reía y chillaba tanto que tenía que acallarla con mis besos. Incluso ahora, años más tarde, aún recuerdo a la pobre Matilde. Un cálido y pequeño rayo de sol en aquel sórdido y sangriento lugar.

Un rato después, dulcemente exhausto, saqué el caballo del establo, lo ensillé y seguí el camino para salir por la reja de la casa. Una fresca capa de nieve había caído durante la noche, su grosor era de unos seis centímetros y se estaba endureciendo con el viento helado. El paisaje parecía una visión del infierno: blancos y silenciosos campos y negros árboles bajo el cielo gris. Los grajos graznaban como si estuvieran hambrientos pero, aparte de eso, no había nada, sólo un silencio misterioso, moribundo, en un campo atrapado por las garras del invierno. Oh, Dios, ¡hubiera dado una bolsa de monedas de plata por los sonidos y los olores de Cheapside! Había hablado con el mozo y sabía que sir John aún no había salido, así que cuando llegué a una arboleda, cogí mi caballo y nos adentramos entre los matorrales, lo maneé y me senté en una piedra. Bebí de la bota que llevaba, recordando los cálidos encantos de Matilde y esperando a sir John. Se me empezaba a helar el trasero y me preguntaba si debería volver a la casa cuando oí el trote de un caballo y divisé a sir John montando vigorosamente.

A pesar del suelo helado, conseguía que su caballo galopara a más no poder. Pocos minutos más tarde, empecé a seguirle sirviéndome de las curvas e inclinaciones del camino para mantenerme escondido. Llegó al cruce de caminos, donde no había nada más que una horca con un cadáver putrefacto que aún conservaba su chaqueta de condenado. Vi que sir John tomaba el camino hacia Glastonbury y sabía que no podía ir a ningún otro sitio. Aparentemente, el señor del feudo nos había mentido. Debía de tener algún asunto urgente que arreglar con los

monjes para emprender aquel frío y solitario viaje.

Decidí regresar en busca de la calidez de Templecombe; me sentía bastante adormecido después de los ejercicios con la joven Matilde. Los torreones y tejados de Templecombe se divisaban sobre los árboles cuando mi caballo relinchó y me espabiló de golpe. Varios hombres enmascarados se habían deslizado como sombras fantasmales desde los árboles de cada lado del camino. Iban vestidos de negro, aunque pude ver la blanca cruz de tres puntos, símbolo de los templarios, pintada en la espalda de sus capas.

—¿Qué es lo que queréis? —grité desesperadamente, intentando que mi caballo se diera la vuelta para poder escapar.

Una de las figuras se movió. Oí el clic de una ballesta y algo en mi cabeza empezó a advertirme del peligro. El hombre que llevaba la ballesta se me acercó; la máscara que llevaba disimulaba su voz y me ordenó que desmontara.

—¡Al infierno! —grité mientras intentaba desenvainar la espada en un momento de desesperación, pero el miedo me oprimía el estómago y era incapaz de empuñarla.

—¡Bajad!

El grupo se acercó. Vi el acero desnudo y, como sabéis, eso sólo produce un efecto en el viejo Shallot. Tuve un indescriptible deseo de escapar, pero uno de los enmascarados intentó coger la rienda de mi caballo.

—¡Malditos! —grité empujando a mi caballo hacia delante y tirando al enmascarado al suelo con el pie.

Las manos me aguantaban las piernas mientras el caballo, muy nervioso, se echó para atrás y se encabritó. Había recuperado un poco mi valentía, saqué mi espada y la hice girar sobre mi cabeza como sir Lancelot en el lago. Mi único deseo era mantener alejadas a aquellas criaturas mientras intentaba encontrar desesperadamente una abertura en el anillo de acero que me rodeaba. Noté que mi espada tocaba carne, un grito, y luego volví a atacar. No sé lo que sucedió realmente porque tenía los ojos cerrados mientras blandía la espada, y en cuanto a mi caballo, que tenía más valentía que inteligencia, cuidaba de sí mismo.

Oí ruido de herraduras al pisar la nieve y entreabrí un ojo para ver que mis atacantes se adentraban de nuevo entre los árboles; dos de ellos no se movían con la rapidez que quisieran. Lo admito, estaba temblando de miedo y sufría las consecuencias porque las piernas me flaqueaban, tenía el estómago revuelto, el pecho cargado y sentía un pánico total. Cuando mi señor me encontró, había desmontado y estaba devolviendo tras un montón de nieve. Benjamin oyó el débil trote de los caballos en los montes, pero al mirarme abandonó la idea de perseguirlos. Me ofreció la bota de vino que llevaba en la silla de mi caballo y me forzó a beber. Miró alrededor y vio rastros rojos sobre la nieve.

—Roger, ¿una batalla terrible?

(Que Dios le bendiga, ¡qué inocente era!).

—Hice todo lo que pude, señor —dije con humildad—. Debían de ser una docena al menos —mentí con falsa modestia— y dudo que cuatro de ellos lleguen a vivir para ver el amanecer.

—¿Quiénes eran?

—¡Sabe Dios! —murmuré—. Llevaban capucha, capa y máscara, aunque las cruces de los templarios estaban pintadas en las capas. Creo que eran algo más que una banda de forajidos.

Benjamin anduvo hasta los árboles y miró entre la oscuridad de la nieve.

—¿Una docena, dices, Roger?

—Al menos, señor.

—¿Y por qué no te han matado?

—¡No lo sé! —dije—, pero si vuelven, se lo preguntaré.

—No, no, 3/a has hecho suficiente, Roger. Creo que sólo querían interrogarte o avisarte. Lo que prueba —continuó Benjamin— que tienen la casa vigilada. Deben de haber visto que seguías a Santerre —me miró por encima del hombro—; y por cierto, ¿por qué no le estabas siguiendo?

—No había necesidad. Por alguna razón el pomposo bastardo ha decidido volver a Glastonbury. Debe de tener asuntos urgentes que resolver. Quizá —añadí— Santerre es un templario y ha ido a avisar a sus maestros de que uno de los hombres de Mandeville ya ha sido asesinado.

Me levanté y dejé la bota seca.

—Daría una bolsa llena de oro —murmuró Benjamin— por saber lo que ha llevado a Santerre a Glastonbury. A lo mejor tenías que haberle seguido.

—¿Para qué? —grité, las piernas aún me temblaban del miedo que había pasado—. Supongo que piensas que tenía que haberme metido en el monasterio y haberle dicho: «¡Oh!, ¡qué coincidencia! ¿Qué hacéis aquí, sir John?». En fin —señalé los árboles—, a lo mejor esos bastardos hubieran aparecido antes de que yo llegara a Glastonbury. ¡En esta maldita tierra hay bastantes bosques, pantanos y neblinas para esconder a un ejército!

Acaricié a mi caballo, dándole las gracias y monté.

—Voy a volver a Templecombe —dije malhumorado—. Estoy cansado, mojado, harto, realmente harto, señor, ¡y ya he tenido suficiente! —le eché una mirada violenta—. ¿Y tú?, ¿qué haces tú aquí?

Benjamin montó y me contestó.

—Sigo intrigado por aquella bruja. Intentaba encontrar el lugar donde la vimos ayer por la mañana cuando oí gritos, como si fuera una emboscada, y acudí a investigar —acercó su caballo al mío y me cogió del brazo, y en su oscura y larga cara, normalmente solemne, apareció una sonrisa.

—Vamos, príncipe guerrero —murmuró—, ¿qué son unos cuantos ladronzuelos para un hombre como Shallot?

(Quise decirle que aquellos bastardos me llevaban bastantes años, pero supuse que debía mantener la expresión valiente).

—Venga, vamos a ver si podemos encontrar dónde vive la bruja —dijo Benjamin y se adelantó.

Entre gruñidos y malas caras, le seguí. Nos acercábamos a las puertas de Templecombe cuando descubrimos el calvero del bosque por el que había huido la bruja y, a pesar de mis consejos, él quiso continuar buscándola.

Es posible que la vieja bruja fuera experta en profecías, pero yo también lo era, porque tras recorrer varios metros en el bosque, Benjamin confesó no saber adónde ir. El bosque era espeso, los caminos quedaban cubiertos por la nieve, ¡hasta en verano hubiera sido difícil seguir el camino! Estaba oscureciendo y, por suerte, Benjamin decidió volver.

Capítulo 9

Al llegar a Templecombe, todos estaban ocupados en sus quehaceres. Tras dejar los caballos en el establo, mi señor murmuró que tenía cosas que hacer y se fue a su habitación. Yo busqué a Matilde y la encontré trabajando en la despensa con otras sirvientas, pero me lanzó una mirada de aviso para que me mantuviera alejado. Así pues, pedí una jarra de cerveza a una cocinera de genio áspero y yo mismo la acerqué al fuego de la habitación para calentarla, y así estuve hasta que mi señor se unió a mí.

—Vamos, Roger, tenemos trabajo. He estado pensando en los versos. La vieja iglesia de los templarios podría proporcionarnos alguna respuesta.

En la habitación estaba calentito y soñoliento, pero como mi señor insistió y la complicidad me pareció la salida más fácil, me puse las botas y la capa y le acompañé hasta la capilla de los templarios. La puerta estaba abierta y Mandeville y Southgate se hallaban cerca de la pila bautismal.

—El paseante ha vuelto —dijo Southgate con ironía—. ¿Qué os trae por aquí?

—El enigma —replicó Benjamin.

—Ya hemos pensado en eso —declaró Mandeville—, pero aquí no hay ni aguas del Jordán ni Arcas de Moisés —señaló hacia el fondo de la iglesia—. Damien está en el santuario. Encontramos una caja de pino que servía para guardar flechas —Mandeville se mordió el labio—. Han envuelto en una sábana los restos del pobre Cosmas, los han metido en la caja y yacen ante el altar. Es lo menos que podíamos hacer —forzó una sonrisa—. ¿Tendríais a bien, señor Daunbey, acercaros a Damien y pronunciar una oración ofreciéndole vuestras condolencias?

Benjamin accedió a hacerlo. Anduvo por la oscura y sombría nave, a través de la reja del coro, hasta el santuario. El improvisado ataúd estaba ante el altar. Seis velas púrpuras a cada lado quemaban en pesados candelabros de hierro. Alguien había hecho un simple crucifijo, grabado el nombre de Cosmas en negro y lo había depositado sobre la caja. En un reclinatorio, al pie del ataúd, estaba arrodillado el hermano del muerto, con la calva cabeza inclinada y su espalda estremeciéndose en silenciosos sollozos. Mandeville vino tras nosotros.

—El ataúd permanecerá aquí esta noche —susurró—. Mañana lo llevaremos a la iglesia del pueblo. —Se alejó un poco porque Damien se había girado, con los ojos rojos por el llanto y su blanca cara hinchada. Antes siempre tenía un aire algo tenebroso pero ahora presentaba un aspecto patético, con las mejillas anegadas en lágrimas, sus penosos ojos y la boca capaz tan sólo de emitir sonidos guturales. Benjamin le cogió la mano e intentó ofrecerle su pésame; el pobre mudo asintió y su retorcida cara intentó esbozar una sonrisa, pero cuando me vio a mí, se le estrecharon los ojos. «Oh no, —pensé—, ya estamos otra vez». ¡El viejo Shallot volvía a ser sospechoso! Intenté ser compasivo, pero la situación empeoró y el muchacho movió

su mano para que nos fuéramos y, dándonos la espalda, siguió con sus oraciones. Al salir, nos siguió hasta la puerta de la iglesia y oímos que cerraba con llave.

—Pobre hombre, quiere estar solo —murmuró Benjamín.

—Es comprensible —repliqué—, pero ¿por qué me ha mirado como si yo fuera el asesino?

Benjamin puso su brazo alrededor del mío y volvimos a la casa.

—Yo conozco la verdad, Roger, pero ellos no piensan de la misma manera. Después de todo, fuiste el primero en abandonar la cena y podrías haber preparado el fuego y retirarte a la cama.

—¿Cómo? —grité—. Además, señor —retiré mi brazo del suyo—, ya sabes que Cosmas era un espía profesional, un agente. ¿No cerró bien su habitación?

—Por desgracia, no —replicó Benjamin mirándome con expresión inocente—. No olvides, Roger, que la llave estaba dentro. Cosmas debió de pensar que ya estaba seguro. Después de todo, lo protegía el agente principal del rey. Recuerda el viejo refrán: «El mejor cazador puede ser cazado». En fin —volvió a cogerme el brazo—, ¿tú siempre cierras bien tu habitación?

Me pregunté si mi señor sabía algo de mi juego con Matilde, pero tenía aquel aire distante e inocente, la expresión más inescrutable.

—¿De veras crees —dije rápido, cambiando de tema— que en la capilla podemos encontrar una solución al enigma de Hopkins?

—En realidad, no, pero el enigma tiene que referirse a algún sitio de aquí, de Templecombe o, más probablemente, de Glastonbury.

—Hay otro lugar, señor.

—¿Cuál?

—La casa de la isla.

La expresión de Benjamin mostró sorpresa.

—Claro —dio un suspiro y, dando media vuelta, tomó el camino del lago pasando de nuevo por la capilla.

Nos quedamos mirando a la orilla de las heladas aguas, hacia la isla rodeada de niebla. Sabe Dios que era un lugar desolado. El agua estaba cubierta por una fina película de hielo y por encima hervía una nube de niebla. La isla casi quedaba camuflada y sólo alcanzábamos a percibir el tejado de la extraña casa de los templarios.

—Me pregunto qué solía suceder ahí —murmuró Benjamin.

Me estremecí. No tenía uno que ser poeta para imaginar lo que pasó en aquel lugar. Tuve en mente la visión de los templarios con sus yelmos cónicos sin cara, las cruces rojas y blancas en sus capas, moviéndose por la isla en la noche muerta, con las barcas que iban llegando silenciosamente y grandes antorchas quemando a proa y a popa en la oscuridad. ¿Para qué acudirían a la isla? ¿Ritos macabros? ¿Misas

satánicas? ¿Conjura de espíritus demoníacos? ¿Para gozar con ilícitos placeres sexuales?

—Deberíamos ir —comentó Benjamin.

—No ahora, señor —dije intentando disimular mi pánico—. Está oscureciendo y Dios sabe el grosor que tiene esta capa de hielo. Además, si hemos de ir, quisiera ir armado.

Gracias a Dios que Benjamin cedió y volvimos a casa. Tenía frío y estaba tenso. Me metí en mi habitación para calentarme un poco. Me tumbé en la cama preguntándome si Matilde volvería y caí profundamente dormido e inmerso en un sueño horrible en el que figuras fantasmales, con máscaras y capuchas, danzaban en una isla solitaria ante un terrible dios demoníaco.

Benjamin me despertó.

—Santerre ha vuelto —susurró—. Bajemos y averigüemos dónde ha estado.

Encontramos a sir John y a su familia en el gran salón, sentados en hermosas sillas ante el fuego. Santerre parecía feliz, arrastrando los pies, calentándose las manos y declarando en voz bien alta lo bueno que era estar en casa con su gente. Sonrió y nos saludó.

—Un buen día para los negocios —confesó—. A pesar de la nieve, todo parece ir bien. —Cogió una copa rebosante de vino de la mesilla que había junto a él—. Y vosotros, señores, ¿os sentís mejor?

Benjamin respondió como siempre lleno de tacto. Yo me limité a mirar el feliz semblante de Santerre. «El hombre es un mentiroso consumado», pensé. Aquel bastardo, con sus bastos modales, sus ojos alegres y sus invitaciones acogedoras, casi me mata aquella mañana. Santerre se acariciaba la barriga.

—¡Dios sabe que tengo hambre! —gritó lamiéndose los labios. Sonrió a su esposa—. Buena comida, ¿eh, mujer?

Lady Beatriz le siguió la broma y contestó riendo:

—¡Sólo lo mejor para mi señor! Cerdo asado con salsa de limón y filetes de cordero con abundante guarnición.

Santerre se frotó el estómago.

—Parece que este tiempo frío te llena el estómago de ranas croando, ¿eh, señor Shallot? ¿Un buen tazón de clarete y una partidita de dados?

Mandeville y Southgate entraron tensos en la habitación. No parecían muy divertidos por los comentarios de sir John, después de un rato de poner mala cara.

—¿Habéis visto a Damien? —interrogó Mandeville.

—Sí —replicó Benjamin—. Hace dos o tres horas.

—Pero eso ha sido en la capilla.

Benjamin se encogió de hombros.

—Vos preguntáis, nosotros contestamos.

Benjamin se quedó absorto contemplando el fuego. Sabe Dios, quizá tengo un sexto sentido, pero los cabellos de la nuca se me erizaron de miedo.

—No puede estar rezando aún —insistió Southgate.

El buen humor de Santerre desapareció. Raquel y su madre se mostraron agitadas. Benjamin se puso en pie enérgicamente.

—Hablar no sirve de nada. Vamos a la capilla. Si no se encuentra allí, es posible que haya ido a pasear por el campo.

Salimos todos por la cocina, atravesamos el patio y, por el sendero, llegamos hasta la iglesia. La puerta aún estaba cerrada y cuando miré por las ventanas no vi luz alguna en el interior.

—¡Damien! —gritó Mandeville intentando abrir el paño, pero la puerta estaba cerrada—. ¡Damien! —gritó de nuevo Mandeville y, perdiendo la serenidad, empezó a golpear con los puños la puerta tachonada.

—¡Madre! —llamó Raquel—. ¡Ven conmigo!

Las dos mujeres fueron hacia el lateral de la iglesia gritando el nombre de Damien por las contraventanas. Mandeville siguió pegando con sus puños y Santerre ordenó a sus sirvientes que fueran a buscar un gran tronco que se estaba secando en los establos para Navidad.

Mandeville los supervisó como si estuvieran sitiando un castillo. Lieron una cuerda por el tronco y los sirvientes lo movieron de atrás hacia adelante, golpeando la puerta hasta que empezó a crujir, luego cedió un poco y, por fin, las bisagras se rompieron.

—Que todo el mundo se quede aquí —ordenó Mandeville secándose el sudor de la frente—. Nadie debe entrar en la iglesia hasta que yo lo diga —entró—. La llave está en la cerradura —exclamó— ¡y hasta los cerrojos están echados! —Penetró en la iglesia gritando a Southgate que le acompañara.

Esperamos en silencio en la puerta hasta que oímos un chillido desgarrador: el grito de desesperación de Mandeville hizo que nos precipitáramos en el interior de la iglesia. En la nave, todo permanecía intacto. Santerre ordenó que alumbraran las antorchas. En el santuario yacía Damien, echado sobre el reclinatorio. Tenía una pequeña flecha de ballesta en la parte trasera del cráneo. Había caído violentamente hacia delante y la sangre que le había manado de la boca y la nariz había ido bañando el ataúd de su hermano. Mandeville apartó el cuerpo, cogiéndolo en brazos como una madre cogería a su hijo. A la débil luz de la antorcha, la cara de Damien era horrible: los ojos medio abiertos, la boca silenciosa para siempre, la cara embadurnada de sangre desde las cejas hasta la barbilla. Mandeville depositó con cuidado el cuerpo en el suelo.

—¡Bastardos, pagaréis por esto! —amenazó con un brillo de locura en los ojos.

Santerre retrocedió unos pasos extendiendo las manos.

—Señor, no me amenacéis. Ya habéis visto que la puerta estaba cerrada por dentro.

—¿Dónde está la otra llave?

—En una anilla, colgando de mi cinturón. Donde voy yo, va ella.

Southgate se acercó y le dio un golpe en el pecho a Benjamin.

—¿Vos fuisteis el último en ver a Damien?

—¿Qué insinuáis? —contestó mi señor—. ¿Me estáis acusando a mí o a Shallot del asesinato? ¿Cómo?

Benjamin señaló al muerto.

—Nos vio marchar y cerró la puerta detrás de nosotros.

Benjamin giró sobre sus talones, cogió la antorcha que sir John aguantaba y recorrió la nave obligándome a seguirle. Nos paramos al final, justo debajo de la galería del coro, donde había un pequeño hueco que llevaba a la torre. Benjamin hizo un gesto con la mano.

—¡Sir Edmund! —gritó—, ¡volved a poner el cuerpo donde lo habéis encontrado!

Los dos agentes iban a protestar, pero entendieron lo que Benjamin estaba haciendo. Se unieron a nosotros al fondo de la iglesia y Benjamin gritó a los Santerre que se dieran la vuelta.

—¿No lo veis, sir Edmund? —exclamó—. Alguien podía estar aquí escondido cuando nosotros hemos llegado hoy temprano. Nos pusimos a hablar y después vos os marchasteis. Entonces Damien nos hizo salir y volvió al reclinatorio. Imaginemos que nosotros somos el asesino y que estamos aquí de pie, con la ballesta dirigida hacia el santuario.

Levantó la antorcha y Mandeville siguió su mirada.

—Sí, sí —murmuró—. Ya lo veo, señor Daunbey. El pobre Damien estaba arrodillado a la entrada del santuario, un blanco fácil para alguien que estuviera aquí con una ballesta.

Benjamin bajó la antorcha hasta las losas de piedra que cubrían el suelo, y tocó la piedra con los dedos.

—Mirad, a la luz de la antorcha se puede ver una mancha oscura. Es difícil distinguirla de nuestras pisadas pero esta mancha de humedad demuestra que alguien ha estado aquí durante algún tiempo con la capa y las botas llenas de nieve. Debe de haber venido incluso antes que Damien. Cuando nosotros salimos y él cerró la puerta detrás de nosotros, el asesino cometió el crimen.

Southgate aplaudió lentamente.

—Cuánto ingenio, mi querido Daunbey, pero ¿cómo salió de la iglesia?

Benjamin gritó a Santerre, que se estaba acercando hacia nosotros por la nave.

—Sir John, ¿hay entradas secretas en esta iglesia?

—Ninguna —replicó Raquel—. Por Dios santo, señor Daunbey, comprobadlo vos

mismo.

Benjamin pidió más antorchas y estudiamos los muros y el suelo. Sólo había piedra. La única entrada era una pequeña puerta a la izquierda del santuario, pero estaba cerrada y tenía un candado, oxidado por el tiempo, que nadie había abierto desde hacía años.

—¿No hay sacristía? —pregunté.

—No —replicó sir John—. Cuando los templarios utilizaban esta iglesia, los capellanes se vestían para la misa en la casa o aquí, en el santuario.

Benjamin cogió la antorcha y recorrió los muros examinando las contraventanas. Todas estaban cerradas, con las manecillas en su sitio.

—Un verdadero misterio —murmuró—. El asesino quedó encerrado dentro, pero ¿cómo salió? Sir John, ¿estas contraventanas también se cierran por el interior?

—Y por el exterior —gritó Santerre.

—Oh, ¡santo cielo! —suspiró Benjamin.

Llevó al grupo al exterior de la iglesia y, con las antorchas, examinó todas las ventanas y la nieve que había debajo. Esto, empero, sólo aumentó el misterio porque los pestillos de fuera también estaban cerrados y, dejando de lado las huellas de lady Beatriz y Raquel, no había señales de que nadie hubiera utilizado las ventanas para entrar o salir.

—Bueno —declaró Southgate cuando estábamos en el exterior—, a Damien le han matado, asesinado.

—Muerte por acero —repliqué—. No olvidéis la maldición de la bruja.

—¡Si es cosa de brujería —gritó Mandeville—, la bruja será quemada en la hoguera dentro de una semana! —miró a Raquel—. Tenéis razón, señora, esta casa está maldita. Dos de los más leales servidores del rey han muerto aquí, extrañamente asesinados. ¡Este lugar debería ser quemado!

—¡Tonterías! —interrumpió Benjamin—. Damien fue asesinado por el disparo de una ballesta y los fantasmas no dejan manchas en el suelo. Sabemos cómo entró el asesino y sabemos dónde estuvo esperando, el único problema es saber cómo salió —Benjamin se irguió—. ¿No os dais cuenta de lo que está sucediendo? —exclamó—. El asesino nos ha elegido para morir, pero antes está jugando con nosotros como el gato con el ratón. El miedo a la muerte, a menudo, es peor que la muerte misma. Los crímenes de Cosmas y Damien no pretenden más que torturarnos y castigarnos, así como acobardarnos y distraernos de nuestra verdadera misión. Dos hombres han perecido. Ahora bien, sir Edmund, estoy seguro de que el asesino, tarde o temprano, cometerá algún error.

Mandeville dio una patada en la nieve con la punta de la bota.

—¿Pero cuándo, señor Daunbey, cuándo? —miró a su lugarteniente—. Southgate, retira el cuerpo de Damien. Sir John, necesitareé otro ataúd. Mañana llevaremos los

cuerpos a la iglesia del pueblo.

Mandeville empezó a andar y de repente se paró y dio media vuelta.

—Southgate, antes cumplir las órdenes, yo iría a la habitación de Damien para retirar todos sus enseres, papeles y documentos. Sir John, haced salir a los sirvientes; requiero vuestra presencia en el salón.

Obedecimos y fuimos a sentarnos en un sombrío medio círculo cerca del fuego. Nadie pensaba en comer o beber y Mandeville se paseaba arriba y abajo delante de nosotros, tan furioso que parecía insensible a las llamas del fuego ardiente.

—Mañana —empezó— hemos de ir a Glastonbury. La nieve es espesa pero no tanto como para detener a la justicia —se pasó la mano por la boca—. Podría preguntaros dónde estabais cada uno de vosotros pero ¿de qué serviría?

Miré rápidamente a sir John. Aparte de Benjamin y de mí, él era la única persona que había salido de la casa y su capa y sus botas, pues, estaban cubiertas de nieve. ¿Había ido a Glastonbury o había vuelto por algún camino secreto a Templecombe para esconderse en la iglesia? ¿O acaso el asesino ya estaba allí? ¿Pudo haber sido uno de los hombres que me atacaron en la emboscada aquella misma mañana temprano? Miré a los demás. Mandeville me observaba como si intentara leer mis pensamientos.

—Hemos de ir con cuidado —murmuró respirando profundamente para calmarse—. No debemos empezar a acusarnos de asesinato unos a otros. Cualesquiera de vuestros siervos, sir John, y no pretendo ofenderos, podría ser el asesino. Quizás el señor Shallot tenga razón, no debemos olvidar a aquella maldita bruja.

—Podría saber algo, sir Edmund —intervino Benjamin con tacto—, pero el asesino de Cosmas y Damien debe de estar en esta casa.

Mandeville asintió.

—Sir John, mañana por la mañana, con los primeros rayos de luz, quiero a vuestros sirvientes reunidos aquí, en la habitación principal. Y os lo ruego, señor, no presentéis objeciones. Esto es un asunto real.

Pasó por entre las sillas y abandonó el salón majestuosamente. Benjamin se excusó con un gesto ante sir John, se dirigió a mí y le seguí precipitadamente. Mandeville iba ya por la mitad de las escaleras.

—Sir Edmund —llamó mi señor—, ¡unas palabras!

Mandeville se giró con los ojos llenos de rabia.

—¡Al diablo, Daunbey! Ahí dentro debía ser cortés, ¡pero no olvidaré que vos y vuestro maldito sirviente fuisteis los últimos en ver a mi secretario con vida! —Bajó unos cuantos peldaños—. ¿Creéis que esto es un juego, verdad? —preguntó con cinismo—. He perdido a dos de mis mejores hombres. A cuatro, si contamos a Warnham y a Calcraft. —Mandeville acercó su cara a tan sólo unos centímetros de la de Benjamin—. Es posible que no os guste lo que somos, los agentes del rey, sus

instrumentos, sus espías. Es posible que no os guste el rey, pero él lleva la corona del confesor. Un príncipe fuerte es infinitamente mejor que diez príncipes luchando por la corona.

—Acepto lo que decís —replicó Benjamin tranquilo—. Pero no es eso lo que nos concierne ahora.

Mandeville miró a otro lado.

—Tenéis razón —suspiró—. Tenéis razón. He perdido a muchos agentes, pero Cosmas y Damien eran como sangre de mi sangre. Maldigo sus muertes.

—En ese caso, señor —exclamé—, ¿ha llegado la hora de la honradez!

Me acerqué pasando por alto el aviso de Benjamin.

—Somos los únicos en los que podéis confiar. Warnham y Calcraft murieron antes de que nosotros entráramos en juego. Dejadme pues que os pregunte sinceramente, el hombre que vimos en Newgate no era Taplow, ¿verdad?

La ira de Mandeville se desvaneció. Nos llevó hacia la galería, al hueco de una ventana, donde nadie podía espiarnos. Miró por el cristal y sonrió excusándose.

—Tenéis razón. Taplow murió en Smithfield, pero el hombre que visteis no era él.

—¿Por qué? —pregunté.

—Órdenes del rey.

—¿Y las cartas que escribió Buckingham?

Mandeville palideció. Aún le quedaban restos de honradez.

—Nuestro rey siempre ha querido ver a Buckingham muerto, lo mismo que el cardenal. Fue simplemente para ponerle la cuerda alrededor del cuello.

—¿Y Hopkins? —insistí yo.

—Un tonto religioso que seguramente estaba metido en la orden del Temple y tenía acceso a información reservada.

—Y el resto..., ¿el Santo Grial, Excalibur, los templarios?

—Oh, eso es cierto.

—Vamos, sir Edmund —me burlé—, ¿sed sincero!

Mandeville se apoyó en el muro y enumeró ayudándose de los dedos.

—Primero —susurró—, el rey quería a Buckingham muerto: era poderoso, tenía riquezas, y la sangre de los York corría por sus venas; el duque también odiaba al rey porque Enrique había seducido a su hermana. Segundo, Buckingham quería las reliquias, el Santo Grial y Excalibur. Sabe Dios por qué. Quizás era sólo curiosidad, quizá las quería como talismán para utilizarlas contra el rey en alguna conspiración. Tercero, a lo mejor Buckingham no era un traidor, pero sin duda acogía pensamientos de traición en su mente y, posiblemente, fuera templario en secreto. Cuarto, Hopkins era un cura consentido, un posible templario con una abierta aversión por nuestro rey. Quinto, Taplow, el sastre, un luterano implicado también en prácticas de traición.

—¿Como por ejemplo? —interrumpí bruscamente.

—Tenía extrañas relaciones con Buckingham y también con el señor Hopkins. Admito que las cartas que aquél supuestamente le escribió eran falsas, como también lo eran las pruebas presentadas en el juicio de Buckingham. El pobre desgraciado fue torturado tan cruelmente que hubiera confesado cualquier cosa.

—Y entonces, ¿por qué no nos dejasteis interrogar al verdadero Taplow?

Mandeville miró a través del cristal helado.

—Os he hecho una pregunta, sir Edmund.

—A Taplow se le prometió que viviría si apoyaba la destrucción de Buckingham, pero cuando le llevaron a Newgate empezó a retractarse —el más siniestro de los espías se encogió de hombros—. Durante un tiempo uno de mis agentes ocupó su lugar —Mandeville sonrió tristemente—. Me preguntaba si os daríais cuenta. ¿Qué os hizo sospechar que no era la persona que decía ser?

—Los luteranos no creen en el purgatorio y el Taplow que nosotros conocimos sí que creía.

Mandeville suspiró con desprecio.

—¿Sabíais que asesinaron a la señora Hopkins? —preguntó Benjamin.

Mandeville negó con la cabeza.

—Creíamos que no valía la pena ni mirarla.

—Bueno, pues alguien pensaba que era importante y la mató con el garrote. A propósito, ¿sabéis quién mató a Warnham y a Calcraft?

—Si lo supiera —aclaró Mandeville—, el asesino estaría colgando de la horca en Smithfield.

—Y del resto, ¿qué creéis que es cierto?

—Oh, sin duda el Santo Grial y Excalibur existen en alguna parte. El rey insiste mucho en ello.

—¿Y los templarios?

—Sí, hace años que los perseguimos. Son una organización secreta formada por grupos de seis o siete personas. Los grupos apenas se conocen entre sí, pero son poderosos y se extienden por Francia, España, Escocia e Inglaterra. Son particularmente poderosos en esta parte del país, en el suroeste.

—¿Quién es su jefe?

—Un gran maestro, pero no sabemos quién es ni en qué país vive.

Mandeville, de repente, se llevó el dedo a los labios y dio unos pasos fuera del hueco de la ventana. Miró hacia abajo, a la galería donde estaban los Santerre.

—Sir John —llamó Mandeville—, es menester que os quedéis en la habitación. Debo haceros algunas preguntas.

—Oídmeme —reclamó Benjamin—, ¿por qué están el rey y sus agentes tan interesados en esta sociedad secreta?

Mandeville quería que los Santerre oyeran la respuesta y respondió en voz bien

alta.

—Los templarios son particularmente hostiles al rey y han apoyado la mayoría de las rebeliones de los York. Han hecho circular historias según las cuales el príncipe aún está vivo en la Torre, y durante el reinado del padre de nuestro rey apoyaron a los dos impostores. A Lambert Simnel y a Perkin Warbeck. Si recordáis la historia de vuestro país, señor Daunbey, sabréis que las peores rebeliones, las más violentas, fueron aquí, en el suroeste. Cuando el rey era niño, rebeldes del este del país le obligaron a abandonar la ciudad y el impostor, Perkin Warbeck, ocupó Exeter.

—¿Sospecháis de Santerre?

—Sí y no. Santerre ha probado ser un súbdito leal al rey, pero Hopkins le sirvió como capellán y Buckingham vino aquí en busca de las reliquias —declaró Mandeville sonriendo—. Y las cosas no han mejorado con los dos últimos crímenes.

—¿Y lady Beatriz? Su nombre de célibe es Belamonte. Su primer marido, lord de Templecombe, era sir Roger Mortimer.

Mandeville negó con la cabeza.

—Su lealtad es incuestionable. Después de todo, fue lady Beatriz la que convenció a Santerre para que confesara todo lo que le había dicho Buckingham a mis dos agentes.

—¿Y los monjes de Glastonbury?

Mandeville sonrió con cinismo.

—Toda una historia; probablemente existen fuertes lazos entre los templarios y la abadía. Hopkins era miembro de la abadía y los monjes guardan los restos de Arturo y, además, el misterioso enigma fue encontrado en un manuscrito de su biblioteca. —Mandeville se mordió el labio—. He sido honrado con vos, ahora, señor, sed sincero conmigo. ¿Qué es lo que sabéis?

Mi señor describió lo que había sucedido en el camino aquella mañana temprano.

—Probablemente eran miembros de esa banda de templarios —comentó Mandeville.

—Es posible que ellos fueran los culpables de la muerte de Cosmas y Damien —añadí.

—Así pues, hemos de resolver el asunto —declaró Benjamin—. Cualquier sirviente de esta casa podría ser el asesino o podría haber sido sobornado por los asesinos.

—Hemos de interrogarles mañana por la mañana —decidió Mandeville.

—Y hay algo más —continuó Benjamin—. Sir Edmund, hemos de resolver el enigma. Mas por lo que he podido ver, ni en esta casa ni en la capilla hay nada que se parezca a las aguas del Jordán o al Arca de Moisés —se encogió de hombros disculpándose—. He estudiado las galerías, pero no hay ni pinturas ni grabados que despierten mi curiosidad. Tan sólo nos quedan dos lugares: la abadía de Glastonbury

y el desolado edificio de la solitaria isla del lago.

—Cuando estuvimos en Glastonbury —contestó Mandeville rascándose la mejilla —, le dije al abad que enviara a unos hermanos laicos a Taunton con un mensaje para el alguacil para que trajeran hombres armados a Templecombe. Les espero mañana por la mañana. Cuando lleguen, interrogaré a los sirvientes, iremos a la isla, y daremos caza a esa maldita bruja.

—¿Y los dos asesinatos? —pregunté—. ¿Tenemos alguna prueba más?

—Nada —replicó Benjamin rápidamente—. Un hombre muere en su cama que arde de manera misteriosa. Otro es asesinado con el disparo de una ballesta, pero la única puerta está cerrada, al igual que las ventanas. Sabemos que el asesino había estado andando en la nieve por los alrededores; lady Beatriz y Raquel llevan las mismas ropas que esta mañana y, según tengo entendido, no han salido de la casa.

—Vosotros dos salisteis —replicó Mandeville ásperamente.

—Pero ¿por qué habríamos de matar a Damien? Había más gente en la casa.

Mandeville entendió la mirada firme de Benjamin.

—Bueno, antes de que me lo preguntéis, señor Daubey, yo me quedé aquí, pero Southgate salió a montar por los alrededores.

Bajó la cabeza y miró hacia la galería.

—Y, por supuesto —susurró—, seguimos teniendo a sir John Santerre.

Miré a mi señor y él se acarició el lóbulo de la oreja, nuestra señal de acuerdo para permanecer en silencio. Benjamin no se fiaba plenamente de Mandeville y no estaba seguro de que sir John Santerre hubiera ido a Glastonbury.

Nuestra reunión terminó. Mandeville entró majestuosamente en la habitación donde estaban los otros y nosotros volvimos a nuestras habitaciones. Benjamin sé perdió en sus propios pensamientos y yo le dejé solo y me tumbé en la cama a pensar en Matilde hasta que sonó la campana de la cena.

A pesar de la rica comida, la cena fue sombría. Benjamin intentaba hacer todo lo posible por animar la conversación, pero Mandeville y Southgate estaban pesados, sir John Santerre estaba inmerso en sus pensamientos, lady Beatriz parecía ansiosa y la pálida Raquel sólo jugaba con la comida de su plato. Cuando quitaron la mesa y todos se preparaban para marchar, mi señor se puso de pie de manera inesperada.

—Se ha de registrar la casa —declaró—. Cada habitación, cada armario.

—¿Para qué? —preguntó Mandeville.

—Aún no lo sé; lo sabré cuando lo vea.

Santerre mostró su rabia.

—Vos podéis acompañarnos —añadió Benjamin con suavidad.

—¿Y tiene que ser ahora? —preguntó lady Beatriz.

—Estoy de acuerdo con ella —insistió Mandeville—, podemos hacerlo ahora o mañana, cuando llegue sir Henry Bowyer con los hombres armados de Taunton.

—¿Es realmente necesario? —preguntó sir John irritado.

—Sí, envié el mensaje cuando estábamos en Glastonbury. Los hombres del alguacil nos ayudarán. Y ahora, con la muerte de mis dos ayudantes, les necesito para protegerme. De todos modos, estoy seguro de que preferís que seamos el señor Daunbey y yo los que registremos vuestras habitaciones, antes que lo hagan los patanes soldados del condado.

Sir John no puso más objeciones, pero insistió en unirse a nosotros. Llamó a algunos sirvientes, encendieron antorchas y lámparas y empezamos la búsqueda. Podéis creerme, Templecombe era aún más grande de lo que pensaba. Los sótanos eran enormes y cavernosos, pero no contenían nada interesante: barriles de cerveza, toneles de vino, carbón y otras provisiones. Al final del sótano había una habitación con la puerta cerrada a cal y canto. Santerre aceptó abrirla, pero nos pidió que no entráramos con las antorchas.

—Aquí guardamos pólvora y aceite —explicó—. La utilizamos para extraer rocas de las canteras locales.

Abrió la puerta y entré. La habitación no era más que una celda mustia y seca. Benjamin entró detrás de mí y estudió las cuerdas enrolladas, las jarras de aceite y los pequeños barriles de pólvora que estaban apilados. Giró la cabeza a uno de los lados y me di cuenta de que algo le había llamado la atención.

—¿Qué sucede, señor?

—Nada, nada en absoluto.

Continuamos con nuestra búsqueda y, os lo digo de verdad, si existía algún lugar hechizado, era Templecombe, sobre todo aquellos sótanos. Luego subimos otra vez las escaleras, y recorrimos habitación por habitación, pero no descubrimos nada en absoluto.

Por fin Mandeville suspendió la búsqueda, frotándose los ojos y bostezando.

—Hemos hecho lo que hemos podido —comentó—. Mañana registraremos la iglesia e iremos a la isla.

Benjamin no estuvo de acuerdo.

—Aún nos quedan los cuartos de los sirvientes.

Mandeville hizo una mueca.

—Ya los registrarán mañana los hombres del alguacil. Ya hemos hecho bastante por hoy.

Volvimos a nuestros aposentos. Benjamin se reunió conmigo en mi habitación. Se sentó en el borde de la cama y empezó a decir todo lo que sabíamos hasta entonces como si recitara un poema memorizado.

—Buckingham muere, los agentes mueren con el garrote —me miró y dijo—: ¿sabías que con el garrote se puede matar a alguien en tan sólo unos segundos?

—¿Es relevante? —pregunté muerto de cansancio, pues sólo quería dormir.

—No, no —murmuró Benjamin ausente—. Luego venimos aquí y una bruja profetiza muertes con diferentes medios. Cosmas muere quemado en su cama; Damien es asesinado por un misterioso arquero que aparentemente puede atravesar espesos muros, pero seguimos sin tener pista alguna sobre el enigma, no hay señal de los templarios y ni una sola prueba del paradero del Santo Grial y de Excalibur —se rascó la barbilla—. Pero bien debe de haber una solución. Quizá los hombres del alguacil puedan ayudarnos.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, nos despertó la brutal llegada de sir Henry Bowyer, que iba acompañado por, al menos, una docena de hombres bien lozanos. No eran simples soldaduchos, sino soldados profesionales, la fuerza civil armada para la persecución del crimen. Bowyer era un hombre bajo, poca cosa, con muy poco pelo y con una simpática cara enrojecida. No cesaba de sonreír y nos saludaba muy amigablemente mientras desayunábamos en el gran salón, pero era un hombre que no inspiraba confianza. Sus ojos eran estremecedores, respiraba de una manera extraña, tenía los dientes en mal estado y una actitud hacia Mandeville que sólo se podía describir con una palabra: servil. Era como si el éxito se le hubiera subido a la cabeza y le impidiera razonar correctamente.

Los soldados de Bowyer, como profesionales bien acostumbrados, se instalaron rápidamente en el patio y en las casas: en apenas una hora, sir John ya recibía quejas porque alguien había robado comida de la cocina; jarras de vino que se vaciaban misteriosamente; pollos que la noche anterior estaban con vida aparecían cocinados en improvisadas hogueras... Mas Santerre tenía otros problemas en la cabeza y Mandeville, asistido por Southgate y por el servil Bowyer, despejaba la habitación y la convertía en un campo de batalla. Él y Bowyer, sentados a la mesa; los Santerre y nosotros, tratados como simples observadores. Mandeville reunió a todos los sirvientes, cocineros, limpiadores, chambelanes, doncellas (incluida Matilde), y hasta hizo llamar a los mozos de los establos. Se dirigía a ellos con frases cortas y concisas y enseguida empezó el interrogatorio de cada uno de ellos: «¿Cuánto tiempo llevas aquí sirviendo? ¿La palabra “templario” te dice algo? ¿Se acercó alguien a la capilla ayer por la tarde?».

Los sirvientes eran buena gente, pero simplones, gente de campo que se limitaba a mover la cabeza y a mirar con ojos muy abiertos al poderoso lord de Londres. No obstante, la actitud de Mandeville era admirable y, mientras iba interrogando, se advertía la incomodidad en algunos de ellos. Nada importante: un parpadeo, una ligera palidez en el rostro, respuestas demasiado rápidas o demasiado directas. Mandeville lo notaba y atacaba como un halcón a la caza.

—¿Te ocupas de la ropa de cama?

Matilde asintió.

—¿Y no sientes curiosidad por todos estos extraños que están en casa de tu señor?
Negó con la cabeza.

—¿Nunca has abusado de tu posición para curiosear en sus enseres?

Los ojos de Matilde se escaparon hacia mí.

—No, señor —murmuró.

—Doy fe de ello —exclamé yo—. La muchacha ignoraba que yo estaba en la

habitación y la observé mientras cambiaba las sábanas; es todo lo contrario a mí, sir Edmund: más honrada que un santo.

Benjamin pareció extrañado, pero la risa aflojó la tensión y dejaron marchar a Matilde. Vinieron otros. Mandeville hacía las preguntas, a veces Southgate y, ocasionalmente, para mostrar su poder, el alguacil intentaba intimidar con bravatas, aunque Mandeville lo mantenía controlado. Por fin terminó el interrogatorio, mas antes de dejar marchar a los sirvientes, Mandeville ordenó que registraran sus cuartos. Sir John y lady Beatriz se opusieron con vehemencia y Benjamin se ofreció para supervisar a los soldados y asegurarse así de que el registro no sería un pretexto para el robo o el pillaje.

Pero la búsqueda, como el interrogatorio, fue infructuosa, y Mandeville ordenó rudamente que los sirvientes se marcharan. Los miré mientras salían, prestando especial atención a Matilde, que iba cogida del brazo de un hombre grueso, de pelo grisáceo, que cojeaba ligeramente y que parecía ser su padre; recordé por un momento el ataque del día anterior y las heridas que había causado inconscientemente, pero decidí reservar mis pensamientos. Después, nos dirigimos a la capilla para registrar los muros, las losas del suelo y el altar, pero tampoco allí había nada. Incluso miramos en la sillería que otrora los templarios utilizaran y, lo confieso (como es costumbre en Shallot), no hice mucho; me pasé casi todo el tiempo admirando las brillantes tallas en la misericordia de cada silla. Las tres primeras me maravillaron: un hombre miserablemente aferrado a un marco a quien su mujer flagelaba en las nalgas; un hombre bebiendo; dos paisanos destripando un cerdo muerto. Cada talla era una imagen viva, que cortaba la respiración. Benjamin vino hacia mí.

—Los templarios —declaró— echaban los asientos para atrás antes de sentarse. Las tallas quedaban en la parte posterior, no sólo por motivos de ornamentación, sino para que las sillas fueran más fuertes. —Sonrió y señaló a la mujer que azotaba a su marido—. Los maestros talladores del lugar se divertían grabando escenas que quedaban lejos de lo sagrado.

Pero Mandeville había terminado la búsqueda, tan poco fructífera como las anteriores, y nos dijo que saliéramos. Todos nos dirigimos hacia el lago, que relucía, aunque la isla continuaba envuelta por la niebla. Había unas barcas escondidas entre los árboles y Mandeville y Santerre ordenaron que las trajeran. Limpiaron el barro helado, las prepararon, subimos a ellas y los hombres de Bowyer las fueron impulsando con pértigas para llegar hasta la isla.

Pongo a Dios por testigo, esa isla es la más misteriosa que he visitado. Era húmeda, fría, inquietante, extraña. Los árboles estaban muy juntos y los tojos, cubiertos de nieve, parecían estar vivos, bloqueando el camino con sus gruesas ramas. Nos abrimos camino bregando con la naturaleza y calados hasta los huesos.

—¿Te has dado cuenta? —murmuró Benjamin casi sin respiración. Se detuvo y miró hacia las ramas que tenía encima—. ¡No hay ni un pájaro! Ni cuervos ni grajos, ¡nada de nada!

Me paré a escuchar afinando los oídos, por si hubiera algún sonido aparte de los ruidos secos de los soldados al romper las ramas y los insultos que proferían al caerse al suelo helado. Estos ruidos parecían aumentar el silencio ominoso del lugar y me acordé de que un viajero me había dicho que viajando por el océano Atlántico, por el norte, había encontrado islas habitadas por fantasmas de marineros muertos. Me estremecí y dejé escapar una maldición. Mandeville y los otros habían desenvainado las espadas e iban cortando las ramas para aclarar el camino. Los agentes parecían afectados por el opresivo ambiente e iban descargando su miedo al cortar las ramas con las espadas.

Por fin llegamos a un calvero y vimos el desolado edificio que habíamos divisado desde la orilla. Era de piedra arenosa y amarillenta, el tejado rojo, sin ventanas, tan sólo unas hendiduras en forma de trébol. La puerta tachonada estaba cerrada con un candado. Santerre se disculpó, no tenía la llave, así que Southgate destrozó el candado y le dio una patada a la puerta para abrirla. Entramos y encendimos antorchas. Creedme, el ambiente sombrío de aquel lugar nos oprimía el corazón, nos ensombrecía el espíritu. No era nada en particular; un vacío abrumador, un aire helado que no tenía nada que ver con el hielo y la nieve del exterior.

—La casa de la muerte —murmuré.

—O un lugar muy sagrado —replicó Benjamin.

Mandeville ordenó a sus soldados que se pusieran junto a los muros aguantando las antorchas en alto para iluminar aquella oscuridad. Tenía la impresión, casi infantil, de que si nos quedábamos junto a la luz, todo iría bien; pero si nos alejábamos, las sombras y los oscuros poderes nos esperarían para cogernos por la garganta. El suelo era de piedra y las paredes de cal. La habitación estaba completamente vacía, no había ni un solo mueble.

Los soldados, cada vez más incómodos, empezaron a quejarse, así que Mandeville les gritó que comenzaran a buscar. Aquellos hombres eran profesionales y si hubiera habido una losa de piedra suelta o un pasaje secreto, lo hubieran encontrado, pero no había nada. Benjamin se movía como una araña de una losa a otra. Se detuvo, con una exclamación de sorpresa, y todos le miramos mientras rascaba algo en el suelo con el dedo.

—Cera de vela —observó—. Alguien ha estado aquí y no hace mucho.

Se encontraron otras gotas pero como no hallamos nada más, Mandeville nos ordenó salir. No perdía de vista a Santerre porque el señor de aquellas tierras, que nunca se asustaba por nada, estaba de pie en la puerta como si fuera un niño con miedo a la oscura y extraña estancia.

—¿Os pasa algo? —le pregunté.

Los soldados nos empujaban, ávidos por salir. Santerre negó con la cabeza.

—Nada —murmuró.

—¿Estáis seguro? —preguntó Benjamin acercándose. De nuevo Santerre hizo un movimiento con la cabeza. Benjamin miró los blancos muros de encima de la puerta. Esperó a que los otros salieran.

—Sir John, creo que aquí hay algo muy extraño, y Mandeville, con las prisas, no se ha dado cuenta.

Santerre le miró fijamente.

—Las paredes —continuó Benjamin—. Las han blanqueado recientemente. ¿Por qué lo han hecho?

—No lo sé —murmuró Santerre marchándose para reunirse con los otros.

Cruzamos de nuevo hasta la otra orilla y Mandeville, al llegar, se alejó de la barca dando órdenes a Southgate. Salía un carro del patio, conducido por un soldado; llevaba los dos ataúdes hacia la iglesia del pueblo. El capellán cantaría un réquiem, los patéticos hermanos serían enterrados y, con el tiempo, se les olvidaría. Mandeville se dispuso a seguirles. Al pomposo Bowyer, se le ordenó que se quedara en la casa, pero sir Edmund nos hizo señas para, que le acompañáramos.

—Vendréis con nosotros a Glastonbury, pero antes tenemos que cumplir otra misión.

Se negó a decir nada más, así que recogimos las botas de montar, los sombreros y las capas de nuestras habitaciones. Matilde, con el rostro pálido, me hizo un gesto desde la galería, pero Benjamin me estaba llamando y decidí no acercarme a ella. Cogimos nuestros caballos, dijimos a Santerre que nos íbamos y salimos al galope por los helados caminos empedrados, como si Mandeville no quisiera perder tiempo, como si quisiera llegar a Glastonbury antes de que cayera la noche. Galopamos durante un buen rato antes de que Mandeville redujera el ritmo y hablara tranquilamente a Southgate. De repente, se detuvieron.

Southgate declaró: «Sí, éste es el lugar» y me di cuenta de que íbamos a una caza de brujas. Desmontamos. Ordenaron a un soldado que guardara los caballos mientras que Mandeville llamaba a otro, un hombre con pinta de flaco lebrel, de piel oscura y ojos azules. Sir Edmund cogió al soldado por los hombros y lo presentó.

—Bowyer le llama El Perdiguero porque es un experto cazador. ¡Si hay alguien que pueda encontrar el camino en senderos forestales escondidos es él!

El hombre sonrió abiertamente enseñando sus dientes afilados. El nombre le iba bien. He visto perros de caza con mejor aspecto que el de aquel hombre. Mandeville cogió su bolsa, sacó una moneda de plata y jugó con ella un momento. El Perdiguero la miraba con avidez.

—Encuentra a esa vieja bruja y te daré dos de éstas.

El Perdiguero no necesitó más razones y yo estaba demasiado intrigado para ponerme a dudar si meterme entre las ramas heladas. El Perdiguero empezó su búsqueda entre los árboles, a grandes zancadas. Sabe Dios cómo lo hizo, porque las ramas eran espesas y el suelo, traicionero a causa de la alfombra de nieve. En ningún momento dudó o se mostró aturdido. Nos fue guiando sin que le importara la nieve que llegaba hasta los tobillos, ni las imprevistas sacudidas de las ramas sobrecargadas.

(Pensándolo bien, los hombres como El Perdiguero no son tan raros. Una vez, en los oscuros bosques de Moscú, fui perseguido por hombres y perros en una de las más terroríficas huidas de mi vida. Un loco príncipe ruso me había invitado a un banquete. ¡Lo que desconocía era que yo iba a ser la diversión de la sobremesa! Antes de que empezara la cacería, el loco bastardo me dijo que si los mastines de pelo amarillo no me hacían pedazos, me alcanzarían los caballos. Os puedo asegurar que no necesité que me dijera nada más para salir huyendo, pero esa es otra historia).

Es cierto que no me gusta el campo en pleno verano, pero es que ni aunque estuviéramos en pleno invierno; aquel bosque estaba embrujado. Me quejaba en voz alta de la oscuridad, de las trampas de la naturaleza y, sobre todo, no me quitaba de la cabeza a los asaltantes del día anterior.

—Éste es un lugar ideal para una emboscada —grité.

Mandeville sonrió y se secó el sudor de la cara.

—Por eso no le he dicho a nadie de la casa que íbamos a venir. Quiero darle a la vieja bruja la mayor sorpresa de su vida.

Por fin, los árboles dieron paso a un calvero. Al final había un montículo de piedra, como si un gigante hubiera ido juntado las rocas con sus manos. En la parte baja de esa montaña de piedra había una gran caverna. Mandeville desenvainó la espada y fuimos tras él, aunque sabe Dios lo que temíamos encontrar. Avanzábamos con precaución, como si la vieja bruja fuera a aparecer en la boca de la cueva, soltando maldiciones y fatales profecías, pero todo estaba en silencio.

Benjamin se detuvo y señaló hacia la entrada. Había nevado un poco la noche anterior, pero parecía como si alguien hubiera pasado por allí a visitar a la bruja y después se hubiera marchado entre los árboles cubriendo sus pisadas con ramas secas. Entramos en la cueva. El fuego que debería quemar a la entrada se reducía a un montón de cenizas húmedas y las antorchas se habían apagado. Mandeville encendió una y nos adentramos en la caverna.

Era un lugar extraño; había unas pinturas en las paredes y, según nos dijo Benjamin, habían sido pintadas mucho tiempo atrás. La cueva estaba sorprendentemente caliente y nos dimos cuenta de que íbamos andando por una galería que llevaba a una sublime cueva. Estaba amueblada, como cualquier habitación. Los juncos del suelo se veían limpios y habían puesto hierbas por encima.

Había una cazuela en un trípode, aunque los leños de debajo eran tan sólo negras cenizas. Un escritorio, un cofre, una mesa, un taburete y, más allá, una cama y, encima, tumbada como una muñeca olvidada, yacía la bruja. Benjamin se acercó a ella y le dio un golpe en los hombros. Ella se giró, con los brazos caídos y los ojos abiertos. Ya no saldrían más profecías por su boca: le habían cortado la respiración al apretar la cuerda roja del garrote alrededor de su escuálido cuello.

Mandeville soltó una maldición y se enfureció cogiendo el taburete y tirándolo por los aires. Southgate se agachó junto a mi señor y le tocó el cuello a la mujer intentando no mirarle los ojos desorbitados.

—Hace horas que la han matado —comentó—. Tiene la carne tan fría como la piel de una serpiente muerta.

Se levantó y se frotó las manos.

—Sir Edmund, la vieja bruja interpretó su parte y ahora la han eliminado, como a los otros.

—Es cierto —replicó Benjamin.

—Pero ¿quién la ha matado? —murmuró Mandeville.

—Sospecho que los mismos que mataron a Cosmas y a Damien, sin olvidar a vuestros agentes en Londres.

Benjamin señaló el grotesco cadáver.

—Ella sólo era una actriz pagada, una vieja desgraciada. El asesino sabía que la haríamos hablar. La pueden haber matado en cualquier momento, en estos últimos dos días.

—¿Creéis que ha sido alguien de Templecombe? —preguntó Southgate.

—Posiblemente —replicó Benjamin—, alguien de la familia o un sirviente, o quizás hayan sido los propios templarios —dijo mi señor encogiéndose de hombros—. Nosotros no somos de aquí y ¿cuánto tiempo hemos tardado en llegar hasta aquí?, ¿diez, quince minutos? Además, debe de haber atajos secretos y caminos por el bosque. Es probable que el asesino los utilizara, matara a la vieja y volviera, asegurándose de borrar cualquier rastro de sus movimientos.

Ya no podíamos hacer nada más. Mandeville dijo que comunicaría la muerte de la mujer al llegar a Templecombe y reemprendimos nuestro frío viaje por la tenebrosa campiña de Somerset. Llegamos a Glastonbury cuando ya había anochecido. Los senderos estaban infranqueables, el tiempo era tan helado que nos impedía hasta hablar entre nosotros y Mandeville dejó escapar un grito de alivio al divisar los muros de Glastonbury.

Un hermano laico nos franqueó la puerta y otros se ocuparon de nuestros caballos y de nuestro equipaje. De nuevo, el abad Bere vino a darnos la bienvenida a la hospedería, esta vez acompañado por un monje al que no habíamos visto en nuestra visita anterior. Era un joven vigoroso, de cara colorada y ojos brillantes, erudito y

cortés. Me gustó, y Benjamin y él hicieron buenas migas desde el primer momento.

—Éste es el hermano Eadred, nuestro archivero y bibliotecario —declaró el abad Bere—. Os ayudará en vuestras investigaciones. Conoce la sala de los manuscritos como la palma de su mano y es *peritus*, un experto en la vida artúrica.

—¿Conocisteis a Hopkins? —preguntó Southgate con brusquedad, sacándose la capa y sacudiéndola.

—Sí —replicó Eadred—; el hermano Hopkins no estaba en paz consigo mismo ni con la orden. No era historiador, sino un recopilador de leyendas. Nuestras reglas monásticas eran demasiado duras para él, por eso se pasaba el tiempo en la biblioteca.

Eadred acarició amablemente la espalda del abad.

—Nuestro reverendo padre hizo todo lo que pudo por él. Lo arregló para que se le dispensara de los votos de clausura, para que trabajara como capellán en Templecombe y en los pueblos y aldehuelas de los alrededores —la cara del bibliotecario esbozó una amplia sonrisa—. No era muy bueno con esas cosas: decía que había encontrado la clave de misteriosos secretos y se apresuró a contárselo todo a nuestro señor de Buckingham —su expresión se había vuelto solemne—. Al final, Hopkins se autodestruyó, destruyó a los otros, y atrajo la ira del rey a estos parajes —miraba fijamente a los agentes—. Aunque, una cosa os digo, señores: sir John Santerre es leal al rey.

Me guardé las preguntas porque Mandeville empezó a decir lo que quería hacer a la mañana siguiente: visitar la tumba de Arturo, ver el manuscrito en el que Hopkins había encontrado el enigma, y cualquier otra cosa que el abad y el hermano Eadred creyeran necesaria para la investigación.

Eadred asintió fríamente, nos dijo que nos traerían comida y nos dio las buenas noches.

—No me gusta —anunció Southgate tan pronto como salieron los monjes—. No me gusta esta abadía, y sospecho que hay algún lazo entre este lugar y sir John Santerre.

—¿Por qué? —pregunté yo—. ¿Qué prueba tenéis?

—Bueno, después de que sir Edmund terminara el interrogatorio esta mañana, crucé unas palabras con algunos sirvientes, hombres de las granjas de los alrededores. Parece ser que Santerre no fue a visitar sus tierras, como declaró. Y dónde fue, ¿eh?

Mantuvimos la boca cerrada y Mandeville y Southgate salieron de la habitación con paso firme. Nos pusimos cómodos, comimos los sencillos alimentos que nos habían enviado del refectorio y nos acostamos.

A la mañana siguiente, temprano, Benjamin asistió a misa en la abadía y después me despertó. Desayunamos en el pequeño refectorio de la hospedería con cerveza suave y harina de avena con especias calentada con leche caliente. Los soldados que nos habían acompañado se alojaban en otro lugar, pero Mandeville y Southgate se

unieron a nosotros. Los dos agentes se mostraban altivos, deseosos de demostrar su poder en aquella famosa abadía, y cuando el hermano Eadred llegó, Mandeville insistió en ir directamente a la biblioteca.

Salimos de la hospedería y, atravesando pasillos con bóvedas de piedra, llegamos al claustro. Las habitaciones de recogimiento estaban vacías a causa del frío, el jardín desierto, cubierto de hielo y nieve, pero desde la abadía podíamos oír las laudes. La biblioteca era extraordinariamente cálida, la habían caldeado de manera muy ingeniosa utilizando cañerías de agua caliente que transportaban agua para las letrinas. Lo recuerdo porque no lo he vuelto a ver desde entonces. Hablé de ello con sir John Harrington, sobrino de la reina, y, partiendo de aquella idea, inventó un ingenioso sistema en el que había una reserva de agua y, tirando de una cadena, caía el agua y se limpiaban los reservados y las letrinas. Un poco tosco, pero hice que me lo instalaran aquí, en Burpham.

Por supuesto, Benjamin se sentía como en casa en aquella biblioteca, e iba soltando exclamaciones de placer al oler los pergaminos, la piedra pómez, la tinta y la vitela acabada de tratar. Cogía algunos volúmenes de las estanterías, abría los cierres y, parloteando como un niño, admiraba la belleza de la caligrafía. Algunas cartas eran verdaderas obras de arte, contenían dragones en miniatura, víperas mitológicas, centauros y otras bestias. Mandeville y Southgate se quedaron de pie, observando con actitud altanera, hasta que sir Edmund chasqueó los dedos.

—Quiero ver los manuscritos de Hopkins.

Eadred lo miró con expresión de inocente burla.

—Esos libros no existen, sir Edmund.

—¡No juguéis conmigo! —declaró Mandeville—. No sé los malditos títulos, ¡sólo sé que quiero los libros que Hopkins estudió!

—¡Ah! ¿Os referís a las leyendas de Avalón?

Eadred abrió un gran cofre con los bordes de hierro y extrajo un grueso fajo de papeles envuelto en piel y cerrado con dos pequeños cierres. Lo puso con cuidado sobre la mesa y todos nos quedamos mirándolo.

—En realidad, no es un libro —explicó Eadred—. Es más bien una recopilación de leyendas sobre Glastonbury y estos parajes.

—¿Y qué es lo que encontró Hopkins?

Mandeville abrió los cierres y apartó la cubierta de piel. Al principio no veíamos nada en la hoja blanca, pero entonces, Eadred acercó una vela a la página con precaución para no quemarla y una escritura verde mar empezó a aparecer.

—Qué sutileza —murmuró Eadred—, sabe Dios cómo lo hicieron.

Una y otra vez, movía la vela y, por un momento, la escritura cambiaba. Benjamin cogió una pluma y un pedazo de papel y copió el verso, palabra por palabra. No era diferente de lo que había citado Agrippa:

Bajo las aguas del Jordán, el cáliz de Cristo descansa.

Y en el Arca de Moisés, la mejor espada.

Mandeville la canturreó como hacen los niños para aprenderse las poesías.

—¿Qué diablos significa? —preguntó.

Eadred nos invitó a sentarnos a la mesa.

—¿Cómo lo descubrió Hopkins? —preguntó Benjamin.

El monje extendió las manos.

—Posiblemente fuera por accidente, porque aunque el manuscrito contiene leyendas conocidas, no dice nada nuevo. Sospecho que estaba estudiando la encuadernación para ver el espacio entre la cubierta y la página y, bajo la luz de la vela, debió de aparecer el escrito —Eadred señaló la página blanca; las letras empezaban a desaparecer—. Yo estaba aquí cuando Hopkins lo descubrió. No me dijo nada, pero estaba tan excitado que dejó el libro abierto con gotas de cera por encima de la página. Entonces hice lo que le había visto hacer, y el resto ya lo conocéis.

Mandeville se acercó y acarició el libro.

—¿Y no hay nada más?

—Nada de nada.

—Entonces —dijo Mandeville dirigiéndose a Southgate—, mi compañero, experto en escrituras secretas, códigos y enigmas, se llevará el libro a una mesa y lo estudiará con detenimiento.

Miré a Southgate con sorpresa y en tono de broma exclamé:

—¿Sabéis leer? ¿De verdad sabéis leer?

Bueno, mi comentario llenó de ira al muy bastardo.

—¡Estudí en Oriel! —replicó secamente—. Teología, filosofía, lógica y matemáticas.

—En ese caso, os pido disculpas, señor —me pegué yo mismo en la mano—. Mi error sólo demuestra que el hábito no hace al monje, ¿eh?

Southgate cogió el manuscrito y se alejó. Mandeville no dejaba de mirarme y Eadred y Benjamin parecían ocupados.

—No hace ninguna gracia, Shallot —declaró sir Edmund—. Hermano Eadred, por vuestra lealtad al rey, ¿conocéis el significado del enigma?

—Ante Dios, sir Edmund, ¡por supuesto que no!

—¿Hay algo en esta abadía que haga la más mínima referencia a las aguas del Jordán o al Arca de Moisés?

Eadred acariciaba la mesa con los dedos.

—El Jordán es un río de Palestina —replicó—. En nombre de Dios, sir Edmund, ¿qué tiene que ver con la abadía en Somerset? Yen cuanto al Arca de Moisés, se

refiere al arca sagrada del monte Sinaí, la que contenía las tablas sagradas de piedra. ¿Dónde podría estar?

Sir Edmund no estaba demasiado cómodo.

—Pero aquí tenéis un rosal —replicó— y decís que fue plantado por José de Arimatea. No juguéis conmigo, querido monje. Vuestra abadía se jacta de que José de Arimatea vino aquí trayéndose consigo el Grial y se dice que uno de los caballeros, sir Bedivere, llevó a Excalibur a Narepool, tan sólo a unas tres millas de Glastonbury, una de las posesiones de la abadía y, según las cuentas anuales que remitís a Hacienda, os hace llegar cinco mil anguilas al año para vuestras cocinas.

Sir Edmund hizo un gesto para levantarse de su asiento y señaló la cara del monje con el índice.

—Ante Dios, señor —amenazó con voz ronca—, si encuentro la más mínima referencia al arca o a las aguas del Jordán en esta abadía o en cualquiera de vuestras tierras, por vaga que sea, os veré en el juicio, en el banco real de los acusados de Londres, ¡acusado bajo el cargo de alta traición!

—En ese caso, sir Edmund —replicó Eadred fríamente—, encontrad esas pruebas.

Mandeville apartó la silla y salió por la puerta.

—Voy a inspeccionar la abadía por mí mismo —gritó de espaldas a nosotros—. Southgate, cuando hayas terminado con el manuscrito, investiga por aquí con cuidado —salió de la habitación dando un portazo.

Eadred parecía no sentirse afectado por las amenazas de Mandeville.

—Quizá deberíamos irnos —susurró mirando a Southgate, que estaba inclinado sobre el libro—. Sir Edmund no me cree, pero no encontrará nada en esta abadía ni en ningún otro sitio.

Salimos de la biblioteca y fuimos al ala norte de la iglesia; entramos en la iglesia de la abadía y en la capilla de la Virgen, que estaba cubierta de sábanas y polvo.

—El abad Bere está construyendo una cripta bajo la capilla de la Virgen y el porche de Galilea —explicó Eadred.

Apartó las sábanas y nos condujo por unas escaleras. La cripta era una habitación de bóveda alta; sostenían el techo finas nervaduras de piedra que nacían en el centro, dándole la apariencia de una gran estrella. La cripta aún no estaba terminada y, extrañamente, era el único lugar de toda la abadía en que Eadred parecía nervioso y poco deseoso de demorarse. De vuelta al porche de Galilea, nos dirigimos a otra pequeña capilla y entramos en una gran nave de piedra. Examinamos los transeptos norte y sur, pasamos por la reja de la sillería y llegamos al santuario bajo el que yacía la tumba de Arturo.

—¿Habría alguna manera de llegar a la tumba? —preguntó Benjamin.

Eadred movió la cabeza negativamente.

—Por supuesto que no. El ataúd está encerrado en una cripta. Tan sólo el Santo Padre puede dar permiso para abrir la tumba —Eadred extendió las manos—. ¿Y por qué la tendríamos que abrir? El Santo Grial y Excalibur fueron vistos siglos después de la muerte de Arturo, y los monjes que lo volvieron a inhumar aquí raramente hubieran enterrado semejantes reliquias.

Estuvimos de acuerdo con él y continuamos nuestra visita por la iglesia, siguiendo los caminos de piedra cubiertos de nieve, pasando por la sala capitular, el dormitorio, la cocina monacal y el jardín, que estaba rodeado por un muro de piedra y cubierto de nieve; en verano debía de ser bonito. Mis ojos, sin embargo, estaban fijos en la gran colina que asomaba por encima de la abadía, con la iglesia de San Miguel en su cima.

—¿Sería posible que allí hubiera algo? —pregunté.

Eadred sonrió y sacudió la cabeza.

—Todos los que vienen piensan lo mismo pero, comparada con la abadía, la iglesia es bastante reciente. Podéis ir a visitarla, pero os vais a cansar inútilmente. Os recomiendo de veras que dejéis tan ardua tarea a vuestros compañeros, que sin duda se formularán la misma pregunta que vos.

Capítulo 11

Volvimos a la hospedería, y Eadred ordenó que nos trajeran vino caliente con especias de la cocina para que entráramos en calor. Pronto, él y Benjamin se vieron inmersos en una discusión sobre alquimia y la piedra filosofal: el bibliotecario también se ofreció a acompañar a mi señor a Narepool, donde, según la leyenda, yacía aún la espada de Arturo. Yo me aburría y volví a la biblioteca.

Por suerte, Southgate ya se había marchado. Algunos hermanos, que trabajaban en el *scriptorium*, me saludaron cortésmente, y nadie dijo nada cuando empecé a curiosear en el manuscrito que Southgate había dejado sobre la mesa.

El hermano Eadred tenía razón. El manuscrito contenía una colección de escritos que describían las leyendas de Glastonbury, Avalón, Arturo, la fragua de Excalibur e incluso había una historia de cuando Cristo era niño y José de Arimatea lo llevó a Glastonbury para comprar estaño y aceites preciosos a los nativos. El libro también contenía escritos topográficos y bíblicos más generales; uno de ellos me llamó la atención. Recordé lo que nos había dicho Agrippa y surgió en mí una débil sospecha.

Cerré el libro precipitadamente y me senté a pensar, intentando relacionar lo que acababa de descubrir con aquel laberinto violento en que estaba perdido. Decidí guardar silencio.

(Perdonadme un momento, el capellanucho está saltando y llenando el pergamino de tinta. «¡Decídmelo, decídmelo! —gimotea—. No dais pistas, ni indicaciones, ni final a este misterio». Cojo la vara y le doy en los nudillos. ¿Es que no ha leído el *Eclesiastés*? «Hay un tiempo para cada cosa, y un momento para hacerla bajo el cielo». Dejad que os siga contando. En una obra de Shakespeare, al pequeñajo éste ni se le ocurriría levantarse y chillar «¡decidnos cómo acaba!». ¡Le tirarían fruta podrida!, y de hecho, no es mala idea... Si no se anda con mucho cuidado, le voy a tirar la copa vacía a la cabeza. Bueno, ya está bien, eso le ha calmado).

Huelga decir que aquellos dos días en Glastonbury fueron inútiles y nos fuimos tal como habíamos llegado, con la certeza de que, en primer lugar, Hopkins había sido monje de aquella abadía y, en segundo lugar, allí había descubierto el famoso enigma. El hermano Eadred nos acompañó durante dos o tres millas. En el cruce de caminos se despidió de nosotros y estrechó la mano de Benjamin calurosamente. Entonces mi señor se dirigió a nosotros.

—Por favor, adelantaos un poco, todos —nos pidió—. Me gustaría hablar de un asunto personal con el hermano Eadred.

Yo estaba un poco ofendido, pero Mandeville se sintió ultrajado.

—¿De qué se trata? —farfulló.

—Sir Edmund —insistió Benjamin con un tono tranquilo—, es un problema de conciencia, ¡necesito confesarme!

En fin, ¿quién podía oponerse? Sir Edmund hizo un gesto y los soldados, incluido yo, le seguimos avanzando en el camino. Miré a mi alrededor y vi que mi señor mantenía una seria conversación con el monje. Fuera lo que fuera lo que le decía, estaba claro que desconcertaba al bibliotecario. Incluso desde donde yo estaba, noté el nerviosismo de Eadred. Tras un rato, Benjamin vino hacia nosotros.

—¿Qué pasa, señor?

—Ahora, no, Roger —susurró.

Continuamos nuestro viaje hacia Templecombe. No había nevado durante nuestra estancia en Glastonbury, pero el cielo estaba cubierto y amenazador. Tras pasar el pueblo, en el camino que conducía a la hospedería, sir Edmund, recordando la emboscada que me tendieron, ordenó a algunos soldados que se adelantaran. Avanzábamos despacio. Hacía un viento frío horrible que nos golpeaba las mejillas, teníamos los dedos helados, y los caballos hacían lo que podían para mantener el paso seguro. De repente, al doblar una curva, cuando ya veíamos las agujas y las torrecillas de Templecombe entre los árboles, uno de los soldados llegó galopando, haciendo un ruido horrible entre aquella calma, y casi chocó con Mandeville.

—¿Qué pasa, hombre? —gritó Southgate.

La demudada cara del soldado parecía la de un fantasma. El hombre abrió la boca sin poder emitir ningún sonido y señaló el camino. Mandeville espoleó su caballo al galope y giramos la curva. Al principio, con la débil luz, no veíamos nada, sólo el sendero helado cubierto de nieve a cada lado... pero entonces, la luz de una vela atrajo nuestras miradas. Parecía estar allí, sobre la nieve, con una pequeña pantalla de metal para protegerla del viento, pero cuando nos acercamos, se me revolvió el estómago. Los caballos se encabritaron y Mandeville y Southgate se pusieron a blasfemar porque la sucia vela blanca estaba sobre una mano verde grisácea, en la nieve.

—¡Brujería! —farfulló Mandeville.

—Yo no paso por ahí delante —exclamó uno de los soldados.

—¡Quítalo de ahí! —ordenó Mandeville a Southgate.

—En estas cosas, sir Edmund, yo prefiero no meterme.

—Vamos, Roger —ordenó Benjamin.

Los dos desmontamos y nos acercamos a examinar aquel macabro hallazgo. La mano estaba en estado de descomposición, el muñón sangriento de la muñeca había ennegrecido debido a la congelación. Las uñas estaban descoloridas, los dedos formaban escamas. El viento soplaba y sentimos el olor de la putrefacción.

—¿Qué es? —preguntó Benjamin.

(¡Bien sabía yo lo que era! Aunque aparentemente aún era un jovencito inocente, había conocido ya a los más siniestros hechiceros, magos y brujos: gentes que utilizaban oscuros poderes para desquiciar a sus enemigos. Seguid el consejo del

viejo Shallot: el poder de la brujería reside en lo que crea la gente. Hace poco le conté esta teoría a Will Shakespeare y a Richard Burbage en el teatro El Globo. El viejo de Will, que Dios bendiga su bondad, estaba entusiasmado con la idea y en una obra que ahora está escribiendo fervorosamente, utiliza una escena, en una landa maldita, en Escocia, en que unas brujas inculcan insidiosas ideas en la mente de un sangriento noble, al cual ha llamado Macbeth).

En aquel sendero helado, empero, yo no conseguía apartar la vista de lo que destacaba en la nieve; la mano parecía surgir de la tierra, como si algún demonio estuviese luchando por levantarse de su tumba.

—Es la mano de la Gloria —expliqué.

Benjamin pareció sorprendido.

—Es un poderoso talismán, señor —continué—. La bruja le corta la mano a un muerto, construye una vela con la grasa humana, la alumbrada y la pone en la mano inerte. Es una manera de invocar a los demonios; una maldición, una amenaza.

Benjamin se acercó.

—¿Y crees que funciona?

Me encogí de hombros.

—Bueno, se puede llamar a Satán de los infiernos, señor.

Benjamin me miró.

—Pero que venga o no, es otro asunto.

(Una vez le dije lo mismo a Shakespeare y estoy bastante seguro de que lo utilizó para una de sus obras. Creo que es en la primera parte de *Enrique IV*, cuando Hotspur^[2] y Glendower hablan de magia).

—Bueno —Benjamin se puso en pie—, si viene del infierno, ¡que vuelva allí! —y mientras lo decía, dio una patada a la vela y a la mano, que fueron a parar entre los matorrales. Las llamas se apagaron y Southgate y Mandeville desmontaron y se unieron a nosotros. Ambos tenían un aspecto pálido y me di cuenta de que no sentían ninguna alegría en hacer aquello. Mandeville miró a la oscuridad y luego a los cuervos que graznaban a nuestro alrededor.

—Este lugar está tocado por el infierno —murmuró dando una patada en la nieve, en el lugar donde había estado la mano de la Gloria—. Quizás ahora deberíamos irnos, regresar a Londres y volver en primavera con los soldados... —se mordió el labio—. Podría desplegar a todos mis agentes en la zona para descubrir lo que está sucediendo.

—¿Y qué dirá el rey? —preguntó Benjamin tranquilamente—. Sobre todo, ¿qué pensará mi querido tío si volvemos con las manos vacías para informarles de las muertes de Cosmas y Damien? Quiero justicia, sir Edmund, y vos queréis venganza. El asesinato es como un juego de azar. Hasta ahora nuestro silencioso asesino ha ganado todas las manos, pero tarde o temprano cometerá un error.

(Esto prueba cómo las cosas cambian. Que Dios les acoja, Mandeville y Southgate podían ser agudos, los verdaderos favoritos del rey, pero tenían resquicios de conciencia. Nada que ver con Walsingham y la siguiente generación de espías y de *agents provocateurs*. Por ejemplo, fijaos en un hombre como Christopher Marlowe: estaba con él cuando le asesinaron en aquella casa. Tanto él como sus asesinos, hombres como Frizier y Skeres, sin olvidar a Poley, eran encarnaciones del diablo, no temían ni a Dios ni a los hombres. ¡Pobrecillo! Un mal hombre, pero era un brillante poeta. Murió demasiado joven).

Continuamos el viaje de vuelta a Templecombe; los Santerre nos estaban esperando con Bowyer, que parecía como si ya se hubiera instalado, con el cuello de la camisa abierto, los pies rechonchos descansados en cómodo calzado, mientras que su gorda cara estaba enrojecida por la bebida y el aliento le olía como una bota de vino. Parecía que él y sir John hubieran intimado estrechamente y me pregunté si los Santerre habían sobornado a aquel servil sirviente de la corona. Mandeville no estaba nada satisfecho y echó al alguacil una mirada mordaz.

—¿Ha sido provechosa vuestra visita a Glastonbury? —preguntó sir John cuando nos calentábamos ante un gran fuego mientras lady Beatriz y Raquel nos servían vino con especias.

Mandeville dejó escapar una maldición y Southgate hubiera empezado un ácido ataque si sir Edmund no le hubiera pedido que se callara y se bebiera el vino. Sir John, orgulloso, intentaba provocar sus sonrisas.

—Mañana descansaremos de los asuntos de Estado —dijo—. No ha nevado y sé que mis perros encontrarán buenos ciervos.

Los ojos de Bowyer y Southgate inmediatamente se alegraron ante la perspectiva de una cacería. Incluso Mandeville estuvo de acuerdo y, por la discusión que siguió, vi que ambos agentes debían de ser buenos cazadores, apasionados de la caza. También me pregunté si Santerre, a pesar de su expresión pueblerina, era uno de esos hombres a los que se les da bien encontrar las debilidades de los otros para metérselos en el bolsillo. ¿Había descubierto la mía?, me pregunté. ¿Habían enviado a Matilde a mi habitación deliberadamente?

Miré a Raquel, que con su mirada acariciaba y sonreía a Benjamin. ¿Ella también estaba interpretando? ¿Nos estaban comprando a todos? A mí, con Matilde; a Benjamin, con Raquel; a Bowyer, con bebida y buena comida y a los agentes, con la perspectiva de un buen día de caza. Recordé las palabras de Mandeville cuando nos acercábamos a la hospedería. ¿Estaba surgiendo efecto la siniestra influencia del Temple?

Ahora os diré algo: yo soy un hombre hecho y derecho, es cierto que tengo grandes dificultades para distinguir entre lo que es mío y lo que no lo es, o al menos así era, pero no me gusta que me traten de tonto. Es cierto, no habíamos descubierto

nada en Glastonbury ni tampoco sabíamos por qué habían matado a Cosmas y a Damien. Miré a mi alrededor. Bowyer estaba borracho; Benjamin, perdido en sus propios pensamientos y seducido por los encantos de Raquel; Mandeville y Southgate, inmersos en la hospitalidad del feudo y Santerre, con una conducta sospechosa, interpretando el papel de anfitrión sonriente.

Dejé mi copa y me levanté. La conversación de Bowyer y Southgate sobre la cacería había decaído y yo me puse ante el fuego para calentar mi espalda.

—Roger —me habló Benjamin sorprendido—, ¿qué te sucede?

Miré a mi alrededor.

—Estoy cansado, tengo frío y estoy exhausto. —Levanté la mano con los dedos extendidos y fui contando los puntos como si fuera un maestro al frente de un grupo de alumnos—. Cosmas y Damien han muerto —miré a Santerre—, la vieja bruja también ha muerto; si mandáis a algunos hombres al bosque, encontrarán su cuerpo helado en la gruta que ella llamaba su hogar. Además, al volver de Glastonbury, hemos sido amenazados con brujerías.

Santerre exclamó con sorpresa. Bowyer me miró medio borracho y yo miré a Benjamin y a los agentes.

—Bueno, ¿no pensabais decírselo?

—Roger —intervino Benjamin—, estás mejor con la boca cerrada.

—¡Pardiez! —repliqué—. Cuando veníamos por el sendero de vuestra casa, sir John, encontramos una mano de la Gloria con una vela encendida.

Los Santerre estaban mirándome anonadados, boquiabiertos.

—Maldita sea, ¡estoy asustado! —balbuceé—. En los apestosos callejones de Southwark y de Whitefriars, la mano de la Gloria es un poderoso talismán, una amenaza para todos nosotros. Alguien desea nuestras muertes. Alguien de Templecombe o de los alrededores. ¡Y por una vez, no quiero jugar al gato y al ratón!

Abandoné el salón, bastante satisfecho conmigo mismo, y me fui a mi habitación. Pocos minutos más tarde, llegó Benjamin. Cogió un taburete mientras yo permanecía tumbado en la cama.

—Roger, ¿por qué has explotado de esa manera?

Me apoyé sobre el codo y le miré.

—Fuera está oscuro, hace frío y nieva abundantemente. Bowyer está borracho como una cuba, Mandeville y Southgate están asustados y tú estás embobado con Raquel y no te das cuenta de nada.

Benjamin sonrió y arrastró los pies.

—¿Con que ese es el problema, eh, Roger? ¿Estás celoso?

Me tumbé en la cama con una carcajada. Me cogió por la muñeca.

—Dime por qué has hablado, Roger. Normalmente mantienes la boca cerrada. Normalmente eres un eficiente sirviente de aguda inteligencia que observa y calla.

Permanecí absorto contemplando la oscuridad.

—Quizá tengas razón, señor, pero estoy asustado. Nos han amenazado, atacado; dos de nuestros compañeros han sido asesinados. Salimos de caza por estas tierras heladas y no descubrimos nada. Sí, ojalá Raquel me mirara como te mira a ti —le miré en tono de súplica—. Pero aquí me siento fuera de lugar. Si esto fueran los callejones de París o de Londres, me escondería o me defendería. Pero ¿y si nos han mandado aquí para que muramos uno a uno?

Benjamin se estremeció y se cruzó de brazos.

—Hemos encontrado algo —replicó—. Ya vi cómo me mirabas cuando salimos de Glastonbury.

—¿Qué te dijo Eadred?

—Le pregunté por qué existían unos lazos tan estrechos entre sir John y Glastonbury.

—¿Y qué?

—Al principio, Eadred no quería soltar prenda; me dijo que sir John sólo era el señor de las tierras; pero después me confesó que sir John está financiando la cripta que construye el abad Bere y me dijo que, si quería saber más, tendría que preguntárselo a sir John o al abad. ¿Y tú? —sonrió Benjamin—, ¿qué encontraste tú, Roger?

Le hablé de mi descubrimiento. Quizá fue por la escasa luz, pero me pareció que Benjamin palidecía. (Perdonad un momento, el capellanucho vuelve a insistir para que dé más pistas. No, ¡no voy a hacerlo! Como dice Shakespeare, cada historia tiene su tiempo y su ritmo. ¡Va a tener que esperar!). Seré franco; cuando lo descubrí, no me di cuenta del valor que tenía, pero Benjamin lo percibió enseguida.

—Señor —pregunté—, ¿tiene algún significado para vos?

—Sí y no —respondió Benjamin lentamente—. Cuando registramos las habitaciones de Templecombe, tuve una vaga sospecha sobre el asesinato de Cosmas. También se me ocurrió algo en la iglesia la tarde en que mataron a Damien —entrecerró los ojos y sacudió la cabeza—. Pero son tan sólo indicios, Roger. Aislados no significan nada.

Me dejó con esas preocupaciones hasta que un sirviente vino a anunciarme que la cena estaba servida. Bajé al salón y encontré a Santerre volcado aún en agasajar espléndidamente a sus huéspedes. Cubría la mesa una tela de seda, y el mejor cristal y la plata relucían sobre ella; prometedores aromas venían de la cocina y de la despensa y tentaban nuestros sentidos con dulces fragancias: pato asado, pasteles de carne, tartas de membrillo y azucarado mazapán fresco.

Santerre vestía un jubón y unos pantalones de color gris plateado y su mujer y su hija lucían sendas túnicas azules de satén aderezadas con dorados. Santerre, agitado como estaba, aseguró al borracho Bowyer que seguía siendo bienvenido en

Templecombe, y yo volví a darme cuenta de la amistad que había surgido entre Pilatos y Herodes. Southgate estaba entretenido con las copas de vino y Mandeville me miraba con extrañeza especulando sobre la explosión de ira de aquella tarde, como si acabara de descubrir una nueva faceta de mi carácter hasta entonces desconocida para él.

La comida casi había terminado y yo me había tragado al menos cuatro copas de clarete llenas a rebosar cuando, de repente, apareció una pequeña mancha roja en el mantel. Al principio pensé que alguien había derramado vino, pero luego, al ver que se ensanchaba, me di cuenta de que caían pequeñas gotas del techo. Miré hacia arriba, pero la oscuridad que lo envolvía no me dejaba ver nada.

«Has bebido demasiado», me dije, pero entonces, Benjamin descubrió la mancha y las gotas que caían.

—¡Mirad! —gritó señalando la mancha escarlata que cada vez era mayor. La charla y las risas se acallaron y todos nos quedamos mirando las gotas y la mancha que se iba extendiendo. Benjamin fue el primero en reaccionar: se levantó y apartó su silla.

—¿Qué hay ahí arriba, sir John?

—Una pequeña solana, una habitación con ventanales orientada hacia el este. Sólo la usamos en verano.

Benjamin corrió hacia allí y yo le seguí. Detrás de nosotros, los gritos y las exclamaciones crecían mientras la mancha seguía extendiéndose. Subimos las escaleras y llamamos a las puertas de los asustados sirvientes. Vi la pálida cara de Matilde, pero corrí hacia la galería y abrí la puerta de la solana.

La habitación estaba fría y oscura, las ventanas, cerradas. Benjamin maldijo la oscuridad pero, como en cualquier buena casa, había cajas con velas junto a la puerta. Benjamin encendió una y entramos en la estancia. Al principio no veíamos nada, por lo que nos agachamos y anduvimos en cuclillas sobre la suave alfombra de lana. Entonces, toqué algo húmedo y pegajoso. Benjamin acercó la vela. Que Dios me perdone, quería ponerme a chillar de terror. En el centro de la alfombra, cortada por el cuello, con los ojos desorbitados, estaba la cabeza de la bruja.

Grotesca en la muerte, como lo había sido en vida, la putrefacción le había dado un color verdoso. En las arterias cortadas, la sangre coagulada por el frío y la nieve aún goteaba y mojaba la alfombra, la atravesaba e iba colándose por entre los tablones del suelo. Se me revolvió el estómago. Oímos la puerta que se abría pero Benjamin les ordenó que se quedaran fuera.

—Vamos, Roger —susurró—. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Fuera, en la galería, Benjamin les comunicó lo que habíamos encontrado; lady Beatriz se puso histérica, agachada junto al muro, y Raquel intentaba consolarla. Santerre había sufrido un duro golpe con la sorpresa, y sir Edmund y Southgate

mostraban una actitud que oscilaba entre el miedo y la ira.

—¡Que limpien esa porquería! —dijo Benjamin a Santerre—. Enrollad la alfombra, lleváosla abajo y quemadla. El suelo se podrá limpiar —miró a sir Edmund—. Roger tiene razón, ¡el ángel de la muerte deambula perdido por esta casa!

—¿Quién ha podido poner eso ahí? —murmuró Southgate.

—Algún sirviente, alguien que no conocemos —replicó Benjamin—. Pero tanto la cabeza como la mano de la Gloria son de la bruja. A propósito, ¿dónde está nuestro noble alguacil Bowyer?

—Borracho como una cuba —farfulló Mandeville—. Está durmiendo en su cunita como un niño, abajo, en el salón.

Benjamin hizo que todos se marcharan.

—Señor Daunbey —Mandeville le abordó en la esquina de la galería—. Por Dios, hombre, ¿qué se supone que debo hacer? Mi trabajo es descubrir conspiradores, traidores... no meterme en habitaciones oscuras a descubrir asesinos.

Benjamin murmuró algo para sí.

—¿Qué? ¿Qué decís, señor Daunbey?

Mi señor le miró con una expresión pétrea, con la piel tensa.

—Sólo pensaba en lo que acabáis de decir, sir Edmund. Esto ya no es como lo del pobre Buckingham, ¿no es cierto? Tampoco es como lo del patético sastre Taplow, al cual encerrasteis en vuestra cárcel para llevarlo a la casa de la muerte. Templecombe no es ninguna abadía en la que podáis chasquear los dedos y haceros el gran señor, ¿verdad? Sir Edmund, ¿cómo os sentís al ser el cazado en vez del cazador?

Y girando sobre sus talones, mi señor se metió en su habitación.

(El capellán está murmurando que Benjamin había exagerado. ¡Eso no es verdad! Benjamin era un hombre amable, gentil. Odió siempre a los buscones y esa noche hizo lo correcto. Mandeville y Southgate habían llegado a Templecombe pretendiendo que todo el mundo bailara a su son. En cambio, se vieron atrapados en el nido de la serpiente).

Deambulé por las galerías haciendo un poco de tiempo porque la cena ya había terminado. Tenía la certeza de que encontraría a la persona que estaba buscando, y así fue, vi a mi víctima, a la pequeña Matilde, con sus brazos rollizos cogiendo ropa de cama, y moviéndose de puntillas sin preocuparse del mundo que la rodeaba. La seguí hasta otro piso y la cogí por el brazo.

—Matilde, dulzura, sólo unas palabras.

Miró a su alrededor, pero no parecía asustada y advertí un brillo triunfante en sus ojos. La llevé hasta una ventana en sombras para besarla.

—No ibas buscando oro, ¿verdad?

Por un momento, hizo pucheros.

—El dinero era algo secundario, ¿no? —continué—. ¿Qué estabas buscando el

otro día? ¿Fuiste tú la que mataste al secretario con el fuego? ¿Qué mecanismo secreto utilizaste?

Ella me miró y se sentó en el alféizar de la ventana.

—Señor Shallot, vos y vuestros patanes compañeros llegáis a Templecombe —miró por la ventana hacia la fría oscuridad—. Venís a unas tierras a cientos de millas de Londres con unos miserables soldados para guardaros las espaldas. El diablo y su ayudante detienen a mi señor de Buckingham, un hombre muy querido en estos parajes. Lo arrastran a Londres y le cortan la cabeza demostrando menos piedad con él que nosotros con un pollo. Sus tierras son requisadas y los monjes de Glastonbury son intimidados como si fueran los ocupantes de alguna de vuestras prisiones.

Me miró a los ojos.

—Oh, sí, hay habladurías —arrugó las sábanas con las manos—. ¿Y qué esperabais? ¿Instalaron aquí sin pedir permiso a nadie? Estas tierras son antiguas, señor Shallot. Arturo y los caballeros montaban por aquí, eso fue lo que nos dijo el señor Hopkins. Los templarios son temidos, pero también se les respeta por su sabiduría.

Puedo aguantar sermones de cualquier mujer bonita, y Matilde no era una excepción, pero también había cierto tono amenazador en sus palabras. Aplaudí con sorna.

—¿Y entonces, quién eres tú, Matilde, querida mía? ¿Una ladrona en busca de oro?

Incluso en la oscuridad, noté el rubor en sus mejillas.

—¡Yo no soy una ladrona! —farfulló irguiéndose—. Sólo soy una pobre viuda. Mi marido murió hace dos años, sudoroso por la fiebre. ¿Ves, Roger? Nos casamos jóvenes, en Somerset. Tengo un hijo.

—También tienes un padre —continuó despacio—. Un padre alto, de pelo grisáceo, que ahora muestra una pronunciada cojera. ¿Dónde le hirieron?

—Fue un accidente.

—¡Tonterías! —dije—. ¿Quieres que llame a Mandeville y a Southgate y les reúna en el salón? Me apuesto una pieza de oro que esa herida se debe a un corte de espada. Tu padre fue uno de los que me atacaron.

Murmuró algo que no entendí.

—¿Cómo dices?

—Si hubieran querido matarte, lo habrían hecho. No tenemos nada en contra de ti ni de tu señor. Sólo querían asustarte —me cogió la mano—. Por favor, Roger, deja a mi padre en paz —miró por la ventana—. Este lugar está lleno de fantasmas —murmuró.

—¿Y los templarios?

Bajó la cabeza y yo saqué mi daga corta, amenazante.

—En esta vida no se da nada por nada —le susurré—. Tú y tu padre no representáis una amenaza, pero sí las personas para las que trabajas...

Matilde negó con la cabeza. Enfundé la daga y me puse de pie dispuesto a irme.

—¡Espera! —me cogió por la muñeca—. Roger, nosotros somos tan sólo las pulgas del perro. Nos limitamos a cumplir órdenes, emitidas aquí y allí en un susurro.

—¿Y dónde vive el perro? —pregunté.

Matilde atisbó el jardín con ojos invadidos de miedo y se puso de pie.

—Si quieres ver al perro, lo encontrarás en la isla —susurró, y tras decir esto, desapareció como un fantasma entre las sombras de la galería.

Me quedé mirando por la ventana entre la misteriosa y espesa niebla y pensé en los fantasmas de Matilde metiéndose en sus camas carcomidas. Había averiguado bastantes cosas, así que volví a mi habitación, cerré el pestillo y, completamente vestido, me tumbé en la cama para perderme en un profundo sueño.

Capítulo 12

A la mañana siguiente nos levantamos temprano y desayunamos de prisa en el salón porque, a pesar de la espeluznante amenaza de la noche anterior, Southgate estaba decidido a pasar una mañana de caza. Bowyer estaba pagando el haber nadado en vino la noche anterior y Mandeville, más imperioso que nunca, hacía caso omiso de nosotros mientras daba instrucciones al legañoso alguacil para que trajera más hombres. Su actitud con Santerre era claramente fría.

Cuando nos dirigíamos a los establos, oí a sir Edmund decirle a Santerre que las cosas en Templecombe se le estaban escapando de las manos: prepararía su regreso a Londres y aconsejaría al rey que mandase a sus agentes judiciales. Si lo que pretendía Mandeville era asustar a sir John, lo consiguió. Si los agentes judiciales del rey venían al sur, traerían tropas, ordenarían recaudar impuestos en las tierras, seleccionarían jurados, recogerían pruebas y no se moverían hasta que todo estuviera solucionado. Santerre iba a protestar, pero Mandeville, con un movimiento de su mano enguantada, no se lo permitió.

—Eso puede esperar —dijo—. Hoy vamos a cazar, mañana nos iremos.

Los demás esperaban en el patio, que estaba lleno de perros de caza; larguiruchos y flacos galgos negros y blancos, envueltos por una nube de moscas, tiraban de las cuerdas mientras, en el otro extremo del patio, un grupo de mastines lloraba por los bozales que oprimían sus grises hocicos y por los latigazos que les propinaba el montero. Las doncellas corrían de un lado para otro con tazones de *posset*, los muchachos de los establos y los mozos de cuadra gritaban mientras iban sacando los caballos, los ensillaban y los preparaban para montar. Los de Southgate y Bowyer estaban muy excitados, tenían mucho carácter; se encabritaban y daban coces sin parar. Sus jinetes tardaron en dominarlos.

Por fin todos estaban sobre los caballos, bebiendo la última taza de *posset* mientras algunos hombres se adelantaban. Los ladridos de los perros rompían el silencio del aire frío de aquellas tierras. No había vuelto a nevar, el cielo estaba cubierto, pero el aire era vigorizante y un poco menos frío. Salimos por la puerta trasera de la casa siguiendo un sendero que atravesaba un bosque. Al principio íbamos todos juntos, pero el vigor de los caballos, particularmente los de Bowyer y Southgate, nos obligó a separarnos. Abandonamos la arboleda y llegamos a la cresta de una pequeña colina que dominaba los campos nevados moteados aquí y allí por árboles. Los rastreadores y los ojeadores ya estaban abajo y en una ráfaga de nieve, gritos y ladridos, los cazadores fueron avanzando para alcanzarlos.

Benjamin y yo nos quedamos en la colina mirando cómo los otros se metían en el bosque. Hubo un corto silencio y los ladridos de los perros aumentaron y se convirtieron en un ruido estridente; los gritos y el sonar del cuerno de caza nos

alertaron de que un gamo y dos hembras corrían entre los árboles y cruzaban un riachuelo entre la nieve. Santerre hizo sonar el cuerno y se puso al frente de los excitados cazadores, bajando la colina. El gamo ya había atravesado un campo. Tras él, corrían los perros como sombras oscuras en la nieve. La cacería había empezado.

Es difícil describir lo que sucedió exactamente. Éramos un grupo de jinetes bajando la colina. Santerre, que lideraba la cacería, Bowyer, Southgate, Mandeville, Benjamin y yo; lady Beatriz y Raquel no quisieron participar. Bowyer y Southgate fueron los primeros en separarse del grupo, pues sus caballos estaban excitados y deseosos de ejercicio tras el largo confinamiento.

Todos espoleamos y utilizamos los látigos al llegar al pie de la colina para mantener el ritmo en la nieve, que hacía difícil el galope; pero los caballos de Bowyer y Southgate, de repente, enloquecieron. Se encabitaron, se enarbolaron, y salieron disparados como alma que lleva el diablo. Benjamin y yo les seguimos rápidamente porque era evidente que los jinetes habían perdido el control. Me di cuenta de que algo no iba bien porque, como vosotros sabréis, si no se puede controlar al caballo, lo mejor es desmontar tan rápido como sea posible. Bowyer y Southgate lo intentaron, mas parecía que no podían sacar las botas de los estribos y, encima, estaban perdiendo el control de las riendas.

Southgate logró sacar el pie izquierdo, pero aún tenía la bota derecha en el estribo. Entonces, el caballo se enarboló, Southgate salió disparado de la silla y el caballo empezó a arrastrarle porque aún tenía la bota enganchada en el estribo. El caballo de Bowyer aún galopaba más rápido y se dirigía hacia los árboles. Benjamin gritó a Santerre y a Mandeville que siguieran al alguacil y él y yo nos apresuramos a alcanzar a Southgate; su caballo lo arrastraba como si fuera un muñeco de trapo. Benjamin llegó junto a él y, en un gesto de compañerismo entre cazadores, se inclinó, llevó su daga hacia el estómago del caballo y liberó a Southgate cortando el estribo.

Desmontamos y nos agachamos junto a él. Dios santo, estaba muy mal herido: la parte posterior de la cabeza y las piernas estaban llenas de heridas. Gimió, abrió los ojos y perdió el conocimiento.

Bowyer no fue tan afortunado. Su caballo se metió entre los árboles y una gruesa rama baja le golpeó, le hizo caer de la silla y, mientras su caballo se iba adentrando en el bosque, él se golpeaba con zarzas y matorrales; su pobre cuerpo no paraba de topar contra los árboles.

La cacería se suspendió: se ordenó a los monteros y a los cazadores que volvieran a la casa y que trajeran dos camillas, vino y vendajes. Mandeville y Santerre no tardaron en volver de entre los árboles. El último llevaba una ballesta en las manos, el cuerpo de Bowyer iba caído sobre la silla. No era necesario preguntar: el cuerpo de Bowyer tenía heridas de pies a cabeza, la cara desfigurada por las magulladuras y el vaivén de la cabeza evidenciaba que se había roto el cuello. Mandeville había tenido

que disparar al desbocado caballo para liberarle.

—¿Southgate? —preguntó sir Edmund en tono de hastío.

—Vivirá —replicó Benjamin—. O al menos eso creo —señaló la pierna izquierda de Southgate—. Una rotura limpia; el brazo también lo tiene roto y sabe Dios qué otras heridas.

Mandeville se agachó en la nieve junto a su lugarteniente. La escena era patética.

—Todo ha terminado —farfulló—. El rey no lo aceptará.

Benjamin le puso una bota de vino entre los labios y le obligó a beber.

El cuerpo de Bowyer fue envuelto en una sábana, lo pusieron en una caja de madera de pino con nieve, lo subieron a un carro y lo mandaron a Taunton.

De vuelta en Templecombe, recuperado del susto, Mandeville se movía por la casa como un gato enjaulado, insultando a Santerre, diciendo a lady Beatriz que parara de chillar y ordenando a los sirvientes que fueran al pueblo y que se trajeran a dos mujeres para que cuidaran de Southgate. Llevaron al enfermo a su habitación.

Más tarde llegaron dos mujeres mayores. Mandeville, pálido como un fantasma, les prometió cualquier cosa con tal de que su compañero se recuperara. Recogió sus cosas, dijo que no se iba a quedar en Templecombe y pidió carros y caballos para trasladarse a la abadía de Glastonbury.

Desapareció todo vestigio de felicidad que aún quedara en Templecombe. Los Santerre se mantuvieron alejados de Mandeville, que recorría pasillos y corredores dando órdenes a los sirvientes y a los soldados del alguacil. Al encontrarse con Santerre en el salón principal, Mandeville le señaló con dedo acusador.

—Me voy, sir John, pero volveré en primavera con los agentes judiciales de su majestad y con mil piqueros.

—Sir Edmund... —Benjamin se acercó a ellos.

—¿Qué pasa, Daunbey? —farfulló Mandeville sin ni siquiera girarse para mirarlo.

—¿Partís de Templecombe y os vais a Glastonbury?

—Sí, de este agujero del infierno y os recomiendo que hagáis lo mismo.

—No podéis mover a Southgate.

—Morirá si se queda aquí —afirmó Mandeville.

—En ese caso, quizá podríais llevarlo al pueblo —replicó sir John—. Quizás a la casa del vicario, protegido por soldados. Sir Edmund, os lo suplico, esperad un poco.

—No podemos irnos de aquí —insistió Benjamin—. Aunque no ha nevado más, los senderos están helados. Southgate morirá antes de llegar al pueblo. Además, ¿qué va a decir su majestad?

Mandeville se encendió violentamente.

—No debería de haber traído a Bowyer —se quejó—. Había olvidado lo de Buckingham —se mordió el labio y miró a Benjamin—. Bowyer tuvo que ver con la

destrucción del duque. Estaba marcado. Pero ¿cómo? —preguntó tristemente—, ¿cómo hicieron que los caballos se desbocaran? Si lo descubrí, señor Daunbey, os prometo que me quedaré hasta que este asunto quede resuelto.

—¡Señores! —Nos giramos. Raquel, bella como siempre, con una túnica color púrpura oscuro, estaba en la puerta del salón—. Señores —nos saludó y avanzó hacia nosotros—, especialmente vos, sir Edmund. Mi padre está loco de inquietud y mi madre, histérica. Me niego a que vayáis por toda la casa gritando a nuestros sirvientes como un vulgar filibustero. Nosotros también sentimos la muerte de Bowyer, y las heridas del señor Southgate están siendo atendidas —miró a Benjamin buscando ayuda—. Hacemos todo lo que podemos —continuó con tono amable—. Southgate sanará, sabe Dios que es afortunado. Una pierna rota, un brazo fracturado. Lo otro no son más que heridas que se curarán deprisa.

Benjamin extendió las manos con impotencia.

—Pero las muertes y las heridas han ocurrido aquí, señora —acarició la espalda de Mandeville amablemente—. Pero animaos, sir Edmund, el enigma del señor Hopkins está a punto de ser descifrado.

Mandeville le miró, asustado. Raquel parecía sorprendida, pero Benjamin movió la cabeza.

—No, ahora no. Tenemos cosas más importantes que hacer —me hizo un gesto y salimos del salón.

—¿Qué has querido decir, señor?

—Cada cosa a su tiempo, Shallot. Ahora quiero ver el caballo de Southgate.

Encontramos al pobre animal fuertemente atado y maneado en un pequeño y húmedo establo. Le habían quitado la silla pero aún tenía el pelo cubierto de sudor espumoso, aunque estaba tranquilo y plácido. Benjamin no me hizo caso: entró en el establo y le habló suavemente, acariciándole la ijada mientras le examinaba la barriga. Entonces, hablándole despacio, le miró el costado.

—Tal como pensaba —murmuró Benjamin saliendo—, Southgate espoleó al caballo.

—Yo también, ¡y mi caballo no se desbocó ni salió disparado!

Benjamin miró a su alrededor; los sirvientes estaban ocupados empujando los carros, amarrando a los caballos y todo bajo la atenta mirada de los soldados de Bowyer. Benjamin me empujó hacia las sombras; Mandeville había llegado y daba órdenes concisas de que sacaran el cuerpo del alguacil muerto e informaran a los soldados de que se quedaría en Templecombe durante un tiempo. Cuando se marchó, Benjamin me llevó de nuevo a los establos.

Sacó una manzana del bolsillo, sabe Dios dónde la había conseguido, y se la dio al caballo, que la recibió con agradecimiento. Entonces, Benjamin metió la mano en el pesebre vacío y cogió restos de comida. Los examinó con curiosidad, ignorando

mis preguntas, y se dirigió a los establos de al lado, donde estaba su caballo, e hizo lo mismo. Benjamin murmuró algo, se frotó las manos y sacudió la cabeza.

—Ingenioso —murmuró—. Vamos, Roger —dijo cogiéndome por el brazo—. Una última cosa.

Me llevó de nuevo a la casa, a la habitación de Southgate. El pobre hombre estaba tumbado en una gran cama con dosel y las dos damas parloteaban murmurando entre ellas mientras le ponían unas tablillas en la pierna y lavaban con cuidado su cuerpo desnudo lleno de heridas. Benjamin no les hizo caso y se dedicó a escudriñar por la habitación.

—Las botas de Southgate —me susurró.

Vi una debajo del vestidor y la cogí cautelosamente para no cortarme con la espuela. Benjamin se la escondió bajo la capa y rápidamente salió hacia su habitación como si fuera un niño que acabara de robar dulces. Cerró la puerta tras de mí, se sentó en la cama y examinó cuidadosamente la espuela a la luz de la vela.

—A lo mejor la han lavado —murmuró—, pero como decía Pitágoras: «Sólo se llega a la verdad con la experimentación». —Pasó ligeramente el dedo por el filo de la espuela, se cortó y rápidamente lo introdujo en la palangana con agua antes de lavarlo con un poco de vino.

—¡Cómo duele! —dijo haciendo una mueca.

—Señor, ¿piensas contármelo? —pregunté.

Benjamin se lió el dedo herido con un trapo y sonrió de oreja a oreja.

—Roger, Roger, ¿no es ingeniosa la mente humana cuando se trata de destruir a otros seres? Al examinar el caballo de Southgate, vi que tenía marcas de la espuela. Cuando he examinado el pesebre para ver la comida que le habían dado, he encontrado avena y cebada; en mi pesebre, en cambio, sólo encontré restos de heno. Finalmente, al estudiar la espuela del señor Southgate, he visto que tiene los picos cubiertos de mercurio.

—¿Y qué? —pregunté lentamente intentando atar todos los cabos.

—Pues sospecho —continuó Benjamin— que ayer por la noche y esta mañana alimentaron a los caballos de Bowyer y de Southgate con una rica dieta de avena y salvado. Ya sabes, Roger, el efecto que produce en los caballos: los excita, porque llevaban tiempo sin hacer ejercicio, se vuelven violentos e inquietos; lo noté cuando Bowyer y Southgate salieron de caza. Pero imagina lo que sucedería si esos caballos no sólo hubieran sido espoleados, sino que, además, se les hubiera dañado con una espuela cubierta de mercurio.

—Los desbocaría.

—Que es lo que sucedió.

—Pero señor, Bowyer y Southgate, aunque tenían muchos defectos, eran expertos cazadores. ¿Por qué no desmontaron?

—¡Ah!, ¿y qué pasaría si les hubieran cambiado los estribos de la silla, si les hubieran puesto otros más estrechos? Cuando montas un caballo, metes la bota en el estribo y ya está. Esa es la parte fácil. Es como todo: puedes ponerte un anillo en el dedo, el problema lo tienes luego, para sacártelo. Recuerda, las botas de Bowyer y de Southgate estaban mojadas y la piel mojada se dilata un poco. Cuando salieron de Templecombe las botas se ajustaban perfectamente. No se podían quejar de que les fueran demasiado justas porque, de hecho, les iría bien para tener controlados a sus inquietos caballos; pero cuando los espolearon, los caballos se desbocaron; así fue el asesinato —movió la cabeza—. Carecemos de pruebas. Las sillas de Bowyer y de Southgate han sido devueltas al establo y ya deben de haber sustituido los estribos, pero creo que así sucedió.

—¿Pero no guardaban las espuelas en sus habitaciones?

Benjamin se encogió de hombros.

—No creo que eso tenga que preocuparnos. Es probable que haya llaves de todas las puertas de esta casa. Sólo se tarda unos minutos en abrir la puerta, buscar las botas de montar y poner un poco de mercurio en las espuelas.

—¿Y el asesino?

—Tengo una vaga sospecha, pero te digo una cosa: si el asesino vuelve a actuar, será contra nosotros o sea que, Roger, ¡estate en guardia!

—¿Y qué pasa con Mandeville?

Benjamin me miró.

—Podría ser el asesino, señor. Sabía dónde estaban los agentes de Londres y conocía a la señora Hopkins. A lo mejor mató a sus propios hombres, Cosmas y Damien. Y sobre todo, sobrevivió en la cacería.

—Suponer algo es una cosa —declaró Benjamin—, probarlo es otra bien diferente.

—¿Y el enigma? ¿Ya lo has resuelto?

—Quizás. He recordado mis años de estudio: a menudo llaman al bautismo «agua del Jordán», por el río en que Cristo fue bautizado —Benjamin sonrió ante mi sorpresa—, pero deja eso ahora. Más importante aún, puedo probar cómo murieron Cosmas y Damien. No hubo intervenciones fantasmagóricas, sólo se trata de un sutil asesino —me cogió por los hombros—. Escucha, Roger, ve a dar un paseo por el campo o intenta poner un bálsamo en el espíritu trastocado de Mandeville; hazle una visita al pobre Southgate o tontea un poco con la joven Matilde, pero vuelve —Benjamin miró por la ventana— dentro de unas dos horas.

Hice lo que mi señor me pedía: rondé por la casa como un fantasma, pero nadie deseaba realmente hablar conmigo. Raquel se había metido en su habitación. Santerre y su esposa se habían recluido en su intimidad. Mandeville estaba amohinado en el salón y las viejas damas que cuidaban a Southgate rompieron a reír y me preguntaron

si quería que me lavaran. De Matilde no había ni rastro, y me di cuenta de que la muerte de Bowyer había sembrado el pánico entre los sirvientes de Templecombe.

Fui andando hasta el lago y miré la isla. Dudé en coger una barca y acercarme hasta allí, pero la niebla aún cubría las aguas, tenía frío, estaba asustado y, por esa razón, siguiendo el consejo de Benjamin, volví a mi habitación.

Encontré la puerta abierta porque antes le había dejado la llave a mi señor; la luz era tenue pero no vi nada extraño y me tumbé en la cama y corrí las cortinas del dosel. Estaba medio dormido cuando, de repente, noté un olor a quemado y una explosión bajo mi cama me despertó. Abrí las cortinas y vi que mi señor estaba en la puerta, de pie, riéndose por el susto que me había causado.

—Por Dios santo, señor, ¿qué hacéis? —pregunté.

—Cálmate, Roger —Benjamin me acarició la espalda—. Podía haberte hecho explotar, pero no lo he hecho. Ven —entró en la habitación—, ayúdame a empujar la cama.

Lo hicimos empujando hasta que la cama se movió unos centímetros y vi que parte de la piedra del suelo estaba chamuscada. Benjamin la señaló.

—Creo que así es como murió Cosmas: la puerta estaba cerrada, pero antes de que se retirara, sospecho que alguien untó el colchón y el soporte de la cama con aceite y que luego, puso una pequeña bolsa de pólvora.

—¿Y cómo lo encendieron?

—Con una mecha.

—Ya, llamaron a la puerta y le preguntaron a Cosmas si podían encender la mecha que habían dejado debajo de su cama —repliqué.

—No, no, lo que hicieron fue atar una mecha a la pólvora y dejarla enrollada bajo la cama.

—¿Y qué más?

—Cuando el pobre hombre se durmió, alguien subió y empezó a estirar de un fino hilo atado a la mecha; un hilo que atravesaba la habitación hasta la galería. La mecha, enrollada como una serpiente, y el asesino, tirando lentamente del hilo hasta que la mecha apareció por debajo de la puerta. Con una yesca encendió la mecha. Y así murió Cosmas.

—¡Pero no pudo ser así! ¡Cosmas se hubiera dado cuenta!

—No, no más que tú. Tú has entrado en la habitación y no ibas buscando un hilo casi invisible por el suelo, un hilo que fuera desde debajo de la cama hasta la puerta. Y si lo hubieras visto, no le habrías hecho caso. Lo único que tenía que hacer el asesino era cogerlo y estirar lentamente, lo que casi no hace ruido, y el asesinato es cuestión de segundos. Al igual que tú, Cosmas no oyó el movimiento de la mecha. Se supone que quema lenta y silenciosamente. La diferencia con tu caso es que sólo he puesto dos granos de pólvora y no he puesto aceite. El caso de Cosmas fue distinto.

—Pero no vimos nada. Estoy seguro de que la mecha, al quemar, fue dejando marcas en el suelo.

—No, sólo hace chispas, no quema. Y recuérdalo, Roger, quitas el hilo y la mecha se autodestruye; la gente entra en la habitación, la cama está en llamas; nadie se pondría a buscar marcas sospechosas en el suelo.

—¿Y cómo lo descubriste?

—Lo que más me intrigó fue la marca quemada de la puerta en la parte de la galería y el daño hecho al armazón de la cama. Un brillante asesinato, Roger. El asesino no tenía que entrar en la habitación y, al matar a Cosmas, destruía todas las pruebas exceptuando la marca de la puerta.

—El asesino hubiera podido destruir la casa entera.

—No; como has visto, los suelos de las habitaciones son de piedra y no hay material combustible cerca de aquí. Quemaría la cama, su ocupante moriría, pero el fuego sería descubierto a tiempo y las llamas serían controladas.

—¿Y por qué Cosmas no se movió de la cama?

—Ah, es cierto, eso me intrigaba a mí también hasta que pensé en la pólvora. Probablemente, había la suficiente cantidad de pólvora para herirle gravemente. ¿Recuerdas el cuerpo? La parte inferior de las piernas había desaparecido por completo. La pólvora o le mató o le causó tan graves heridas que perdió el conocimiento y ya nunca lo recuperó. Mientras tanto, el aceite había prendido; la cama era de madera vieja y el fuego prendería tan rápido como el rastrojo en el más seco de los veranos.

Miré mi cama y acepté la teoría de Benjamin. La mecha se autodestruyó, la pólvora explotó, y las piernas del pobre Cosmas quedaron hechas trizas y, aunque lo hubiera intentado, el fuego se extendió tan rápidamente que no pudo escapar.

—Bien, aquí todo está bien, ¿eh? —Benjamin ojeó la habitación—. No hay fuego ni llamas. Vamos a la iglesia, te enseñaré cómo murió Damien.

Salimos de la casa y nos dirigimos a la silenciosa iglesia, que parecía una tumba. Benjamin me hizo entrar, cerró la puerta detrás de nosotros y encendió dos antorchas de la pared. El fuego prendió en la brea, se encendió la llama y aquel sitio adquirió un aspecto aún más tenebroso con las sombras danzantes.

—Ahora imaginemos que yo soy el asesino, que he venido a la iglesia a cometer el asesinato —murmuró Benjamin—. El cuerpo de Cosmas yace aquí y su pobre hermano lo vela. Por desgracia, llega más gente: Mandeville, Southgate y, por fin, nosotros. Entonces, nos vamos y el asesino, escondido en las escaleras que conducen a la torre, tendrá otra ventaja cuando Damien cierre la puerta. —Benjamin avanzó pasando ante la pila bautismal y se quedó mirando el santuario—. Lo tengo todo preparado: las flechas y la ballesta, bien escondidas. También he levantado el cierre de las contraventanas, por dentro y por fuera. —Benjamin imitó la postura de un

arquero, hizo como si tirara con la ballesta—. Damien está muerto. Me aseguro y me preparo para marchar, pero quiero que parezca como si hubiera entrado y salido como un fantasma. Y hago esto.

Benjamin pasó por uno de los pequeños transeptos y se detuvo bajo una ventana. La abrió y, de la oscuridad, cogió una escalera, una de esas escaleras que utilizan los soldados para escalar los muros de los castillos, o los que arreglan los tejados de las casas. Benjamin puso la escalera, fue subiendo con gran dominio, y desapareció al otro lado. Oí cómo la quitaba y entonces me gritó.

—¿Lo ves, Roger? Así salió el asesino.

—Muy bien —grité—, pero ¿cómo cierras las contraventanas desde dentro y desde fuera?

—Muy fácilmente —replicó mi señor—. ¡Retrocede!

Lo hice. Las contraventanas se cerraron de golpe y casi no oí cómo caía el cierre. Salí corriendo fuera de la iglesia. Benjamin me esperaba a unos metros con la escalera en las manos. Era evidente que la había utilizado para cerrar las contraventanas y para poner los cierres en su sitio. Fui hacia él, que sonreía abiertamente, feliz como un colegial, y aplaudía.

—¿Lo ves, Roger? He utilizado la escalera para salir de la iglesia, no he dejado huellas bajo la ventana y he cerrado los cerrojos —se sopló en sus fríos dedos—. El cerrojo de fuera se puede abrir de la misma manera.

—Pero ¿y el de dentro?

Benjamin suspiró.

—No lo sabemos. ¿Recuerdas cuando entramos en la iglesia con Mandeville y los otros? Estaba oscuro, cualquiera pudo deslizarse por el transepto y echar el cerrojo. Y no lo olvides, Roger —añadió Benjamin—, al cerrarse la ventana, con el golpe, el cerrojo interior podría bajar por sí mismo y colocarse en su sitio —cogió la escalera y la metió entre los matorrales cubiertos de nieve.

—¿Y ahora qué, señor?

Me pasó el brazo por los hombros.

—Para serte franco, mi querido Roger, no lo sé. Pero vuelve a tu habitación y espérame allí.

Matilde me esperaba en mi dormitorio. Le sonreí abiertamente y la cogí, pero ella no estaba de humor para juegos. Miró asustada a su alrededor y me pregunté si habría agujeros en las paredes para espiarnos.

—¡Atiende! —susurró—. No le has hecho daño a mi padre, o sea que escucha esto. Esta noche los templarios se van a reunir en la isla.

La miré incrédulamente.

—Que sí —insistió—, te digo la verdad. Es todo lo que puedo decirte. Ve al lago. Habrá una barca esperándote, pero no cruces el lago si no ves luces. Fíjate en la isla

con atención y las verás —me apartó—. No pienso hacer nada más —repitió antes de marcharse.

Mi señor regresó, ligeramente confundido, perdido en sus pensamientos y tuve que repetirle lo que Matilde me había dicho. Se mordió el labio y me miró.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa?

—No lo creo. Tiene lógica, señor. La isla, la imponente casa... Arribos sabemos que allí radica el meollo del misterio.

—¿Ah, sí?, ¿de verdad? —preguntó Benjamin y salió de la habitación.

Capítulo 13

Los ánimos en el hogar de los Santerre no eran propicios para celebrar más banquetes ni grandes comidas. Mandeville se encerraba en sí mismo, preocupado por Southgate y por cuándo llegarían los otros soldados. Así pues, tomamos un tentempié y volvimos a nuestras habitaciones, a esperar hasta medianoche. Parecía que tardaba una eternidad. La llama de nuestra vela de las horas consumía la cera anillo a anillo.

Cuando llegó al duodécimo, Benjamin y yo nos vestimos, nos calzamos, nos pusimos las capas y los cinturones de las espadas, y salimos silenciosamente. La casa estaba dormida aunque, como ya he dicho, parecía tener vida propia. Una y otra vez nos parábamos, con el corazón acelerado, con el vello de la nuca encrespado, por el miedo ante los sonidos misteriosos que parecían acompañar cada uno de nuestros movimientos. Nos arrastramos por el salón y la cocina, y salimos por una puerta trasera.

La noche era negra, perfecta para el diablo. Ni luna, ni estrellas; sólo un frío viento que rugía, moviendo las adustas ramas y lanzándonos heladas ráfagas de nieve sobre la cabeza. Hubiera preferido llevar antorchas encendidas, pero Benjamin no quería.

—Vamos a la caza de criaturas de la noche, Roger. Seamos como ellas.

Nos deslizamos por el patio de los establos, los caballos se movían y hacían ruidos extraños; pasamos ante la iglesia de los templarios y llegamos al brillante lago. Nos pusimos en cuclillas, dos negras sombras en la nieve, y observamos entre la niebla la borrosa forma de la isla. Al principio no veíamos nada, los ojos nos escocían y nos dolían por el agotamiento y por el frío helado de la noche. Entonces, Benjamín se agitó y me cogió por el brazo.

—¿Estoy viendo algo? —murmuró.

Miré a través de la desoladora oscuridad, no veía nada. De repente, vislumbré la luz de una antorcha. Una, quizá dos. Las llamas parecían vacilar, como si alguien estuviera moviéndose por la isla.

—¡Vamos, Roger!

Benjamin y yo nos deslizamos hasta la orilla. Vimos la barca con la pértiga en la popa, como si se tratara de un fantasmal remero que esperara para llevarnos a la otra orilla. Subimos a bordo, Benjamin se puso en la proa y yo cogí la pértiga y empujé el hielo, intentando cerrar mente y sentidos al frío viento y al chapaleteo del helado lago negro. Al principio me mostraba torpe, pero pronto recuperé mi antigua habilidad. (No olvidéis que crecí en Norfolk, donde impulsar con la pértiga es tan natural como andar). No obstante, debo hacer una confesión: Benjamin y yo fuimos estúpidos. Una y otra vez cometíamos los mismos errores. Por exceso de impetuosidad, por temeridad o por nuestra juventud. Esos errores siempre estaban a punto de costarnos

la vida, y aquella noche, en el lago helado, no fue diferente. Había hecho dos, o quizá tres impulsos con la pértiga cuando noté una humedad resbaladiza a mis pies. Benjamin se giró, su cara parecía una blanca máscara en la oscuridad. Él también había notado la humedad del agua que entraba y, además, quizá por la fuerza de mis empujones o por los movimientos del lago, ya estábamos a unos metros de la orilla.

—¡Roger, la han agujereado!

Dejé la pértiga y me agaché, tanteando con la mano por el fondo de la barca. El corazón me empezó a latir fuertemente por el miedo cuando vi que había más de dos centímetros de agua. Me puse a cuatro patas para encontrar el agujero en el fondo de la barca. Entonces, mi habilidad como barquero nos salvó la vida. ¿Sabéis? En Norfolk y Suffolk estos accidentes son habituales y los imprudentes pueden cometer un error, otro o ambos: a veces intentan llegar al lugar adonde se dirigen, otras veces dan media vuelta para regresar a la orilla y a veces, por el pánico y el miedo, hacen las dos cosas. Pero seguid el consejo del viejo Shallot: si estáis en un bote o en una barca en la que hay agujeros, sobre todo si el daño es grave, parad de remar y bloquead el agujero, porque cualquier movimiento de la barca no hará más que permitir que entre más agua.

Por fin encontré, en la popa de la barca, un agujero grande como un puño, como si alguien hubiera cogido un martillo y hubiera golpeado el fondo. Me quité la capa y empecé a meterla por el agujero. Mi señor, que había encontrado otro agujero a babor, primero intentó tapanlo con su capa, pero no servía de nada, y tuvo que tapanlo con el tacón de una bota. Durante unos momentos, que parecieron horas, nos miramos, en cuclillas, mientras la barca se movía entre la helada superficie. Eché una rápida mirada a la isla, donde la luz de la engañosa sirena aún nos hacía señales.

—Lo siento, señor —me lamenté.

—Cállate, Roger —contestó Benjamin.

Tenía la mano apretando el suelo del bote, se me congelaban los dedos en el agua helada que nos iba invadiendo, pero noté que ya no aumentaba.

—¿Señor?

—Sí. Roger, amigo mío, haz girar la barca y condúcenos hasta la orilla, con rapidez, demostrando toda tu habilidad —dijo Benjamin—. Si hay otro agujero y el agua nos cubre, no sobreviviremos durante mucho tiempo en estas aguas heladas.

Ahora ya conocéis al viejo Shallot. Tenía palpitaciones, el estómago tan revuelto como una peonza; sentía ansia por chillar, arrastrarme y suplicar piedad al Todopoderoso. Cogí la maldita pértiga intentando mover la barca a pesar de que notaba que el agua se iba moviendo y gorgoteaba, como si maliciosamente se estuviera riendo de mí a la espera de abrazarnos con sus garras heladas. La barca giró, cerré los ojos y empecé a impulsar.

—¡Roger! —gritó mi señor—. ¡Estás yendo en la dirección equivocada!

Abrí los ojos y me di cuenta de que la barca sólo había hecho medio giro, estábamos avanzando en paralelo a la isla y a la orilla. Empecé a empujar y a rezar con un vigor que hubiera impresionado hasta a un monje. Entre las oraciones iba soltando todas las palabras soeces que conocía, hasta que aquella maldita barca estuvo encarada a la orilla. El agua me alcanzaba los tobillos. No habíamos podido descubrir ningún otro agujero, pero el agua seguía aumentando.

Mi señor empezó a achicar el agua helada con las manos, gritándome para que empujara más rápido. Íbamos rozando la superficie de aquel maldito lago y parecía que todo a nuestro alrededor llamaba a los tenebrosos huéspedes del infierno. El agua seguía aumentando, y cuando el coraje de Shallot estaba a punto de convertirse en pavor, la barca se paró de golpe; mi señor y yo saltamos a la orilla, agradecidos de pisar suelo firme, sollozando en la orilla nevada. Mi señor se agachó, respirando profundamente para calmarse y yo me enfrentaba a aquella amenaza con mi habitual y formidable actitud.

—¡Bastardos! —grité saltando de un lado a otro sacudiendo el puño en dirección a la isla—. ¡Asesinos, malditos bastardos! ¡Vamos, señor! —cogí a Benjamin por el brazo.

Corría sin respiración, a mi lado, mientras yo avanzaba como un loco por la nieve, de vuelta a aquella casa embrujada.

—Roger, ¿qué vas a hacer?

—¡Para empezar, voy a rajarle la garganta a esa zorra!

—Roger, ¡no!

—De acuerdo, ¡le cortaré la cabeza! Señor, no me importa que me disparen, que me persigan, que me tiendan trampas o que me ataquen, ¡pero morir en un lago helado en la negra noche...!

—Roger, ¡escúchame! —Benjamin me cogió por el jubón—. Matilde debe de andar bien lejos ahora. ¿Crees que se habrá quedado esperando nuestro regreso? La posibilidad de que escapáramos existía. No, escucha, ya sé quién es el asesino. Y también sé dónde pueden estar el Grial y la espada de Arturo.

Me detuve en seco.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Tenía que esperar. Sospechaba que el asesino nos atacaría y lo que ha sucedido en el bote lo prueba. Ahora, Roger, te lo suplico, regresemos a nuestra habitación, entremos en calor y durmamos un poco; mañana, después de desayunar, me enfrentaré al asesino.

Por supuesto, mi señor se salió con la suya. De todos modos, cuando llegamos a la habitación, mi ira se había convertido en pánico por el peligro del que acabábamos de escapar. Aparecieron los síntomas de siempre: quería vomitar, me temblaban las rodillas y hasta que no me tomé tres tazones de clarete, no pude recordar en qué día

de la semana estábamos. Naturalmente, interrogué a mi señor sobre sus descubrimientos, pero él se limitó a sentarse en una silla y a decirme que me durmiera, que aquella noche sería mejor que compartiéramos el dormitorio.

A la mañana siguiente, no nos despertamos peor a pesar de la terrible experiencia vivida la noche anterior. Benjamin insistió en que nos afeitáramos, nos aseáramos y nos cambiáramos la ropa blanca y los jubones antes de bajar al salón. Por el camino busqué a Matilde, mas Benjamin tenía razón, no había ni rastro de aquella lagarta.

Los Santerre ya estaban sentados a la mesa; Mandeville, también. Mi señor esperó a que el mozo de cocina nos sirviera y entonces, de repente, se levantó, cerró las grandes puertas del salón y las de la cocina y la despensa. Mandeville se despertó de golpe. Sir John lo miraba fijamente, era como un fantasma del que había sido otrora. Lady Beatriz observaba atemorizada y Raquel esperaba sentada, como una niña inocente, el comienzo de un juego.

—Daunbey, ¿qué es todo esto? —preguntó Mandeville.

Benjamin había desenmascarado a muchos asesinos y había descubierto numerosos crímenes. A veces jugaba un poco, llevando a los asesinos por batallas verbales hasta que éstos confesaban. Pero aquella vez fue diferente. Dio una, dos vueltas a la mesa sobre el estrado, parándose un momento detrás de cada silla. Entonces dio otra vuelta y se paró entre John Santerre y Raquel, y puso la mano amablemente sobre los hombros del hombre.

—Sir John, ¿sois vos el asesino?

Santerre se apoyó en el respaldo de la silla. Si la cara de un hombre puede envejecer en un momento, la de aquel hombre lo hizo.

—¿Qué queréis decir? —farfulló.

—En nuestro primer día aquí, salisteis de Templecombe para visitar vuestras tierras; sin embargo, no fue eso lo que hicisteis: fuisteis a Glastonbury.

—Eso no es un crimen.

—Y antes de que saliéramos de Londres, ¿por qué os dio aquel mendigo una nota?

—Yo...

—Si mentís, este asunto será llevado ante el Consejo Real de Londres —afirmó Benjamin con sequedad.

Sir John se estiró y, a pesar de la hora que era, se llenó la copa de vino a rebosar y vació su contenido como un hombre sediento bebería la más pura de las aguas. Mandeville estaba atento como un perro de caza.

—¡Responded a la pregunta, Santerre!

Sir John dejó la copa sobre la mesa.

—Cuando estuve en Londres, pagué a unos hombres para averiguar si en la iglesia templaria cercana a Fleet Street había algo parecido al agua del Jordán o al

Arca de Moisés.

—¿Y encontrasteis algo?

—No.

—¿Y la abadía de Glastonbury?

Sir John se mojó los labios.

—El abad Bere y yo queríamos acabar con toda esta tontería —miró a Mandeville—. Sin ánimo de ofender, sir Edmund, ningún lord del reino os quiere ni a vos ni a nadie de vuestra calaña rondando por sus estados. Utilicé mi dinero para construir una cripta en Glastonbury. Creí que quizás encontraríamos algo.

—¿Y qué habéis encontrado? —pregunté yo.

—Nada en absoluto.

Benjamin dio unos pasos y se situó junto a lady Beatriz, que estaba rígida en la silla.

—Lady Beatriz, ¿qué podéis decir al respecto?

La boca de la mujer se abría y se cerraba. Negó con la cabeza.

—Oh, sí, vos sabéis algo. ¿El nombre de vuestro primer marido era Mortimer?

Lady Beatriz asintió.

—¿Un linaje que había poseído el feudo de Temple-combe desde tiempos inmemoriales?

De nuevo afirmó con la cabeza.

—Y el lema de la familia Mortimer es *Age circumspecte*, ¿verdad? —Benjamin me echó una rápida mirada—. Shallot lo descubrió en el libro de leyendas de la abadía de Glastonbury.

—Sí —admitió en un susurro.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? —interrumpió Mandeville.

—¿Vuestro marido era templario?

La mirada de Beatriz, temerosa, estaba fija en el suelo.

—Creo que sí lo era —continuó Benjamin susurrando en su oído—. En la persecución de los templarios, hace unos doscientos años, algunos escaparon, asumieron nuevas identidades, se casaron y se situaron. Pero continuaron con sus reuniones secretas, actuaban en pequeñas comunidades y los misterios de la orden del Temple se transmitían de una generación a otra. —Se movió ligeramente y se puso detrás de Raquel—. Vuestro padre os enseñó esos misterios, ¿no es cierto, Raquel?

¿Sabéis? La muchacha se limitó a sonreír y a jugar con el anillo que llevaba en el dedo.

—Sois miembro de los templarios, ¿no es cierto? —susurró Benjamin—. Vuestro padre os transmitió todos los secretos y vos, al casaros, los legaríais a vuestro primogénito. Durante generaciones —ahora elevó el tono de voz—, los lores de Templecombe han sido miembros de la orden secreta —hizo una pausa—. Oh no, sir

John y lady Beatriz, no; pero creo que ambos tenían sus sospechas.

—¡Imposible! —gritó Mandeville—. Ella es sólo una niña.

—Ella ha cumplido dieciocho primaveras —contestó Benjamin—. Y si os quedáis callado, sir Edmund, os explicaré lo que ha ocurrido.

Empezó a rodear la mesa y bajó del estrado mirándonos. Santerre y su esposa eran como esfinges de cera pero Raquel, con la cara ligeramente sonrosada, estaba erguida como si no le importara nada en este mundo.

—Los lores de Templecombe —empezó Benjamin— siempre han sido templarios. Han guardado los secretos de la orden y en oscuras reuniones se han encontrado con sus colaboradores, probablemente en la sombría casa de esa isla olvidada de la mano de Dios. Ahora, casi siempre, estos templarios yacen adormecidos, como semillas plantadas en el suelo, pero a veces germinan y vuelven a la vida, sobre todo en caso de levantamiento o rebelión contra los Tudor. Sin embargo, se contentan con sentarse, mirar y esperar. Hopkins era así, aunque estaba algo trastornado.

Benjamin hizo una pausa para enlazar sus ideas.

—Los templarios siempre han codiciado las grandes reliquias: el Santo Grial, la espada de Arturo, Excalibur, pero siempre las han tenido escondidas. Se contentaban con eso, siempre que nadie más las descubriera —Benjamin miró a Mandeville—. Hopkins empezó el drama. Sentía verdadera pasión por las reliquias y creía que su descubrimiento fortalecería a la orden. Milord de Buckingham, también templario, fue arrastrado en el misterio. Recibió un mensaje de Hopkins y vino a Templecombe, pero cayó en la trampa de milord el cardenal. Hopkins y Buckingham murieron —Benjamin echó una mirada a Raquel—, y sospecho que tienen un código: nadie que ataque sus intereses sale ileso. Además, había un gran peligro: su majestad el rey también sentía interés por las reliquias e insistía en que se organizara su búsqueda. Por eso atacaron los templarios.

Mandeville golpeó la mesa con los nudillos.

—¿Decís que Buckingham era templario?

Benjamin sonrió débilmente.

—Oh, vamos, sir Edmund, podría haber sido cardenal de Roma y su destino hubiera sido el mismo. No juguéis conmigo. Buckingham fue tentado, atrapado y asesinado porque mi tío le odiaba, porque llevaba sangre real en sus venas —Benjamin le miró directamente a los ojos—. Hopkins era un traidor, quizá merecía morir, pero Buckingham era inocente. Su muerte fue un asesinato legal.

—¡Hablaré con milord el cardenal sobre vuestras palabras!

Benjamin se encogió de hombros.

—Hacedlo; mi querido tío se limitará a reírse y a achacarlo a mi impetuosa juventud. Sólo digo lo que muchos piensan.

Mandeville dirigió su mirada a Raquel, que estaba sentada con las manos juntas, como una novicia con sus rezos. Parecía fascinada por Benjamin, como si estuviera contando un misterioso cuento en una fría noche de invierno y ella fuera una simple espectadora.

—No puedo creer que esta muchacha matara con el garrote a dos de mis más expertos agentes, Calcraft y Warnham —dijo Mandeville incrédulo.

—Oh, vamos, sir Edmund —replicó Benjamin—. He oído que en España los niños mendigos son tan hábiles con el garrote que pueden matar a un hombre hecho y derecho en pocos instantes. Debió de ser fácil para Raquel —Benjamin extendió las manos—. Calcraft y, en otra ocasión, Warnham, fueron invitados a alguna taberna cerca del río; Raquel les esperaba para hablarles. Tras unas miradas insinuantes y generosas copas de vino, serían tentados a perderse en la oscuridad con Raquel para poder hablar lejos del peligro de los espías. Quizá se sentaron. Para la señora Raquel debió de ser fácil: un lugar desolado, el lazo en sus manos, un hombre con unas copas de más. Tan sólo se tarda unos instantes, sir Edmund, en deslizar el lazo por la garganta del hombre y, como éste tenía la razón afectada por el vino, lucharía, pero débilmente, para luego caer en la inconsciencia. Si el garrote no lo mataba, lo harían las frías aguas del Támesis. Y Raquel volvería por los callejones al palacio de Richmond.

—¿Tenéis alguna prueba de ello? —cuestionó sir John, aunque sus ojos le traicionaban.

—Sí y no —replicó Benjamin—. Estaba intrigado por la utilización de los cordoncillos escarlatas, así que, cuando salí de Londres, le mostré uno a una doncella de Richmond y ¿sabéis qué me dijo?

Santerre sacudió la cabeza negando.

—Este es el tipo de material que las mujeres compran como ribetes para los vestidos, túnicas y capas. En aquel momento no le di importancia, pero luego fue una pieza más que encajaba en el rompecabezas.

Raquel, mordiéndose el labio inferior, movió la cabeza incrédulamente. Sentí un escalofrío de miedo por su imperturbabilidad al oír lo que decía mi señor.

—La hermana de Hopkins —intervine— también fue víctima del garrote. Raquel nos oyó cuando salíamos del salón del palacio de Richmond. Sutilmente lo encubrió al simular que estaba preocupada por los peligros que nos esperaban en Templecombe.

—¿Por qué tenía que matar a la hermana de Hopkins? —preguntó Mandeville.

—Porque siempre existía el peligro de que Hopkins, que confiaba en tan poca gente, le hubiera contado algo a su hermana, que podía haber representado una amenaza para ella —contesté—. Y fue tan sencillo... —extendí las manos—. Raquel se deslizó por el palacio de Richmond y a paso ligero llegó a casa de la hermana de

Hopkins que, por supuesto, la acogió como a una amiga, como a la hija del lord al que su hermano muerto había servido. Raquel debió de reconfortarla, incluso se tomaron una copa de vino, y luego le puso el garrote alrededor de la garganta. La vieja murió, Raquel registró la casa en busca de cualquier cosa que pudiera incriminarla, y luego desapareció.

—La pobre mujer fue asesinada —declaró Benjamin— no porque hubiera hecho algo malo, sino por lo que pudiera saber. Es la verdad, estoy seguro, ¿no, Raquel?

La muchacha le devolvió la mirada en silencio.

—Cuando dejamos Londres, empezó el baile —continuó Benjamin—, ¿no es cierto, Roger?

—Oh, sí. Cuando paramos en Glastonbury, la señora Raquel envió un mensaje, sabe Dios cómo, a la vieja bruja que nos estaba esperando con sus profecías —repliqué—. Mirad, es razonable lo que digo —continué—, ningún hombre ni ninguna mujer podría leer el futuro con tanta claridad. Incluso antes de que llegáramos a Templecombe, nuestras muertes ya estaban planeadas. La vieja bruja fue una farsa, le habían hecho aprenderse una líneas y, cuando hubo interpretado su papel, a ella también la mataron. Fue una fácil proeza. Deben de haber pasajes secretos y entradas en Templecombe y Raquel los utilizó para silenciar a la bruja, para cortarle la mano y la cabeza y, de este modo, asustarnos en nuestro regreso de Glastonbury.

—¿Y las muertes de Cosmas y Damien? —preguntó Mandeville. Benjamin les dio una piadosa descripción de cómo habían muerto ambos hombres.

—Cosmas fue fácil —concluyó—. En nuestra primera noche aquí, después de que todos os retirarais, Raquel dijo ir a buscar un manuscrito. Estoy seguro de que subió hasta la habitación del pobre Cosmas, tiró del hilo que estaba atado a la mecha y la encendió, para volver luego junto a mí.

—¿Tan segura estaba de que Shallot se despertaría? —preguntó Mandeville.

—Oh, si Shallot no se hubiera despertado, siempre me tenía a mí. Cuando volvió, podía decir que tenía sueño o que se quería retirar y yo volvería a mi habitación, que está en la misma galería que la del pobre Cosmas, y, por supuesto, me hubiera dado cuenta de que algo no iba bien. Sin embargo —dijo Benjamin mirando a Raquel; su cara expresaba la pena por haber sido utilizado—, sólo tras examinar la capilla de los templarios empecé a sospechar de la señora Raquel. En la capilla, cerca de una ventana, descubrí restos de madera de una escalera que había puesto allí. Sólo un miembro de la familia podía tener acceso a esa escalera. Después, cuando reproduje lo que ella había hecho, me di cuenta de que la ventana era bastante estrecha. Incluso para mí, que estoy delgado, fue difícil deslizarme por la ventana —hizo una pausa—. Así pues, tenía que ser alguien joven y ágil, y sólo Raquel respondía a esta descripción.

»Finalmente, hubo algo más. ¿Os disteis cuenta, sir Edmund, de que cuando

intentábamos forzar la puerta de la iglesia, Raquel y su madre corrieron por el lateral llamando a Damien por las ventanas? En aquel momento me extrañó, mas al pensar en ello... Raquel tan sólo quería comprobar que no habían quedado restos de su salida de la iglesia. Y una vez dentro, ella insistió en acompañarnos cuando buscábamos entradas o pasajes secretos. La recuerdo junto a una de las ventanas. Estoy seguro de que entonces echó el cerrojo o, al menos, comprobó que hubiera quedado cerrado con el golpe.

—Pero ¿y la nieve? —interrumpió Mandeville—. Dijisteis que alguien que había estado andando por la nieve se había escondido en la parte trasera de la iglesia.

—No. Eso sólo fue una trampa inteligente para confundirnos aún más. Raquel pudo haber traído la nieve y dejar que se deshiciera para que no sospecháramos de ella, porque en principio, ella había permanecido en casa todo el día.

Benjamin hizo una pausa y todos miramos a la joven, que estaba apoyada en el respaldo de la silla, ahora mirando al techo, dando golpecitos en la mesa y tarareando algo en voz baja. Era una de las asesinas más curiosas que jamás he visto. Benjamin había presentado las más serias alegaciones contra ella, y ella ni siquiera protestó ni se opuso a nada ni interrumpió. Hasta mi señor parecía nervioso por su frío porte.

—Hija, ¿tienes algo que decir en tu defensa? —pidió sir John.

—Yo no soy tu hija —replicó secamente y se irguió mirando a mi señor fijamente—. ¿Dónde está la prueba de que encendí la mecha? ¿Dónde está la prueba de que maté a aquellos dos hombres y a la mujer con el garrote, en Londres? ¿Dónde está la prueba de que me metí en la iglesia para matar al sirviente de Mandeville con la flecha de la ballesta o de que maté y mutilé a la bruja medio loca?

Benjamin hizo una mueca.

—Efectivamente, señora, tenéis razón. Es posible que otros compraran los lazos escarlatas, que otros cometieran esos crímenes; pero pensadlo bien. Alguien de Templecombe sabía dónde conseguir pólvora, aceite y mecha; alguien de Templecombe sabía dónde esconderse y dónde esconder una escalera en la iglesia; alguien de Templecombe sabía cómo utilizar a la pobre bruja: primero, para mandar mensajes y luego, como amenaza para todos nosotros, como víctima.

—Lo mismo puede aplicarse a Bowyer y a Southgate —interrumpí yo—. Sus caballos fueron alimentados con avena y salvado para que fueran menos dóciles. ¿Quién sino alguien de Templecombe podía organizarlo? Y luego, les cambiasteis los estribos y cubristeis sus espuelas con mercurio.

—¿La muerte de Bowyer no fue un accidente? —interrumpió Mandeville.

—¡Claro que no! —replicó Benjamin, e hizo una breve descripción de lo que había encontrado en los establos y en la habitación de Southgate. Raquel lo escuchaba. Puso los codos sobre la mesa y apoyó la cabeza asintiendo con aprobación, como si Benjamin fuera un alumno aventajado que hubiera aprendido un

poema de memoria.

—Pero carecéis de pruebas —reiteró.

—¡Ahí está la prueba! —dije señalando a su madre, que tenía el rostro completamente pálido, y al ojeroso sir John—. ¡Ellos lo saben! ¡Ellos lo sospechan!

La joven se encogió de hombros.

—Y también están los sirvientes —continuó—. Los que han llevado a cabo vuestras órdenes. Arrastrasteis a todos con vos.

Raquel arqueó la ceja delicadamente como si yo estuviera invitando a sus sirvientes a algún festín o celebración. Benjamin observaba con curiosidad.

—¿No os asusta la muerte, señora?

—¿Por qué debería asustarme lo inevitable? —replicó—. ¿Y por qué me amenazáis con la muerte? Sigo repitiendo que no tenéis pruebas.

—¡Los torturadores de la Torre las encontrarán! —rugió Mandeville.

Benjamin se puso frente a Raquel y la estudió con atención. Yo le miraba fascinado porque era la primera vez que se enfrentaba a un asesino con una explicación plausible pero sin prueba alguna. Las muertes de los agentes, de Cosmas, de Damien, de Bowyer y las terribles heridas de Southgate, en un tribunal, dejarían al jurado anonadado. Es posible que declarasen que había un caso claro, pero ¿con qué pruebas? (Aunque Mandeville tenía razón. Enrique VIII no se preocupaba mucho por las pruebas o por la ley. Nunca olvidaré cómo se volvió hacia Tomás Cromwell en el juicio de un abad que se negaba a hacer el juramento de supremacía de la corona sobre la Iglesia. «Dadle un juicio justo», dijo el gordo bastardo secamente. ¡Y le colgó de su propia puerta!).

Benjamin le hizo una señal a Raquel.

—Señora, unas palabras a solas, por favor.

Se puso de pie y rodeó la mesa, como si Benjamin le hubiera pedido un baile. Se alejaron de los otros, cerca de la chimenea. Benjamin le susurró algo y oí su seca respuesta, seguida de silencio. Extendió las manos y Benjamin la acompañó hasta la mesa y ella se situó, desafiante, delante de Mandeville.

—El señor Daunbey tiene razón. Soy miembro de la orden del Temple —murmuró—. Soy la responsable de las muertes que ha enumerado —sonrió con amargura—. Muestro mis respetos a su brillante y sutil astucia, mas me siento orgullosa de lo que he hecho. Considero vengada la muerte del señor de Buckingham. Los responsables, excepto vos, sir Edmund, han recibido su merecido —bajó la voz—. Pero cuidado vuestro sueño, Mandeville, porque también llegará vuestra hora. Cuidado con cada pasaje, con cada caballo que montéis, con cada extraño que conozcáis, porque cuando llegue el momento, cuando menos lo esperéis, otros templarios acabarán lo que yo he empezado.

—¿Y nosotros? —grité yo.

(¿No es extraño? Aquella simple muchacha, responsable de al menos siete muertes, se había confesado autora de los crímenes y, en un momento de destrucción como aquel, aún era capaz de amenazarnos. Yya conocéis a Shallot, siento una vocación muy profunda por cuidar de mi persona. Sí, seré sincero, Raquel Santerre o, para ser más exactos, Raquel Mortimer, me producía unos escalofríos que me llegaban hasta la médula).

La joven me miró.

—Me gustáis, Shallot —murmuró—. No, por el momento, no estáis en peligro. Lo que sucedió ayer por la noche nunca debería haber sucedido:

Mandeville se levantó.

—Raquel Santerre, os arresto por traición y por los más terribles crímenes —entonó—. Seréis conducida a Londres y vuestros actos serán juzgados en el banquillo de los acusados de Westminster. Sir John, lady Beatriz, la acompañaréis. —Mandeville fue hacia la puerta y llamó a los soldados de Bowyer—. Prended a esta mujer —ordenó señalándola con el dedo—. Llevadla a su habitación. Un hombre deberá hacer guardia dentro de la habitación y dos fuera. Debe ser encadenada de pies y manos. ¡Hacedlo! —ordenó enérgicamente a los sorprendidos soldados.

El hombre cogió a la dócil Raquel y la empujó fuera del salón. Mandeville miró a Santerre.

—Ahora registraré esta casa, ¡empezando por la habitación de vuestra hija! —dijo con sequedad, y salió majestuosamente de la estancia.

—Roger, ven conmigo —susurró Benjamin.

Salió rápidamente del salón. Los soldados ya estaban esposando a Raquel. Su rostro era marmóreo, y entonces me di cuenta de que no estaba dispuesta a ser objeto de las risotadas de la multitud.

—Señora Raquel —preguntó Benjamín ignorando las protestas de Mandeville—, ¿podemos hacer algo por vos?

Forzó una sonrisa y negó con la cabeza. Mandeville la empujó hacia la galería.

—Sir, la mujer es sólo vuestra prisionera, no hay necesidad de tanta rudeza —intervino Benjamin.

Raquel se sacudió de encima la mano de Mandeville y miró a Benjamin una vez más.

—Siempre tan gentil, señor Daunbey. Lo siento por la otra noche. Me ordenaron que no os tocara —y sin más explicaciones sobre aquella enigmática afirmación, se dejó conducir por los soldados.

Benjamin y yo volvimos al salón. Lady Beatriz sollozaba en pleno ataque de histeria. Sir John se mostraba avejentado y abatido.

—Señor Daunbey —suplicó—, ¿qué deberíamos hacer?

Benjamin subió al estrado y se acercó a la mesa.

—¿Tenéis intereses en el extranjero, sir John?

Santerre asintió.

—¿Y oro en los bancos de Amberes?

Volvió a asentir. Benjamin miró a lady Beatriz.

—Vos lo sabíais, ¿verdad?

La afilada cara de la mujer era una máscara de horror.

—No pude detenerla —susurró con voz ronca—. Cuando me casé con mi esposo, conocía las leyendas, las historias, las murmuraciones —miró a su alrededor, al salón desierto, y posó sus ojos sobre Santerre—. ¡Odio este lugar! —gritó con sequedad—. Le pedí a sir John que lo quemara hasta destruirlo, pero Raquel jugó con él ¡como hacía con todo el mundo! Templarios, fantasmas, maldiciones... ¡y ahora hemos de responder por nuestros actos!

—Sir John, hay entradas y pasajes secretos en Temple-combe, ¿verdad? —replicó Benjamin enérgicamente, sin dejarse impresionar.

—Sí, sí. —Sir John asintió ausente.

—Entonces, señor, yo cogería todas mis pertenencias de valor y me iría inmediatamente; me iría a la costa y pondría toda la distancia posible entre vos y la ira del rey —le aconsejó Benjamin—. Es vuestra única oportunidad —insistió—. De otro modo, los agentes judiciales del rey extenderán sus redes y os colgarán en Tyburn. Es mejor que huyáis.

Benjamin se mantuvo muy erguido, como si estuviera escuchando con mucha atención.

—Vuestros sirvientes han sido más listos, sir John. Ya han partido. Os sugiero que vos hagáis lo mismo.

Capítulo 14

Abandonamos el salón y me di cuenta de hasta qué punto eran ciertas las palabras de Benjamin. Entramos en la cocina. Los fuegos se habían apagado y sólo quedaba un muchacho algo bobo que sonreía junto a las cenizas. Fuera, en el patio empedrado, también era así. Los mozos de cuadra, los muchachos del establo: todos se habían ido. (Viéndolo con perspectiva, no tenía nada de extraño. Conozco bastantes casas en que su señor ha perdido el favor del rey y es increíble lo rápido que corre la voz. El efecto siempre es el mismo: deserción y huida). Los únicos ruidos que aún se oían eran los de los soldados que corrían por las galerías.

Sir John y lady Beatriz habían salido del salón y se habían deslizado como sombras escaleras arriba. Benjamin tenía razón, por el momento Mandeville sólo estaba preocupado por Raquel, pero en cuanto llegaran los soldados, sir John y lady Beatriz serían arrestados. El viejo Enrique sentiría poca compasión por ellos.

—Vamos, huyamos de la tormenta metiéndonos en tu habitación —murmuró Benjamin.

Subimos por las escaleras. Los soldados invadían las habitaciones entretenidos en el pillaje. Los sirvientes de los aposentos también habían desaparecido y me maravillaba la rapidez con que el caos se había adueñado de la majestuosa mansión. Yo sentía mucha curiosidad, pero Benjamin se negó a decir nada hasta que cerré la puerta de mi habitación detrás de nosotros.

—¿Siempre supiste que fue Raquel? —le pregunté.

—No, tenía unos cuantos sospechosos: Mandeville, Southgate, sir John Santerre y su esposa, pero supongo que los crímenes tienen su propia lógica y todo apuntaba a Raquel —enumeró los hechos con los dedos—. Los lazos escarlatas, el fácil acceso a la pólvora en la celda de Templecombe, la ligereza y la agilidad del asesino en la iglesia templaria y los movimientos de la muchacha la noche en que Cosmas murió y cuando descubrimos el cuerpo de Damien en la capilla.

—¿Pero cómo confesó?

—¡Ah! Eso, mi querido Roger, tendrá que esperar hasta que regresemos a Londres. —Benjamin se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo—. Por el momento, seamos pacientes y esperemos un poco.

Cerró los ojos y yo me quedé de brazos cruzados mientras alrededor se oía el ruido de los soldados, que rompían puertas y corrían por los pasillos. Mandeville vino a presentarnos su agradecimiento, pero su aspecto era el del cazador vengativo.

—No encuentro a sir John y a lady Beatriz —anunció.

Benjamin ni se inmutó.

—¿Sabéis dónde están, señor Daunbey?

—Por Dios, sir Edmund, ya tenéis bastantes presas, y el rey se quedará con

Templecombe y con los estados. Si los Santerre se han marchado, ¡dejadlos ir!

Mandeville estaba nervioso.

—Informaré al rey de esto.

—Su majestad el rey también será informado de nuestra gran aportación a todo este asunto —le devolví—. Si no hubiera sido por el señor Daunbey, quién sabe cómo habría acabado todo.

—¿Cómo está la señora Raquel? —preguntó Benjamin.

—Fría, distante e impertinente.

Benjamin se dio la vuelta y apoyó la cabeza en las manos. Miró a Mandeville.

—No se le debe hacer ningún daño. Nada de brutalidades ni de violaciones.

Mandeville miró hacia otro lado.

—Sir Edmund, quiero vuestra palabra de que lo haréis como digo; en caso contrario, os lo prometo: ¡el cardenal lo sabrá todo! Sir Edmund, me lo debéis —insistió Benjamin.

—Tenéis mi palabra. Le darán comida y bebida —murmuró Mandeville—. Mañana por la mañana la llevaremos a Londres. —Fue hasta la puerta y de repente se giró—. Southgate se quedará aquí con algunos soldados hasta mi regreso, ¡cuando vuelva para desenmascarar este nido de traidores! —salió y cerró la puerta de golpe tras de él.

Nos quedamos en la habitación casi todo el día. Un soldado nos trajo algo de carne mal cocinada y una jarra de vino y después anduve un poco por la galería. Las telas y los tapices habían sido arrancados de los muros y habían desaparecido todos los objetos preciosos del salón. Las cocinas habían sido saqueadas, los soldados incluso defecaban y aliviaban sus necesidades en las esquinas de las habitaciones y algún bastardo sin corazón había disparado a dos de los galgos. Parecía que los franceses hubieran llegado a Templecombe y la casa perteneciera a los saqueadores.

Me paseé por la fría noche preguntándome si debería ir a visitar a Raquel Santerre para asegurarme de que Mandeville mantenía su palabra. Detrás de mí, podía oír el sonido de rotura de muebles, los gritos de los soldados y el crepitar de los fuegos. Incluso yo, un ladrón profesional, me sentía enfermo ante tal demostración de vandalismo desenfrenado. Estaba a medio camino entre Templecombe y la capilla, a punto de dar media vuelta, cuando una sombra salió de entre los matorrales.

—¡Señor Shallot! ¡Señor Shallot! ¡Por el amor de Dios! —miré a mi alrededor. No había soldados y me introduje en las sombras para encontrarme con Matilde.

—¿Todo ha terminado? —preguntó.

—Sí, los Santerre han huido y la señora Raquel es prisionera de Mandeville.

La muchacha contuvo un sollozo. Recordé las aguas heladas del lago y la cogí por los hombros.

—¡Podías habernos matado! —le grité.

Me miró aterrada. Enseguida supe, por su palidez y por su mirada de sorpresa, que no sabía nada de lo que había pasado.

—¿Qué quieres decir? —susurró.

—Nada. ¿Sabías que Raquel Santerre era la líder de esta comunidad templaria? —le contesté. Dejé caer mis manos.

La muchacha se encogió de hombros.

—Lo sospechábamos, pero no teníamos pruebas. Algunas veces nos reuníamos en la isla, pero el señor siempre iba encapuchado y con la cara tapada. Nos daban órdenes, instrucciones sobre lo que teníamos que hacer —se mojó los labios y miró, por encima de mis hombros, hacia la casa—. Nos dijeron que tú no eras nuestro enemigo, señor Shallot. Me dijeron que debía conocerte mejor —se acercó un poco—. ¿Qué nos pasará? —preguntó suplicante.

—Ahora, sir John y lady Beatriz deben de estar a bordo de un barco con rumbo a tierras extranjeras —repliqué—. La señora Raquel será conducida a Londres.

—¿Y nosotros?

—Di a tu gente que huyan. Poned tanta distancia como podáis entre vosotros y Templecombe, sobre todo, llévate a tu padre.

—¿Y adónde podemos ir? —dijo preocupada.

Vi el terror en la cara de la pobre muchacha y me di cuenta de que ella sólo había sido utilizada. Raquel Santerre los había utilizado a todos en pro de su antigua orden. Me aflojé la cinturilla del dinero (oh, sí, donde yo iba, iba mi dinero) y conté diez monedas de oro, una verdadera fortuna; también me saqué el anillo del dedo y lo puse todo entre sus manos.

—Coge a tu hijo y a tu padre —le dije—, y, antes de una semana, seguid a sir John y a lady Beatriz al extranjero. No puedo hacer más por ti.

Volví a la casa sintiéndome tan bravo y valiente como Héctor:

—¡Roger!

Me giré y vi la cara blanca de Matilde entre las sombras.

—Deberías marcharte —le repetí.

—Decían que eras un estúpido pero tienes más honor que cualquiera de ellos. ¡Adiós, Roger Shallot!

Vi cómo se movían las sombras, Matilde desapareció y yo volví a la casa. Naturalmente, entonces, con tantos bastardos de dedos ágiles a mi alrededor, decidí recuperar las pérdidas que había tenido con Matilde. Busqué algo que me gustara y me llevé a mi habitación una copa con joyas incrustadas que había arrancado de las manos a un soldado borracho. Después de todo, el trabajador merece una paga y yo quería sacar algún provecho.

Benjamin estaba tumbado en mi cama roncando como un niño, por lo que volví a deambular por las galerías. Mandeville intentaba frenéticamente restaurar el orden, al

tiempo que se preparaba para un rápido regreso a Londres a la mañana siguiente.

—¿Vos y Daunbey vais a volver con nosotros? —quiso saber.

—¿Debemos hacerlo? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Sois vosotros quienes debéis decidir. Es importante que yo lleve a la prisionera a Londres y que informe directamente al rey.

—¿Puedo ver a la señora Raquel?

—¿Por qué?

—Mi señor me lo ha ordenado —mentí con aplomo.

(¿Sabéis? Cuando yo era pequeño, tenía un aspecto inocentísimo cuando mentía).

—La han cambiado de habitación, a una de las celdas de abajo, en el sótano —añadió Mandeville—. La están cuidando bien.

—Mi señor es sobrino del cardenal —añadí.

Mandeville hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Vamos, os guiaré hasta allí.

Los pasadizos situados bajo el salón estaban iluminados con antorchas y guardados por los soldados de Bowyer. Nos detuvimos ante una puerta tachonada.

—¡Abrid! —ordenó Mandeville.

El interior de la celda olía a humedad, aunque hasta en aquel lugar oscuro y austero se olía el perfume de Raquel. La mujer, sentada sobre un catre, parecía calmada, incluso serena, y sonrió al verme entrar.

—Buenas noches, señor Shallot. ¿Venís a saborear vuestro triunfo?

Mandeville cerró la puerta y echó la llave.

—Un lugar para una princesa, ¿eh, Shallot?

Miré la adusta habitación. Una antorcha colgaba de lo alto del muro y había candelabros que dejaban caer la olorosa cera sobre una vieja mesa.

—Robada de los establos —me explicó Raquel siguiéndome la mirada.

Cogí un taburete de debajo de la mesa y me senté frente a ella. Aunque pálida y cansada, pronto me dijo que la atendían bien. Le habían dado de comer y no la molestaban. Mandeville incluso le había ordenado al guardia que no se sentara en la celda con ella.

—Me vigilan continuamente, pero no puedo hacer nada —rió—. El único inconveniente es cuando voy a las letrinas, pero creo que los soldados están más interesados en los pillajes. Supongo que mi madre y sir John han huido.

Asentí.

—Estaba segura de ello.

—¿Por qué lo hicisteis? —le pregunté.

Se encogió de hombros y fijó su mirada en la luz de la vela.

—Los templarios siempre han existido y Templecombe es su casa —replicó—.

Ahora, aquí, Roger, puedo sentir la amenazante presencia de los fantasmas a mi alrededor, aplaudiendo lo que hice. Mandeville y esos bastardos asesinaron a Buckingham y el imbécil gordinflón de Westminster desea poner sus asquerosas manos sobre las más preciosas reliquias de la cristiandad —se encogió de hombros—. Sólo fue cosa de planificación.

—Pero ¿por qué todos esos asesinatos?

—Merecían morir. Vuestro señor es extremadamente astuto. Warnham y Calcraft fueron fáciles: no eran más que dos borrachos llenos de cerveza que pagaron por las maldades cometidas. ¿Cosmas y Damien? —sonrió—. Eran más listos de lo que vos pensáis. Fueron los que falsificaron las cartas que supuestamente procedían de Buckingham.

—¿Y la señora Hopkins?

Miró hacia otro lado.

—¿Y la vieja bruja?

—Era adecuada para mis propósitos. Si yo podía comprarla, también Mandeville podría. Tenía que silenciarla. —Raquel sonrió como una niña después de hacer una travesura—. Intenté avisarles. De verdad creía que Mandeville sentiría miedo y se marcharía. Pero no lo hizo, así que Bowyer y Southgate fueron los siguientes.

—¿Y el Grial y Excalibur?

Sacudió la cabeza.

—Sabe Dios dónde están —me miró por entre las cejas—. Quizá vuestro señor los encontrará —tomó mi mano—. Pase lo que pase, Enrique Tudor no debe tenerlas. ¿Me lo prometéis?

¿Y qué podía hacer yo? La muchacha me miraba suplicante olvidé su maldad, olvidé que era una asesina a sangre fría y le di mi palabra de que así lo haría.

—¿Qué pasará con Templecombe? —murmuró Raquel.

—Todo tiene su fin. El rey requisará el feudo y se lo regalará a algún favorito —respondí—. ¿Quién sabe? Es posible que sir John vuelva, que se compre una cédula de perdón.

—No lo creo. Nunca volverán aquí —replicó Raquel.

Sacó las piernas de la cama y se sentó tan cerca de mí que nuestras rodillas se tocaban. Escruté aquellos extraños ojos, ya conocía su mirada, sus femeninas tretas y su empalagosa belleza; Raquel no estaba bien. Pronto entendí por qué.

—Ni Santerre ni mi madre volverán aquí —volvió a tomar mi mano—. No estoy jugando con vos. Roger, mi padre era templario. Adoraba Templecombe y me transmitió sus secretos. Sir John era su amigo. A menudo nos visitaba y mi madre, que temía las misteriosas costumbres de mi padre y su íntima relación conmigo, planeó su asesinato.

—¿Cómo?

—Mi padre fue asesinado en un accidente de caballo. ¿No recordáis que cuando trajeron el cuerpo de Bowyer mi madre se puso histérica? Se debía a que mi padre fue asesinado de la misma manera. Todo lo que hice fue copiar lo que ella había hecho. Hacer que los caballos fueran más violentos y mojar las espuelas en mercurio... Vuestro señor lo sospechó. Me lo susurró cuando me llevó a un aparte, en el salón. Dijo que si confesaba, se aseguraría de que lady Beatriz y Santerre pagaran su crimen —se echó a reír y se frotó las manos—. El exilio en tierras extranjeras es suficiente castigo.

—¿Qué más os dijo mi señor? —quise saber.

—¡Ah! Eso debe decíroslo el señor Daubey. —Raquel se volvió a echar para atrás en la cama.

Me levanté y aparté el taburete. Ella me miró.

—¿Qué van a hacer conmigo en Londres?

—¿Queréis oír la verdad? —pregunté directamente.

—La verdad.

—Os torturarán para averiguar los nombres de otros templarios, para ver si sabéis algo del enigma de Hopkins y para conocer el nombre de vuestro gran maestro.

—No lo sé. ¿Y después?

Me agaché junto a ella y le pellizqué cariñosamente la mejilla.

—El rey es un desalmado. Os quemarán en Smithfield.

Una chispa de miedo afloró en sus ojos, pero aguantaba mi mirada.

—En ese caso, debo rezar —dijo—. Por favor, señor Shallot, preguntad a Mandeville si puedo tener el rosario. Los soldados no deben de haberlo tocado. Está viejo y estropeado, fue un regalo de mi padre. Por favor, he de tenerlo.

Asentí y me dirigí a la puerta.

—Roger.

La miré por encima de los hombros y contuve las lágrimas que pugnaban por salir: Raquel estaba tan bella, tan vulnerable... Casi no podía creer que fuera la responsable de tan terribles crímenes. En cierto sentido, su madre era responsable, culpable de haber provocado tal trastorno en su mente.

—*Adieu*, señor Shallot.

Golpeé la puerta y Mandeville me dejó salir.

—¿Qué quería? —preguntó.

—Nada. Se ha reconciliado con su destino. Desea rezar y ha pedido su rosario —respondí.

Mandeville me miró como si se negara.

—¡Oh, vamos, hombre! ¡Dadle eso como mínimo! —insistí.

Sir Edmund dio la orden a un soldado, que salió corriendo hacia la habitación de Raquel y volvió al cabo de unos instantes con el rosario liado entre los dedos.

Mandeville lo examinó con cuidado. Estaba estropeado, la cadena era de cobre débil.

—¿De qué tenéis miedo? —le dije—. ¡Ni siquiera puede colgarse con él!

Mandeville comprobó el peso que tenía y se dirigió al guardia.

—¿La vigilas todo el tiempo?

El guardia señaló la mirilla que había en la puerta.

—Todo el tiempo, sir Edmund —contestó.

Mandeville le dio el rosario.

—Dáselo, pero vigílala de cerca.

Volví a mi habitación. Benjamin aún dormía, así que me puse cómodo en una silla, me lié una manta y me quedé dormido hasta que él me despertó, al alba. No nos molestamos en afeitarnos ni en lavarnos. La habitación estaba muy fría porque la huida de los sirvientes significaba que no había leña y el agua del lavatorio estaba cubierta por una película de hielo sucio. Bajamos las escaleras y quedé maravillado al ver cómo Mandeville lo había controlado todo. Había trabajado con los soldados durante toda la noche. Todas las habitaciones, excepto las nuestras, había sido saqueadas. Ropas, posesiones, cualquier cosa que pudiera ser transportada: escritorios, sillas, colchones, cabezales, doseles, colgaduras, copas y platos; todo estaba apilado en el salón y las puertas selladas. Mandeville, satisfecho con lo que había hecho, nos acompañó hasta la cocina donde se las arregló para encontrar un pedazo de pan duro y una jarra de cerveza aguada.

—Todo está preparado —nos informó dando un bocado—. Southgate se quedará aquí con una pequeña guardia hasta que lleguen más soldados. Cuando sea posible, lo trasladarán a la enfermería de Glastonbury y después a Londres. Todo lo que se puede mover de esta casa está apilado en el salón y las puertas, selladas contra los robos. Los comisarios del rey vendrán y se asegurarán de transportar todo lo que pertenezca a la corona.

(No había duda, pensé. Los comisarios de Enrique VIII eran unos bastardos sin corazón. ¡Le arrancarían un pedazo de pan a un niño moribundo!).

—¿Y la señora Raquel? —preguntó mi señor.

—Ya ha desayunado y la hemos dejado lavarse y cambiarse. Ella y yo estaremos en camino hacia Londres dentro de una hora.

Mandeville era tan bueno como su palabra: poco después, le oímos gritar su despedida dirigiéndose al patio principal, donde los soldados del alguacil muerto, aún bajo los efectos de la bebida, ensillaban los caballos. Vimos a la señora Raquel en el centro, con capa y capucha, con las manos atadas a la silla y con otra cuerda bajo el vientre del caballo para sujetarla por las caderas. Sir Edmund montó y, después de algunos gritos y ruidos, la comitiva emprendió su camino fuera del feudo. Ni una vez se movió Raquel, ni una vez miró a la derecha, a la izquierda o atrás, a Templecombe, que tanto le había costado. Que Dios la acoja en su seno; no volví a verla.

Benjamin y yo deambulamos un rato por la casa, vacía y tranquila como una tumba. Sólo dos o tres soldados se habían quedado bajo el mando de un fornido sargento. Visitamos a Southgate, pero aún estaba envuelto en vendajes y era atendido por aquellas dos brujas que parecían insensibles al tumulto de su alrededor; Mandeville les pagaba muy bien para que cuidaran de su lugarteniente.

Era como visitar una casa de fantasmas. Era muy difícil imaginarse que, pocos días antes, lady Beatriz se movía por allí con andares de gran duquesa, sir John actuaba como un lord benévolo y espléndido y la señora Raquel observaba y planeaba todos los crímenes con un porte tan sereno como el de una monja.

Ya he dicho que ahora debe de ser difícil para vosotros, los jóvenes, imaginar tales horrores, pero durante el reinado de Enrique *el Gordo*, aquellas situaciones eran muy habituales. Una y otra vez los agentes del rey barrían grandes casas: la de Tomás Moro, la de Wolsey, la de Cromwell, la de Bolena, la de Rochford, la de Howard... y el efecto siempre era el mismo. Un día todo era alegría y bailes y, al día siguiente, desesperación y ruina.

En fin, en Templecombe no fue diferente. Benjamin estaba ensimismado en sus pensamientos. Sólo sonrió cuando le dije que le había dado el rosario a Raquel. También intenté que me explicara cómo había convencido a Raquel para que confesara.

—Más tarde. Cada cosa a su tiempo, Roger —murmuró.

Parecía inquieto, quería asegurarse de que Mandeville se había ido. Entonces, hacia mediodía, cuando los soldados se entretenían con un nuevo barril de cerveza, cogió un gran mazo de la bodega y nos dirigimos fuera de la casa, hacia la capilla templaria. Estaba muy excitado, con la cara enrojecida; una vez dentro de la iglesia cerró y barró la puerta y se aseguró de que las ventanas estaban cerradas.

—¿Qué sucede, Benjamin?

Se volvió hacia mí cogiendo el mazo fuertemente con las manos.

—¿Ya no recuerdas al verso de Hopkins? «Bajo las aguas del Jordán, el cáliz de Cristo descansa y sobre el Arca de Moisés, la mejor espada».

—¿Crees que las reliquias se encuentran aquí?

Benjamin soltó el mazo y anduvo por la iglesia, pasando por la reja hasta el santuario. Señaló hacia las viejas sillas, donde los templarios se habían sentado para cantar los oficios divinos, y las misericordias, las complicadas tallas de madera en las sillas levantadas.

—¿Qué ves aquí, Roger?

Anduve ante las sillas y le fui dando una descripción de cada una: un toro, una mujer, un conejo, etcétera. De repente me paré. En una de las tallas, unos hombres vestidos con túnicas portaban un pequeño cofre.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Benjamin se acercó a mí.

—Es el arca de la alianza, Roger. La pequeña caja construida por Moisés al pie del monte Sinaí para transportar las tablas de piedra de los diez mandamientos.

—¡El Arca de Moisés! —dije—. ¿Quieres decir que la espada Excalibur está aquí?

—Bueno, el verso de Hopkins dice que la espada está sobre el arca —Benjamin miró al sólido techo envigado—. Al principio pensé que podría estar ahí, pero he estado en la galería del coro y me parece imposible. Miremos en la propia silla.

Sacó la daga y anduvo ante las sillas, dando golpecitos en cada una con la empuñadura. A cada golpe producía un ruido sordo pero, cuando llegó a la silla en que se describía la escena del Arca de Moisés, la madera sonó hueca. Benjamin la estudió con cuidado.

—Este panel parece que esté pegado al otro, se ve la junta —me la mostró—. En fin, no hay otra manera.

Y cogiendo el pesado mazo, golpeó el asiento con todas sus fuerzas. La madera estaba vieja y afectada por el tiempo, y enseguida se astilló. Benjamin abrió un hueco lo suficientemente grande para que cupiera su mano pero, cuando la metió, la sonrisa triunfante desapareció de su cara.

—¡Nada! —exclamó—. ¡Nada de nada!

Benjamin cogió una antorcha encendida del muro. Los dos miramos en la cavidad, pero no había nada.

—Es posible que otrora estuviera aquí —dijo—, pero quizá los templarios cambiaron de opinión y la guardaron en otro lugar —golpeó el asiento con el puño—. Sospecho que alguna palanca escondida debe de abrir esta cavidad —se puso a buscarla y dejó caer el mazo—. A lo mejor cogieron Excalibur y la tiraron al lago, su verdadero lugar de descanso.

—¿Y el Grial? —pregunté.

Benjamin se sentó en una silla y señaló hacia la iglesia.

—¿Te acuerdas, Roger, que te dije que al agua bautismal a menudo se le llama río Jordán? Hay una pila bautismal en todas las iglesias. Pero ¿por qué aquí, en una iglesia templaria donde no pueden entrar niños ni mujeres? —Benjamin se incorporó—. Con el riesgo de más destrucción, sospecho que esa pila bautismal nunca ha sido usada, que sólo se construyó para guardar el Grial —fue hacia la pila y yo le seguí. Notaba su desilusión, porque si los templarios habían cambiado Excalibur de escondite, ¿por qué no lo habrían hecho también con el cáliz de Cristo?

Cuidadosamente, examinamos las losas del suelo sobre las que se posaba la pila bautismal, rascando las juntas con las dagas. Aparentemente, la piedra no se había tocado desde que la pusieron allí por primera vez, por lo que empezamos a buscar en la pila. Ésta era simple, muy grande y redondeada; descansaba en un pequeño y firme

pilar. Buscamos alguna palanca o sistema escondido, pero la piedra era compacta y cuando golpeábamos con las dagas, sonaba a sólido. Entonces descubrí una fina capa de cemento entre la pila y el plinto de piedra que le hacía de soporte.

—Pásame el mazo.

Benjamin estaba cada vez más excitado al darse cuenta de mi descubrimiento.

—No, vamos a hacerlo de manera diferente —dijo.

Durante una hora rascamos la capa de cemento con nuestros cuchillos y cinceles hasta que empezó a desmenuzarse y la pila se empezó a mover. El albañil templario fue muy astuto. Cuando conseguimos quitar la pila, descubrimos que el plinto de piedra tenía un grosor de unos quince centímetros, pero tenía una pequeña cavidad en el centro. Benjamin metió la mano y sacó una bolsa de piel negra manchada atada con una cuerda. Nos agachamos mientras cortaba la cuerda.

La bolsa, que empezaba a pudrirse, cayó y, os lo digo de verdad, Benjamin y yo nos arrodillamos con reverencia ante el Santo Grial, el cáliz que utilizó Jesús en la última cena. Yo, Roger Shallot, he visto esa copa, la he tenido en mis manos. ¡La reliquia más grande de la cristiandad!

No oímos ni ángeles ni trompetas de plata desde los cielos. Todo lo que vimos fue una simple copa de madera, poco honda, con un pie y una base toscos. La madera estaba pulida por las numerosas manos que la habían cogido a lo largo de mil quinientos años y, al olerla, desprendía una fragancia resinosa, como si su guardián le hubiera aplicado alguna sustancia para protegerla del paso del tiempo.

Nos sentamos a contemplarla. Benjamin la cogió y después me la dejó. Ahora ya conocéis al viejo Shallot, me burlo del más pintado. He visto tantas astillas de la verdadera cruz que con ellas se podría construir una flota; he visto plumas que supuestamente habían caído de las alas de san Gabriel; me han pedido que besara una parte del sudario de Jesús, un pedazo del velo de María, el martillo de san José y no olvidemos el pañuelo de Moisés. Siempre me he reído alto y fuerte de semejantes tonterías, pero con el Grial fue diferente.

Cuando lo cogí, noté un calor, un poder especial, y cuando cerré los ojos, ya no estaba en aquella helada iglesia templaria, sino en las montañas de dulces esencias de Galilea. ¡Verdaderamente, era una copa mística! No hay duda de que Arturo la buscó, los templarios la guardaron ¡y de que el gordo bastardo de Enrique VIII hubiera matado por tenerla!

Alabamos el Grial, Benjamin lo envolvió en su capa y se dispuso a salir, diciéndome que le esperara. Mi señor volvió con una mezcla de cemento y yeso y volvimos a restaurar la pila bautismal para que, a menos que se fijaran, pareciera que nadie la había tocado.

—¿Y la silla del coro? —pregunté.

—Déjala, culparán a los soldados —contestó Benjamin.

Volvimos a la casa para recoger nuestros enseres y, a la mañana siguiente, ensillamos nuestros caballos y salimos de Templecombe, dejamos aquella casa de horribles asesinatos. Llegamos a Glastonbury a última hora del mismo día. El campo aún estaba atrapado en las garras del frío invierno, pero no había vuelto a nevar y las últimas nubes se empezaban a disipar. Benjamin y yo coincidíamos en lo que queríamos hacer. Encontramos al hermano Eadred en la hospedería y Benjamin le contó rápidamente todo lo ocurrido en Templecombe. Aunque Eadred intentaba ocultar su dolor, el arresto de Raquel, la huida de los Santerre y la destrucción de la casa obviamente le afectaron. Cayó sobre un taburete abrazándose la barriga y curvándose como si se partiera de dolor.

—¡Oh, pobre Raquel! —suspiró.

—Vos sois uno de ellos, ¿no es cierto, hermano Eadred? —pregunté yo.

Miró hacia arriba con sus ojos oscuros, que destacaban en su cara color ceniza.

—¿Sois templario? —insistí.

Asintió con la cabeza.

—Como otros de aquí —replicó suavemente—. Somos los guardianes de un gran lugar sagrado, guardianes de misterios y sí, en algún sentido, vengadores de los templarios que fueron capturados, encarcelados y asesinados.

—¿Y eso os da derecho a matar?

—Para proteger los misterios y los secretos, sí. Pero Raquel fue demasiado lejos. Empezó una venganza personal, quizás incluso una criminal demencia contra los hombres de Mandeville y su propia familia. —Respiró profundamente y se levantó—. ¿Qué va a pasar con Templecombe?

—Expropiarán todas sus pertenencias.

Vi el miedo en la cara del monje.

—No encontrarán nada —sonrió Benjamin—. Nunca descubrirán Excalibur o el Grial.

Eadred se encogió de hombros.

—Las reliquias nunca han estado en Templecombe.

—¿Pero vos no sospecháis que están allí? Después de todo, los sucesivos abades de Glastonbury han asegurado que las reliquias no están aquí.

Eadred evitó nuestra mirada.

—Es cierto que Excalibur ya no está allí —explicó Benjamin—, pero el Grial... —aflojó una de sus alforjas, sacó su capa y puso la pequeña copa de cedro sobre la mesa. El cambio de Eadred fue increíble. Cayó de rodillas con las manos juntas, con la mirada fija en el cáliz sagrado.

—¡Lo habéis encontrado! —murmuró.

—Y lo hemos traído al lugar adecuado —concluyó Benjamin. Cogió la alforja, me hizo un gesto con la cabeza y subimos las escaleras hasta nuestra habitación

dejando a Eadred a solas en su adoración.

A la mañana siguiente, tras pasar unos instantes con Eadred, dejamos Glastonbury en dirección a Londres. Nos escoltó hasta las puertas de la abadía. Cuando llegamos al punto donde nos íbamos a separar, estrechó la mano de Benjamin y le dio las gracias con la mirada. Mi señor se inclinó.

—Nunca le digáis nada a nadie —susurró—. Nosotros no hemos estado aquí. No os hemos dado nada. No volveremos.

Eadred retrocedió unos pasos, nos bendijo, las puertas se abrieron y salimos para Londres. Tardamos ocho días en llegar a la capital y la encontramos ya en pleno invierno. El Támesis se había helado y la capa de hielo, que ocultaba la suciedad y los desperdicios, eliminaba los ofensivos hedores. Nos hospedamos en el castillo de Baynards, cerca de San Pablo, y enviamos un mensaje a Hampton Court, donde Enrique y el cardenal residían preparándose para las Navidades. Pacientemente, aguardamos a que algo sucediera.

Tres días después de nuestra llegada, el querido doctor Agrippa llegó. Envuelto en ropajes negros, parecía un gnomo feliz, si no fuera por aquellos ojos extraños e incoloros. Empezó a dar saltos y a frotarse las manos contra el frío, gritando que le trajeran vino caliente y especiado. Cuando estuvimos solos en nuestra habitación, nos hizo partícipes de sus noticias.

—El rey no está satisfecho —dijo—. Ni milord el cardenal.

—Oh, querido —repliqué—. Poco agradecen nuestros sacrificios: que se nos helara el trasero, ser casi asesinados, por no mencionar el tiempo que hemos pasado en compañía de bastardos como Mandeville y Santerre.

Agrippa sonrió satisfecho.

—Oh, el rey no está enfadado con vosotros. ¿Habéis oído las nuevas? —me miró fijamente—. Raquel Santerre murió en su viaje a Londres. Aparentemente, su rosario no era lo que parecía: dos de las cuentas contenían una sustancia venenosa que le provocó la muerte en unos instantes. Han dejado su cadáver en el hospital de María de Belén, al norte de la ciudad. —Agrippa hizo una mueca—. El rey está furioso, podía haber proporcionado mucha información.

Benjamin se frotó la mejilla.

—Pero su majestad debería estar contento. El señor de Buckingham ha sido destruido, la mujer responsable de tantas muertes ha recibido su merecido y el rey puede apropiarse de todos los tesoros de sir John Santerre y su mujer. No les compadezco, porque merecían lo que les ha sucedido. Se ha roto el núcleo templario de Somerset. Y además —Benjamin me lanzó una aviesa mirada—, aunque Excalibur está ilocalizable y probablemente continuará así hasta el fin de los tiempos, hemos traído el Grial.

Representé bien mi papel, pero ¿sabéis?, fue la única vez que he visto a Agrippa

sorprendido. Sus mejillas se sonrojaron y los ojos le brillaban.

—¿Dónde está? —preguntó impaciente.

Benjamin cogió la alforja, sacó una estropeada copa de plata y la puso en manos de Agrippa. El mago la miró con cuidado.

—¿Dónde habéis encontrado esto?

—En Templecombe.

Agrippa estudió el antiguo cáliz, la fina capa de plata de la copa y las joyas incrustadas en el pie. Los ojos le brillaban como a un gato.

—Esta copa es antigua, mas conozco la verdad sobre ella y creo que vos también, señor Daunbey —dijo lentamente—. Y quizás, en su momento, el rey también lo sabrá.

Benjamin sonrió de oreja a oreja.

—Pero vos le diréis que es el Grial —declaró— porque es lo que quiere creer y es lo que vos queréis que crea, ¿verdad, doctor Agrippa?

El mago nos miró fijamente.

—¿Qué queréis decir? —dijo en un susurro.

—Vamos, doctor Agrippa. Vos también sois templario, ¿no? —replicó Benjamin—. Aun más, estoy seguro de que vos sois su gran maestro. No deseáis más que yo que el Grial caiga en manos de Enrique. Vos tenéis que ser el gran maestro. Sospechabais de Raquel Santerre incluso antes de que saliéramos de Londres, por eso nos disteis la consigna *Age circumspete*, actuad con juicio. Al principio pensábamos que tan sólo era un consejo pero, por supuesto, es el lema de los Mortimer, de la familia paterna de Raquel. Nos estabais avisando. Sabíais que ella era miembro de la orden del Temple, igual que su familia durante los últimos doscientos años. La única persona que podía conocer tal secreto sólo podía ser el gran maestro. ¿No? Los templarios existen en núcleos secretos, pero sólo el gran maestro los conoce a todos.

Agrippa se sentó en el borde de la cama jugando con su sombrero.

—Quizás hay verdad en vuestras palabras, señor Daunbey —nos miró—. Digamos que el gran maestro existió. Digamos que temía que el rey fuera el Topo, el Príncipe Negro profetizado por los magos templarios como el gran destructor. Y digamos que algunos miembros de esta organización secreta, hombres como Buckingham y Hopkins, desafiaron a la orden de su gran maestro y empezaron a buscar las reliquias que hubiera sido mejor dejar escondidas. —Agrippa hizo una pausa y se mordió el labio—. Y digamos también, y no es más que una hipótesis, que el gran maestro permitió que se castigara a estos templarios con el debido proceso legal. Quizás el asunto se hubiera acabado ahí si otros templarios, deseosos de venganza, no hubieran removido aún más las aguas. Y así apareció Raquel Santerre. No tenía derecho a ajusticiar a Warnham y a Calcrafft ni a emprender su propia guerra privada contra hombres como Mandeville o Southgate. Se le ordenó que desistiera,

pero aún complicó más las cosas al atacar a hombres como vosotros, amigos del gran maestro. En fin —cogió la copa—, ¿dónde está el verdadero Grial?

—En buenas manos, como vos mismo descubriréis.

Agrippa nos miró y, con la copa en las manos, se dirigió a la puerta.

—Pues esperemos que así sea —se giró con una mano en el cerrojo—. Raquel Santerre nunca hubiera vivido para ser interrogada. La hubiera matado por desobediencia, como hice con Buckingham y con Hopkins —jugaba con la copa—. Pero os agradezco lo que hicisteis. Creedme, ¡el rey y el cardenal recibirán los más brillantes informes!

El mago salió de la habitación. Benjamin fue hacia la puerta y la cerró.

—Eso es lo que le dijiste a Raquel para hacerla confesar, ¿no es cierto? —pregunté.

—Sí, le dije que al gran maestro no le gustaría su comportamiento y que su continuada obstinación amenazaba a otros templarios. Incluso le mentí al decirle que el gran maestro me había dado su nombre antes de salir de Londres.

—¿Y te creyó?

—Sí, creo que sí.

—¿Y la copa?

—Agrippa tiene razón. Es parte de los tesoros de la abadía de Glastonbury. Eadred me la dio. Creo que perteneció al padre del emperador de Constantinopla, que fue general aquí.

—¿El rey sospechará?

—En su momento, cuando vea que la copa no tiene poderes mágicos, sospechará —Benjamin me cogió por los hombros—. Pero nosotros sabemos la verdad, Roger, y debemos mantener el secreto. Si el rey tiene la más mínima sospecha, seguiremos los pasos de Buckingham. Ahora, vamos, antes de que mi tío pueda buscarnos otras ocupaciones, recojamos nuestros enseres y, sin miedo al frío, volvamos a Ipswich.

Oh, así lo hicimos, y pasamos las más felices Navidades, dejando atrás al Gran Homicida sorbiendo vino en lo que él creía el Grial. El cardenal nos mandó cartas llenas de alabanzas y pesados monederos con oro, pero Enrique nunca olvidó, y tampoco los templarios. Sir Edmund Mandeville murió misteriosamente la primavera siguiente, después de asistir a un banquete en Sheen. Al que también creo que asistía Agrippa. Southgate ya no se recuperó de sus heridas y, aunque estuvo en Syon al cuidado de las monjas, murió poco después. No estoy demasiado seguro de los detalles, pero la tarde anterior el doctor Agrippa había ido a interesarse por su salud. Los Santerre esperaron un año para solicitar el perdón, ofreciendo oro en grandes cantidades, pero extrañamente Enrique se negó a que le sobornasen y creo que murieron de manera misteriosa en tierras extranjeras.

Templecombe fue ocupado y despojado de todas sus posesiones, convertido en

una verdadera ruina, pero el rey no consiguió encontrar nada. Años más tarde, cuando llevó a cabo su gran ataque contra las abadías y los monasterios, Glastonbury fue atacada con especial saña. El abad Bere murió en 1524 y le sucedió Richard Whitting. Enrique *el Gordo* envió agentes especiales para apropiarse de los más preciosos tesoros de Glastonbury, pero Whitting era ingenioso y los hizo desaparecer antes de que llegaran aunque, por eso, pagó con su vida. Lo llevaron a Londres y lo torturaron, pero no confesó nada. En principio, lo volvieron a llevar a Somerset y después de un juicio falso, él y dos de sus monjes (uno de ellos era el erudito Eadred) fueron arrastrados hasta Glastonbury, golpeados con todos los obstáculos del camino, para luego ser colgados en la cumbre de la colina en noviembre de 1539. Los secretos de Glastonbury murieron con ellos y sólo el buen Dios sabe el paradero del Grial.

Así se acaba esta maldita historia. Sigo mirando por la ventana, observando la luna plateada, que baña la dura nieve con una luz resplandeciente. Todos se han ido. Algunas veces sueño con Raquel, fría y serena en su celda; Mandeville y Southgate, arrogantes con su poder, y aquellos dos mudos, Cosmas y Damien, que les servían tan bien y que sufrieron tan atrocemente. El círculo está completo. El hijo de Matilde ha vuelto para devolverme el anillo que le di a su madre hace una eternidad, en las oscuras sombras de Templecombe. Oh, ¡una copa de clarete para calentar mi corazón y hacer que no caigan las lágrimas por el pasado! Hasta mi capellanucho está sorbiéndose los mocos. Sé que se quiere quedar, por la lujuria que le producen los generosos senos de Phoebe. Mueve la cabeza diciendo que no, se para junto a la ventana y mira al cielo invernal.

—¿Creéis, señor, que existe realmente una inteligencia suprema por encima de nosotros?, ¿una esperanza que guía nuestras vidas? —gimotea.

—Sinceramente, espero que sí; ¡hay demasiada porquería aquí abajo!

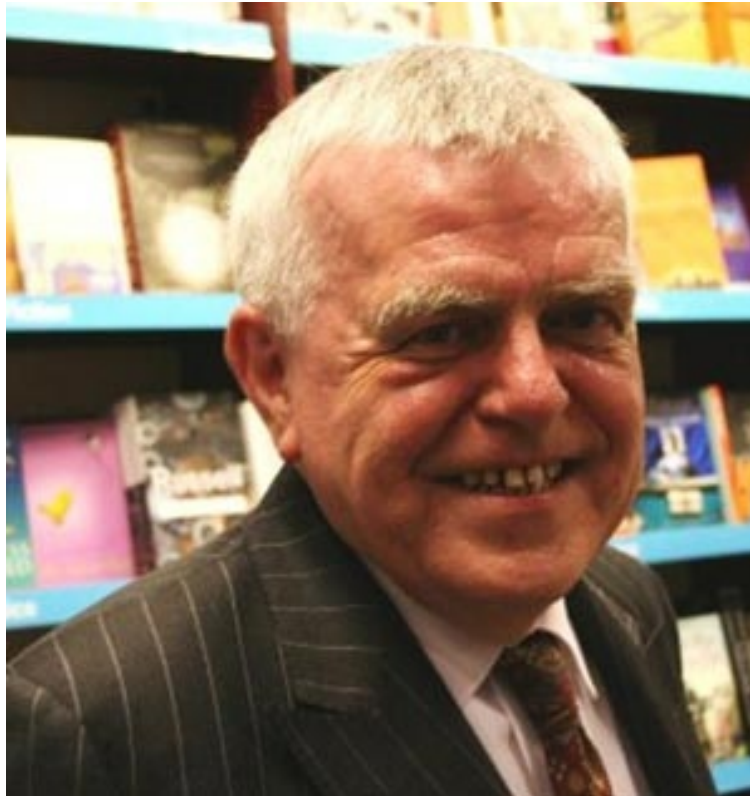
NOTA DEL AUTOR

Acabo de terminar las próximas memorias de sir Roger Shalot, que tratan sobre su turbulenta visita a Florencia en la Italia del siglo XVI. Es difícil aceptar sus casi increíbles historias, pero debo confesar que me sucedió lo mismo la primera vez que leí las memorias sobre los crímenes del Santo Grial.

Sir Roger puede que sea hombre parco en palabras en cuanto a hechos se refiere, pero hay mucho de verdad en estas páginas. Buckingham fue ejecutado por las razones y del modo que aquí se describen y la supervivencia de la secreta orden del Temple es un hecho bien documentado, referido en el libro de Graham Hancock *The Sign and the Sed*.

Aún hoy se pueden visitar los restos de Templecombe y de Glastonbury. En los años sesenta de nuestro siglo se descubrió en Templecombe una secreta pintura de Cristo, copiada, según se dice, del sudario que los templarios poseyeron. Esto, en su tiempo, dio origen a falsas leyendas que contaban que los templarios adoraban a una cabeza decapitada, fuente de grandes poderes.

También es cierto que Glastonbury acogió los restos de Arturo y aún puede visitarse el lugar de su tumba; y los orígenes y misterios de la abadía coinciden con lo descrito por Shalot y están bien documentados en varios libros. Excalibur ha permanecido oculta, pero es probable que el Grial fuera secretamente guardado por los monjes de Glastonbury, lo que justificaría las obsesivas persecuciones de Enrique VIII al abad y a su comunidad cuando la abadía fue disuelta en la década de 1530. El abad y algunos hermanos fueron bárbaramente ejecutados en la cima de la colina, como lo describe Shalot. Es probable que llevaran el Grial a la abadía de Strata Florida, en Gales. Según fuentes fidedignas, fue visto por última vez en la década de 1920, en un sótano de Nanteos, a tres millas de Aberystwyth. Habida cuenta de esto, es posible que sir Roger Shalot no sea tan embustero como pensábamos.



PAUL C. DOHERTY. Nació en Middlesbrough en 1946. Ha escrito con varios seudónimos (Michael Clynes, C. L. Grace), utilizando últimamente su nombre original. Durante 3 años estuvo en un seminario católico en Durham pero finalmente no se ordenó. Es doctor en Historia por el Colegio Exeter de la Universidad de Oxford. Durante muchos años, ha sido director de la Trinity Catholic High School de Essex, una de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, y compagina su faceta de profesor con la de escritor. Es autor de aproximadamente 60 libros.

En 1987 empezó a publicar series de novela histórica de misterio: la Edad Media, el Antiguo Egipto, Roma y Grecia. En total ha superado las 12 series de novela histórica, 11 novelas y 7 libros de historia. Sus obras están bien ambientadas y documentadas, con desenlaces imprevistos. Paul Doherty utiliza un lenguaje sencillo y comprensible que hace de la lectura un ejercicio placentero.

Notas

[1] En inglés, «Mandeville» y «diablo», (*devil*, en inglés) se pronuncian de manera parecida. (N. de la T). <<

[2] En algunas traducciones de esta obra, se ha traducido *Hoispur* como «Temerario». (N. de la T). <<